

EL HOMBRE MENGUANTE

Richard Matheson

CAPÍTULO 1

Al principio, creyó que se trataba de una marejada. Después comprobó que el cielo y el océano podían verse a través de ella, y se dio cuenta de que era una cortina de rocío que se precipitaba sobre la embarcación.

Estaba tomando el sol encima de la cámara. Fue una verdadera coincidencia que se incorporara sobre el codo y la viera acercarse.

—¡Marty! —gritó.

No recibió contestación. Corrió por la ardiente madera y se dejó caer en el puente.

—¡Eh, Marty!

El rocío no parecía amenazador, pero por alguna razón quería esquivarlo. Dio la vuelta a la cámara sin dejar de correr, sintiendo los calientes tablones de la cubierta bajo sus pies. Sería una carrera.

Y la perdió. En un momento determinado estaba al sol. Al siguiente, el cálido y reluciente rocío le empapaba por completo.

Después pasó de largo. Él se quedó observando cómo se deslizaba por el agua, cubierto por sus brillantes gotas. De repente se sobresaltó y bajó la vista. Sentía un curioso hormigueo en la piel.

Cogió una toalla y se secó. Era una sensación parecida al agradable hormigueo causado por una loción en unas mejillas recién afeitadas. Cuando acabó de secarse, la sensación casi había desaparecido. Fue abajo y despertó a su hermano, al que habló de la cortina de rocío que había azotado la embarcación.

Fue el principio.

CAPÍTULO 2

La araña corrió hacia él por la arena en sombras, avanzando rápidamente sobre sus robustas patas. Su cuerpo era un gigantesco y brillante huevo que temblaba negramente a medida que dejaba atrás las tranquilas dunas, formando una estela de garabatos en la arena.

El hombre estaba paralizado. Vio el ponzoñoso brillo de los ojos de la araña. Observó cómo salvaba el obstáculo de un palo similar a un tronco, con el cuerpo encaramado en sus patas casi invisibles por la velocidad, casi a la misma altura que los hombros del hombre.

Súbitamente, detrás de él, la llama encerrada en acero se inflamó con un trueno que sacudía el aire. Desquició los nervios del hombre. Respirando entrecortadamente, dio media vuelta y echó a correr, haciendo crujir la arena mojada bajo sus sandalias.

Atravesó lagos de luz y nuevas sombras, con el rostro convertido en una máscara de terror. Rayos de sol iluminaban parcialmente el camino que el pánico le hiciera seguir, y frías sombras le envolvían. Detrás, la gigantesca araña levantaba arena en su persecución.

De repente el hombre resbaló. Un grito se escapó de sus labios. Cayó de rodillas, apoyando instintivamente las palmas en el suelo. Sintió el temblor de la helada arena a causa de la vibración de la estrepitosa llama. Se puso desesperadamente en pie, con las manos llenas de arena, y echó a correr de nuevo.

Mientras corría, miró hacia atrás por encima del hombro y vio que la araña estaba ganando terreno, con su cuerpo parecido a un huevo encaramado sobre veloces patas, un huevo cuya yema nadaba en mortíferos venenos. Siguió corriendo, sin aliento, con el terror en las venas.

De repente, el precipicio apareció ante él: un precipicio que caía a pico y formaba una pared gris y perpendicular. Corrió a lo largo del borde, sin mirar hacia el desfiladero que había en el fondo. La gigantesca araña le siguió, arañando las piedras en su avance. Estaba más cerca que antes.

El hombre se precipitó entre dos gigantescas latas que se elevaban como tanques por encima de él. Con toda la rapidez de que era capaz, se introdujo entre las silenciosas moles de las latas amontonadas, dejando atrás paredes verdes, rojas y amarillas, todas ellas impregnadas de lívidas sustancias grasientas. La araña tuvo que trepar a ellas, incapaz de mover su abultado cuerpo con suficiente velocidad entre las latas. Se encaramó por el lado de una, y después corrió sobre sus cubiertas de metal, salvando los espacios existentes entre ellas con repentinos y bruscos saltos.

Cuando el hombre se disponía a salir nuevamente al descubierto, oyó un rasgueo encima de él. Retrocediendo y echando la cabeza hacia atrás, vio a la araña a punto de saltar sobre él, con dos patas deslizándose por el lado de la lata y las demás agarradas a la tapa.

Con una exclamación de terror, el hombre volvió a introducirse en el espacio que había entre las gigantescas latas, a veces corriendo, medio trastabillando a lo largo de la sinuosa ruta. Detrás de él, la araña se encaramó nuevamente a la tapa y, girando en un semicírculo perfecto, reanudó la persecución.

Esto permitió que el hombre ganara algunos segundos. Internándose otra vez en la arena barrida por las sombras, rodeó apresuradamente el gran pilar de piedra y otras muchas estructuras semejantes a tanques. La araña saltó a la arena y corrió tras él.

Ahora la gran masa naranja se levantaba sobre el hombre mientras éste se dirigía, una vez más, al borde del precipicio. No tenía tiempo para vacilaciones. Con una extraordinaria flexión de sus piernas, se arrojó al abismo y se asió con espasmódicos dedos al toco saliente.

Con un estremecimiento de terror, se subió a la astillada superficie naranja en el mismo momento en que la araña llegaba al borde del precipicio. Una vez arriba, el hombre empezó a correr a lo largo del estrecho saliente, sin mirar hacia atrás. Si la araña saltaba sobre el hueco, estaba perdido.

La araña no saltó. Al volver la vista atrás, el hombre vio que no lo hacía y, deteniéndose, se quedó mirando al animal. ¿Estaría a salvo ahora que se encontraba fuera de su territorio?

Sus pálidas mejillas se crisparon al ver que de los tubos de la araña salía un reluciente vapor que no era otra cosa que un cable doble.

Dando rápidamente media vuelta, empezó a correr de nuevo, sabiendo que, en cuanto el cable fuera bastante largo, las corrientes de aire lo elevarían, se adheriría al saliente naranja y la negra araña avanzaría por él.

Trató de correr más de prisa, pero no pudo. Le dolían las piernas, apenas podía respirar, sentía una aguda punzada en el costado. Corrió y se deslizó por la pendiente naranja, saltando los huecos con desesperadas arremetidas.

Otro borde. El hombre se arrodilló apresuradamente, temblando y, agarrándose con fuerza, se dejó caer al otro lado. Era una larga caída hasta el siguiente nivel. El hombre esperó a que su cuerpo se balanceara hacia dentro, y entonces se soltó. Justo antes de caer, vio a la gran araña avanzando por la pendiente naranja en dirección a él.

Aterrizó sobre sus pies y se cayó sobre la dura madera. Sintió un

penetrante dolor en el tobillo derecho. Se puso trabajosamente en pie; no podía detenerse. Oyó el avance de la araña por encima de su cabeza. Corriendo hasta el borde, vaciló, y volvió a saltar al vacío. La curva del aro metálico, gruesa como un brazo, quedó atrás. El trató de alcanzarla.

Cayó moviendo desesperadamente los brazos y las piernas. El suelo del desfiladero se acercaba con gran rapidez. *Tenía* que evitar la llanura cubierta de flores.

Y, sin embargo, no fue así. Casi en el borde, aterrizó primero con los pies y saltó hacia atrás describiendo una brusca voltereta. Quedó tendido sobre el estómago y el pecho, respirando entrecortadamente. Olía a tela polvorienta, y sentía el contacto de un tejido áspero en su mejilla.

Entonces recobró toda su agudeza mental y, con una espasmódica distorsión de los músculos, el hombre alzó la mirada y vio que otro hilo estaba siendo tendido por los aires. Comprendió que al cabo de pocos momentos la araña se descolgaría por él.

Levantándose con un gemido, permaneció un momento inmóvil sobre sus piernas temblorosas. El tobillo seguía doliéndole y respiraba con dificultad, pero no tenía ningún hueso roto. Se puso en marcha.

Cojeando rápidamente por la llanura cubierta de flores, el hombre se deslizó por el borde. Al hacerlo, vio que la araña se columpiaba sobre él como un terrible y serpenteante péndulo.

Llegó al suelo del desfiladero. Echó a correr, renqueando, por la amplia llanura, pisando con firmeza el terreno duro y nivelado. A su derecha se alzaba la gran torre parda donde seguía ardiendo la llama, cuyo rugido hacía temblar al mismo desfiladero.

Miró hacia atrás. La araña llegaba en aquel momento a la llanura cubierta de flores, para correr en seguida hacia el borde. El hombre se dirigió velozmente hacia el gran montón de troncos, que era tan alto como la mitad de la torre. Corrió por lo que parecía ser una gigantesca serpiente enrollada, roja, inmóvil y con las fauces abiertas en ambos extremos.

La araña cayó al suelo del desfiladero y corrió en persecución del hombre.

Pero el hombre ya había llegado a los gigantesos troncos y, dejándose caer hacia adelante sobre el pecho, se metió en un estrecho hueco entre dos de ellos. Era tan estrecho que apenas podía moverse; oscuro, húmedo, frío y con olor a madera enmohecida. Se introdujo en él hasta donde le fue posible, y entonces se detuvo y miró atrás.

La negra araña de brillante caparazón estaba tratando de seguirle. Durante un horrible momento, el hombre creyó que lo conseguiría. Después vio que se paraba y retrocedía. No podía seguir adelante.

Cerrando los ojos, el hombre se relajó sobre el suelo del desfiladero, sintiendo su helado contacto a través de la ropa, jadeando con la boca abierta y preguntándose cuántas veces más tendría que huir de la araña.

La llama de la torre de acero se apagó en aquel momento, y se hizo el silencio, roto sólo por el ruido de los rasguños que la araña hacía en el suelo rocoso al pasearse inquieta. La oyó arañar los troncos cuando se encaramó a ellos en busca de un camino que le condujera hasta él.

Cuando al fin cesaron los ruidos, el hombre salió cautelosamente del estrecho y astilloso pasadizo. De nuevo en el suelo, se levantó con cansada precipitación y miró en todas direcciones para ver dónde estaba la araña.

La vio subiendo por la escarpada pared en dirección al borde del precipicio, arrastrando su gran cuerpo en forma de huevo por la cara perpendicular con sus oscuras patas. El hombre exhaló un suspiro de alivio. Estaba a salvo durante un rato más. Bajando la vista, se dirigió hacia el lugar donde solía dormir.

Pasó cojeando junto a la ahora silenciosa torre de acero, que era una estufa; junto a la enorme serpiente roja, que era una manguera sin boquilla cuidadosamente enrollada en el suelo, junto al enorme cojín cuya funda estaba cubierta de dibujos florales; junto a la inmensa estructura naranja, que eran dos sillas de madera una encima de otra; junto a los grandes mazos de croquet que colgaban de sus perchas. Uno de los aros del juego de croquet se encontraba sobre una silla. Era lo que el hombre, en su caída, había tratado de agarrar sin lograrlo. Y las latas parecidas a tanques eran botes de pintura vacíos, y la araña era una viuda negra.

Vivía en un sótano.

Pasó junto al alto árbol de trapos en dirección al lugar donde dormía, que se encontraba debajo de un calentador de agua. Justo antes de llegar, se detuvo bruscamente cuando la bomba de agua empezó a moverse en su cueva de cemento. Escuchó su trabajoso jadeo y sus suspiros, que sonaban como la respiración de un dragón moribundo.

Después se encaramó a la plataforma de cemento donde reposaba el imponente calentador esmaltado y se introdujo por debajo de su agradable calor.

Durante largo rato, permaneció tendido en la cama, que era una esponja rectangular en torno de la cual se hallaba doblado un pañuelo. Su pecho subía y bajaba con bruscos movimientos, y sus manos descansaban inertes y cerradas junto a su cuerpo. Sin parpadear, miraba fijamente la enmohecida parte inferior del calentador.

La última semana.

Tres palabras y un concepto. Un concepto que había empezado en un destello de incomprensible conmoción y se había transformado en el intenso y continuo horror que era ahora. La última semana. No, ni siquiera eso, ya que el lunes casi había finalizado. Sus ojos recorrieron brevemente la hilera de trazos de carbón sobre el pedazo de madera que constituía su calendario. Lunes, diez de marzo.

Al cabo de seis días habría desaparecido.

En la vasta extensión del sótano, la llama de la estufa volvió a encenderse y sintió que la cama vibraba debajo de él. Eso significaba que la temperatura de la casa que había encima acababa de descender, y que el termostato se había disparado automáticamente para enviar calor a través de las rejillas del suelo.

Pensó en los que estaban allí arriba, en la mujer y la niña. Su esposa y su hija. ¿Acaso seguían siéndolo? ¿O bien el factor tamaño le había apartado de su esfera? ¿Podía considerarse todavía como parte integrante de su mundo, ahora que para ellas tenía el tamaño de una pulga, ahora que Beth podía pisarle sin siquiera darse cuenta?

Al cabo de seis días habría desaparecido.

Había pensado miles de veces en ello a lo largo del año y medio pasado, tratando de imaginárselo. Nunca lo había conseguido. Invariablemente, su mente se había rebelado contra él, mientras pensaba que las inyecciones tenían que empezar a hacer efecto, que el proceso finalizaría por sí sólo, que *algo* ocurriría. Resultaba imposible que algún día fuera tan pequeño que...

Sin embargo lo era; tan pequeño, que al cabo de seis días habría desaparecido.

Cuando esta cruel desesperación se adueñaba de él, habría permanecido en la cama durante horas, sin importarle si iba a vivir o morir. La desesperación jamás se desvaneció del todo. ¿Cómo iba a hacerlo? No importaba el ajuste que él creyera estar haciendo; era evidentemente imposible de ajustar, porque nunca se había producido una disminución o nivelación. El proceso había seguido adelante, ininterrumpidamente.

Se retorció en la cama con inquietud y desasosiego. ¿Por qué había escapado de la araña? ¿Por qué no se dejaba atrapar por ella? Entonces ya nada dependería de él. Sería una muerte espantosa, pero rápida; la desesperación concluiría. Y, sin embargo, seguía huyendo de ella, seguía improvisando, luchando y existiendo. ¿Por qué?

—1 metro, 72 centímetros.

Cuando se lo dijo, lo primero que ella hizo fue echarse a reír. No rió

demasiado tiempo. Casi inmediatamente la risa cesó y ella guardó silencio frente a él, mirándole. Porque el rostro de él no sonreía, porque su rostro era una máscara tensa e inexpressiva.

—¿Menguando? —ella articuló la palabra en un tembloroso murmullo.

—Sí —fue todo lo que él logró decir.

—Pero eso es...

Había estado a punto de decir que era imposible. Pero no era imposible, porque ahora que la palabra había sido pronunciada, cristalizó todos los secretos temores que ella experimentara desde el inicio de todo aquello, un mes antes; desde la primera visita de Scott al doctor Branson, que le había examinado por un posible arqueamiento de las piernas; y el primer diagnóstico del médico achacó lo sucedido a la pérdida de peso debida al viaje y el cambio de ambiente, excluyendo completamente la posibilidad de que Scott perdiera también altura.

Los temores se multiplicaron a lo largo de los días de tensa y atemorizada sospecha, durante los cuales Scott siguió disminuyendo de estatura; a lo largo de la segunda y tercera visita al doctor Branson; a lo largo de las pruebas de rayos X y análisis de sangre; a lo largo del examen completo de huesos, y la búsqueda de un tumor pituitario; a lo largo de los interminables días en que prosiguieron los exámenes de rayos X y la sombría búsqueda de un cáncer. A lo largo de aquel mismo día y hasta aquel mismo momento.

—Pero eso es imposible.

Tuvo que decirlo. Eran las únicas palabras que su mente y sus labios podían formular.

Él meneó la cabeza lentamente, aturdido.

—Es lo que Branson dijo —insistió—. Dijo que mi estatura había disminuido más de un centímetro durante los últimos cuatro días. —Tragó saliva—. Pero no sólo estoy perdiendo estatura. Todas las partes de mi cuerpo parecen estar menguando. Proporcionadamente.

—No —su voz expresó una obstinada negativa. Era la única reacción que ella podía tener ante tal idea—. ¿Eso es todo? —preguntó, casi agriamente—. ¿Eso es todo lo que él puede decir?

—Cariño, es lo que está ocurriendo —repuso él—. Me enseñó unas radiografías... las que hizo hace cuatro días, y las que ha hecho hoy. Es verdad. Estoy *menguando*... —hablaba como si le hubieran dado una violenta patada en el estómago y se hallara medio atontado, medio sofocado por la impresión.

—¡No! —esta vez ella pareció más asustada que firme—. Iremos a un especialista —dijo.

—Es lo que él sugiere —repuso Scott—. Me ha dicho que podía ir al Centro Médico Presbiteriano de Columbia, en Nueva York. Pero...

—Entonces irás —dijo ella, antes de que él terminara la frase.

—Cariño, el *costo* —se lamentó—. Ya debemos...

—¿Qué tiene eso que ver? ¿Has creído por un solo momento...?

Un estremecimiento nervioso le impidió continuar. Se quedó temblando, con los brazos cruzados y las manos agarradas a sus brazos, en carne de gallina. Era la primera vez —desde el comienzo de todo— que ella le demostraba lo asustada que estaba.

—Lou —la rodeó con sus brazos—. No pasa nada, querida, no pasa nada.

—No es verdad. Tienes que ir a ese centro. *Tienes* que ir.

—Muy bien, muy bien —murmuró él—. Lo haré.

—¿Te dijo lo que te harían? —preguntó ella, y él detectó la gran necesidad de esperanza que denotaba su voz.

—Pues... —se humedeció los labios, tratando de recordar—. ¡Oh!, dijo que me examinarían las glándulas endocrinas; la tiroides, la pituitaria..., las glándulas sexuales. Dijo que me harían un metabolismo basal y algunas otras pruebas.

Ella apretó los labios.

—Si sabe todo eso —observó—, ¿por qué tiene que decir lo que ha dicho sobre... sobre menguar? No es propio de un buen médico. Es una negligencia.

—Cariño, yo se lo pedí —contestó él—. Lo dejé bien claro cuando empecé a someterme a las pruebas. Le dije que no quería ningún secreto. ¿Qué otra cosa podía...?

—De acuerdo —le interrumpió ella—. Pero ¿tenía que decirlo... de esa manera?

—Eso es lo que es, Lou —repuso él, angustiado—. Hay pruebas que lo demuestran. Esas radiografías...

—Podría estar equivocado, Scott —le interrumpió ella—. Nadie es infalible.

Él no dijo nada durante unos momentos. Después, sosegadamente, ordenó:

—Mírame.

Cuando todo empezó, él medía un metro ochenta y dos. Ahora sus ojos estaban al mismo nivel que los de su esposa; y su esposa medía un metro

setenta y dos.

Desanimado, dejó caer el tenedor encima del plato.

—¿Cómo vamos a hacerlo? —preguntó—. El costo, Lou, el *costo*. Necesitaré un mes de hospitalización como mínimo; es lo que dijo Branson. Un mes sin trabajar. Marty ya está bastante apurado. ¿Cómo voy a esperar que siga pagándome el sueldo si ni siquiera...?

—Cariño, lo primero es tu salud! —replicó ella con voz penetrante—. Marty lo sabe. Tú lo sabes.

El bajó la cabeza, apretando los labios y los dientes. Cada factura era una cadena que le abrumaba. Casi podía sentir los pesados eslabones alrededor de sus extremidades.

—¿Y qué vamos a hacer...? —empezó, interrumpiéndose al ver que Beth le miraba fijamente, sin acordarse de cenar.

—Sigue comiendo —le dijo Lou.

Beth se sobresaltó ligeramente, y después hundió el tenedor en un montón de patatas cubiertas de salsa.

—¿Cómo vamos a pagarlo? —preguntó Scott—. No tenemos seguro médico. Ya debo quinientos dólares a Marty por las pruebas que me han hecho... —suspiró profundamente—. Y es posible que no obtengamos el préstamo del Gobierno.

—Ya nos las arreglaremos —dijo ella.

—Eso es muy fácil de decir —replicó él.

—Muy bien, ¿qué preferirías hacer? —preguntó ella, con la irritación del miedo en la voz—. ¿Olvidarlo? ¿Aceptar lo que el doctor ha dicho? ¿Quedarnos sentados y...? —un sollozo ahogó sus palabras.

La mano que él colocó sobre la suya no era consoladora. Estaba casi tan fría y temblorosa como la de ella.

—De acuerdo —murmuró—. De acuerdo, Lou.

Más tarde, mientras ella acostaba a Beth, él se quedó en el oscuro salón contemplando los coches que pasaban por la calle. A excepción de las voces ahogadas procedentes del dormitorio posterior, no se oía ningún ruido en el apartamento. Los coches pasaban a toda velocidad frente al edificio, iluminando el pavimento con los faros.

Pensaba en su solicitud de un seguro de vida. Formó parte de su plan, al

trasladarse al Este. En primer lugar, trabajaría para su hermano; después solicitaría un préstamo del Gobierno con la idea de convertirse en socio en el negocio de Marty. Conseguiría un seguro de vida y un seguro médico, una cuenta en un Banco, un coche decente, ropa, posiblemente una casa. Construiría una estructura de seguridad alrededor de él y de su familia.

Pero ahora llegaba aquello, que desbarataba el plan. No sólo eso, sino que amenazaba con destruirlo completamente.

No hubiera podido decir en qué preciso momento se planteó la pregunta. Pero de repente se encontró pensando en ella, mientras contemplaba fijamente sus manos alzadas y con los dedos extendidos, el corazón latiéndole apresuradamente y acorralado en una trampa helada.

¿Durante cuánto tiempo podía seguir menguando?

CAPÍTULO 3

Encontrar agua no le suponía ningún problema. El depósito próximo a la bomba eléctrica tenía un minúsculo escape en su superficie inferior. Debajo de él colocó un dedal que encontrara en un costurero que había en la caja de cartón debajo del depósito de petróleo. El dedal siempre rebosaba de agua cristalina.

Era la comida lo que ahora resultaba un problema. El trozo de pan viejo que había estado comiendo durante las últimas cinco semanas ya había desaparecido. Se comió los últimos restos para cenar, ayudándose con agua para tragarlos. El pan y el agua fría constituían toda su dieta desde que se hallaba encerrado en el sótano.

Caminó lentamente por el suelo cada vez más oscuro, en dirección a la blanca torre llena de telarañas cercana a las escaleras que conducían a las puertas cerradas del sótano. Los últimos rayos de luz se filtraban a través de las sucias ventanas: la que daba a las colinas de arena y el territorio de la araña, la que estaba sobre el depósito de combustible y la que se encontraba encima del montón de troncos. La débil iluminación caía en anchos barrotes grises encima del suelo de cemento, formando un dibujo de luz y oscuridad por el que él andaba. Al poco rato el sótano estaría negro como la boca de un lobo.

Había reflexionado durante muchas horas en la posibilidad de alcanzar de algún modo la anilla que colgaba sobre el suelo y tironearla para que la bombilla llena de polvo se encendiera, llevándose el terror de la oscuridad. Pero no había forma de llegar a la anilla. Para él estaba a treinta metros por encima de su cabeza, y resultaba completamente inalcanzable.

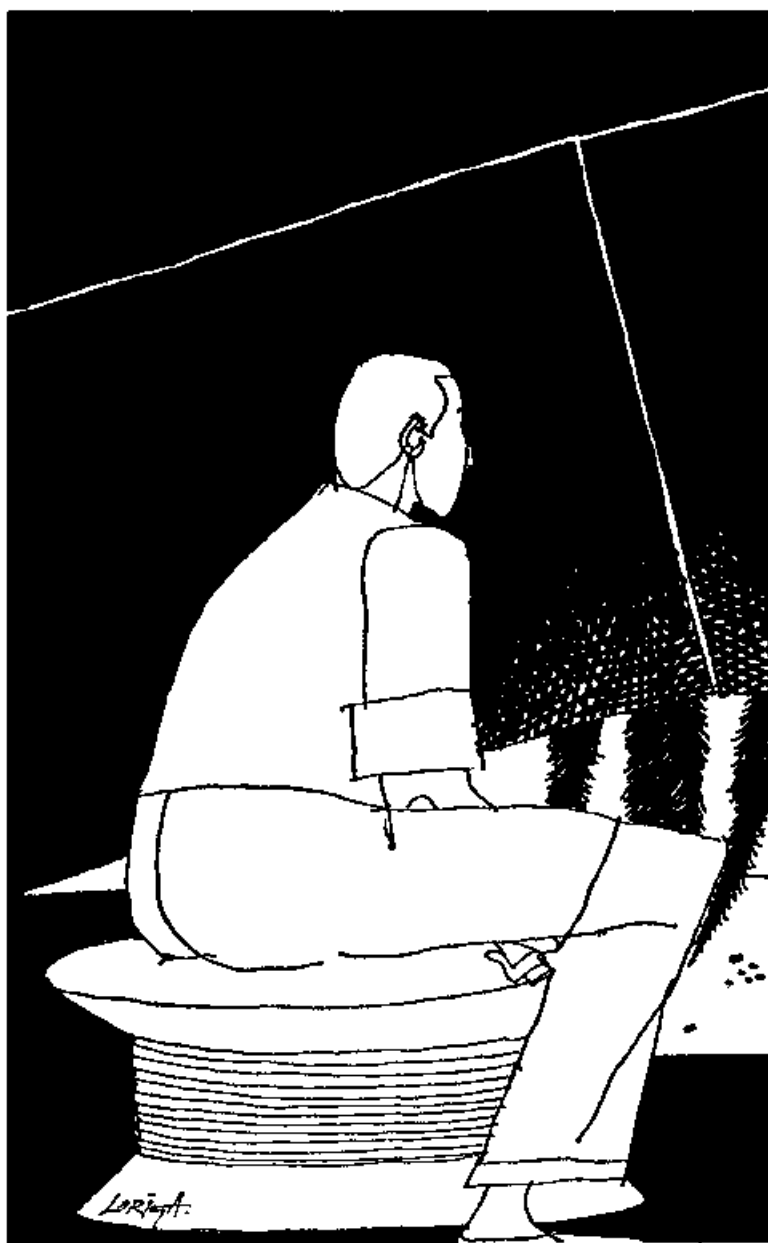
Scott Carey dio la vuelta a la opaca enormidad blanca de la nevera. La guardaron allí cuando se trasladaron a la casa. ¿Hacía sólo unos meses? Parecía un siglo. Era un modelo de nevera anticuado, uno que tenía el serpentín encerrado en un recinto cilíndrico en la parte superior. Al lado de este cilindro se veía una caja de galletas abierta. Que él supiera, era la única comida que quedaba en todo el sótano.

Se acordó de que la caja de galletas estaba en la nevera incluso antes de que quedase atrapado allí abajo. Las había dejado él mismo hacía mucho tiempo. No, no tanto tiempo. Pero, de algún modo, los días parecían más largos. Era como si las horas estuviesen concebidas para gente normal. Para cualquiera de menor tamaño, las horas se hallaban proporcionalmente aumentadas.

Era una ilusión, naturalmente, pero en su pequeñez estaba lleno de múltiples ilusiones: la ilusión de que no menguaba, sino que el mundo aumentaba; la ilusión de que los objetos eran lo que parecían sólo cuando la persona que los consideraba era de tamaño normal.

Para él —no podía evitarlo—, la estufa había perdido virtualmente su función de aparato calorífico. Era, casi en realidad, una gigantesca torre en cuyas entrañas rugía una llama mágica. Y la manguera era, casi en realidad, una víbora inmóvil, que dormía enrollada en gigantescas espirales rojas. Los tres cuartos de pared junto a la estufa *eran* un precipicio, y la arena un terrible desierto por cuyas dunas se arrastraba no una araña del tamaño de la uña del pulgar de un hombre, sino un horrible monstruo casi tan alto como él.

La realidad era relativa. Cada día que pasaba estaba más convencido de ello. Al cabo de seis días la realidad se borraría para él, pero no por la muerte, sino por un acto de desaparición tremendamente sencillo. Porque, ¿qué realidad podía haber a cero centímetros?



Sin embargo, siguió adelante. Ahora estaba escudriñando la empinada cara de la nevera, preguntándose cómo podría llegar allá arriba y coger las galletas.

Un súbito rugido le hizo dar un salto y volverse rápidamente, con el corazón latiéndole con gran fuerza. No era más que la estufa que volvía a encenderse, haciendo temblar el suelo bajo sus pies y enviando entumecedoras vibraciones a lo largo de sus piernas. Tragó saliva con esfuerzo. Era como si viviera en la jungla, donde cada sonido constituye una advertencia de muerte.

Estaba oscureciendo demasiado. El sótano era un lugar aterrador cuando se hallaba a oscuras. Se apresuró por la helada extensión, estremeciéndose bajo la túnica que se había hecho metiendo la cabeza en el agujero de un pedazo de tela, desgarrando los bordes en tiras y atándolas con nudos. La ropa que llevaba cuando bajó al sótano yacía en sucios montones junto al calentador de agua. La había llevado el mayor tiempo posible, enrollando las mangas y los puños y apretando el cinturón, y no la desechó hasta que su enorme volumen empezó a entorpecer sus movimientos. Entonces se había confeccionado aquella túnica. Ahora siempre tenía frío, excepto cuando estaba debajo del calentador de agua.

Comenzó a andar con nerviosismo, repentinamente ansioso de encontrarse fuera del oscuro suelo. Su mirada voló un momento al elevado borde del precipicio y su rostro se contrajo, pues le pareció que la araña se descolgaba por él. Había empezado a correr antes de darse cuenta de que sólo era una sombra. Volvió a andar con pasos vivos y espasmódicos. ¿Adaptarse?, pensó. ¿Quién iba a adaptarse a aquello?

Cuando estuvo nuevamente debajo del calentador, cubrió su cama con la parte superior de una caja y se tendió para descansar bajo su amparo.

Seguía temblando. Aspiraba el olor seco y acre del cartón junto a su rostro, y le parecía que estaba siendo estrangulado. Era otra de las ilusiones que sufría durante la noche.

Se esforzó por conciliar el sueño. Ya se preocuparía de las galletas al día siguiente, cuando hubiese luz. O quizá no se preocupara en absoluto. Quizá permaneciera allí inmóvil, y dejara que el hambre y la sed terminaran lo que él no podía terminar, a pesar de todos sus desalientos.

¡Tonterías!, pensó furiosamente. Si no lo había hecho antes, era poco probable que lo hiciera ahora.

1 metro, 62 centímetros. Louise guió el Ford azul alrededor del amplio arco que conducía de Queens Boulevard a la avenida de Cross Island. No se oía otra cosa que el ronco zumbido del motor. La conversación había cesado

cuatrocientos metros después de salir del túnel Midtown. Scott se había incluso inclinado hacia el brillante botón de la radio y había cerrado la música. Ahora miraba tristemente por el parabrisas, aunque sin ver nada.

La tensión había empezado mucho antes de que Louise fuera al Centro a buscarle.

Él se había estado preparando para ello desde que les dijo a los médicos que se marchaba. En realidad, los accesos de cólera se habían amontonado desde su ingreso en el Centro. El miedo a convertirse en una carga financiera había ocasionado el primero, cuyo centro era el peso de la inseguridad. Cada uno de aquellos días estériles y llenos de nervios que pasó en el Centro añadió otro poco de cólera.

Después, el hecho de ver a Louise no sólo airadamente trastornada por su empeño, sino incapaz de ocultar su impresión al verle diez centímetros más bajo que ella, había sido demasiado. Apenas había abierto la boca desde el momento que ella entró en su habitación, y lo que había dicho fue escueto, caracterizado por la más absoluta reserva.

Ahora pasaban frente a las ricas propiedades de Jamaica. Scott apenas se fijó en ellas. Estaba pensando en el imposible futuro.

—¿Qué? —preguntó, sobresaltándose ligeramente.

—Te pregunté que si has desayunado.

—¡Oh!, sí. Hacia las ocho, supongo.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres que pare?

—No.

La miró de reojo, observando la tensa indecisión de su rostro.

—¡Bueno, dilo! —estalló él—. Por el amor de Dios, dilo y quédate tranquila.

Vio que la suave piel de su garganta se contraía al tragar saliva.

—¿Qué quieres que te diga? —preguntó ella.

—Está bien —asintió en cortos y espasmódicos movimientos—. Está bien, ahora haz que parezca culpa mía. Soy un idiota que no quiere saber lo que no funciona en su interior. Soy...

Concluyó antes de haber empezado. La contracorriente de temores secretos que le atenazaba ahogó toda su rabia. La cólera sólo se refleja en accesos esporádicos en un hombre que vivía con el horror.

—Ya sabes lo que siento, Scott... —dijo ella.

—Claro que sé lo que sientes —repuso él—. Sin embargo, tú no tienes que pagar las facturas.

—Ya te he dicho que estoy más que dispuesta a trabajar.

—Es inútil seguir hablando de ello —dijo él—. El hecho de que tú trabajaras no nos ayudaría en nada. Todavía nos hundiríamos más. —Exhaló un profundo suspiro—. Por otra parte, ¿qué diferencia ves? No han averiguado nada.

—¡Scott, ese médico dijo que podían ser necesarios varios meses! Ni siquiera les has dejado concluir sus pruebas. ¿Cómo puedes...?

—¿Qué creen que voy a hacer? —explotó él—. ¿Seguir permitiendo que jueguen conmigo? ¡Oh!, tú no has estado allí, no has visto nada. ¡Son como niños con un juguete nuevo! ¡Un hombre menguante, Dios Todopoderoso, un hombre menguante! Hace que sus ojos se iluminen. Lo único que les interesa es mi «increíble catabolismo».

—¿Qué diferencia supone eso? —preguntó ella—. Siguen siendo de los mejores médicos del país.

—Y de los más caros —replicó él—. Si están tan maravillosamente fascinados, ¿por qué no se ofrecieron a cuidarme gratis? Incluso se lo pregunté a uno de ellos. Oh, cualquiera hubiese pensado que estaba insultando la virtud de su madre.

Ella no dijo nada. Su pecho subía y bajaba a causa de la agitada respiración.

—Estoy harto de que me examinen —prosiguió él, sin querer hundirse de nuevo en el incómodo aislamiento del silencio—. Estoy harto de pruebas de metabolismo basal y proteínas; harto de beber yodo radiactivo y agua saturada de bario; harto de radiografías y cultivos de sangre, y contadores Geiger en la garganta, y de que me controlen la temperatura un millón de veces al día. Tú no has pasado por eso; no sabes lo que es. Es como una... una Inquisición. ¿Y con qué fin? No han encontrado nada. ¡Nada! Y nunca lo harán. ¡Y no quiero deberles miles de dólares por no haber encontrado nada!

Se dejó caer sobre el asiento y cerró los ojos. La ira no resultaba satisfactoria cuando estaba dirigida a un sujeto que no la merecía. Pero no desaparecería sólo por eso. Ardía como una llama en su interior.

—No habían terminado, Scott.

—Las facturas no te importan —dijo él.

—Me importas *tú* —contestó ella.

—¿Y quieres decirme quién es el entusiasta de la «seguridad» en este matrimonio? —preguntó él.

—Eso no es justo.

—¿De verdad? ¿Qué es lo que nos trajo aquí desde California, en primer lugar? ¿Yo? ¿Porqué decidí que tenía que entrar en el negocio de Marty? Yo era feliz allí. No hubiera... —aspiró profundamente y dejó que se le vaciaran los pulmones—. Olvídalo —dijo—. Lo siento, perdóname. Pero no voy a volver.

—Estás furioso y dolido, Scott. Por eso no quieres volver.

—¡No quiero volver porque es inútil! —gritó.

Siguieron en silencio durante algunos kilómetros. Después, ella dijo:

—Scott, ¿crees realmente que hubiera preferido mi seguridad a tu salud?

Él no contestó.

—¿Lo crees o no?

—¿Por qué hablar de ello? —dijo.

A la mañana siguiente, sábado, recibió las hojas de solicitud procedentes de la compañía aseguradora de vida y las rompió en cuatro pedazos, que tiró a la papelera. Después salió a dar un largo y triste paseo. Y mientras estaba fuera pensó en la creación, por parte de Dios, del cielo y la tierra en siete días.

El menguaba tres milímetros y medio al día.

En el sótano todo era silencio. La estufa acababa de apagarse, y el metálico jadeo de la bomba de agua había sido silenciado por una hora. Yacía bajo la tapa de la caja de cartón escuchando el silencio, exhausto, pero incapaz de dormir. Una vida animal sin una mente animal no inducía el sueño pesado y fácil de un animal.

La araña apareció hacia las once. Él no sabía que eran las once, pero aún sonaban los ruidos sordos de unos pasos encima de su cabeza, y sabía que Lou solía acostarse a medianoche.

Escuchó el lento rasgueo de la araña sobre la tapa de la caja, bajando por un lado, subiendo por otro, buscando con terrible paciencia alguna abertura. Una viuda negra. Los hombres la llamaban así porque la hembra mataba y se comía al macho, si tenía oportunidad de hacerlo, después del apareamiento.

Una viuda negra. De un negro brillante, con el estrecho rectángulo

escarlata en su abdomen con forma de huevo; lo que se llamaba su «reloj de arena». Una criatura con un sistema nervioso altamente desarrollado, y una memoria considerable. Una criatura cuyo veneno era doce veces más mortífero que el de la serpiente de cascabel.

La viuda negra se encaramó a la tapa de la caja debajo de la cual se escondía, y creyó comprobar que era casi tan grande como él. Al cabo de unos días *sería* igual de grande; después, en unos días más, mayor que él. La idea le trastornó. ¿Cómo podría escaparse, entonces?

«¡Tengo que salir de aquí!», pensó desesperadamente.

Sus ojos se cerraron, sus músculos se contrajeron lentamente en la admisión de su inutilidad. Ya hacía cinco semanas que trataba de salir del sótano. ¿Qué posibilidades tenía ahora, que medía la sexta parte de su estatura en el momento de entrar en él?

Los arañazos volvieron a oírse, esta vez *debajo* del cartón.

Había un pequeño desgarrón en un lado de la tapa de la caja; suficiente para que la araña metiera una de sus muchas patas.

Permaneció allí temblando, escuchando el rasgueo de la afilada pata en el cemento, que sonaba como una navaja de afeitar sobre papel de lija. Nunca se acercaba a más de doce centímetros de la cama, pero le daba pesadillas. Cerró los ojos con fuerza.

—¡Fuera de aquí! —chilló—. ¡Fuera de aquí, fuera de aquí!

Su voz sonó con estridencia debajo del recinto acartonado. Le dolieron los tímpanos. Siguió temblando violentamente mientras la araña rascaba, saltaba y se encaramaba a la tapa de la caja, tratando de meterse por ella.

Dando la vuelta, sepultó la cara en las ásperas arrugas del pañuelo que cubría la esponja. «¡Si pudiera matarla!», pensó con angustia. Entonces, por lo menos sus últimos días serían tranquilos.

Cerca de una hora más tarde, los arañazos cesaron y el animal se alejó. Una vez más fue consciente de su piel sudorosa, de la frialdad y el agarrotamiento de sus dedos. Siguió respirando convulsivamente a través de los labios separados, debilitado por la violenta lucha contra el horror.

¿Matarla? La idea le heló la sangre.

Un poco más tarde se sumió en un agitado sueño, y pasó la noche envuelto en el tormento de horribles pesadillas.

CAPÍTULO 4

Sus ojos se abrieron.

Sólo el instinto le dijo que la noche había finalizado. Debajo de la caja aún reinaba la oscuridad. Ahogando un gemido, se incorporó en la cama de esponja y se puso cautelosamente en pie hasta apartar la superficie de cartón con el hombro. Después fue a una esquina y, empujando con fuerza hacia arriba, acabó de desplazar la tapa de la caja.

En el mundo exterior estaba lloviendo. Una luz grisácea se introducía entre las gotas que mojaban los cristales, convirtiendo las sombras en oscilaciones sesgadas y las manchas de luz en estremecimientos de pálida gelatina.

Lo primero que hizo fue bajar de la plataforma de cemento y dirigirse a la regla de madera. Era lo primero que hacía todas las mañanas. La regla estaba junto a las ruedas de la enorme cortadora de césped amarilla, allí donde él la había dejado.

Se apretó contra su superficie graduada y puso la mano derecha encima de su cabeza. Entonces, dejando la mano en aquel lugar, dio un paso atrás y miró.

Las reglas no estaban divididas en partes de tres milímetros y medio; él mismo había añadido las señales. Su mano oscureció la línea indicadora de que medía cinco de estas partes.

Dejó caer la mano a lo largo del cuerpo. «Pero ¿qué esperabas?», inquirió su mente. No contestó. Se limitó a preguntarse por qué se torturaba de aquel modo todos los días, insistiendo en ese masoquismo clínico. No podía creer que ahora fuera a detenerse; que las inyecciones empezaran a hacer efecto en aquel punto. Entonces, ¿por qué? ¿Formaba parte de su resolución previa acerca de seguir el descenso hasta el mismo final? En este caso, ya era inútil. Nadie más lo seguiría.

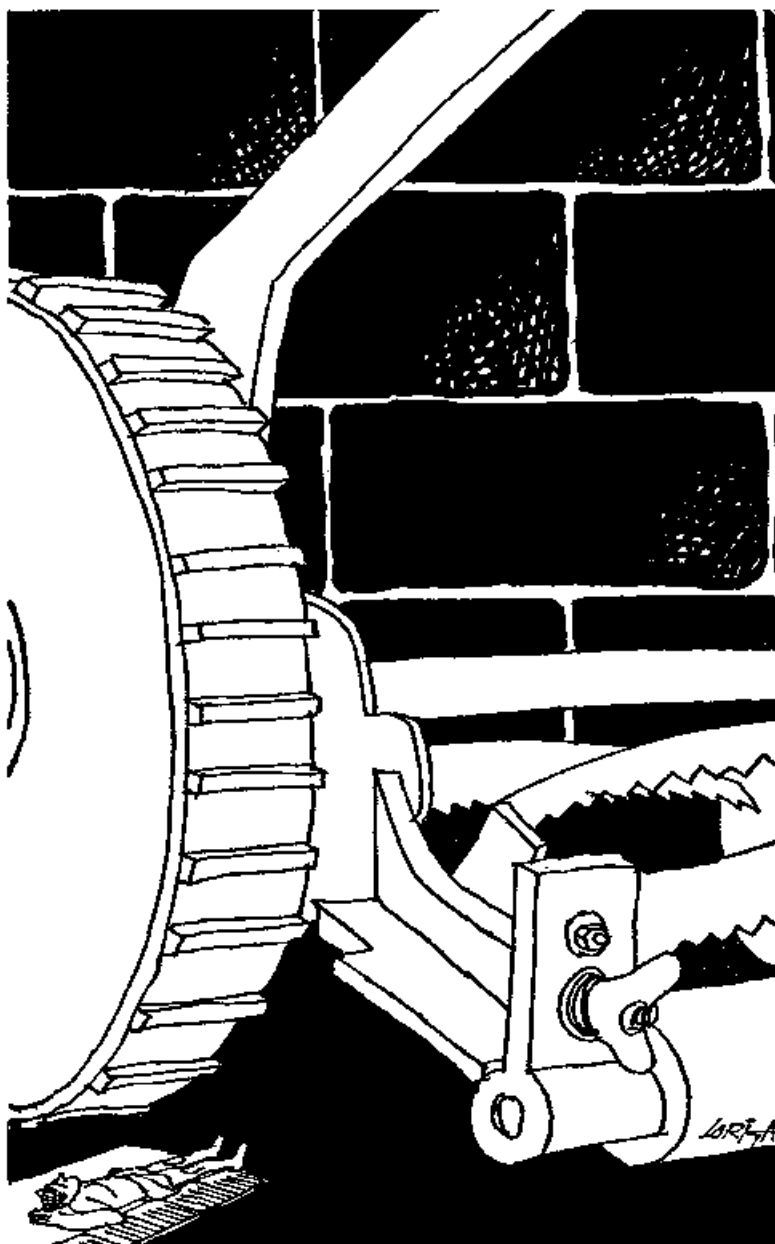
Paseó lentamente por el frío cemento. A excepción del ligero golpeteo de la lluvia sobre las ventanas, el sótano estaba en silencio. A lo lejos se oía el retumbante sonido de un tambor; probablemente era la lluvia en las puertas del sótano. Siguió andando, desviando automáticamente la mirada hacia el borde del precipicio, en busca de la araña. No estaba allí.

Caminó pesadamente bajo el árbol de trapos para dirigirse al escalón que se hundía tres centímetros por debajo de la vasta y oscura cava donde se hallaban el depósito y la bomba de agua. «Tres centímetros», pensó, acercándose lentamente a la escalera de cuerda que había hecho y que estaba atada al ladrillo de encima de ese escalón. Tres centímetros, y para él era el

equivalente de cuarenta y cinco metros referidos a un hombre de estatura normal.

Empezó a bajar prudentemente, raspándose los nudillos contra el áspero cemento. Tendría que habersele ocurrido un medio de mantener la escalera apartada de la pared. Bueno, ya era demasiado tarde para eso; él era demasiado pequeño. En realidad, incluso estirándose dolorosamente, apenas llegaba al travesaño de debajo, al de debajo de éste..., al de debajo de éste.

Haciendo una mueca, se salpicó la cara con agua helada. Llegaba justo al borde del dedal. Al cabo de dos días ni siquiera llegaría al borde y, probablemente, tampoco podría bajar por la escalerilla de cuerda. ¿Qué haría entonces?



Tratando de no pensar en problemas insolubles, bebió el agua en la palma de la mano; bebió hasta que le dolieron los dientes. Entonces se secó la cara y las manos en su túnica y se encaramó a la escalera.

Tuvo que detenerse y descansar a mitad de la ascensión. Permaneció allí, con los brazos alrededor de un peldaño, cuyo cordel tenía para él el grosor de una cuerda.

¿Y si la araña aparecía en aquel momento en la parte superior de la escalerilla? ¿Y si empezaba a descender en dirección a él? Se estremeció.

«Basta», rogó a su mente. Ya era bastante tormento tener que protegerse realmente de la araña para además llenar el resto del tiempo con crueles fantasías.

Tragó saliva nuevamente, atenazado por el miedo. Era verdad. La garganta le dolía.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró.

Fue todo lo que necesitó.

Trepó el resto del camino en silencio, y después inició su excursión de cuatrocientos metros hasta el frigorífico. Dio la vuelta a las gruesas espirales de la manguera, pasó junto al asa —tan grande como un árbol— del rastrillo, las ruedas tan altas como una casa de la segadora de césped, la mesa de mimbre que tenía la mitad de altura de la nevera, la cual era, a su vez, tan alta como un edificio de diez pisos. El hambre ya empezaba a contraerle el estómago.

Se quedó mirando la nevera con la cabeza echada hacia atrás. De haber visto algunas nubes flotando sobre su cilindro superior, la lejanía del pico de la montaña no habría sido más gráficamente manifiesta para él.

Bajó la mirada. Inició un suspiro, pero el suspiro fue cortado por un brusco gruñido. Volvía a ser la estufa, que estremeció el suelo. Nunca se acostumbraría. No tenía un ritmo de encendido regular. Y lo que era peor, cada día parecía más ruidosa.

Durante lo que él creyó un largo rato, siguió mirando indecisamente las blancas patas de la nevera. Después reaccionó y suspiró profundamente. No tenía sentido permanecer allí. O bien llegaba a las galletas, o bien se moría de hambre.

Paseó la vista por la mesa de mimbre, haciendo planes.

Como la cima de una montaña, la parte superior de la nevera podía alcanzarse por diversas rutas, ninguna de ellas fácil. Podía tratar de escalar la escalerilla que, como la segadora de césped, se hallaba apoyada en el depósito de combustible. Una vez llegara a la parte superior del depósito —una hazaña

que, por sí misma, podía equipararse a la ascensión del Everest—, podía llegar al enorme montón de cajas de cartón que había junto a él, pasar a la amplia cara de la maleta de piel de Louise, y desde allí subir por la cuerda hasta la parte superior de la nevera. También podía tratar de encaramarse a la mesa roja de patas en cruz, saltar por encima de las cajas, atravesar la maleta y subir por la cuerda. O bien tratar de subir a la mesa de mimbre, que estaba junto a la nevera, y una vez en la cumbre, trepar por la larga y peligrosa cuerda.

Se volvió de espaldas a la nevera y recorrió el sótano con la mirada, fijándose en la pared del precipicio, los útiles de croquet, las amontonadas sillas de jardín, la sombrilla de alegres rayas y los taburetes plegables de lona color aceituna. Lo miró todo con desaliento.

¿No había otra solución? ¿No había ninguna otra cosa para comer, aparte de aquellas galletas?

Paseó lentamente la mirada por el borde del precipicio. Allí estaba la última rebanada de pan seco que le quedaba; pero sabía que no podía ir a buscarla. El miedo a la araña estaba demasiado arraigado en él. Ni siquiera el hambre podría impulsarle a trepar nuevamente aquel precipicio.

De repente pensó: «¿Serán comestibles las arañas?» El estómago le dio un vuelco. Apartó la idea de su mente con un gran esfuerzo, y volvió a enfrentarse con el problema más inmediato.

No podía realizar el ascenso sin ayuda, y éste no era más que el primer obstáculo.

Paseó por el suelo, sintiendo su frescor a través de las sandalias casi gastadas. Bajo las sombras del depósito de combustible, trepó entre los bordes rasgados de un lado de la caja de cartón. «¿Y si la araña estuviera esperándome dentro?», pensó. Se detuvo, con el corazón latiéndole apresuradamente, una pierna dentro y la otra fuera. Aspiró con fuerza para darse ánimos. *No es más que una araña* —se dijo—. *No es una especialista en táctica.*

Mientras seguía trepando para introducirse en las mohosas profundidades de la caja, deseó poder creer realmente que la araña no era inteligente, sino un ser guiado por sus instintos.

Cuando buscaba el hilo, su mano tropezó con un objeto de metal helado y dio un salto hacia atrás. Se repuso. No era más que un alfiler. Sus labios se fruncieron. ¿Nada más que un alfiler? Era del tamaño de la lanza de un caballero.

Encontró el hilo y desenredó laboriosamente unos veinte centímetros. Le llevó un minuto de tirar y morder con los dientes para separarlo de su carrete, grande como un barril.

Arrastró el hilo fuera de la caja y volvió a la mesa de mimbre. Después se dirigió al montón de troncos, y rompió un trozo del mismo tamaño que su brazo, desde el codo a las yemas de los dedos. Lo llevó consigo a la mesa y lo ató al hilo.

Ya estaba listo.

El primer paso era fácil. Retorciéndose como una enredadera en torno a la pata central de la mesa había dos tiras de mimbre más estrechas, de un grosor parecido al de su cuerpo. En un punto siete centímetros más abajo del primer estante de la mesa, estas dos tiras se separaban de la pata, doblándose en ángulo hacia el estante, para volver de nuevo y, siete centímetros por encima del estante, enrollarse otra vez en torno a la pata central.

Lanzó el pedazo de madera hacia el espacio donde una de las tiras empezaba a despegarse de la pata. A la tercera tentativa, el pedazo de madera se introdujo en la abertura y él tiró cuidadosamente del hilo para comprobar que estuviese bien encajado entre la pata y la tira. Entonces comenzó a trepar, con los pies apuntalados en la pata a medida que ascendía, y el cuerpo oscilando al extremo del tirante hilo.

Al llegar al primer punto, tiró del hilo hacia arriba, soltó la barra de madera, y se preparó para la siguiente etapa de la ascensión.

Al cabo de cuatro tiradas, la barra de madera se introdujo entre dos tiras del enrejado del estante. Subió a él.

Tendido débilmente en la repisa, permaneció jadeante e inmóvil. Después, tras unos minutos, se incorporó y contempló lo que para él constituía una caída de quince metros. Ya estaba cansado, y la ascensión no había hecho más que empezar.

Al otro lado del sótano la bomba inició nuevamente su agudo resoplido, y él lo escuchó mientras miraba hacia el gran pabellón de la superficie de la mesa, treinta metros por encima de su cabeza.

Vamos —murmuró entonces para sí—. *Vamos, vamos, vamos, vamos.*

Se puso en pie. Aspirando profundamente, tiró el pedazo de madera al siguiente lugar donde se unían la pata y la tira.

Tuvo que apartarse de un salto cuando el tiro falló, y la barra de madera cayó sobre él. Su pierna derecha se deslizó por un hueco de la celosía, y tuvo que agarrarse a las piezas transversales para no estrellarse contra el suelo.

Estuvo así un largo minuto, con una pierna colgando en el aire. Después, gimiendo, se enderezó nuevamente, mientras sentía un gran dolor en los músculos de la pierna derecha. Se le ocurrió que debía tener alguna luxación. Apretó los dientes y exhaló un profundo suspiro. Garganta inflamada, pierna dislocada, hambre, cansancio... ¿Qué vendría después?

Al cabo de doce tiros y un supremo esfuerzo, la barra de madera se introdujo en la abertura deseada. Una vez hubo estirado el hilo al máximo, se dispuso a trepar los diez metros restantes, con los dientes apretados y la respiración agitada. Hizo caso omiso del dolor que sintió en los músculos mientras ascendía; pero cuando llegó a la bifurcación, se apuntaló entre la pata de la mesa y la tira y se recostó allí, jadeando y con los músculos doloridos.

Tendré que descansar —se dijo—. *No puedo seguir adelante.* El sótano se hizo borroso ante sus ojos.

Fue a visitar a su madre la semana que medía un metro cincuenta y nueve. La última vez que la había visto, él medía un metro ochenta y dos.

El miedo hizo presa en él, más frío que el viento invernal, mientras subía por la calle de Brooklyn en dirección a la casa de dos pisos en la que vivía su madre. Dos niños jugaban a la pelota en la calle. Uno de ellos falló al intentar recoger el tiro del otro. La pelota botó hacia Scott y éste se agachó para cogerla.

El muchacho gritó:

—¡Tíramela, chico!

Algo parecido a una corriente eléctrica le hizo estremecer. Lanzó con fuerza la pelota.

El muchacho gritó:

—¡Buen tiro, chico!

Siguió andando, extremadamente pálido.

Y la horrible hora que pasó con su madre. Se acordaba muy bien. La forma en que eludió lo evidente..., hablando de Marty, y Therese, y su hijo, Billy; de Louise y Beth, de la apacible vida que podía llevar gracias a los cheques mensuales de Marty...

Había puesto la mesa tan impecablemente como de costumbre: cada plato y taza en su lugar adecuado, cada pastelillo y bizcocho arreglado simétricamente. Se sentó junto a ella, sintiéndose mareado; el café le abrasó la garganta y los pastelillos le parecieron insípidos.

Finalmente, cuando era demasiado tarde, ella había hablado de la cuestión. «Aquello», dijo, «por lo que estás siguiendo un tratamiento».

Él sabía exactamente lo que ella quería oír, y mencionó el Centro y las pruebas. El alivio hizo desaparecer las arrugas de preocupación que surcaban la piel rosada de su cara. «Magnífico», dijo ella; «magnífico». Los médicos le

curarían. Los médicos lo sabían todo en aquellos días; todo.

Y no hubo nada más.

Mientras se dirigía a su casa se sintió asqueado, porque entre todas las reacciones que ella podía haber experimentado ante su desgracia, había mostrado la que él menos se imaginaba.

Después, cuando llegó a su casa, Louise le acorraló en la cocina, insistiéndole para que volviera al Centro y se dejara hacer todas las pruebas. Ella trabajaría, enviarían a Beth a una guardería. Todo saldría bien. Al principio su voz era firme, obstinada; después se interrumpió, y todo su terror e infelicidad contenidos se hicieron patentes.

Él permaneció a su lado, rodeándola con un brazo, y deseando consolarla, pero sin ser capaz de otra cosa más que de mirar su rostro y luchar contra la deprimente sensación de ser mucho más bajo que ella.

—Muy bien —le dijo—, muy bien. Volveré. Volveré; no llores.

Y al día siguiente, llegó del Centro una carta en la que se le comunicaba que «debido a la insólita naturaleza de su enfermedad, cuya investigación puede ser de inestimable valor para el conocimiento médico», estaban dispuestos a continuar las pruebas *gratuitamente*.

Y el regreso al Centro; se acordaba muy bien. Y el descubrimiento.

Las cosas fueron recobrando su forma ante los ojos de Scott. Se puso en pie de nuevo con un suspiro, apoyándose con una mano en la pata de la mesa.

A partir de este lugar, las dos tiras se apartaban completamente de la pata y se alzaban hacia ángulos diferentes, reforzadas por sendos largueros, hasta alcanzar la parte inferior de la superficie de la mesa. A lo largo de cada tramo ascendente había tres barras verticales, a modo de gigantescos pasamanos. Ya no necesitaría el hilo.

Empezó a escalar la pendiente de setenta grados, agarrándose primero a la barra vertical y, una vez asido a ella, subiendo lentamente, mientras las sandalias resbalaban a lo largo de la barra. Después se agarró a la siguiente barra y se encaramó a ella. Al concentrarse en el penoso esfuerzo, se olvidaba de todos sus pensamientos y se hundía en la apatía mecánica durante varios minutos, a lo largo los cuales sólo los retortijones del hambre lograban recordarle su apurada situación.

Al fin, resoplando, con la garganta seca e irritada a causa de la agitada respiración, llegó al término de la pendiente y se sentó entre la barra y la última tira vertical, contemplando la gran extensión de la tabla de la mesa.

Su rostro se contrajo.

—No...

El murmullo se convirtió en una exclamación de desánimo cuando sus ojos irritados miraron en torno. Había un espacio de noventa centímetros hasta el borde inferior de la mesa. Pero no había allí ningún asidero.

—¡No!

¿Había recorrido tanto camino para nada? No podía creerlo, no quería creerlo. Cerró los ojos. *Me tiraré —pensó—. Me dejaré caer al suelo. Esto es demasiado.*

Volvió a abrir los ojos, mientras los pequeños huesos de sus mejillas se movían cada vez que apretaba con fuerza los dientes. No iba a dejarse caer a ningún sitio. Si se caía, sería al saltar hacia el borde de la mesa. No iba a caerse por su propia voluntad bajo ninguna circunstancia.

Se arrastró por el larguero horizontal, que corría a lo largo de la superficie de la mesa, buscando. Tenía que haber un medio. *Tenía* que haberlo.

Al doblar la esquina del larguero, lo vio.

Debajo del borde de la mesa había una tira de madera de un grosor aproximado al doble de su brazo. Estaba unida a la mesa con clavos algo más pequeños que él mismo.

Dos de ellos se habían desclavado, y en este punto la tira se combaba cerca de seis milímetros por debajo del borde de la mesa. Seis milímetros..., casi noventa centímetros para él. Si lograba saltar a ese hueco, podría asirse a la tira y dispondría de una oportunidad para encaramarse a la superficie de la mesa.

Permaneció inmóvil, respirando profundamente, y contemplando la tira abombada y el espacio que tenía que saltar. Era por lo menos un metro veinte para él. Un metro veinte de espacio vacío.

Se humedeció los labios resecos. Afuera, la lluvia seguía cayendo; oía el golpeteo producido al chocar las gotas con los cristales de las ventanas. Torbellinos de luz grisácea iluminaban su rostro. Miró por encima del montón de troncos hacia la ventana, a unos cuatrocientos metros de él. La forma en que el agua de lluvia corría por los cristales hacía que pareciera unos grandes ojos huecos que le estuvieran mirando.

Desvió la mirada. No tenía sentido permanecer allí. Tenía que comer. Retroceder habría sido absurdo. Debía continuar.

Se preparó para el salto. *Puede ser ahora —pensó, extrañamente alarmado—. Este puede ser el fin de mi largo y fantástico viaje.*

Apretó los labios con fuerza.

—Que sea lo que Dios quiera —susurró entonces, lanzándose al vacío.

Sus brazos chocaron con tal fuerza contra la barra de madera que perdieron casi totalmente su capacidad de reacción. «¡Me caigo!», le gritó su mente. Entonces los brazos se cerraron sobre la madera, y permaneció allí jadeando y balanceando las piernas sobre el tremendo vacío.

Estuvo así unos minutos, conteniendo el aliento, mientras esperaba que las sensaciones volvieran a sus brazos. Después, cuidadosamente, con agonizante lentitud, dio la vuelta sobre la barra para quedar de cara a los largueros. Una vez hecho esto, se fue incorporando hasta quedar sentado en la barra, a la que se asió con fuerza. Se quedó inmóvil, con los músculos entumecidos por el cansancio.

El último paso hasta la superficie de la mesa era el más difícil.

Tendría que ponerse en pie sobre la lisa superficie circular de la barra y, dando un salto, lanzar el brazo por encima del borde de la mesa. Que él supiera, allí no había nada donde sostenerse. Sería cuestión de presionar la superficie con brazos y manos de modo que la fuerza de la fricción le aguantara.

Después tendría que escalar el borde.

Por un momento fue consciente de lo grotesco del espectáculo..., el desatino de un mundo en el que podía matarse al intentar subir a la tabla de una mesa que cualquier hombre normal podría levantar y llevar con una mano.

No profundizó en la idea. «Olvídalo», se ordenó a sí mismo.

Aspiró profundamente hasta que el temblor de sus brazos y piernas disminuyó. Después se fue poniendo lentamente en cuclillas sobre la pulida madera, manteniendo el equilibrio al cogerse al borde inferior del tablero de la mesa.

La suela de sus sandalias era demasiado lisa. No se adhería bien a la madera. Tendría que quitárselas a pesar del frío que hacía. Lo hizo, sacudiendo un pie después del otro y, al cabo de un momento, oyó que chocaban contra el suelo.

Se tambaleó un momento, recobró el equilibrio, y aspiró larga y profundamente. Hizo una pausa.

Ahora.

Dio un salto hacia arriba en el vacío, y lanzó los brazos por encima del borde de la mesa. Un amplio panorama de enormes objetos amontonados se ofreció a su vista. Entonces empezó a resbalar y se agarró a la madera,

hundiendo las uñas en ella. Siguió resbalando hacia el borde, mientras su cuerpo avanzaba hacia el espacio y le arrastraba.

—No... —gimió con voz ahogada.

Consiguió saltar de nuevo hacia adelante, con las yemas de los dedos pegadas a la superficie de madera, y los brazos apretando desesperadamente hacia abajo.

Vio una vara curvada de metal.

Estaba a seis milímetros de sus dedos. Si no la alcanzaba, se caería. Dejando una mano quieta, clavándose las astillas en los dedos, alzó la otra mano hacia la vara.

¡Cuidado!

La mano que había levantado volvió a caerse y se asió frenéticamente a la madera. Empezó a resbalar hacia atrás de nuevo. Con un último y frenético impulso, trató de coger la vara... y sus manos se cerraron sobre su helado grosor.

Se encaramó, con gran esfuerzo, sobre el borde de la mesa. Entonces sus manos soltaron el metal —que era el asa de un bote de pintura— y se desplomó pesadamente sobre pecho y estómago.

Permaneció largo rato en esta posición, incapaz de moverse, temblando con los restos del miedo y el esfuerzo, y aspirando grandes bocanadas de aire frío. *Lo he conseguido* —pensó. Esto era todo lo que se le ocurría—. *¡Lo he conseguido, lo he conseguido!*

A pesar de lo cansado que estaba, este pensamiento le hizo experimentar un agradable sentimiento de orgullo.

CAPÍTULO 5

Al cabo de un rato se levantó con inseguridad, y miró a su alrededor.

La superficie de la mesa estaba llena de macizas latas de pintura, botellas y jarras. Scott paseó entre sus gigantescas formas, pisó el borde dentado de una sierra y volvió rápidamente a la superficie de la mesa.

Pintura naranja. Pasó junto a la lata y su cabeza rozó el borde inferior del rótulo. Recordó haber pintado las sillas durante una de las muchas horas que estuvo en el sótano antes de su última e irrevocable caída ocasionada por la nieve.

Con la cabeza hacia atrás, vio el mango de un cepillo manchado de naranja saliendo de una enorme jarra. Un día —no tan lejano— había sostenido aquel mango entre los dedos. Ahora tenía una longitud diez veces superior a la suya; era un enorme palo, de extremo afilado y brillante madera amarilla.

Se oyó un fuerte crujido, y el estentóreo rugido de la estufa llenó nuevamente el aire. Los latidos de su corazón se aceleraron y después volvieron a normalizarse. No, no se acostumbraría nunca a su atronador y repentino carácter. Bueno, de todos modos, sólo le quedaban cuatro días de aguantarlo, pensó.

Empezaba a tener frío en los pies; no había tiempo que perder. Avanzó entre los deslucidos botes de pintura hasta llegar a la cuerda, gruesa como su cuerpo, que caía en espiral de la parte superior de la nevera.

Un golpe de suerte. Encontró un arrugado trapo rosa junto a la altísima botella marrón de aguarrás. Se envolvió impulsivamente en él, se cubrió los pies y se recostó en el resto de su arrugada blandura. El trapo apestaba a pintura y aguarrás, pero eso no tenía importancia. El calor interno de su cuerpo empezó a rodearle agradablemente.

Allí apoyado, miró hacia la lejana repisa superior de la nevera. Aún le quedaba una ascensión equivalente a veintidós metros, y sin otros apoyos que los que pudiera encontrar en la misma cuerda. Virtualmente, tendría que trepar todo el rato.

Cerró los ojos y permaneció inmóvil durante unos minutos, respirando lentamente, y con el cuerpo lo más relajado posible. Si los retortijones que el hambre le producía no hubiesen sido tan agudos, se habría dormido. Pero el hambre ejercía la misma presión que una ola en las paredes de su estómago, y le hacía rugir de vacío. Se preguntó si podía estar tan vacío como parecía.

Cuando se sorprendió a sí mismo a punto de sumirse en reflexiones alimenticias —asados con salsa, y filetes a la parrilla con guarnición de setas y

patatas— comprendió que era hora de levantarse. Con un último meneo de los pies calientes, se destapó y se puso en pie.

Fue entonces cuando reconoció el trapo.

Formaba parte de unas enaguas de Louise, que ella redujo a pedazos y metió en la caja de trapos cuando se hicieron viejas. Cogió una esquina y pasó los dedos por su fina superficie, sintiendo en el pecho y el estómago una extraña punzada que no era de hambre.

—Lou —susurró, mirando fijamente la tela que una vez descansara sobre su cálida y fragante piel.

Tiró bruscamente el trapo, con el rostro convertido en una máscara. Le dio un puntapié. Conmovido, se alejó de él, avanzó como un autómata hacia el borde de la mesa y cogió la cuerda. Era demasiado gruesa para rodearla con sus manos; tendría que emplear los brazos. Afortunadamente, colgaba de tal forma que casi podría arrastrarse por ella durante el primer tramo.

Tiró de ella con toda la fuerza de que fue capaz, para ver si era segura. Cedió un poco y después se tensó. Volvió a estirar. Esta vez no cedió. Esto anulaba cualquier posibilidad de obtener la caja de galletas sin moverse de allí. La caja estaba encima del serpentín de cuerda que había en la parte superior de la nevera, y él había pensado en la vaga posibilidad de bajarla desde allí.

—Bueno —dijo.

Y, aspirando profundamente, inició la ascensión.

La realizó basándose en el método que emplean los nativos de los Mares del Sur para trepar a los cocoteros, con las rodillas en alto, el cuerpo arqueado hacia fuera, los pies asidos a la cuerda, los brazos enrollados en su alrededor, y los dedos haciendo presión. Siguió ascendiendo ininterrumpidamente, sin mirar hacia abajo.

Jadeó y se asió espasmódicamente a la cuerda al resbalar unos milímetros; para él, metros. Después se detuvo y permaneció allí temblando, mientras la cuerda oscilaba hacia uno y otro lado describiendo pequeños arcos. Al cabo de unos momentos el movimiento cesó y pudo trepar nuevamente, esta vez con más cuidado.

Cinco minutos después llegó a la primera vuelta de la cuerda y se encaramó a ella. Como si de un columpio se tratara, se sentó allí, bien agarrado, con la espalda apoyada en la nevera. Su superficie estaba fría, pero la túnica era lo bastante gruesa para impedir que el frío llegara hasta su piel.

Paseó la mirada por el amplio panorama que constituía el reino del sótano, donde vivía ahora. Al otro lado —casi a un kilómetro y medio de distancia— vio el borde del precipicio, las sillas amontonadas y el juego de croquet. Desvió la mirada. Allí estaba la vasta caverna de la bomba de agua y el gigantesco

calentador de agua; debajo podía verse una esquina de la tapa de cartón que le servía de escudo.

Su mirada cambió de dirección, y vio la portada de la revista.

Estaba encima de un almohadón, en la mesa de metal y de patas en cruz que se hallaba al lado de la que acababa de abandonar. No había visto la revista hasta aquel momento porque los botes de pintura la ocultaban a la vista. En la portada había la fotografía de una mujer. Era alta, pasablemente hermosa, y estaba apoyada en una roca, con una mirada de placer en su joven rostro. Llevaba un apretado jersey rojo de manga larga y un par de ajustados *shorts* negros, exageradamente cortos.

Contempló con fijeza la enorme figura de la mujer. Ella le miraba a su vez, sonriente.

Era extraño, pensó mientras estaba allí sentado, con los pies colgando en el vacío. Hacía mucho tiempo que no era consciente del sexo. Su cuerpo había sido algo que debía mantenerse con vida, nada más —algo para alimentar, vestir, y mantener caliente—. Su existencia en el sótano, desde aquel día de invierno, había estado dedicada a una sola cosa..., sobrevivir. Todos los demás niveles de deseo habían desaparecido para él.

Ahora acababa de encontrar el fragmento de las enaguas de Louise y había visto la enorme fotografía de la mujer. Paseó lentamente los ojos sobre el gigantesco contorno de su cuerpo —los altos y abultados arcos de su busto, la suave elevación de su estómago, sus largas y curvadas piernas.

No podía apartar los ojos de la mujer. Los rayos del sol arrancaban reflejos a su cabello castaño. Incluso le parecía sentir su tacto, suave y sedoso. Le pareció sentir la perfumada suavidad de la piel y las curvas de sus piernas, mientras las acariciaba mentalmente con las manos. Incluso le pareció sentir la gelatinosa flexibilidad de su pecho, el dulce sabor de sus labios, el paso por su garganta del aliento, como vino caliente.

Se estremeció lleno de impotencia, mientras seguía balanceándose sobre la cuerda.

—¡Oh!, Dios —murmuró—. ¡Oh!, Dios, Dios, Dios. ¡Había tantas clases de hambre!

1 metro, 24 centímetros.

Cuando salió del cuarto de baño, recién duchado y afeitado, encontró a Lou sentada en el sofá del salón, haciendo punto. Había apagado la televisión y no se oía más ruido que la ocasional vibración de los coches en la calle.

Permaneció un momento en el umbral, mirándola.

Llevaba una bata amarilla encima del camisón. Ambas prendas eran de seda y se adaptaban a la prominencia de sus redondos pechos, a la anchura de sus caderas y a la suave longitud de sus piernas. Descargas eléctricas contrajeron los músculos de la parte baja de su estómago. Había pasado mucho tiempo constantemente inutilizado por las pruebas médicas, el trabajo y el peso del constante miedo.

Lou alzó la vista, sonriendo.

—Estás muy guapo y limpio —dijo.

No fueron las palabras, ni la expresión de su rostro; pero, súbitamente fue consciente de su tamaño. Separando los labios en algo que quería parecer una sonrisa, se acercó al sofá y se sentó a su lado, arrepintiéndose instantáneamente de haberlo hecho.

Ella olfateó.

—Mmm, hueles muy bien —dijo.

Se refería a su loción de afeitar. El contestó con un gruñido, mirando su rostro sin maquillar y su cabello color de trigo recogido con una cinta en una cola de caballo.

—Tú sí que estás guapa —dijo—. Preciosa.

—¡Preciosa! —se burló ella—. Eso sí que no.

El se inclinó bruscamente y la besó en la garganta. Ella alzó la mano izquierda y le acarició lentamente la mejilla.

—¡Qué lisa y suave! —murmuró.

Él tragó saliva. ¿Se trataba de fantasías ocasionadas por su torturado ego, o realmente le hablaba como si fuera un niño? La mano derecha, que había apoyado sobre la pierna de ella, retrocedió lentamente, y él contempló la tira de piel blanca y brillante que le rodeaba el dedo anular. Había tenido que quitarse el anillo casi dos semanas atrás porque el dedo se le había adelgazado demasiado.

Se aclaró la garganta.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó sin interés.

—Un *jersey* para Beth —contestó ella.

—Oh.

Guardó silencio mientras observaba a su esposa moviendo hábilmente las largas agujas de tejer. Entonces, impulsivamente, apoyó una mejilla en su hombro. «Grave equivocación», le dijo en seguida su mente. Le hizo sentir aún

más pequeño, como un niño que se apoya sobre su madre. Sin embargo, no se movió, pues le pareció que revelaría sus sentimientos si se apartaba inmediatamente. Sintió los monótonos ascensos y descensos producidos por la respiración de ella, y una tensa e indefinida sensación en su propio estómago.

—¿Por qué no te vas a dormir? —le preguntó Lou en voz baja.

Apretó los labios. Un escalofrío le bajó por la espalda.

—No —dijo.

¿Su imaginación, otra vez? ¿O bien su voz era tan frágil como le había parecido, tan desprovista de masculinidad? Se quedó mirando sombríamente el cuello en punta de la bata de ella, el valle de carnosas paredes entre sus senos, y sus dedos se crisparon a causa del reprimido deseo de tocarla.

—¿Estás cansado? —le preguntó ella.

—No —sonó demasiado brusco—. Un poco —rectificó.

—¿Por qué no te acabas el helado? —inquirió ella, después de una pausa.

Él cerró los ojos con un suspiro. Podían ser imaginaciones, pero eso no evitaba que se sintiera como un niño... indeciso, introvertido, en gran parte por haber concebido la ridícula idea de que lograría provocar el deseo físico de aquella mujer hecha y derecha.

—¿Quieres que vaya a buscártelo? —preguntó ella.

—¡No!

Alzó la cabeza de su hombro y la dejó caer pesadamente sobre un almohadón, fijando la mirada en el vacío. Era una estancia poco hospitalaria. Sus muebles seguían en Los Angeles y utilizaban los desechos del desván de Marty. Una habitación deprimente, con las paredes de un color verde oscuro, desprovistas de cuadros, una sola ventana con feas cortinas de papel, y una alfombrilla gastada y descolorida que cubría parte del rayado suelo.

—¿Qué te pasa, cariño? —inquirió ella.

—Nada.

—¿He hecho algo malo?

—No.

—Entonces, ¿de qué se trata?

—No es nada, ya te lo he dicho.

—De acuerdo —repuso ella serenamente.

¿Es que no se daba cuenta? Claro que para ella era una tortura vivir con aquella tremenda ansiedad, en la continua espera de una llamada telefónica del Centro, un telegrama, una carta que le devolviera la esperanza y que nunca llegaba. Sin embargo...

Volvió a contemplar su hermoso cuerpo, sintiendo que contenía insensiblemente el aliento. No sólo era deseo físico; era mucho más. Era el miedo a un mañana sin ella. Era el horror de su situación, que ninguna palabra podía describir.

Porque no se trataba de una enfermedad repentina que se lo llevara, dejando intacto su recuerdo, desposeyéndole de su amor con misericordiosa rapidez. Ni siquiera se trataba de una enfermedad prolongada. Por lo menos, entonces sería él mismo y, aunque ella le contemplara con lástima y terror, por lo menos contemplaría al hombre que conocía.

Aquello era peor; mucho peor.

Transcurriría un mes tras otro... casi un año, si los médicos no la atajaban. Un año de vivir juntos un día tras otro, mientras él iba menguando. Comer juntos, dormir en la misma cama, mientras él iba menguando. Cuidar a Beth, escuchar música y verse todos los días, mientras él iba menguando. Cada día un nuevo incidente, un nuevo y espantoso arreglo que hacer. El complejo molde de sus relaciones alterado día tras día, mientras él iba menguando.

Se reirían, incapaces de mantenerse serios todos los momentos del día. Se reirían, quizá de algún chiste, un momento de diversión y pasajero olvido. Después... el horror volvería a acometerles, como un negro océano contenido por un dique. La risa cesaría, la diversión se extinguiría. Volverían a ser plenamente conscientes de que él estaba menguando, y un manto de terror se cerniría sobre sus días y noches.

—Lou.

Ella se volvió para mirarle. Él se inclinó con la intención de besarla, pero no pudo alcanzar sus labios. Con un movimiento de cólera y desesperación, se incorporó sobre una rodilla en el sofá y hundió la mano derecha en su sedosa cabellera, apretándole la cabeza con los dedos. La obligó a echar la cabeza hacia atrás hasta apoyarse en un almohadón.

Los labios de ella estaban tensos por la sorpresa. Él oyó que la labor caía al suelo y que la seda de su bata crujía al moverse entre sus brazos. Acarició con manos temblorosas la flexible suavidad de su pecho. Separó los labios y los apretó contra su garganta, rozando su piel cálida con los dientes.

—¡Scott! —jadeó ella.

La forma en que lo dijo pareció serenarle al instante. Se estremeció. Se separó de ella, sintiéndose avergonzado. Apartó las manos de su cuerpo.

—Cariño, ¿qué te pasa? —le preguntó ella.

—No lo sabes, ¿verdad?

Se sorprendió al oír el temblor de su propia voz. Ella se llevó rápidamente las manos a las mejillas y, en sus ojos, vio que acababa de comprender.

—¡Oh!, amor mío —dijo ella, inclinándose hacia él.

Sus cálidos labios se apretaron contra los suyos. Él se mantuvo inmóvil. La caricia, el tono de voz y el beso... no eran la caricia, el tono y el beso apasionado de una mujer que correspondía al deseo de su marido. Eran los sonidos y caricias de una mujer que sólo sentía una amorosa lástima hacia la pobre criatura que la deseaba.

Apartó la cara.

—Cariño, no hagas eso —suplicó ella, cogiéndole la mano—. ¿Cómo iba a saberlo? Hace más de dos meses que no hay entre nosotros ninguna demostración de amor; ni un beso, ni un abrazo, ni...

—No había tiempo para ello —repuso él.

—Pero ésta es precisamente la cuestión —dijo ella—. ¿Cómo no iba a sorprenderme? ¿Acaso es tan raro?

Su garganta se contrajo con un ruido seco.

—Supongo que sí —dijo, con voz apenas audible.

—¡Oh!, cariño—. Le dio un beso en una mano—. No hables como si yo... te hubiese rechazado.

Él dejó que el aire se escapara lentamente de sus pulmones.

—Supongo que... sería bastante grotesco, de todos modos —dijo, tratando de parecer indiferente—. Tal como me lo imagino, sería como...

—Cariño, por favor... —no le dejó terminar—. Estás haciéndolo peor de lo que es.

—Mírame —dijo él—. ¿Cómo podría ser peor?

—Scott... Oh, Scott —apretó la mano contra su mejilla—. ¡Si pudiera decirte algo que te hiciese sentir mejor!

Él no la miró, incapaz de ver sus ojos.

—No es culpa tuya —dijo.

—¡Oh!, ¿por qué no llaman? ¿Por qué no lo encuentran?

Fue entonces cuando él comprendió que su deseo era imposible. Había sido un tonto, incluso al pensarlo.

—Abrázame, Scott... —pidió ella.

Permaneció inmóvil unos segundos, con la barbilla hacia abajo, y en sus ojos una mirada inexpresiva que ocultara la máscara de derrota que era su rostro. Entonces alzó la mano derecha y la deslizó por la espalda de ella; le pareció como si la mano no fuera a alcanzar nunca el otro lado. Los músculos de su estómago se contrajeron lentamente. Hubiese querido levantarse del sofá y alejarse de allí. Se sentía pequeño y absurdo al lado de ella, un ridículo enanito que planeaba el modo de seducir a una mujer normal. Se mantuvo rígido, sintiendo el calor de su cuerpo a través de la seda. Y hubiese preferido morir antes que decirle que el peso del brazo de ella sobre sus hombros empezaba a hacerle daño.

—Podríamos... arreglarlo —sugirió ella, con una voz diferente—. Podríamos...

Él meneó la cabeza de un lado a otro con movimientos irregulares, como si buscara una escapatoria.

—¡Oh!, basta ya, ¿quieres? Déjalo correr. Olvídalo. He sido un tonto al...

Retiró la mano derecha y se agarró con fuerza los nudillos de la mano izquierda. Apretó hasta que sintió dolor.

—Déjalo correr —dijo—. Déjalo correr.

—Cariño, no lo digo por parecer agradable —protestó ella—. ¿No crees que yo...?

—¡No, no lo creo! —contestó bruscamente él—. Y tú tampoco.

—Scott, comprendo que estés dolido, pero...

—Olvídalo, por favor.

Tenía los ojos cerrados y pronunció estas palabras en voz baja, a modo de aviso, soltándolas entre los dientes apretados. Ella permaneció inmóvil. Él respiraba de tal modo que parecía a punto de asfixiarse. Para él, la habitación era una cripta de inutilidades.

—De acuerdo —murmuró ella entonces.

Él se mordió el labio inferior. Dijo:

—¿Has escrito a tus padres?

—¿A mis padres? —él intuyó que le estaba mirando con curiosidad.

—Creo que sería conveniente —dijo, manteniendo su voz bajo control. Se encogió de hombros—. Averigua si puedes ir a vivir con ellos. Ya sabes.

—No sé, Scott...

—Bueno, ¿no crees que sería una buena idea enfrentarse a los hechos con claridad?

—Scott, ¿qué estás tratando de hacer?

Él bajó la barbilla para ocultar los rápidos movimientos de su garganta.

—Estoy tratando —dijo— de tomar alguna medida acerca de ti y de Beth, en caso de que...

—¡Alguna medida! ¿Qué vamos a...?

—¿Quieres dejar de interrumpirme?

—¡Has hablado de una medida! ¿Qué somos nosotras? ¿Una figurita ornamental, de la cual se puede disponer libremente?

—Intento enfrentarme a los hechos con realismo.

—¡Intentas enfrentarte a los hechos con crueldad! Sólo porque yo no sabía que tú...

—¡Oh!, basta, basta. Ya veo que es inútil intentar ser realista.

—Muy bien, seremos realistas —dijo ella, con el rostro tenso de reprimida cólera—. ¿Acaso sugieres que te deje, y me lleve a Beth? ¿Es eso lo que tú entiendes por realismo?

Él apretó una mano contra otra.

—¿Y si no encuentran el remedio? —preguntó—. ¿Y si *nunca* lo encuentran?

—Entonces, crees que yo debería abandonarte —dijo ella.

—Creo que podría ser una buena idea —repuso.

—¡Pues no lo haré!

Y rompió a llorar, tapándose la cara con las manos, entre cuyos dedos se deslizaban las lágrimas. Él se sintió aturdido e inútil, mientras contemplaba sus hombros temblar.

—Lo lamento, Lou —dijo.

No pareció sincero. Ella no pudo contestar; todo su cuerpo era sacudido por desgarradores sollozos.

—Lou, yo... —extendió una mano inerte y la apoyó sobre la pierna de ella—. No llores. No me lo merezco.

Ella meneó la cabeza como si se encontrara ante un problema de difícil solución. Se limpió las lágrimas.

—Toma —murmuró él, alargándole un pañuelo del bolsillo de su bata. Ella lo cogió sin una palabra y lo apretó contra sus húmedas mejillas.

—Lo siento —dijo.

—No tienes por qué —repuso él—. Yo sí. Me he enfadado porque me sentía tonto y... estúpido.

Y ahora, pensó, se inclinaba en otra dirección, hacia el autocastigo, hacia el martirio de la indulgencia para consigo mismo. Una mente trastornada era capaz de muchos giros.

—No —ella le apretó brevemente los dedos—. Yo no tenía derecho... —dejó la frase sin acabar—. Trataré de ser más comprensiva.

Durante un momento, su mirada se posó en la tira de piel más blanca, donde había estado su alianza. Después, con un suspiro, se levantó.

—Voy a acostarme —dijo.

La vio atravesar la habitación y desaparecer en el pasillo. Oyó sus pasos, y después el chasquido del cerrojo de la puerta del baño. Con movimientos lentos se puso en pie y entró en el dormitorio.

Se acostó en la oscuridad, y se quedó mirando al techo.

Los poetas y filósofos podían hablar todo lo que quisieran acerca de que el hombre era algo más que carne, acerca de su valor esencial, acerca de la incommensurable talla de su alma. Eran tonterías.

¿Acaso habían tratado alguna vez de abrazar a una mujer con unos brazos que no podían rodear su cuerpo? ¿Acaso le habían dicho alguna vez a otro hombre que eran tan buenos como él... en todos los aspectos?

Lou entró en el dormitorio, y en la oscuridad él oyó el crujido de la bata cuando se la quitó para dejarla a los pies de la cama. Después el colchón cedió por un lado cuando ella se sentó. Vio que subía las piernas y oyó que dejaba caer la cabeza en la almohada. Él permaneció inmóvil, como si esperase algo.

Al cabo de un momento se oyó un murmullo de seda, y él sintió que la mano de ella rozaba su pecho.

—¿Qué es esto? —oyó que le preguntaba.

No contestó. Ella se incorporó sobre el codo.

—Scott, es tu anillo —dijo. Sintió que la cadena se deslizaba ligeramente hacia atrás cuando tocó el anillo—. ¿Cuánto tiempo hace que lo llevas allí? —preguntó.

—Desde que me lo quité —repuso él.

Hubo un momento de silencio. Después la voz de ella, en la que palpitaba el amor, le hizo estremecer.

—¡Oh, cariño!

Se sintió rodeado por sus brazos, y de pronto notó el calor de su cuerpo envuelto en seda junto al suyo. Los labios de ella se posaron ávidamente sobre los suyos, y sus dedos se clavaron como garras en su espalda, provocándole un hormigueo helado en la piel.



Y de repente sintió que el deseo volvía a adueñarse de su cuerpo con inusitada violencia. Sus manos se deslizaron por la ardiente piel de ella, asiéndola y acariciándola. Su boca se estremecía bajo la de ella. La oscuridad cobró vida, una oscura aureola de calor se cernió sobre sus apretados cuerpos. Las palabras habían huido; la comunicación se había convertido en algo hecho de vacilantes presiones, algo que sentían en la sangre, algo dulcemente impetuoso. Las palabras no eran necesarias. Sus cuerpos hablaban un idioma más seguro.

Y cuando todo terminó —demasiado pronto—, y la noche volvió a descender sobre su mente, se durmió, satisfecho, en el cálido círculo de sus brazos. Y durante aquella noche tuvo paz y olvido. Sólo él.

CAPÍTULO 6

Estaba agarrado al borde de la caja de galletas abierta, y miraba al interior con aturdimiento e incredulidad.

Estaban podridas.

Siguió con los ojos fijos en aquel horrible panorama: galletas cubiertas de telarañas, sucias, mohosas y empapadas por el agua. Ahora se acordaba, demasiado tarde, de que el fregadero de la cocina se encontraba justo encima, que una de las cañerías tenía una grieta y que el agua caía al sótano cada vez que se utilizaba el fregadero.

No podía hablar. No había palabras lo bastante horribles para expresar la enloquecedora impresión que recibió.

Siguió mirando, con la boca abierta y una total inexpresividad en la cara. *Ahora moriré*, pensó. En cierto modo, era una perspectiva consoladora. Pero los retortijones que el hambre le ocasionaba borraban todo consuelo, y la sed empezaba a añadir un nuevo dolor y sequedad a su garganta.

Meneó irregularmente la cabeza. No, era imposible, era imposible que hubiese llegado tan lejos para acabar de aquel modo.

—No... —murmuró, comprimiendo los labios en una súbita mueca al mismo tiempo que se encaramaba al borde.

Sin soltarse, estiró una pierna y rompió de un puntapié el borde de una galleta, cuyos trozos se desparramaron por el fondo de la caja.

Con temeridad nacida de su airada desesperación, soltó el borde y se deslizó por la pendiente casi vertical del papel encerado, y al final se detuvo con un fuerte golpe. Se incorporó aturdido y se puso en pie en la caja llena de migas. Cogió una, que se desintegró en sus manos como si estuviese hecha de tierra. La separó con los dedos, en busca de un pedazo en buenas condiciones. El olor a podrido invadía sus fosas nasales. Dio un fuerte resoplido en el momento en que un espasmo sacudía su estómago.

Dejando caer el resto de los trozos, se dirigió hacia una galleta entera, respirando por la boca para evitar el olor, chapoteando con los pies desnudos entre los húmedos fragmentos.

Al llegar a la galleta, dobló un pedazo y lo rompió. Una vez hubo quitado el verde moho que cubría una de las piezas, mordió parte de ella.

La escupió violentamente, asqueado por el sabor. Respirando entre los dientes, no dejó de estremecerse hasta que las náuseas cesaron.

Después cerró los puños con brusquedad y lanzó uno de ellos contra la galleta. Tenía la vista empañada por las lágrimas, y falló el golpe. Repitió la acción y provocó una rociada de migajas blancas.

—¡Hija de perra! —gritó, dando patadas a la galleta hasta reducirla a diminutos pedazos, que lanzaba en todas direcciones como rocas empapadas.

Se apoyó débilmente contra las paredes de papel encerado, con el rostro pegado a su fría y crujiente superficie, mientras su entrecortada respiración provocaba rápidas subidas y bajadas en su pecho. «Calma, calma», fue la advertencia en susurros. *Cállate* —le contestó él—. *Cállate, me estoy muriendo.*

Notó el bulto de una afilada arruga del papel bajo su frente y cambió irritado de posición.

Entonces se le ocurrió.

¡El otro lado del papel encerado! Todas las migas que hubieran caído allí habrían estado protegidas.

Con un gruñido de excitación arañó el papel encerado, tratando de rasgarlo. Sus dedos se deslizaron por la brillante y suave superficie y se cayó sobre una rodilla.

Estaba poniéndose en pie cuando el agua le alcanzó.

Un grito de asombro salió de su garganta cuando la primera gota cayó sobre su cabeza, rociándole completamente. La segunda gota se estrelló contra su cara con un helado y cegador impacto. La tercera se convirtió en cristalinos fragmentos al chocar con su hombro derecho.

Con una exclamación, dio marcha atrás en la caja, pisando una miga. Tropezó y se cayó sobre la alfombra de blanca masa, pero se levantó con rapidez sacudiéndose la túnica y las manos. Cerca de él, las gotas seguían cayendo en un torrente que llenaba la caja con un vapor que la iba cubriendo. Echó a correr.

Cuando llegó al otro extremo de la caja, se detuvo y giró en redondo, mirando con terror las enormes gotas que se estrellaban sobre el papel encerado. Se llevó una mano a la cabeza. Había sido como recibir el golpe de una almádena recubierta de tela.

—Oh, Dios mío —murmuró roncamente, deslizándose por la pared de papel encerado hasta quedar sentado sobre la masa, con las manos en la cabeza, los ojos cerrados y minúsculos sollozos de dolor en la garganta.

Había comido, y su irritada garganta estaba mucho mejor. Había bebido

las gotas de agua adheridas al papel encerado. Ahora se hallaba recogiendo un montón de migas.

Primero había abierto un agujero a base de puntapiés en el resistente papel encerado, y después se había introducido por él hasta detrás de su crujiente suavidad. Después de comer, empezó a sacar migas secas y a amontonarlas en el fondo de la caja.

Hecho esto, rompió el papel encerado para hacer unos asideros y poder trepar por ellos hasta la parte superior. Realizó la ascensión llevando una o dos migas a la vez, según su tamaño. Subía por la escalerilla de papel encerado, se encaramaba al borde de la caja y bajaba por los asideros que anteriormente había hecho en el papel que envolvía la caja. Siguió haciéndolo durante una hora.

Después volvió a introducirse por detrás del papel encerado, para ver si se había dejado alguna miga. Pero no se había dejado ninguna, a excepción de un fragmento del tamaño de su dedo meñique, que recogió y mordisqueó mientras terminaba su recorrido de la caja y volvía a salir por la abertura.

Miró hacia el interior, pero no había nada aprovechable. Se quedó en medio de las galletas estropeadas, con las manos en las caderas, meneando la cabeza. En el mejor de los casos, todo aquel trabajo sólo le había proporcionado comida para dos días. El jueves volvería a estar sin nada. Desechó el pensamiento. Ya tenía bastantes preocupaciones; se ocuparía de ello cuando llegara el jueves.

Trepó fuera de la caja. Fuera hacía mucho más frío. Se estremeció. Aunque había estrujado la túnica cuanto pudo, ésta seguía mojada por las enormes gotas.

Se sentó en la gruesa vuelta de cuerda, con una mano en el montón de las bien ganadas migas. Pesaban demasiado para llevarlas durante todo el descenso. Tendría que hacer una docena de viajes como mínimo, y eso era imposible. Incapaz de resistir, cogió una miga tan gruesa como su puño y la mordisqueó con satisfacción mientras pensaba en el problema de bajar su comida.

Al fin, comprendiendo que sólo habría un medio, se levantó con un suspiro y regresó a la caja. Tendría que emplear papel encerado, pensó. Bueno, al demonio con todo; sólo durarían dos días como máximo.

Con un gran esfuerzo de los músculos de los brazos y la espalda, y los pies apuntalados contra el lado de la caja, rompió un trozo de papel del tamaño aproximado de una alfombrilla. Lo arrastró hasta el borde de la nevera y lo extendió sobre su superficie. En el centro hizo un montón en forma de cono con sus migas, y después las envolvió hasta conseguir un paquete tirante y cuidadosamente cerrado que le llegaba a las rodillas.

Se echó sobre el estómago y escudriñó por encima del borde de la nevera.

Ahora estaba a una altura del suelo mucho mayor que cuando se encontrara en el distante precipicio que marcaba la frontera del territorio de la araña. Una larga caída para su carga. Bueno, ya eran migas; no se perdería nada, aunque se convirtieran en migas más pequeñas. No parecía que el paquete fuera a abrirse durante el descenso; esto era lo más importante.

Brevemente, a pesar del frío, paseó la mirada por el sótano.

Estar alimentado suponía una diferencia primordial. El sótano había perdido su amenaza, por lo menos de momento. Era una tierra extraña y fría iluminada por la escasa luz de un día de lluvia, un reino de verticales y horizontales, de grises y negros sólo aliviados por los polvorientos colores de los objetos almacenados. Una tierra de rugidos y torrentes, de ruidos intermitentes que sacudían el aire como muchos truenos. Su tierra.

Mucho más abajo estaba la gigantesca mujer que le miraba, todavía apoyada contra la roca, inmovilizada eternamente en aquella postura de calculada invitación.

Suspirando, se echó hacia atrás y se levantó. No había tiempo que perder; hacía demasiado frío. Se puso detrás del fardo y, agachándose sobre él, lo empujó hasta el borde y lo lanzó más allá del borde con una fuerte patada.

Volvió a tenderse momentáneamente sobre el estómago y contempló la pesada caída del paquete, vio cómo saltaba al encontrarse con el suelo y oyó el ruido que hizo al detenerse. Sonrió. Se había aguantado intacto.

Tras ponerse de nuevo en pie, comenzó a inspeccionar la superficie de la nevera para ver si encontraba alguna cosa útil.

Encontró el periódico. Estaba doblado y apoyado en el espiral del serpentín. Sus hojas cubiertas de letras estaban llenas de polvo y parcialmente mojadas por el agua procedente del escape del fregadero, que había borrado las letras y se había introducido a través del papel barato. Vio las grandes letras OST y supuso que se trataba de un ejemplar del *New York Globe-Post*, el diario que había publicado su historia... por lo menos, una parte de ella.

Contempló el polvoriento diario, acordándose del día en que Mel Hammer había ido a su apartamento para hacerle la oferta.

Marty había hablado de la misteriosa enfermedad de Scott a uno de sus amigos del club Kiwani, y la noticia se había extendido, poco a poco, por toda la ciudad.

Scott rehusó la oferta, a pesar de que necesitaban desesperadamente el dinero. Aunque el Centro Médico había completado las pruebas gratis, seguía teniendo que pagar una abultada factura por los primeros exámenes. Debía quinientos dólares a Marty, y muchas otras facturas se habían acumulado a lo largo del interminable y duro invierno: el guardarropa completo de invierno para todos ellos, el coste del petróleo y las demás facturas del médico, porque

ninguno de ellos estaba físicamente preparado para afrontar un invierno del Este tras haber vivido tanto tiempo en Los Angeles.

Pero Scott se encontraba entonces en lo que él llamaba ahora su período de furia, una época en la que experimentaba una interminable y creciente cólera por la situación en que se hallaba. Rehusó airadamente la oferta del periódico. «No, gracias, pero no quiero estar expuesto a la morbosa curiosidad del público». Se enfadó con Lou cuando ésta no apoyó su decisión con toda la rapidez que él hubiese querido, y le dijo:

—¿Qué quieres que haga? ¿Convertirme en un monstruo circense para proporcionarte una mínima seguridad?

Una cólera equivocada y mal dirigida; se dio cuenta de ello a medida que hablaba. Pero la ira le dominaba. Le llevó a extremos de mal humor que nunca había alcanzado. Un mal humor sin fuerza, un mal humor que sólo se basaba en el miedo.

Scott volvió la espalda al periódico y se dirigió hacia la cuerda. Descolgándose por el borde con airada imprudencia, empezó a resbalar por la cuerda usando las manos y los pies. El blanco precipicio de la nevera pasaba rápidamente ante sus ojos mientras descendía.

Se acordó del día en que Terry comentó algo a espaldas de él; algo que él creyó haber oído. Se acordó de que, sin ser mucho más alto que Beth, se encaró con ella y le dijo que había oído lo que acababa de comentar.

—Y ¿qué has oído? —le preguntó ella.

—He oído lo que has dicho de mí.

—No he dicho nada de ti.

—No me mientas. ¡No estoy sordo!

—¿Me estás llamando mentirosa?

—Sí. ¡Te estoy llamando mentirosa!

—No tengo por qué seguir escuchando cosas como ésta.

—Lo harás cuando hables de mí a mis espaldas.

—Ya tenemos suficiente, y estamos hartos de tus gritos. Sólo porque seas hermano de Marty...

—¡Claro, claro, tú eres la esposa del jefe, eres la que manda aquí!

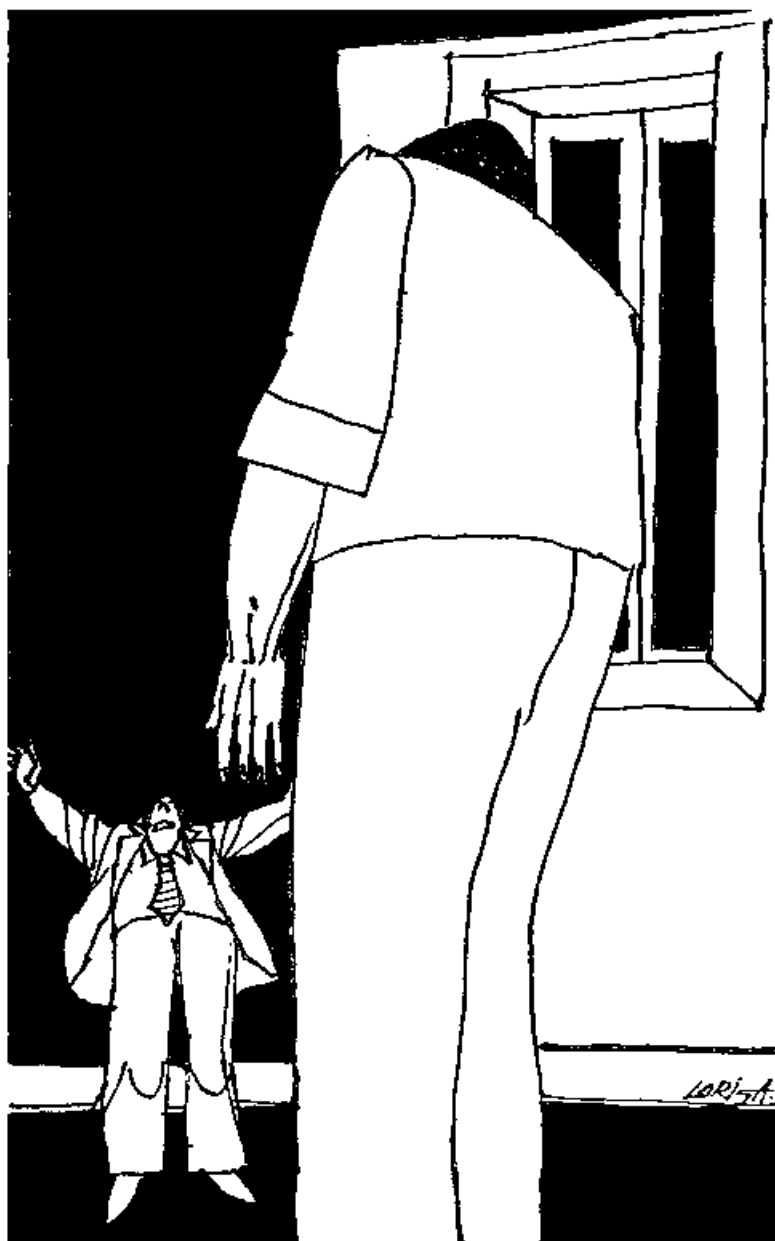
—¡No me hables de este modo!

Y así sucesivamente, con estridencia, discordancia e inutilidad.

Hasta que Marty, muy calmado, le llamó al despacho. Scott permaneció frente a la mesa, con la vista clavada en su hermano como un belicoso pigmeo.

—Muchacho, no me gusta decírtelo —empezó Marty—, pero quizá fuese mejor que te quedaras en casa hasta que estés curado. Créeme, sé lo que estás pasando y no te culpo en lo absoluto. Pero... bueno, no puedes concentrarte en el trabajo cuando...

—Así que me despides.



—¡Oh!, vamos, muchacho —dijo Marty—. No te despidió. Recibirás tu sueldo. No el mismo, claro; no puedo permitírmelo..., pero sí uno que os permita seguir viviendo a ti y a Lou. Esto terminará pronto, muchacho. Y... bueno, el préstamo del Gobierno llegará uno de estos días, y entonces...

Los pies de Scott golpearon la superficie de la mesa de mimbre. Sin detenerse, empezó a atravesar la amplia extensión con los labios fuertemente apretados, en medio de la rubia maraña de su barba.

¿Por qué tenía que haber visto aquel periódico, y realizado otro inútil viaje al pasado? La memoria era, realmente, algo que no servía para nada. Nada de lo que recordaba le era asequible. Sólo constaba de actos y sentimientos fantasmales, de todo lo que era inasequible excepto el pensamiento. No proporcionaba ninguna satisfacción. Sólo hería...

Se detuvo al borde del tablero de la mesa, preguntándose cómo iba a descolgarse hasta la tira desclavada. Estaba indeciso; cambiaba el peso de una pierna a otra y movía rápidamente los dedos del pie levantado. Empezaban a enfriársele. El dolor de la pierna derecha también había vuelto; casi se había olvidado de él mientras recogía las migas, pues el constante movimiento lo desentumecía y calentaba. Y la garganta empezaba a inflamársele de nuevo.

Dio la vuelta a la lata de pintura cuya asa había agarrado con anterioridad y, apoyando la espalda en ella, empujó. La lata no se movió. Cambiando de posición, plantó firmemente los pies y empujó con todas sus fuerzas. La lata siguió sin moverse. Scott paseó a su alrededor, respirando con esfuerzo. Con gran dificultad, logró estirar ligeramente el asa para que sobresaliera por encima del borde de la mesa.

Descansó un momento, se columpió sobre el espacio y se quedó colgado en el aire hasta que sus pies encontraron la tira de madera y se apoyaron en ella.

Puso una mano en la superficie de la mesa. Después, tras un momento de comprobar el equilibrio, soltó el asa del bote de pintura y se descolgó rápidamente. No consiguió apoyar los pies en el saliente, pero se asió a él en uno de los convulsivos movimientos de sus brazos, y se encaramó.

Al cabo de unos segundos dio un salto hasta el larguero.

El descenso por la pendiente de varas espaciadas fue sencillo; demasiado sencillo para evitar el regreso de los recuerdos. Mientras se deslizaba por la pendiente, pensó en la tarde en que llegó a casa después de hablar con Marty.

Recordó la quietud que reinaba en el apartamento, ya que Lou y Beth habían salido de compras. Recordó que se fue al dormitorio y se sentó al borde de la cama, donde permaneció largo rato mirando sus colgantes piernas.

No hubiese podido decir cuánto rato transcurrió hasta el momento en que

levantó la vista y vio uno de sus antiguos trajes colgado en la parte interior de la puerta. Lo miró, y después se levantó y se acercó a él. Tuvo que subirse a una silla para alcanzarlo. Lo sostuvo un momento entre sus brazos. Después, sin saber exactamente por qué, descolgó la americana y se la puso.

Fue hasta el espejo y se miró.

Eso fue todo lo que hizo al principio, mirarse. Las manos, perdidas en los enormes huecos de las mangas oscuras; el dobladillo de la americana, por debajo de las pantorrillas; la forma en que la chaqueta le sentaba, igual que una tienda de campaña. No le impresionó en seguida; la disparidad era demasiado grande.

Después sí que le impresionó, como por vez primera.

Era su propia americana la que llevaba puesta en aquellos momentos.

Una risita nerviosa se escapó de su garganta, para truncarse casi inmediatamente. Reinó el más absoluto silencio mientras miraba su imagen boquiabierto. Se rió disimuladamente, como si fuera un niño jugando a disfrazarse de adulto. Su pecho empezó a estremecerse a causa de los sofocados accesos de risa. Parecían sollozos.

No pudo reprimirlas. Subieron por su garganta y se escaparon entre sus labios temblorosos. Se vio riendo a carcajadas ante el espejo. Su cuerpo se estremecía con ellas. La habitación empezó a retumbar a causa de su risa tensa y penetrante.

Volvió a mirarse en el espejo, mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Hizo un pequeño paso de baile y la americana se hinchó, al tiempo que los bordes de las mangas se agitaban. Chillando como si le volviese loco el panorama, empezó a darse espasmódicos golpes en las piernas, que tenía dobladas para amortiguar su dolor de estómago. Su risa se traducía en cortas y explosivas carcajadas. Apenas podía mantenerse en pie.

—¡Me veo ridículo!

Hizo oscilar nuevamente la manga, y ésta cayó de pronto junto a su costado, mientras él reía y daba patadas en el suelo, haciendo un ruido sordo que empeoraba su histeria. Se retorció en el suelo, agitando las extremidades, con la cabeza rodando de un lado a otro y la risa ahogada saliendo de sus labios hasta que estuvo demasiado débil para reír. Entonces permaneció tendido sobre la espalda, inmóvil, jadeante, con el rostro mojado por las lágrimas, y sin dejar de sacudir el pie derecho.

—Me veo ridículo...

Y pensó, al parecer con absoluta tranquilidad, en ir al cuarto de baño, coger la navaja de afeitar y abrirse las venas. Se preguntó por qué seguía allí tendido, mirando al techo, si todo se hubiese solucionado con ir al cuarto de

baño, coger la navaja de afeitar y...

Se deslizó por el hilo, grueso como una cuerda, hasta la repisa de la mesa de mimbre. Sacudió el hilo hasta que el palo se soltó y cayó. Lo ató y se dispuso a bajar hasta el suelo.

Era extraño; aún no sabía por qué no se había suicidado. La desesperada situación en que se encontraba lo justificaba. Sin embargo, aunque a menudo había deseado poder hacerlo, algo le había detenido siempre.

Resultaba difícil saber si lamentaba o no esta imposibilidad de acabar con su vida. A veces parecía como si no importara la cuestión, excepto en un vago aspecto filosófico; pero, ¿qué filósofo había menguado alguna vez?

Tocó el suelo helado con los pies y se apresuró a recoger las sandalias y ponérselas; las sandalias que él mismo había hecho con un cordel. Así estaba mejor. Ahora debía arrastrar el paquete hasta el lugar donde dormía. Entonces podría quitarse la túnica y tenderse al calor, descansar y comer. Corrió hacia el paquete, ansioso de terminar de una vez.

El paquete era tan pesado que sólo pudo trasladarlo lentamente. Tras empujarlo unos cinco metros, se detuvo y descansó, sentado encima de él. Cuando hubo recobrado el aliento, se puso en pie y lo empujó un trecho más, pasando junto a las dos macizas mesas, la manguera enrollada, la segadora de césped y la enorme escalera, atravesando la inmensa llanura parcialmente iluminada en dirección al calentador de agua.

Durante los últimos doce metros avanzó de espaldas, inclinado sobre el paquete y sin cesar de gruñir mientras arrastraba el fardo de comida. Al cabo de pocos minutos estaría en su caliente y cómodo lecho, alimentado y resguardado. Con los dientes apretados en un esfuerzo súbitamente gozoso, empujó el paquete hasta la base de la plataforma de cemento. Todavía valía la pena luchar por la vida. El más simple de los placeres físicos podía justificar el combate. Comida, agua, calor. Dio media vuelta lleno de felicidad.

Lanzó un grito.

La gigantesca araña se hallaba en el borde de la plataforma, esperándole. Sus ojos se encontraron durante un efímero instante. El permaneció inmóvil a los pies del bloque de cemento, mirando hacia arriba con supremo terror.

Entonces las largas patas negras se movieron y, con un gemido ahogado, Scott se introdujo en uno de los dos pasadizos abiertos en la plataforma. Mientras se adentraba a todo correr por el húmedo túnel, oyó que la araña caía pesadamente al suelo detrás de él.

«¡No es justo!», le gritó su mente con desolada furia.

No tuvo tiempo de pensar otra cosa. Todo lo demás desapareció en las salvajes fauces del pánico. La pierna había dejado de dolerle, y el cansancio se

había desvanecido. Únicamente el terror permanecía inmutable.

Salió por la abertura del otro lado del bloque de cemento, y echó una mirada hacia atrás, sobre la sombra de la araña en el túnel. Después, con un profundo suspiro, empezó a correr hacia el depósito de combustible. Sería inútil tratar de llegar al montón de troncos; la araña le alcanzaría mucho antes.

Corrió hacia la gran caja de cartón rota que había debajo del depósito, sin saber lo que haría cuando estuviera allí, pero dirigiéndose instintivamente hacia un refugio. Había algunos trapos dentro de la caja; quizá pudiera ocultarse debajo de ellos y ponerse fuera del alcance de la viuda negra.

Esta vez no miró hacia atrás; no había necesidad de hacerlo. Sabía que el enorme y abultado cuerpo de la araña avanzaba irregularmente por el cemento, llevado por las largas patas negras. Sabía que, sólo gracias a que le faltaba una de esas patas, le quedaban posibilidades de llegar a la caja antes que ella.

Corrió a través de viscosas manchas de luz, haciendo un ruido sordo con las sandalias y notando que la túnica volaba en torno a su cuerpo. El aire penetraba dolorosamente por su garganta y las piernas avanzaban con rapidez. El depósito de combustible apareció ante él.

Se precipitó hacia la vasta sombra que proyectaba, con la araña a menos de tres metros de distancia. Con un gruñido, Scott dio un salto y, agarrándose a un cordel, se elevó por él, introduciéndose con los pies por delante en la abertura existente en un lado de la caja.

Cayó suavemente sobre el montón de trapos. Cuando se disponía a levantarse, oyó el ruido de las patas de la araña en el costado de la caja. Se puso en pie, pero perdió el equilibrio sobre los blandos trapos y cayó. Desde el suelo vio aparecer el negro cuerpo de la araña por la abertura en forma de V. Inmediatamente después, se introdujo por ella.

Con un sollozo, Scott intentó levantarse, pero volvió a caer sobre la desigual colina de trapos. La colina cedió dos veces; una bajo su propio peso y otra bajo el impacto de la caída de la araña. El monstruo empezó a avanzar hacia él a través de las sombras.

No quedaba tiempo para tratar de ponerse en pie. Agitó desesperadamente las piernas y se dio impulso hacia atrás. Volvió a caer pesadamente, sin dejar de buscar una abertura entre los trapos. No había ninguna. La araña casi le había alcanzado.

Un estridente gemido se escapó de su garganta. Scott se echó nuevamente hacia atrás cuando una de las patas de la araña caía pesadamente encima de uno de sus tobillos. Lanzó un grito de terror al mismo tiempo que se precipitaba en el costurero abierto. La enorme araña saltó a su vez, y se arrastró sobre sus piernas. Él lanzó un alarido.

Entonces su mano se cerró sobre un objeto de metal. ¡El alfiler! Con un profundo suspiro, se dio un nuevo impulso hacia atrás, arrastrando el alfiler con ambas manos. Mientras la araña seguía avanzando, se puso el alfiler encima del vientre, como si se tratara de una lanza. Notó que el alfiler oscilaba entre sus manos bajo el peso de la criatura parcialmente empalada.

La araña saltó hacia atrás. Aterrizó sobre los trapos, a unos centímetros de distancia, y después, tras una vacilación que sólo duró un segundo, se precipitó nuevamente hacia él. Scott se incorporó sobre la rodilla izquierda, apoyándose en la pierna derecha, con el alfiler pegado a la cadera, y los brazos en tensión preparados para un segundo impacto.

La araña volvió a caer sobre el alfiler y de nuevo saltó hacia atrás, rozando la sien izquierda de Scott con una de sus puntiagudas patas.

—¡Muérete! —se oyó gritar súbitamente—. ¡Muérete! ¡Muérete!

No se murió. A unos centímetros de distancia se removió agitadamente sobre los trapos como si tratara de comprender por qué no podía alcanzar su presa. Y, de repente, saltó de nuevo sobre él.

Esta vez apenas había tocado la punta del alfiler cuando se detuvo y retrocedió apresuradamente. Scott siguió mirándola, sin cambiar de posición, aguantando con dificultad el alfiler, que no dejaba de apuntar a la araña. Aún notaba su espantoso peso encima de sus piernas, y el arañazo que le había hecho con la pata. Parpadeó para tratar de distinguir su negra silueta entre las sombras.

No hubiese podido decir cuánto tiempo permaneció en la misma posición. La transición fue imperceptible. De pronto, mágicamente, sólo hubo sombras.

Un confuso sonido se escapó de su garganta. Se levantó sobre sus piernas entumecidas y miró en torno. Al otro lado del sótano, la estufa se puso en marcha. Él, con el corazón latiendo con rapidez, dio media vuelta, al creer que la araña iba a saltar sobre su espalda.

Siguió dando vueltas largo rato, y pronto sus brazos empezaron a resentirse del peso del alfiler. Finalmente, comprendió que la araña se había alejado.

Le envolvió una gran ola de alivio y cansancio. El alfiler parecía de plomo, y cayó súbitamente de sus manos, estrellándose contra el fondo de madera de la caja. Las piernas se negaron a seguir sosteniéndole y se desplomó, con la cabeza apoyada en el alfiler que le había salvado la vida.

Permaneció así durante un rato, completamente agotado. La araña se había ido. La había ahuyentado.

Sin embargo, no transcurrió mucho tiempo hasta que la certeza de que la araña seguía con vida ahogara toda satisfacción. Podía estar esperándole

fuera, dispuesta a abalanzarse sobre él en cuanto saliera. Podía haber vuelto al calentador de agua, para aguardarle allí.

Rodó lentamente hasta quedar tendido boca abajo, y sepultó la cara entre los brazos. ¿Qué había conseguido, después de todo? Aún estaba virtualmente a merced de la araña. No podía llevar el alfiler adondequiera que fuese, y al cabo de uno o dos días ni siquiera podría sostenerlo.

E incluso en el caso de que la araña estuviese demasiado asustada para atacarle —aunque no creyó ni por un segundo en esta posibilidad—, la comida se acabaría a los dos días, las dificultades para obtener agua serían cada vez mayores, tendría que seguir reformando su ropa, seguiría sin poder escapar del sótano, y —lo peor de todo, siempre allí, atenazándole constantemente— el miedo a lo que iba a ocurrirle entre la noche del sábado y la mañana del domingo no le dejaría vivir en paz.

Se puso en pie con esfuerzo y palpó a su alrededor, hasta encontrar una esquina de la tapa de la caja. La arrastró hasta centrarla y la dejó caer en su sitio, después de lo cual volvió a tenderse en la oscuridad. «¿Y si me ahogo?», pensó. No le importó demasiado.

Había estado corriendo desde el mismo principio de todo aquello. Corriendo físicamente, para huir del hombre y de los muchachos, del gato, del pájaro y de la araña, y —una huida todavía peor— de sus propios pensamientos. Corriendo para huir de la vida, de sus problemas y sus temores; retrocediendo, escabullándose, evitando enfrentarse con nada, rindiéndose, renunciando, entregándose.

Seguía viviendo, pero... ¿era aquello una vida real, o una simple supervivencia instintiva? Sí, seguía luchando para conseguir comida y agua, pero ¿no era eso inevitable, si había elegido seguir viviendo? Lo que él quería saber era esto: ¿era una persona, era un individuo? ¿Tenía alguna importancia? ¿Acaso sobrevivir era suficiente?

No lo sabía; no lo sabía. Era posible que fuese un hombre tratando de enfrentarse con la realidad. También podía ser que fuese una patética fracción de una sombra que vivía gracias a la costumbre, a sus impulsos; movida pero no moviente, combatida pero no combatiente.

No lo sabía. Se durmió, acurrucado y tembloroso, ocupando el mismo espacio que una perla, y no pudo contestar a sus preguntas.

CAPÍTULO 7

Se levantó y escuchó atentamente. El sótano estaba en silencio. La araña parecía haberse marchado. Si todavía le quería matar, se hubiese aventurado a entrar nuevamente en la caja. Debía haber dormido varias horas.

Hizo una mueca, tragó saliva y se dio cuenta de que la garganta volvía a dolerle. Tenía sed, tenía hambre. ¿Se atrevería a volver junto al calentador? Exhaló un profundo suspiro. Era inevitable. Tenía que hacerlo.

Palpó a su alrededor hasta que sus manos se cerraron sobre la gruesa y helada vara del alfiler. Lo levantó. Pesaba mucho. Era sorprendente que hubiese podido manejarlo tan bien. El miedo, probablemente. Alzó el alfiler con ambas manos, se lo cambió al lado derecho y lo sostuvo allí. Puso a prueba los músculos de sus brazos mientras salía del costurero y recorría las blandas colinas de trapos en dirección a la abertura existente a un lado de la caja de cartón. Si la araña aparecía, podría coger fácilmente el alfiler con ambas manos y usarlo tal como había hecho antes. Le confirió la primera sensación consistente de seguridad física que había experimentado en varias semanas.

En la abertura, se inclinó cautelosamente hacia fuera, mirando primero hacia arriba, después a los lados, y finalmente hacia abajo. No se veía a la araña por ninguna parte. Su respiración se moderó un poco. Deslizó el alfiler por el agujero y después, tras aguantarlo un momento en el aire, lo soltó. Chocó contra el suelo y rodó unos centímetros antes de detenerse.

Se deslizó apresuradamente fuera de la caja y se dejó caer. Al aterrizar, la bomba del agua empezó su intermitente silbido, obligándole a dar un salto hasta el alfiler, cogerlo y mantenerlo en equilibrio como para repeler un ataque.

No hubo tal ataque. Bajó la reluciente lanza y volvió a acercársela al costado, después de lo cual se dirigió hacia el calentador.

Salió de debajo de la montañosa sombra proyectada por el depósito de combustible y se internó en la luz grisácea del atardecer. La lluvia había cesado. Más allá de las empañadas ventanas reinaba la más absoluta quietud. Pasó junto a las inmensas ruedas de la cortadora de césped y miró con inquietud hacia arriba para asegurarse de que la araña no se encontraba agazapada allí.

Entonces se halló en un espacio abierto. Se dispuso a cubrir la escasa distancia que le separaba del calentador. Su mirada fue hacia el frigorífico, y el periódico que había encima se le apareció en la mente, haciéndole sufrir de nuevo el tormento que le produjo la invasión de su casa por los fotógrafos. Le hicieron colocar dentro de sus antiguos zapatos, que eran cinco tallas demasiado grandes para él, y Berg dijo: «Haz como si te acordaras de cuando

podías ponértelos, Scotty». Después le hicieron posar junto a Beth, junto a Lou, junto a uno de sus antiguos trajes; de pie junto a la cinta métrica, con la gran mano de Hammer saliendo por un extremo de la fotografía y señalando la marca justa; en el momento de ser examinado por los médicos contratados por el *Globe-Post*.

Su historia había sido leída por un millón de personas, mientras él sufría una nueva tortura mental cada día que pasaba, agitándose en la cama por la noche, diciéndose que iba a romper el contrato que había firmado tanto si necesitaban el dinero como si no, tanto si Lou le odiaba por ello como si no.

Sin embargo, siguió adelante.



Y las ofertas se multiplicaron. Ofertas para la radio, la televisión y el teatro, ofertas para aparecer en los cabarets, para escribir artículos en toda clase de revistas —excepto las mejores—, para aparecer en todas las ediciones del *Globe-Post*... La gente empezó a amontonarse en el exterior de su apartamento para contemplarle, e incluso pedirle un autógrafo. Los fanáticos religiosos le exhortaban, en persona o por correo, a unirse a sus cultos salvadores. Recibía cartas obscenas de mujeres frustradas... y de algunos hombres.

Su rostro era inexpresivo cuando llegó a la plataforma de hormigón. Permaneció allí un momento, pensando todavía en el pasado. Después volvió a la realidad, miró a su alrededor, y comprendió que la araña podía estar allí arriba, esperando para saltar. Trepó lentamente a la plataforma, con el alfiler a punto por si fuera necesario. Miró por encima del borde. El lugar donde dormía estaba vacío.

Con un suspiro soltó el alfiler encima del borde, y miró cómo rodaba hasta detenerse junto a su cama. Entonces volvió a bajar en busca de las galletas.

Después de tres viajes tuvo todos los pedazos de galleta en un montón, al lado de su cama. Empezó a mordisquear uno de los mayores trozos, deseando tener un poco de agua. Sin embargo, no se atrevía a bajar hasta la bomba; estaba oscureciendo y ni siquiera el alfiler era garantía suficiente en la oscuridad.

Cuando hubo terminado de comer, arrastró la tapa de la caja encima de su cama y se desplomó sobre la blanda esponja con un débil gemido. Seguía sintiéndose exhausto. La siesta en la caja de cartón apenas le había descansado.

Se acordó de algo y, tras buscar en torno suyo, cogió la madera y el carbón e hizo una marca. Era tan grande que seguramente tacharía otra marca, pero eso no importaba. La cronología perdía su importancia día tras día. Estaban el miércoles y el jueves, y después el viernes y el sábado. Nada más. Se estremeció en la oscuridad. Como la muerte, su destino era imposible de concebir. No..., era incluso peor que la muerte. La muerte, por lo menos, era un concepto común; formaba parte de la vida, a pesar de ser extrañamente desconocida. Pero... ¿quién había menguado jamás, hasta fundirse en la nada?

Se tendió de costado y apoyó la cabeza encima de un brazo. ¡Si por lo menos pudiese explicar a alguien cómo se sentía! Si, por lo menos, pudiese estar con Lou; verla, tocarla. Sí, aunque ella no lo supiera...; sería al menos un consuelo. Pero estaba solo.

Volvió a pensar en los relatos del periódico, y en lo mucho que le había trastornado convertirse en un espectáculo, hasta el punto de ocasionarle un ataque de nervios durante el cual se rebeló con indecible furia contra su situación.

Finalmente, en el colmo de la ira, corrió a la ciudad, y dijo al periódico que rompía su contrato, tras lo cual se marchó en un estado de ánimo muy parecido al odio.

1 metro y 7 centímetros.

A tres kilómetros de Baldwin, uno de los neumáticos se reventó con un estallido similar a la detonación de una escopeta.

Sobresaltado, Scott se agarró al volante mientras el Ford avanzaba haciendo eses y dejando anchas marcas de neumático en el pavimento. Necesitó toda la fuerza de sus brazos para evitar que el coche se estrellara contra la valla metálica central. Con el volante oscilando entre sus manos, sacó el coche de la autopista.

Unos veinticinco metros más allá, frenó y cerró el contacto. Permaneció sentado unos momentos, mudo, mirando al frente con ojos airados. Sus manos eran dos puños de blancos nudillos en el regazo.

Al fin habló:

—Oh, maldito hijo de... —la rabia le hizo estremecer—. Adelante —dijo, con la furia escondida tras la paciencia de su tono—. Adelante. Desembucha. Claro que sí. Adelante; ¿por qué no? —le castañetearon los dientes—. Sin embargo, no te detengas simplemente por un neumático pinchado —dijo, hablando entre dientes—. Arruina el generador. Funde las bujías. Rompe el radiador. ¡Salta por los aires, maldito hijo de perra! —una rabia apoplética le dominaba.

Se recostó en el asiento, agotado, con los ojos cerrados.

Al cabo de unos minutos, alzó la manivela de la portezuela y la abrió. El aire frío le envolvió. Se subió el cuello del abrigo, movió las piernas y bajó del alto asiento.

Aterrizó sobre la gravilla, boca abajo, con las manos extendidas para amortiguar el golpe. Se levantó rápidamente, maldiciendo, y lanzó una piedra a la carretera. «¡Con mi suerte, romperé la ventanilla de un coche y le sacaré un ojo a una anciana!», pensó furiosamente.

Empezó a temblar, mientras miraba el coche, inclinado sobre el neumático pinchado. *Estupendo* —pensó—, *realmente estupendo*. ¿Cómo diablos iba a cambiarlo? Le rechinaron los dientes. Ni siquiera era bastante fuerte para eso. Y, naturalmente, Terry no había podido vigilar a los niños y Lou tuvo que quedarse en casa. Era lo único que faltaba.

Un espasmo le sacudió de pies a cabeza. Hacía frío. Hacía frío en esa noche de mayo. También eso era de esperar. Incluso el clima estaba en contra

suya. Cerró los ojos. «Tendrían que encerrarme en una celda acolchada», pensó.

Bueno, no podía quedarse indefinidamente allí. Tenía que llegar a un teléfono y recabar la ayuda de un garaje.

No se movió. Miró fijamente la carretera. «Y cuando haya llamado al garaje», pensó, «vendrá el mecánico, me hablará, me mirará y me reconocerá; y tendré que soportar sus miradas disimuladas, o quizá descaradas, como las que Berg me dirige siempre... miradas penetrantes, insultantes, que parecen decirme que soy un microbio! Y tendré que soportar su charla, sus preguntas..., la clase de camaradería que un hombre normal ofrece a un monstruo».

Los músculos de su garganta se contrajeron cuando tragó saliva. Incluso la rabia era preferible a aquello, una completa negación de espíritu. La rabia, por lo menos, era lucha, era un movimiento hacia adelante contra algo. Lo que él experimentaba era la derrota, estática y pesada sobre sus hombros.

Exhaló un suspiro de agotamiento. Bueno, no había más remedio. Tenía que regresar a su casa. En otras circunstancias habría llamado a Marty; pero ahora ya no sabía cómo tratar a Marty.

Deslizó las manos en los bolsillos del abrigo y echó a andar por el arcén cubierto de gravilla. «No me importa», se repetía mientras andaba. «No me importa que haya firmado un contrato. Estoy harto de hacer de conejillo de Indias para un millón de lectores».

Siguió andando rápidamente, enfundado en su ropa de niño pequeño.

Momentos más tarde, la potente luz de unos faros le iluminó por detrás; él se alejó más de la calzada y siguió andando. Lo último que se le hubiera ocurrido habría sido hacer *autostop*.

La oscura masa del coche pasó de largo. Después se oyó un frenazo y, alzando la vista, Scott vio que el coche se detenía. Apretó los labios. «Prefiero andar». Formó las palabras con los labios, casi dispuesto a pronunciarlas.

La portezuela se abrió y apareció una cabeza oculta por un sombrero de fieltro.

—¿Andas solo, muchacho? —preguntó roncamente el hombre.

Las palabras salían por un lado de su boca. El otro lado estaba obturado por un cigarro a medio fumar. Scott siguió acercándose al coche. Quizá fuese mejor así; el hombre le había tomado por un niño. Tendría que haberlo supuesto. ¿Acaso no le habían negado la entrada en un cine, no hacía mucho, por no ir acompañado de un adulto? ¿No se había visto obligado a mostrar su identificación a un camarero, para que éste accediera a servirle una bebida?

—¿Estás solo, jovencito? —volvió a preguntar el hombre.

—Voy de camino a casa —dijo Scott.

—¿Tienes que ir muy lejos? —una voz inteligente, algo apagada. Scott vio que el hombre meneaba la cabeza. «Tanto mejor», pensó.

—Hasta la ciudad más próxima —dijo—. ¿Querría ser tan amable de llevarme, señor? —agudizó deliberadamente el ya agudo tono de su voz.

—Naturalmente, muchacho, naturalmente —dijo el hombre—. Sube y que tengamos *bon voyage*, tú, yo y el Plymouth, cosecha del cincuenta y cinco —metió la cabeza como una tortuga asustada. Desapareció en la concha de su automóvil.

—Gracias, señor.

Era una forma de masoquismo aquel jugar a ser un niño y llevar el papel hasta el límite, y Scott lo sabía. No entró hasta que el corpulento individuo se hubo enderezado completamente y estuvo sentado ante el volante. Entonces subió al asiento.

—Siéntate aquí, muchacho, siéntate... ¡Cuidado!

Scott dio un salto al sentarse en la enorme mano del hombre. El hombre la retiró y la puso ante sus ojos.

—Me has hecho daño, muchacho —dijo—. Has causado estragos en mis nudillos, ¿eh? —la risita del hombre fue líquida, como si saliera de una garganta llena de agua.

Scott sonrió automáticamente mientras volvía a sentarse. El coche apestaba a whisky y humo de cigarro. Tosió con la mano delante de la boca.

—Leven anclas, a plomo —declaró el hombre. Dio un golpecito al cambio de marchas hasta colocarlo en primera y el coche se puso en movimiento, tras dar un pequeño salto—. *Fermez la porte*, muchacho, *fermez* la maldita *porte*.

—Ya lo he hecho —le contestó Scott.

El hombre le miró de soslayo, como si estuviera encantado:

—Veo que entiendes francés, muchacho. Un muchacho excelente, un muchacho extremadamente simpático. A su salud, señor.

Scott sonrió imperceptiblemente. A él también le hubiese gustado estar borracho, pero toda una tarde bebiendo en el reservado de una oscura taberna no le había hecho efecto.

—¿Vives en esta tierra tan húmeda, muchacho? —preguntó el corpulento individuo. Empezó a darse palmadas en el pecho.

—En la próxima ciudad —dijo Scott.

—En la próxima ciudad, en la siguiente ciudad —dijo el hombre, sin dejar de darse palmadas—. En el pueblo adyacente, en la aldea yuxtapuesta. ¡Ah, Hamlet! Ser o no ser, ésa es la... ¡Maldita sea, una cerilla! ¡Mi reino por una cerilla! Eructó. Fue como el rugido de un leopardo.

—Utilice el encendedor del salpicadero —dijo Scott, que estaba deseando volver a ver las dos manos del hombre sobre el volante.

El hombre le miró de reojo, aparentemente sorprendido.

—Un muchacho brillante —dijo—. Un muchacho inteligente. Por Dios que adoro a los muchachos inteligentes... —su burbujeante risita invadió el maloliente automóvil—. *Mon Dieu*.

Scott se puso súbitamente en tensión cuando el hombre se inclinó hacia adelante, sin mirar siquiera la carretera. Apretó el encendedor y volvió a incorporarse, rozando el hombro de Scott.

—Así que vives en la próxima ciudad, *mon cher* —dijo—. Eso es... una noticia fascinante —otro eructo, similar al rugido de un leopardo—. Vengo de una cena con el viejo Vincent —dijo el hombre. El sonido que salió de su garganta podía muy bien interpretarse como divertido. Asimismo podía indicar un comienzo de estrangulación—. El viejo Vincent —repitió tristemente el corpulento individuo.

El encendedor saltó hacia fuera y el hombre se apresuró a sacarlo de su matriz eléctrica. Scott miró disimuladamente cómo volvía a encender su gastado cigarro.

El hombre poseía una abundante cabellera, medio oculta por el fieltro de anchas alas. Rayos de luz iluminaban su rostro. Scott vio unas enmarañadas cejas encima de los oscuros y relucientes ojos. Vio una nariz de aletas hinchadas, y una boca de labios gruesos. Era la cara de un muchacho travieso sobresaliendo entre rollos de grasa. Nubes de humo oscurecieron la cara.

—Un muchacho extremadamente simpático, sí, señor —dijo el hombre. No acertó a encontrar el agujero del salpicadero y el encendedor cayó al suelo con un ruido sordo—. ¡Por todos los santos! —el hombre se inclinó hacia adelante. El coche describió una pronunciada ese.

—Yo mismo se lo cogeré —dijo Scott rápidamente—. ¡Cuidado!

El hombre enderezó la dirección del vehículo. Acarició la cabeza de Scott con una mano sudorosa.

—Una criatura de excelentes virtudes —farfulló—. Como siempre he dicho... —hizo un desagradable ruido con la garganta, bajó la ventanilla y escupió al viento. Se olvidó de lo que siempre había dicho—. ¿Vives por aquí?

—preguntó, tras eructar ruidosamente.

—En la próxima ciudad —dijo Scott.

—Como te iba diciendo, Vincent era mi amigo —dijo el hombre con aire contrito—. Un amigo. En el verdadero sentido de la palabra. Un amigo, un aliado, un compañero, un camarada.

Scott lanzó una mirada a la estación de servicio que acababan de dejar atrás. Parecía cerrada. Lo mejor sería llegar a Freeport y asegurarse de que podría conseguir la ayuda de alguien.

—Insistió —prosiguió el hombre— en revestir la camisa de fuerza del matrimonio. —Se volvió—. ¿Tú *comprends*, querido niño? ¿*Comprends*, niño de benditos huesos?

Scott tragó saliva.

—Sí, señor —repuso.

El hombre exhaló una bocanada de humo. Scott tosió.

—Y lo que era un hombre —prosiguió el individuo—, querido niño, se convirtió en una criatura degradada, un lacayo, un siervo, un autómatas. Para decirlo en dos palabras... en un alma perdida y marchita. —El hombre miró a Scott con los ojos entornados—. ¿Sabes lo que quiero decir, querido niño? ¿Lo sabes?

Scott miró por la ventanilla. *Estoy cansado* —pensó—. *Quiero acostarme y olvidarme de quién soy y lo que me está sucediendo. Lo único que quiero es irme a la cama.*

—¿Vives por aquí? —preguntó el hombre.

—En la próxima ciudad.

—Muy bien —dijo el hombre.

Un momento de silencio. Después, el hombre dijo:

—Mujeres. Todas son iguales —eructó—. ¡Malditas sean! —miró a Scott. El coche se dirigió hacia un árbol—. Y mi querido Vincent —dijo el hombre— dejó de mirar a los hombres. Se hundió en las arenas movedizas de...

—¡Vamos a chocar con ese árbol!

El hombre volvió la cabeza.

—Ya está —dijo—. Rumbo corregido, capitán. Otra vez en la silla. Y mi amigo es un... —volvió a mirar a Scott, como si se tratara de un comprador examinando la mercancía—. Tú tienes... —dijo, frunciendo los labios y

calculando. Se aclaró violentamente la garganta—. Tienes doce años —dijo—. ¿Primer premio?

Scott tosió nuevamente.

—Primer premio —repuso—. Cuidado.

El hombre enderezó el volante y su risa terminó en un nuevo eructo.

—Una edad de grandes posibilidades, querido —dijo—. Una edad de ilimitadas esperanzas. ¡Oh, querido niño! —dejó caer una enorme mano, que fue a posarse sobre la pierna de Scott—. Doce, doce. ¡Oh!, volver a tener doce años. Bendito el que tiene doce años de edad.

Scott apartó la pierna. El hombre la estrujó una vez más y devolvió la mano al volante.

—Sí, sí, sí, sí, sí —dijo—. No tengas prisa en encontrar a tu primera mujer —sus labios se fruncieron—. Es una experiencia análoga a vomitar la primera copa de alcohol, y encontrarte el primer defecto.

—Puedo apear-me en... —empezó Scott, al ver una estación de servicio abierta a escasa distancia.

—Son muy feas —declaró el corpulento individuo del traje oscuro y arrugado—. Es una fealdad que bordea los límites de la monstruosidad —sus ojos se movieron, mirando a Scott por encima de bolsas y arrugas de grasa—. ¿Tienes intención de casarte, querido niño? —preguntó.

Si en estos días pudiera reírme de algo —pensó Scott—, me reiría de esto.

—No —contestó—. Oiga, podría apear-me en...

—Una sabia y noble decisión —dijo el corpulento individuo—. Una decisión que habla de virtud y decoro. Las *mujeres*... —clavó unos ojos desmesuradamente abiertos en el parabrisas— son como un cáncer. Destruyen con el mismo secreto, la misma efectividad, la misma... Di la verdad, ¡oh, profeta!... la misma *fealdad*. —El hombre le miró—. ¿Eh, muchacho? —dijo, riendo entre dientes, eructando e hipando.

—Señor, me apeo aquí.

—Te llevaré a Freeport, hijo mío —dijo el hombre—. ¡A Freeport! La tierra de la alegría y las extirpaciones casuales. Fortaleza de los obsesionados suburbanos... —el hombre miró abiertamente a Scott—. ¿Te gustan las muchachas, hijo mío?

La pregunta cogió a Scott desprevenido. En realidad, no había prestado atención al monólogo del hombre. Miró al individuo de soslayo. De pronto le pareció más grande; como si, con la pregunta, hubiese aumentado de volumen.

—No vivo precisamente en Freeport —respondió Scott—. Yo...

—¡Es tímido! —la risita del corpulento individuo se convirtió súbitamente en un cloqueo—. ¡Oh, tímida juventud amada!

La mano volvió a dirigirse a la pierna de Scott. El rostro de Scott se puso tenso al levantar la vista hacia el hombre, mientras el olor a whisky y cigarro invadía su nariz. Vio que la punta del cigarro se encendía y apagaba, se encendía y apagaba.

—Me apeo aquí mismo —dijo.

—Mira a tu alrededor, joven compañero —dijo el corpulento individuo, contemplando la carretera y a Scott al mismo tiempo—, la noche es joven. No son más que las nueve. Ahora —su voz se convirtió en un arrullo—, en la nevera de mi habitación se conserva un riquísimo helado. Ninguna pinta, no te preocupes, sino...

—Por favor, quiero apearme aquí.

Scott notaba el calor de la mano del hombre a través de la pernera del pantalón. Intentó apartarse, pero no pudo. El corazón le latió más de prisa.

—¡Oh, ven conmigo, jovencito! —dijo el hombre—. Helado, pastel, unos cuantos chistes verdes..., ¿qué otra cosa pueden desear dos aventureros como tú y yo? ¿Eh? —el apretón se hizo casi amenazador.

—¡Ay! —exclamó Scott, sobresaltado por el dolor—. Sáqueme la mano de encima.

El hombre pareció sorprendido ante la decidida cólera que expresaba la voz de Scott, su autoridad, y el tono mucho más grave.

—¿Quiere detener el coche? —inquirió airadamente Scott—. ¡Y tenga cuidado!

El hombre devolvió el coche a su carril.

—No te excites de este modo, muchacho —dijo con voz agitada.

—Quiero apearme —las manos de Scott temblaban.

—Mi querido niño —dijo el hombre con voz súbitamente triste—, si conocieras la soledad igual que yo, la negra soledad, y...

—¡Pare, maldita sea!

El hombre se puso rígido.

—¡Habla con respeto a tu superior, patán! —exclamó.

De repente alzó la mano derecha y la descargó en el lado de la cabeza de

Scott, haciéndole golpear contra la portezuela. Scott se enderezó rápidamente, comprendiendo, con un acceso de pánico, que no era más fuerte que un muchacho.

—Querido niño, te pido perdón —dijo instantáneamente el hombre, hipando—. ¿Te he hecho daño?

—Vivo en la siguiente calle —dijo Scott, tenso—. Pare aquí, por favor.

El hombre se arrancó el cigarro de la boca y lo tiró al suelo.

—Te he ofendido —dijo, como si estuviera a punto de llorar—. Te he ofendido con palabras desagradables. Por favor. Por favor. Mira más allá de las palabras, más allá de la superficial máscara de la alegría. Porque allí sólo hay tristeza, y la mayor de las soledades. ¿Puedes entenderlo, querido niño? ¿Acaso tú, a tu tierna edad, puedes comprender mis...?

—Señor, quiero apear-me —dijo Scott.

Su voz era la misma de un muchacho, medio airada y medio asustada. Y lo más horrible era que no sabía exactamente si en ella había más fingimiento que realidad o al revés.

El hombre frenó bruscamente y entró en el arcén de la carretera.

—Pues déjame, déjame —dijo con amargura—. No eres diferente de los demás, claro que no.

Scott abrió la portezuela con manos temblorosas.

—Buenas noches, dulce príncipe —dijo el corpulento individuo, buscando a tientas la mano de Scott—. Buenas noches y que sueñes con cosas muy agradables —un jadeante hipo interrumpió su discurso de despedida—. Yo sigo adelante, vacío, vacío..., vacío. ¿Querrás darme un beso? Porque el adiós, el adiós...

Pero Scott ya había bajado del coche y corría directamente hacia la estación de servicio que acababan de pasar. El hombre giró su enorme cabeza y observó al joven huyendo de él.

CAPÍTULO 8

Se oyó un ruido sordo, como el golpear de un martillo sobre madera; como el ruido de una enorme uña tabaleando, con falsa paciencia, sobre una pizarra. El golpeteo resonó en su dormido cerebro. Se meneó en la cama, dando la vuelta con un brusco movimiento de brazos. *Pam-pam-pam*. Lanzó un gemido. Sus manos, adosadas a ambos lados del cuerpo, se alzaron ligeramente y cayeron de nuevo. *Pam. Pam*. Gimió irritado, todavía medio dormido.

Entonces la gota de agua se estrelló sobre su rostro.

Tosiendo y reprimiendo las náuseas, retrocedió en la esponja, al tiempo que oía un fuerte chapoteo. Otra gota se estrelló sobre su hombro.

—¡Qué!

Su cerebro luchaba por orientarse, sus ojos desorbitados miraban a todas partes en la oscuridad. *¡Pam! ¡Pam!* Era el puño de un gigante golpeando una puerta; era un mazo monstruoso golpeando una plataforma.

El sueño se había esfumado. Sintió los saltos que le daba el corazón en el pecho.

—Dios mío, Dios mío —murmuró, sacando las piernas por el lado de la esponja.

Sus pies aterrizaron en un charco de agua tibia.

Volvió a levantar las piernas con un sobresalto. El ruido, que parecía surgir encima de su cabeza, aumentó de frecuencia. *¡Pam-pam-pam!* Contuvo el aliento. ¿Qué diablos podía ser...?

Haciendo una mueca ante aquel ruido atronador, volvió a sacar las piernas por el lado de la cama y las sumergió en el agua templada. Se puso rápidamente en pie, con las manos pegadas a los oídos. *¡Pam, pam, pam!* Era como estar dentro de un tambor. Jadeando, buscó el borde de la tapa de la caja. Resbaló sobre la superficie mojada y lanzó un grito cuando su rodilla derecha chocó con el cemento. Se levantó con un gemido y resbaló nuevamente.

—¡Maldita sea! —gritó.

Apenas pudo oír su voz; el ruido era ensordecedor. Afirmó frenéticamente los pies y, alzando los brazos, levantó el borde de la tapa y se escurrió por debajo de ella.

Volvió a resbalar y cayó sobre un codo. El dolor subió por su brazo. Se

dispuso a levantarse. Una gota de agua se estrelló en su espalda, haciéndole caer de nuevo. Se retorció como un pez, y vio que el calentador tenía un escape.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró, sintiendo un gran dolor en la rodilla y el codo.

Se levantó, contemplando cómo rebotaban las gotas sobre la tapa de la caja y el cemento. El agua corría por sus tobillos; una diminuta cascada se escurría por el borde de la plataforma, salpicando el suelo del sótano.

Permaneció inmóvil durante largos minutos, paralizado por la indecisión, contemplando cómo caía el agua y sintiendo que la túnica se pegaba cada vez más a su cuerpo.

Entonces gritó súbitamente:

—¡Las galletas!

Se lanzó nuevamente sobre la tapadera de la caja, resbalando y luchando por mantener el equilibrio. Alzó la tapa y la llevó sobre la cama, todo esto en medio de continuos resbalones. La dejó caer, y después se echó sobre la esponja, oyendo que el agua salía de sus poros hinchados.

—¡Oh, no!

No pudo levantar el paquete, de tan empapado que estaba. Con el rostro contraído por la ira, procedió a abrirlo, rompiendo el papel con la misma facilidad que si se tratara de un tisú.

Contempló los trozos de galleta empapados por el agua, convertidos en una masa cenicienta. Cogió un puñado y sintió su húmedo contacto, como unas gachas rancias.

Con una maldición, lanzó la masa al suelo. Voló por encima del borde de la plataforma y fue a desparramarse por el suelo en un centenar de pequeños fragmentos.

Se arrodilló en la esponja, indiferente al agua que caía a su alrededor y encima de él. Sus ojos no podían apartarse del montón de migas, y sus labios estaban comprimidos en una finísima línea.

—¿De qué sirve? —murmuró. Cerró los puños con fuerza—. ¿De qué sirve?

Una gota de agua cayó frente a él, y entonces trató de darle un salvaje puñetazo, con lo que perdió el equilibrio y acabó por caer de cara sobre la esponja. El agua brotó en abundancia.

Se puso en pie de un salto, lleno de furia.

—No me vas a vencer —dijo, aunque sin saber a quién. Apretó con fuerza

los dientes y lo que gritó fue un desafío y un reto—: ¡No me vas a vencer!

Recogió las pastosas galletas a puñados y las llevó al primer estante de metal negro del calentador. «¿De qué sirven las galletas empapadas?», le preguntaba su cerebro. «¡Se secarán!», le contestaba él. «Antes se pudrirán», dijo el cerebro.

—¡Cállate! —repuso él. Lo dijo a gritos.

«¡Cállate! Dios mío», pensó. Lanzó una bola de galleta contra el calentador, y vio cómo se desparramaba sobre el metal.

De repente se echó a reír. De repente todo aquello le pareció motivo de hilaridad. Él, que no medía ni dos centímetros de altura, vestido con una túnica que parecía una tienda de campaña, con agua tibia hasta los tobillos... tirando galletas mojadas al calentador. Echó la cabeza hacia atrás y se lanzó a reír estrepitosamente. Se sentó en el agua templada y chapoteó en ella, mojándose de pies a cabeza. Se quitó la túnica y se revolvió en el agua tibia. «¡Un baño!», pensó. «¡Estoy tomando el baño de la mañana!»

Al cabo de un rato se levantó y se secó con lo que quedaba del pañuelo que cubría la esponja. Después escurrió el agua de la túnica y la colgó para que se secara. «Me duele la garganta», se dijo. «¿Y qué?», prosiguió. «Tendrá que aguardar su turno».

No sabía por qué estaba tan regocijado y estúpidamente divertido. Se hallaba en un verdadero aprieto. Pensó que, cuando las cosas llegan a tal estado de gravedad, eran absurdas y no se podían tomar en serio; o se reía... o se perdía la razón. Se imaginó que si la araña aparecía en aquel momento por el borde de la plataforma, seguiría riéndose.

Rasgó el pañuelo con los dientes, las uñas y las manos; hizo con él una delgada túnica y ató los costados, tal como había hecho con la otra. Se la puso apresuradamente. Tenía que llegar pronto al costurero.

Cogiendo el pesado alfiler, lo tiró al suelo; después, bajó de la plataforma de cemento y lo recuperó. «Ahora tendré que encontrar otro sitio para dormir», pensó. Era divertido. Quizá incluso tuviera que subir al precipicio en busca de aquel pedazo de pan seco. Esto también era divertido. Meneó la cabeza mientras se encaminaba hacia la caja de cartón y los rayos de sol relucían sobre su cabeza.

Era como cuando rompió el contrato. Pesaban sobre él todas las facturas, la cruel inseguridad y los problemas de la adaptación. Trató de volver al mundo. Se lo pidió a Marty, y éste accedió de mala gana. Pero no dio resultado. Fue de mal en peor hasta que un día Therese le vio tratando de subir a una silla y le cogió como a un niño y le colocó encima.

Se indignó y fue al despacho de Marty; pero antes de que pudiera decir una sola palabra, Marty le mostró una carta que tenía frente a sí. Era de la

Administración de Veteranos. El préstamo del Gobierno había sido denegado.

Y aquella tarde, cuando se dirigía a su casa y el mismo neumático se reventó por segunda vez a media manzana del apartamento, Scott no pudo evitar echarse a reír estrepitosamente, con una risa tan histérica que se cayó de su asiento especial, saltó sobre el normal y aterrizó en el suelo.

Era el único medio: autodefensa, un mecanismo que el cerebro activaba para protegerse de la explosión; un alivio cuando las cosas se complicaban demasiado.

Cuando llegó a la caja de cartón, se apresuró a trepar por ella, sin molestarse en comprobar si la araña estaba esperándole en el interior o no. Se dirigió a largas zancadas hacia el costurero y encontró un pequeño dedal. Necesitó toda su fuerza para subirlo por la colina de trapos y sacarlo por la abertura.

Hizo rodar el dedal por el suelo como si fuera un gigantesco tonel, con el alfiler clavado en su túnica de pañuelo, de modo que lo arrastraba sobre el cemento a medida que avanzaba.

Al llegar al calentador pensó en subir el dedal hasta la parte superior de la plataforma de cemento, pero después se dio cuenta de que pesaba demasiado y lo empujó hasta adosarlo a la base de la plataforma, donde el torrente de agua lo llenó rápidamente.

El agua estaba un poco sucia, pero eso no importaba. Cogió un poco con las manos y se lavó la cara. Era un lujo del que no disponía desde hacía meses. También le hubiera gustado poderse afeitar la abundante barba; aquello habría sido estupendo. ¿El alfiler? No, no lo conseguiría.

Bebió un trago de agua e hizo una mueca. No era demasiado buena. Bueno, ya se enfriaría. Ahora no tendría que descolgarse para llegar hasta la bomba.

Haciendo un gran esfuerzo, logró arrastrar el dedal un poco más lejos de la cascada y dejó que la temblorosa superficie se inmovilizara. Después, apoyando el alfiler en el costado del dedal, trepó por él hasta el borde. Allí, rodeado por el escaso vapor, contempló su rostro en el agua.

Lanzó un gruñido. Verdaderamente, era notable. Pequeño, sí; una fracción de su anterior figura..., pero exactamente el mismo, trazo a trazo. Los mismos ojos verdes, el mismo cabello castaño oscuro, la misma nariz ancha, la misma mandíbula, las mismas orejas y los mismos labios. Hizo una mueca. Y eran los mismos dientes, aunque seguramente cariados después de tanto tiempo de no lavárselos. Sin embargo, seguían siendo blancos; lo había logrado frotárselos con un dedo mojado. Sorprendente. Un pobre sustituto de la pasta de dientes.

Contempló su pequeño rostro un rato más. Parecía insólitamente tranquilo

para ser el rostro de un hombre que vivía en medio de un miedo y un peligro continuos. Quizá la vida de la jungla, a pesar del peligro físico, fuera una vida relajante. Lo que positivamente no conservaba eran los triviales resentimientos y los disparatados valores de la sociedad. La suya era una vida sencilla, desprovista de artificio y presiones. En el mundo de la jungla, la responsabilidad quedaba reducida estrictamente a la supervivencia básica. No había tolerancia política, ni una arena financiera donde luchar, ni agotadoras carreras para subir un peldaño en la escala social. Todo se reducía a ser o no ser.

Agitó el agua con una mano. «Fuera, cara», pensó; «tú no importas nada en la vida de este sótano». Le parecía estúpido que en otra época le hubiesen considerado guapo. Estaba solo, sin nadie a quien gustar, ni complacer porque fuera conveniente.

Se dejó caer a lo largo del alfiler. A excepción —pensó, mientras se le secaba la humedad de la cara—, de que seguía amando a Louise. Era un verdadero ejemplo. Amar a alguien cuando no se puede obtener nada de esa persona; eso es amor.

Acababa de medirse en la regla y se dirigía hacia el calentador cuando oyó un fuerte crujido, un ruido atronador, y una deslumbrante alfombra de luz cubrió el suelo. Un gigante descendía por las escaleras del sótano.

Se quedó paralizado.

El terror le hizo permanecer inmóvil en el mismo lugar, con la vista alzada hacia la enorme figura que se abalanzaba sobre él, la figura cuyos zapatos eran más altos que él mismo y que hacía temblar el suelo con sus pasos. Fue una doble impresión lo que le sumió en aquel estado: ver tan de repente a aquel ser enorme y, al mismo tiempo, darse cuenta de que en otras épocas él había sido igual de grande. Con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta vio cómo el gigante se iba acercando.

Después, sus pensamientos e inmovilidad dieron paso al instinto y, con un sobresalto, corrió hacia el borde de una sombra protectora. El suelo se estremeció aún más; oyó el crujido de los gigantescos zapatos a punto de aplastarle como a un insecto. Con un grito ahogado, corrió medio metro y se tiró de cabeza hacia la luz, con los brazos extendidos para amortiguar el golpe.

Aterrizó con fuerza, rodando sobre el hombro unos cuantos centímetros. El gran zapato, como una inexorable ballena, se posó a escasos milímetros de su cuerpo.

El gigante se detuvo. Del túnel de un bolsillo extrajo un destornillador tan largo como un edificio de seis pisos, y después su negra sombra se abultó como una piscina alargada cuando se agachó delante del calentador.

Scott echó a correr, chapoteando, alrededor del pie derecho, hasta que quedó con la cabeza al mismo nivel de la suela. De pie junto a la plataforma de cemento, alzó la vista hacia el coloso.



Muy arriba —tanto que tenía que entrecerrar los ojos para verlo— estaba su rostro: una nariz como una escarpada pendiente por la que hubiera podido esquiarse; unas fosas nasales y orejas como cuevas en las que hubiera podido introducirse; una cabellera como un bosque donde hubiera podido perderse; una boca como una vasta y cerrada caverna; unos dientes —el gigante abrió repentinamente la boca— entre los cuales hubiera podido meter un brazo; unas pupilas tan grandes como él; unos iris negros tan grandes que hubiera podido esconderse en ellos, y unas pestañas como oscuros y rizados sables.

Contempló mudo al gigante. Eso era lo que Lou parecía ahora: monstruosamente alta, con dedos tan gruesos como secoyas, pies como elefantes y senos como dúctiles pirámides.

De pronto, la enorme figura se desdibujó ante la incolora gelatina de sus lágrimas. Nunca le había impresionado de aquel modo. Al no verla, y basándose en su propio físico, se la había imaginado como a alguien a quien podía tocar y abrazar, aun sabiendo que no era así. Ahora lo sabía con seguridad; y aquél era un cruel peso que aplastaba cualquier recuerdo.

Siguió llorando silenciosamente, sin inmutarse siquiera cuando el gigante cogió su esponja y, con un gruñido de dinosaurio, la tiró al suelo. Aquella mañana había experimentado toda clase de sensaciones —desde el pánico hasta la hilaridad, desde la tranquilidad al terror—, para sumirse nuevamente en la tristeza. Permaneció junto a la plataforma, mirando cómo el gigante sacaba la cubierta del calentador y la ponía a un lado para introducir el destornillador en sus entrañas.

Un viento helado sopló en torno a él y, entonces, giró la cabeza con tal rapidez que sintió un gran dolor en los músculos de la nuca. ¡La puerta!

«Oh, Dios mío», pensó, sorprendido ante su propia estupidez. ¡Dejarse envolver por su inconsolable tristeza mientras la ruta hacia la libertad le aguardaba!

Estuvo a punto de echar a correr hacia la puerta. Después, reprimiendo su impulso, pensó que el gigante podría verle y creer que era un insecto, pues no podría distinguir más que su pequeñez y movimiento.

Sin apartar los ojos de la figura que se alzaba ante él, retrocedió a lo largo de la plataforma hasta llegar a la pared. Entonces, dando media vuelta, corrió junto a la base hasta la gran sombra del depósito de combustible. Con los ojos clavados en el gigante, corrió por debajo del depósito, dejó atrás la escalerilla, pasó por debajo de la mesa de metal roja y de la mesa de mimbre, sin apenas sobresaltarse cuando la estufa se conectó nuevamente. A su espalda, el gigante seguía manipulando en las entrañas del calentador. Scott llegó al pie de las escaleras.

El primer escalón se alzaba a quince metros por encima de él. Paseó por debajo de la helada sombra que proyectaba, mirando la empinada pendiente

que el sol iluminaba como un dosel de oro. Eran las primeras horas de la mañana, y la parte trasera de la casa estaba orientada hacia el este.

Corrió velozmente a lo largo del escalón, que debía tener la longitud de una manzana de casas, en busca de un lugar por donde subir. Pero no había nada, excepto un estrecho pasadizo vertical en el extremo de la derecha, donde el mortero entre dos bloques de cemento se había contraído, dejando una chimenea de tres lados y del grosor aproximado de su cuerpo. Tendría que subir por ella como hacían los escaladores, apuntalándose con la espalda y las suelas de las sandalias, y trepando centímetro a centímetro con la sola ayuda de sus piernas. Era un camino terriblemente difícil, y había siete escalones hasta el patio posterior. Siete precipicios de quince metros que salvar. Si se encontraba exhausto después del primero...

El hilo. Podía servirle. Volvió corriendo a la mesa de mimbre y descolgó la barra a fuerza de sacudidas. Miró al gigante por encima del hombro y, al ver que seguía agachado frente al calentador, regresó a toda prisa junto al escalón, llevando tras él el grueso hilo. Disponía de una sola oportunidad.

Tiró la barra hacia arriba. Sin embargo, no podía llegar a la parte superior del escalón, y aunque pudiera tirarlo a tanta altura, no era probable que hubiera grietas en las que se pudiese introducir. Arrastró el hilo hasta la chimenea de tres lados y examinó su estrecha superficie en busca de una brecha donde alojar la barra. No había ninguna.

Tiró la barra al suelo y, medio andando, medio corriendo, recorrió la base del escalón de un lado a otro. Se revolvió como un animal atrapado, y echó a correr nuevamente en la dirección opuesta. Tenía que haber algún medio. Había esperado esta oportunidad durante meses enteros; había pasado la mitad del invierno en el sótano, esperando que alguien abriera aquella enorme puerta a fin de trepar hacia la libertad. ¡Pero él era tan pequeño!

No, no. No se permitiría pensar en ello. Había un medio; siempre había uno. No importaba lo difícil que fuera, pero siempre había un medio. Tenía que creerlo. Lleno de agitación, lanzó otra ojeada hacia la figura inclinada del gigante. ¿Cuánto tiempo permanecería allí? ¿Horas? ¿Minutos? No había tiempo que perder.

La escoba.

Dando nuevamente media vuelta, Scott echó a correr, temblando a causa del viento. Tendría que haberse puesto la túnica más gruesa. Pero no había dispuesto de tiempo suficiente. Además, probablemente seguiría mojada. El dedal; se preguntó si los monstruosos pies del gigante lo habrían volcado de un golpe, o si incluso lo habrían aplastado bajo su peso. «¡No importa!», gritó para sí. «¡Voy a salir de aquí!». Se detuvo en seco frente a la escoba apoyada en el frigorífico.

Había una telaraña entre las púas superiores. Sabía que no era trabajo de

la viuda negra, pero le recordó que había dejado el alfiler al lado del calentador. ¿Debía regresar y tratar de recuperarlo?

Desechó la idea. ¡No importaba! ¡Iba a salir de allí! Esto era lo único en lo que debía concentrarse. «Voy a salir de aquí; eso es todo. Voy a salir de aquí».

Cogió una de las pajas, gruesa como una porra, y tiró de ella con toda su fuerza. La paja no cedió. Tiró de nuevo con el mismo resultado. Cogió la paja más próxima y repitió la operación. Esta tampoco cedió. Con una exclamación de impaciencia, cogió otra y estiró, y luego probó varias más. Ninguna de ellas cedió.

Probó otra. Tiró de ella con toda la fuerza que pudo, desesperadamente, apuntalándose con los pies en las restantes pajas. Cuando al fin cedió una, se soltó con tanta facilidad que él salió volando y aterrizó de espaldas sobre el suelo de cemento. Lanzó un grito agudo y entonces tuvo que rodar apresuradamente hacia un lado para evitar que la paja le cayera sobre la cabeza.

Se puso en pie, sintiendo un gran dolor en la espalda. Agachándose, cogió la paja y la arrastró lentamente hasta el escalón, donde la extendió en sentido perpendicular al precipicio. Entonces la dejó caer y descansó un momento, jadeante y con las manos en las caderas. Los rayos de sol que pasaban sobre su cabeza parecían un reluciente puente, tan grueso y brillante que sintió el impulso de correr por él hasta el patio.

Cerró los ojos e inhaló grandes bocanadas del frío aire de marzo. Entonces corrió hasta el otro extremo de la paja y la levantó. Apoyando el extremo en la áspera cara de cemento, siguió levantándola e hizo avanzar el extremo para que la paja fuera subiendo el escalón. ¿Podría oír el gigante los rasguños? No, claro que no. Aquellas orejas tan grandes no percibirían un sonido tan minúsculo.

Cuando la paja se encontró apoyada en el escalón describiendo un ángulo aproximado de setenta grados, dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo y permaneció así un momento. Bajó la cabeza y, con la boca abierta, respiró entrecortadamente. A pesar de lo frío que estaba, se apoyó en el cemento. El sótano apareció borroso ante sus cansados ojos. La estufa se había apagado. Rompiendo el silencio, se oía el golpeteo de las herramientas del gigante en el calentador.

Cuando recobró la visión normal y sus brazos dejaron de temblar, alzó los ojos hacia la paja. Lanzó un gemido. No era tan larga como había esperado; incluso demasiado corta porque, levantada, se combaba flaccidamente por la mitad. Aunque llegara hasta arriba de todo, todavía le quedarían de dos metros y medio a tres de escalada antes de llegar a la parte superior del escalón. De dos metros y medio a tres de cemento vertical, sin ninguna clase de asidero que le ayudara en la ascensión.

Se pasó una temblorosa mano por el pelo. «No me vencerás», pensó, dirigiéndose nuevamente a alguna fuerza desconocida. Su rostro era una tensa máscara de líneas y arrugas. Iba a subir hasta allí, y eso era todo.

Miró a su alrededor.

Apilada contra la pared, junto al montón de troncos, había una colina de piedras, hojas y astillas de madera. Mucho tiempo atrás, en una vida que ahora le parecía más imaginaria que real, él mismo las había barrido y las había arrinconado allí en un insólito acceso de pulcritud.

Echó a correr hacia el montón. Se elevaba por encima de él como una colina de troncos gigantes y enormes rocas, algunas tan altas como casas. Confiaba en poder arrastrar alguna de ellas hasta la base del escalón, por lo menos lo suficiente para apuntalar la paja en ella y ganar un metro y medio de los tres que le quedaban. El resto de la distancia podría cubrirla con un gran salto, tal como había hecho al trepar a la superficie de la mesa. «Pero estuviste a punto de caerte», se recordó a sí mismo. «Si no hubiera sido por el asa de la lata de pintura...»

Hizo caso omiso de la reflexión. Aquello no admitía discusiones. Todos y cada uno de sus actos desde que se encontró en el sótano habían estado dedicados a la esperanza de subir aquellas escaleras. Al principio las había subido y bajado un centenar de veces, siendo detenido por la puerta cerrada. Cuando ahora pensaba en la facilidad con que entonces había subido aquellos escalones, se ponía enfermo. Era muy cruel que ahora, cuando la puerta estaba finalmente abierta, los escalones fueran ya no muros para él, sino acantilados.

La primera piedra que trató de mover pesaba tanto que no pudo desplazarla ni un milímetro. Escudriñó la desigual superficie de la colina en busca de piedras más pequeñas, deteniendo momentáneamente la inquieta mirada en diversas de las oscuras y cavernosas aberturas formadas por las rocas amontonadas. ¿Y si la araña estaba escondida en una de ellas? Mientras el corazón le latía lenta y pesadamente, dio la vuelta a la truncada colina hasta encontrar una piedra llana que podría mover.

La empujó por el suelo con agonizante lentitud, hasta que finalmente consiguió adosarla al escalón. Se enderezó y retrocedió unos pasos. La piedra era poco más alta que sus rodillas. Necesitaría otra.

Regresó junto a la colina de rocas y continuó buscando hasta encontrar una piedra similar y un fragmento de corteza. Añadiéndolas a la primera piedra, estas dos piezas lograrían la altura requerida. Por otro lado, en la corteza había una ranura en la que quizá pudiera introducir el extremo de la paja.

Con un gruñido de satisfacción, empujó el peso muerto de la segunda piedra hasta el escalón. Allí, con los dientes apretados y el cuerpo estremecido

por el cansancio, consiguió alzarla hasta colocarla encima de la primera piedra, pero notó una contracción en la espalda cuando lo hizo. «Te estás desintegrando, Carey», se dijo. Resultaba divertido.

Descubrió que la segunda piedra se balanceaba ligeramente sobre la primera. Tuvo que rellenar los huecos existentes entre las dos superficies con trozos de cartón. Una vez hecho esto, se encaramó sobre ella y dio unos cuantos saltos. Por lo que él podía comprobar, su pequeña plataforma era segura.

Miró con inquietud hacia el gigante, que seguía trabajando en el calentador..., pero ¿por cuánto tiempo? Saltó de la piedra al suelo, sintiendo un gran dolor en la espalda, y volvió hasta la colina renqueando. Garganta seca, espalda dolorida, brazos inertes. ¿Qué vendría después? Un viento helado sopló por encima de él y le hizo estornudar. «Después vendría una pulmonía», pensó. Resultaba divertido. Bueno, casi.

El fragmento de corteza fue fácil de transportar. Se puso el extremo más fino sobre el hombro y echó a andar, encorvado, arrastrándola. Hacía cada vez más frío. De repente se le ocurrió que no sabía lo que iba a hacer cuando estuviera en el patio. Si hacía tanto frío, ¿no moriría helado? Desechó la idea rápidamente.

Deslizó la corteza por encima de las dos piedras, y se apoyó en la estructura, mirándola.

No, ahora que estaban juntas, se daba cuenta de que el extremo de la paja era demasiado grueso para entrar en la ranura de la corteza. Exhaló un suspiro a través de los dientes apretados. Problemas, problemas. Otra mirada ansiosa hacia el gigante. ¿Cómo iba a saber cuánto tiempo le quedaba? ¿Y si lograba subir dos escalones y el gigante terminaba y se iba? Si no sucumbía aplastado bajo los monstruosos zapatos, se encontraría, como mínimo, desamparado en el alto y oscuro escalón, incapaz de ver lo suficiente para volver a bajar.

Pero no iba a pensar en eso. Aquello era el final, el término de todo. Salía ahora o... No, no había un «o». No dejaría que lo hubiera.

Cogiendo un minúsculo fragmento de roca, trepó a la superficie de su plataforma y rascó la ranura, arrancando correosas fibras hasta que el orificio fue bastante ancho para dar cabida al extremo de la paja. Tiró al suelo el fragmento de roca y, levantando el borde de su túnica, se enjugó el sudoroso rostro.

Permaneció así unos minutos, respirando profundamente, y dejando que sus músculos se relajaran. «No hay tiempo para descansar», le avisó el cerebro. Pero él le contestó: «Tengo que descansar porque, de lo contrario, nunca llegaré a la cumbre». Tenía que arriesgarse respecto al tiempo que el gigante seguiría trabajando. Nunca llegaría a la cima en un solo esfuerzo, eso

estaba claro.

Entonces fue cuando se le ocurrió la pregunta: «¿Por qué hago todo esto?»

Por un momento se quedó completamente inmóvil. ¿Por qué lo hacía? Todo habría concluido en cuestión de pocos días. Él habría desaparecido. ¿Por qué todo aquel esfuerzo, entonces? ¿Por qué aquella pretensión de continuar una existencia que ya estaba condenada?

Meneó la cabeza. Era peligroso pensar así. Seguir haciéndolo podría significar su final. Porque un análisis detallado de la situación le demostraría que todo lo que había hecho y estaba haciendo era ilógico. Sin embargo, no podía detenerse. ¿Era acaso porque no creía que el domingo todo habría concluido? ¿Cómo podía dudarlo? ¿Acaso el proceso había vacilado alguna vez, alguna siquiera, desde que se inició? Ninguna. Tres milímetros y medio al día, con la misma exactitud que un reloj. Podría haber establecido una teoría matemática sobre la absoluta constancia de su descenso hacia la inevitable nada.

Se estremeció. Era extraño, pensar en ello le debilitaba. Ya se sentía más débil, más exhausto, menos confiado. Si continuaba haciéndolo estaba acabado.

Parpadeó con rapidez e, ignorando deliberadamente el aumento de cansancio y preocupación que se había operado en él, se acercó a la paja. No dejaría que aquello le sucediera. Se enterraría en el trabajo.

Levantar la paja hasta la superficie de la corteza resultó muy difícil. Una cosa era alzar un extremo de ella, utilizando el suelo como punto base; apoyar la paja en el escalón a base de continuos deslizamientos. Pero era algo muy distinto levantar todo su peso del suelo y apoyarla en la base que había erigido.

La primera vez que alzó la paja se le escapó de sus manos y cayó sobre el cemento, aplastando uno de los bordes de su sandalia. No pudo mover el pie hasta que alzó nuevamente la paja y se vio libre de su peso.

Se apoyó en la plataforma, con el pecho agitado por la entrecortada respiración. Si la paja hubiese caído encima de su pie... Cerró los ojos. «No pienses en ello», se advirtió a sí mismo. «Por favor. No pienses en las cosas que podrían haber pasado».

La segunda vez consiguió apuntalar la paja en el borde de la primera piedra. Pero mientras estaba descansando, la paja se cayó y casi se derrumba encima de su cabeza. Maldiciendo con desesperada cólera, volvió a apoyar la paja y después, con un acceso de energía, la levantó de nuevo, asegurándose esta vez de que estaba segura antes de soltarla.

La próxima subida era aún más difícil. El sistema de palancas no sería tan

efectivo, porque tendría que empezar a levantar la paja al nivel de su cintura, hasta llegar a la superficie de la segunda piedra, que estaba a nivel de sus hombros. Las piernas no le servirían de nada. Toda la fuerza tendría que proceder de su espalda, hombros y brazos.

Mientras inhalaba aire por la boca, esperó a tener el pecho hinchado y entonces, dejando bruscamente de respirar, alzó la pesada paja y la dejó sobre la segunda piedra. Hasta que no la soltó, no se dio cuenta del gran esfuerzo que había realizado. Notaba en la espalda y en las ingles una dolorosa tensión que fue disminuyendo muy lentamente, como si los músculos hubieran sido retorcidos —como una pieza de ropa que se escurre—, y les costara desenredarse. Apoyó la palma de la mano en la zona dolorida de la espalda.

Unos momentos después trepó a la superficie de la plataforma. Con un nuevo esfuerzo, deslizó el extremo de la paja en la ranura. Meneó la paja hasta colocarla en la posición más ventajosa, y después se sentó a fin de prepararse para la ascensión. El gigante seguía trabajando. Había tiempo suficiente. Claro que lo había.

Se levantó y comprobó la firmeza de la paja. «Muy bien», pensó. Inhaló aire rápidamente. Ahora saldría de allí. Palpó el rollo de hilo que tenía encima del hombro derecho. Muy bien. Estaba dispuesto.

Empezó a trepar por la caña, milímetro a milímetro, con extremo cuidado para no caerse. La caña se dobló aún más bajo su peso. Hubo un momento en que se ladeó un poco y él tuvo que detenerse y enderezarla con varias sacudidas de su cuerpo.

Tras una pausa, reanudó la ascensión, con las piernas enrolladas en torno a la paja, los labios apretados y los ojos fijos en el color gris del precipicio de cemento. Cuando llegara a la parte superior del escalón, bajaría un lazo de hilo y alzaría la paja. Allí arriba no habría piedras donde encaramarla, pero ya se inventaría alguna cosa. Había subido seis metros, siete, nueve...

Una gigantesca figura se deslizó ante él, ocultándole los rayos del sol.

Estuvo a punto de caerse de la paja. Perdió el equilibrio y descendió hasta la parte inferior de la paja, asiéndose desesperadamente con los brazos a su resbaladiza superficie. Al fin consiguió detenerse y se encontró frente a los brillantes ojos verdes del gato.

La impresión recibida le dejó sin aliento. Se sintió aún más petrificado que cuando el gigante había bajado las escaleras. Siguió agarrado a la paja, mirando fijamente al gato como si éste le hubiera hipnotizado.

Los bigotes, parecidos a lanzas, se movieron. El enorme gato se inclinó hacia adelante con inquieta curiosidad, acercando el vientre al suelo, bajando las patas delanteras y arqueando ligeramente el lomo. Scott sintió su cálido aliento en la cara y tuvo náuseas.

Inconscientemente, se deslizó hacia abajo unos cuantos milímetros. Un inquietante ronroneo se escapó de la garganta del gato y él se detuvo bruscamente, permaneciendo inmóvil en aquella posición. Los bigotes del gato volvieron a moverse. Su aliento era repugnante. Girando la cabeza de un lado a otro, vio sus afilados dientes que, como gigantescos puñales, podían clavarle en su cuerpo en cualquier instante.

Un estremecimiento de terror le recorrió la espalda. Se deslizó un poco más hacia abajo. El gato avanzó unos milímetros. «¡No!», le gritó su mente. Siguió aferrado a la vibrante paja, oyendo los apresurados latidos de su corazón.



Si intentaba descender, el gato atacaría. Si saltaba, se rompería una pierna y sería devorado. Pero no podía quedarse allí. Su garganta se contrajo con un ruido seco. Su impotencia le obligó a permanecer en el mismo lugar, bajo la blanda mirada del enorme gato.

Cuando éste alzó la pata derecha, Scott contuvo la respiración.

Dominado por el más absoluto terror, contempló la gigantesca pata de afiladas uñas y vio que se alzaba lentamente y se acercaba más y más a él. No podía moverse. Sin parpadear siquiera, aguardó los acontecimientos.

En el mismo momento que la pata iba a tocarle, recobró el dominio de sí mismo.

—¡Fuera de aquí! —gritó, junto al rostro del gato.

Éste saltó hacia atrás, asustado. Con una sacudida, tiró la paja hacia un lado, haciendo que resbalara por el precipicio de cemento, con creciente rapidez. Sin mirar al gato, Scott continuó fuertemente agarrado hasta que la paja se encontró a un metro y medio del suelo. Entonces saltó.

Al aterrizar, dio una voltereta. Detrás suyo, el gato se deslizó hacia adelante, gruñendo. «¡Levántate!», le gritó su mente. Tocó el suelo con los pies y se dio impulso, cayendo hacia adelante.

Al resbalar sobre las rodillas, el gato dio un salto, con las dos grandes patas colgando a ambos lados de su cuerpo, y levantando chispas del cemento con las uñas. Tenía la boca abierta, como una cueva de cimitarras y vientos calientes.

Cuando retrocedía hacia el escalón, Scott sintió que el rollo de hilo se deslizaba de su hombro. Cogiéndolo, lo tiró a la boca del gato y el animal saltó hacia atrás, escupiendo y haciendo arcadas. Separándose del escalón, Scott corrió a la colina de piedras y se introdujo en una cueva.

Al cabo de un segundo, una de las patas del gato rascaba por el lugar donde él había entrado. Una de las piedras se desplomó. Scott se arrastró hasta el fondo de la cueva y penetró en un túnel lateral cuando el gato empezaba a rascar furiosamente las piedras.

—¡Eh, gatito!

Scott se detuvo bruscamente, con la cabeza agachada, al oír la atronadora voz.

—¡Eh!, ¿qué estás buscando? —preguntó la voz. Scott oyó una risita que le pareció la amenaza de un trueno lejano—. ¿Has acorralado a algún ratón?

El suelo se estremeció bajo las fuertes pisadas del gigante. Ahogando un grito, Scott siguió descendiendo por el túnel, entró en otro y después en otro, hasta que se vio obligado a detenerse ante una pared.

Se agazapó allí, temblando y aguardando.

—Has acorralado a un ratón, ¿verdad? —preguntó la voz.

Su intensidad provocó un agudo dolor en los oídos de Scott. Se tapó las orejas. Seguía oyendo el fiero maullido del gato.

—Bueno, veamos si podemos encontrarlo, gatito —dijo el gigante.

—No...

Scott ni siquiera se dio cuenta de que hablaba. Se pegó al muro, oyendo cómo las manos del gigante iban desplazando las rocas, con un estrepitoso crujido que se introdujo en su cerebro como un cuchillo. Se apretó las orejas con las palmas de las manos con tanta fuerza como pudo.

De repente, la luz se abrió paso hacia él. Con un grito, se tiró de cabeza en un túnel recién abierto. Sacudiendo desesperadamente los brazos, voló unos dos metros y fue a caer sobre una repisa de piedra, aterrizando de costado y desgarrándose la piel del brazo derecho. En la oscuridad, una roca se desplomó con gran estruendo a poca distancia de él, rozándole la palma de la mano derecha. Lanzó una exclamación de terror.

El gigante dijo:

—Lo encontraremos, gatito, lo encontraremos.

La luz llegó nuevamente hasta él. Con un sollozo, Scott se enderezó y volvió a lanzarse de cabeza a la oscuridad. Una piedra cayó al suelo, y él cayó con ella. Volvió a levantarse y echó a correr por el suelo de la caverna medio derrumbada, invadido por el pánico. La caída de otra roca le envió volando por los aires hasta que se estrelló de cabeza contra una pared rocosa.

Mientras la oscuridad se adueñaba de su mente, sintió que la sangre se deslizaba cálidamente por su mejilla. Tenía las piernas inertes y las manos extendidas como flores moribundas, y las rocas que caían iban construyendo una tumba alrededor de él.

CAPÍTULO 9

Al fin volvió a ver la luz.

Estaba en la entrada de la caverna, mirando todo el sótano con ojos asustados.

El gigante se había ido. El gato también. La tapa del calentador volvía a estar en su sitio. Todo era igual que antes; los objetos amontonados, el pesado silencio, la gran inmensidad que le rodeaba. Su mirada avanzó lentamente hacia los escalones y subió por ellos. La puerta estaba cerrada.

Se la quedó mirando y se sintió completamente desprovisto de cualquier deseo. Había luchado en vano una vez más. Todo el acarreo de piedras, los interminables paseos y ascensiones a través de negros túneles habían sido en vano.

Sus ojos se cerraron. Se balanceó débilmente sobre la colina de rocas, incapaz de pensar en nada. Todo pareció girar; sus manos, brazos, piernas y tronco. En su interior también, en su garganta, pecho y estómago. Tenía un insoportable dolor de cabeza. No sabía si tenía hambre o sentía náuseas. Las manos le temblaban.

Se arrastró hasta el calentador.

El dedal se había volcado. Bebió las pocas gotas que quedaban en él como un animal sediento, aprovechando incluso las que logró absorber de las hendiduras. Le dolió la garganta al tragar.

Cuando hubo terminado el agua, trepó con lentos y cansados movimientos a la plataforma de cemento. El lugar donde solía dormir estaba totalmente arrasado, y la esponja, el pañuelo, el fardo de galletas y la tapa de la caja habían desaparecido. Se acercó al borde de la plataforma y vio la tapa de la caja en el suelo. Parecía muy grande y pesada. No tenía fuerza suficiente para levantarla.

Permaneció largo rato en aquel cálido rincón, en pie, temblando un poco y con la vista fija en el sótano cada vez más oscuro. Otro día había llegado a su fin. Miércoles. Quedaban tres días.

Su estómago se contrajo de hambre. Volcó lentamente la cabeza hacia atrás y alzó la mirada hacia el lugar donde pusiera las pocas migas de galleta mojada. Seguían allí. Con un gemido se dirigió a la pata del calentador y se encaramó a la repisa.

Se sentó allí, con las piernas colgando, y se comió los pedazos de galleta. Aún estaban húmedos, pero podían comerse. Sus mandíbulas se movieron con apatía desprovista de todo ritmo, mientras sus ojos permanecían fijos en la

lejanía. Estaba tan cansado que apenas podía comer. Sabía que tenía que bajar y coger la tapa de la caja para protegerse en caso de que la araña acudiera. Lo hacía casi todas las noches. Pero estaba demasiado cansado. Dormiría allí mismo, en la repisa. Si la araña acudía... Bueno, ¿qué importaba? Se acordó de la época, ya muy lejana, cuando estuvo con la Infantería en Alemania. Se había dormido sin cavar una trinchera, aun sabiendo que eso podía significar su muerte..., pero estaba demasiado cansado.

Caminó pesadamente a lo largo de la repisa hasta llegar a una zona amurallada. Entonces se encaramó a la pared y se tendió en la oscuridad, apoyando la cabeza en un clavo.

Estaba echado de espaldas, respirando lentamente, casi incapaz de reunir la fuerza suficiente para llenar los pulmones de aire. Y pensó: «Hombrecito, ¿qué harás ahora?»

Entonces se le ocurrió que, en vez de luchar con las piedras y la paja, hubiera podido limitarse a trepar a la vuelta de los pantalones del gigante y dejarse sacar del sótano en un momento. La única indicación de la furia que sintió contra sí mismo fue un súbito arrugarse de la piel alrededor de sus ojos cerrados, un sonido ahogado que se escapó a través de los dientes apretados. ¡Tonto! Incluso el pensamiento le supuso un gran esfuerzo.

Su cara se relajó nuevamente, y se convirtió en una máscara de numerosas líneas.

Otra pregunta: ¿por qué no había tratado de comunicarse con el gigante? Era extraño, pero este pensamiento no le encolerizó. Se trataba de algo tan raro que sólo le sorprendió. ¿Se debía quizá a su pequeño tamaño, a que creía pertenecer a otro mundo y a que no podía existir una comunicación? ¿O se debía a que, como en todas sus decisiones actuales, sólo contaba consigo mismo para la realización de algún deseo?

Claro que no era eso, se dijo amargamente. Estaba tan desvalido e inútil como siempre; quizá un poco más torpe, eso era todo.

En la oscuridad se palpó todo el cuerpo. Pasó una mano por el largo araño de su antebrazo derecho. Tocó la piel levantada de la palma de su mano derecha, tocó con el codo la hinchada magulladura que tenía en el costado derecho. Pasó un dedo por la herida de su frente. Le picaba la garganta. Retrocedió un poco y sintió un agudo dolor en la espalda. Finalmente, dejó que los dolores separados volvieran a unirse en un solo dolor.

Sus ojos se abrieron, los párpados se levantaron como por decisión propia, y miró a la lejanía. Recordó el momento en que recobró la conciencia en el sepulcro de rocas; recordó el horror que casi le había vuelto loco hasta que se dio cuenta de que tenía aire para respirar, y de que debía mantenerse cuerdo si quería salir de allí.

Pero aquel instante en que se dio cuenta de que estaba encerrado vivo en

una cripta fue lo peor de todo.

Se preguntó por qué se le había ocurrido la frase. ¿Cómo sabía que era lo peor de todo? Podían esperarle cosas mucho peores... si seguía con vida.

Pero no se le ocurrió ninguna. Había sido lo peor de todo, el nadir de su existencia en el sótano.

Esto le hizo pensar en otro mal momento, en la otra vida que llevó tiempo atrás.



89 centímetros.

Cuando, procedentes de casa de Marty, llegaron a la suya, él se quedó en el salón mientras Lou llevaba a Beth a la cama. No se ofreció a ayudarla. Sabía que ya no podía levantar a su hija en brazos.

Cuando Lou salió del dormitorio, él seguía allí de pie.

—¿Es que no piensas quitarte el sombrero y el abrigo? —le preguntó ella.

Entró en la cocina antes de que pudiera contestarle. Vestido con su americana de muchacho y el sombrero tirolés con la pluma roja metida en la cinta, oyó cómo abría el frigorífico. Contempló la calle a oscuras y oyó el crujido de los cubos de hielo al ser separados, el ruido seco del tapón de una botella al ser abierta, el carbónico burbujeo de la soda al ser servida.

—¿Quieres una coca-cola? —le preguntó ella a gritos.

Él meneó la cabeza.

—¿Scott?

—No —contestó. Sintió una aceleración de los latidos en las muñecas.

Ella entró con el vaso.

—¿Es que no vas a quitarte las ropas? —le preguntó.

—No lo sé —repuso él.

Ella se sentó en el sofá y se quitó los zapatos con una sacudida.

—Otro día —dijo.

Él no contestó. Le dio la impresión de que trataba de hacerle sentir como un niño que ha hecho un drama de algo insignificante, mientras ella le seguía pacientemente la corriente. Hubiera querido replicarle con violencia, pero no lo hizo.

—¿Vas a quedarte así toda la noche? —preguntó ella.

—¿Por qué no? —contestó.

Ella le miró un momento, con el rostro inexpresivo. Él vio el reflejo de su cara en la ventana. Entonces ella se encogió de hombros.

—Haz lo que quieras —dijo.

—Lo que yo haga no es asunto tuyo —repuso él.

—¿Qué? —sus labios se abrieron en una triste y cansada sonrisa.

—Nada, nada —ahora sí que se sentía como un muchacho.

Le pareció que ella bebía y tragaba haciendo excesivo ruido. Hizo una mueca de irritación. «No sorbas así», protestó su mente. «Pareces un cerdo».

—Oh, vamos, Scott; estar de mal humor no te ayudará en nada —parecía ligeramente molesta.

Él cerró los ojos y se estremeció. «Hemos llegado a esto», pensó. El horror había desaparecido; ella ya estaba acostumbrada. No era que él no lo esperase, pero no por eso la impresión recibida fue menor.

Era su marido. Había medido más de un metro ochenta y dos. Ahora era más bajo que su hija de cinco años. Se hallaba frente a ella, grotesco en su ropa de niño, y en la voz de ella no había otra cosa que una débil molestia. Era un horror tras otro.

Se le nublaban los ojos al contemplar la calle y al escuchar el susurro de los árboles mecidos por el viento nocturno, al igual que las faldas de una mujer que baja una interminable escalera.

Volvió a oírla beber, y se puso rígido de cólera.

—Scott —dijo ella. «Afecto falsamente aplicado», pensó él—. Siéntate. Mirar por la ventana no ayudará en nada a los negocios de Marty.

Él habló sin volverse.

—¿Crees que estoy preocupado por eso?

—¿No es así? ¿No es por eso por lo que los dos...?

—No lo es —la interrumpió fríamente él.

La frialdad en la voz de un niño sonaba muy extraña... como si desempeñara un papel en una obra de fin de curso, y lo hiciera sin convicción y a punto de reír.

—Entonces, ¿qué es? —le preguntó ella.

—Si todavía no lo sabes...

—Oh, vamos, cariño...

Él se aferró a eso.

—Te cuesta un pequeño esfuerzo llamarme cariño ahora, ¿verdad? —dijo, con la piel del rostro muy tirante—. Te cuesta un pequeño...

—¡Oh, basta, Scott! ¿No tenemos bastantes problemas para que tú te imagines más?

—¿Imaginarme? —su voz se hizo estridente—. ¡Claro! ¡Todo son imaginaciones mías! Nada ha cambiado. Todo sigue igual. ¡Sólo son imaginaciones mías!

—Despertarás a Beth.

Demasiadas palabras de ira se agolparon en su garganta. Se ahogaron unas a otras, y no pudo pronunciar ninguna. Regresó junto a la ventana y volvió a mirar por ella.

Entonces, bruscamente, se dirigió a la puerta de entrada.

—¿Adonde vas? —le preguntó ella con voz alarmada.

—¡A dar un paseo! ¿Te importa?

—¿A dar un paseo por la calle?

Le hubiera gustado lanzar un grito.

—Sí —repuso, con voz que temblaba de cólera reprimida—, por la calle.

—¿Crees que debes hacerlo?

—¡Sí, creo que debo hacerlo!

—¡Scott, sólo estoy pensando en ti! —explotó ella—. ¿Es que no lo ves?

—Claro, claro que sólo piensas en mí —tiró de la puerta principal, pero ésta no se abrió. Sus mejillas se colorearon y tiró con más fuerza, ahogando una maldición.

—Scott, ¿qué he hecho yo? —preguntó ella—. ¿He sido yo quien te ha hecho mal? ¿He sido yo la que he negado ese contrato a Marty?

—Maldita sea esta... —se le quebró la voz. Entonces la puerta se abrió y dio un golpe contra la pared.

—¿Y si te ve alguien? —preguntó ella, levantándose del sofá.

—Adiós —dijo él, dando un portazo a su espalda.

E incluso esto fue inútil, porque la jamba estaba demasiado curvada y la puerta no se cerró con estrépito, sino que únicamente entró con un crujido en el marco.

No miró atrás. Se dirigió manzana abajo, con rápidas y agitadas zancadas, hacia el lago. Debía estar a unos diez metros de la casa cuando la puerta volvió a abrirse.

—¡Scott!

No pensaba contestar. Después, malhumoradamente, se detuvo y habló por encima del hombro.

—¿Qué? —preguntó, con ganas de llorar al oír el agudo e ineficaz sonido de su voz.

Ella titubeó un momento y después preguntó:

—¿Quieres que vaya contigo?

—No —dijo él.

No sintió ni cólera ni desesperación. Permaneció un momento allí, mirando hacia atrás a su pesar, y preguntándose si ella insistiría en acompañarle. Pero ella no hizo ningún movimiento y se quedó en el umbral.

—Ten cuidado, cariño —dijo.

Él tuvo que ahogar el sollozo que amenazaba con escapársele. Dando media vuelta, siguió bajando apresuradamente la oscura calle. No la oyó cerrar la puerta.

«Esto es el fin», pensó, «el fin de todo. No hay nada peor para un hombre que convertirse en objeto de piedad. Un hombre puede soportar el odio, el abuso, la cólera y el castigo; pero nunca la piedad. Cuando un hombre se convierte en un ser digno de lástima, está perdido. La piedad se reserva para los casos desesperados».

Andando por la rueda del mundo, trató de no pensar en nada. Fijó la vista en la acera, andando rápidamente por las manchas de luz que proyectaban las farolas y la oscuridad, tratando de no pensar.

Su mente no cooperó con él; era algo típico de las mentes introspectivas. Cuando le decía que no pensara en algo, eso era justamente lo que hacía. Cuando le pedía que le dejara solo, se pegaba a él como un perro. Siempre hacía lo mismo.

Las noches veraniegas en el lago solían ser frías. Se levantó el cuello de la americana y siguió andando, mirando hacia las oscuras y cambiantes aguas. Como era la noche de un día laborable, los cafés y tabernas de la orilla no estaban abiertos. Al acercarse al oscuro lago empezó a oír el ruido del agua que chocaba contra los guijarros de la playa.

La acera se acabó. Siguió a campo través, haciendo crujir las hojas y ramas bajo sus pasos como si fueran cosas vivas. Soplaban un viento helado procedente del lago. Le atravesaba la americana, produciéndole escalofríos. No le importaba.

A unos cincuenta metros de la acera había una zona abierta junto a un oscuro y rústico edificio. Contenía un café y una taberna alemana, junto a la

cual se veían unas cuantas mesas y sillas para comer y beber al aire libre. Scott se abrió paso entre ellas hasta que divisó el lago. Entonces se sentó en la áspera superficie de un banco.

Contempló sombríamente el lago. Trató de imaginarse a sí mismo hundiéndose en él para siempre. ¿Acaso era tan absurdo? Ya le estaba ocurriendo lo mismo. No, llegaría al fondo y aquello sería el fin de todo.

Se estaba ahogando de otra manera.

Se habían trasladado a la casa del lago hacía seis semanas, porque Scott se sentía atrapado en el apartamento. Si salía, la gente le observaba sin disimulo. Con sólo una semana y media de aparecer en la serie del *Globe-Post*, se había convertido en una celebridad nacional. Seguía recibiendo proposiciones para exhibirse personalmente. Los periodistas golpeaban continuamente a su puerta.

Pero en general era la gente ordinaria, los curiosos, los mirones, los que querían ver al hombre menguante y pensar: «Gracias, Dios mío, por ser normal».

Así que se trasladaron al lago y consiguieron llegar allí sin que nadie se enterase. Y allí descubrió que la vida era la misma.

La lentitud con que transcurría era lo peor. La forma en que menguaba día tras día, siempre de manera imperceptible, siempre de manera ininterrumpida, dos centímetros exactos por semana. Y todas las aburridas funciones del día seguían desarrollándose con inexorable monotonía.

Hasta que la ira, agazapada en su interior como un animal acorralado, saltara violentamente. La razón no importaba. Eran las grietas en su equilibrio lo que contaba.

Como el gato:

—Te lo juro por lo que más quieras, isi no te libras de este maldito gato, lo mataré!

Furia de una muñeca; su voz ya no era masculina ni autoritaria, sino frágil y débil.

—Scott, no te ha hecho nada.

Él se subió una manga.

—¿Qué es esto? ¿Imaginaciones más? —señalaba un pequeño rasguño.

—Cuando te lo hizo estaba asustado.

—¡Pues yo también estoy asustado! ¿Qué tiene que hacer, abrirme la garganta antes de que te decidas a sacarlo de casa?

Y las dos camas:

—¿Qué estás intentando hacer, humillarme?

—Scott, fue idea tuya.

—Sólo porque tú no podías soportar tocarme.

—¡No es verdad!

—¿No?

—¡No! Hice todo lo que pude para...

—¡No soy un niño! ¡No puedes tratar mi cuerpo como el de un niño!

Y Beth:

—Scott, ¿no ves que no lo entiende?

—¡Sigo siendo su padre, maldita sea!

Todas estas explosiones de cólera terminaban igual: corría hacia el frío sótano, bajaba las escaleras y se apoyaba en el frigorífico, respirando entrecortadamente, con los dientes apretados y las manos cerradas.

Transcurrían los días, y una tortura se sumaba a la otra. Le estrechaban los trajes..., los muebles crecían, se hacían menos manejables. Beth y Lou crecían. Los problemas financieros crecían.

—Scott, tengo que decírtelo: no sé cómo vamos a seguir viviendo con cincuenta dólares a la semana. Tenemos que comer, vestirnos, pagar la casa... —su voz se desvaneció; meneó la cabeza con angustia.

—Supongo que lo que quieres es que vuelva al periódico.

—No he dicho eso. Sólo he dicho que...

—Ya sé lo que has dicho.

—Bueno, si te he ofendido, lo siento. Cincuenta dólares a la semana no nos bastan. ¿Qué pasará cuando llegue el invierno? ¿Qué haremos para comprar la ropa y el combustible?

El meneó la cabeza como si tratara de alejar la necesidad de pensar en ello.

—¿Crees que Marty querría...? —comenzó ella.

—No puedo pedirle más dinero a Marty —repuso él, escuetamente.

—Bueno...

No dijo nada más. No fue necesario.

Y si ella lo olvidó y se desnudó sin encender la luz, creyendo quizá que él estaba dormido, Scott permaneció tendido en la cama, mirando su cuerpo desnudo, oyendo el crujido de su camisón al deslizarse sobre su pecho, su estómago, sus caderas y piernas. No se había dado cuenta hasta entonces, pero era el sonido más enloquecedor que existía en el mundo. Y siguió mirándola, como un hombre muriendo de sed que contemplara unas aguas inalcanzables.

Después, durante la última semana de julio, el cheque de Marty no llegó.

Al principio creyeron que se trataba de un descuido. Pero transcurrieron dos días más, y el cheque siguió sin llegar.

—No podremos esperar mucho más, Scott —le dijo ella.

—¿Qué hay de nuestra cuenta de ahorros?

—No debe haber más de setenta dólares en ella.

—¡Oh!, bueno... esperaremos un día más —decidió él.

Pasó aquel día en el salón, con la vista fija en la misma página del libro que estaba leyendo.

Se repitió una vez tras otra que debía volver al *Globe-Post*, y dejar que continuaran su serie. O aceptar una de las numerosas ofertas de apariciones personales. O dejar que algún semanario sensacionalista publicara su historia. O darle a algún autor de segunda la oportunidad de que escribiera un libro sobre su caso. Entonces tendrían bastante dinero, y la inseguridad que Lou temía tan desesperadamente habría concluido.

Pero el hecho de repetírselo una y otra vez no fue suficiente. La repulsión que le ocasionaba exhibirse ante la morbosa curiosidad de la gente era demasiado fuerte. Se consoló a sí mismo. El cheque llegaría al día siguiente, tenía que llegar al día siguiente.

Pero no llegó. Y luego aquella noche habían ido a casa de Marty y éste les había dicho que acababa de perder el contrato con Fairchild, y había tenido que reducir las operaciones al mínimo. Los cheques debían interrumpirse. Dio cien dólares a Scott, pero aquello fue lo último.

Un viento helado soplabla en torno suyo. Se oyó el ladrido de un perro al otro lado del lago. Bajó la mirada y vio que sus zapatos se balanceaban sobre el suelo como el extremo de un péndulo. Y ahora no tendría más ingresos. Setenta dólares en el Banco y cien en su billetera. Y cuando eso se terminara, ¿qué?

Se imaginó a sí mismo de nuevo en el periódico, a Berg tomando fotografías, comiéndose con los ojos a Lou, a Hammer haciendo interminables preguntas. Ante su mente aparecieron los titulares a toda plana:

¡MAS PEQUEÑO QUE UN NIÑO DE DOS AÑOS! ¡COME EN UNA SILLA PARA NIÑOS! ¡LLEVA ROPA DE NIÑO! ¡VIVE EN UNA CAJA DE ZAPATOS! ¡EL DESEO SEXUAL SIGUE SIENDO EL MISMO!

Cerró los ojos rápidamente. ¿Por qué no sería verdadera acromicria? Por lo menos, su deseo sexual habría casi desaparecido. En cambio, en su caso era cada vez peor. Parecía haberse duplicado desde que no tenía sexo normal, pero esto podía ser debido a que no tenía ningún escape. Ya no podía acercarse a Louise. Pero el instinto seguía ardiendo en su interior; aumentaba día tras día y añadía su presión a todo lo demás que estaba sufriendo. Y no podía hablar con Louise acerca de ello. La noche en que ella se le había ofrecido, se sintió casi ofendido. Sabía que todo había terminado.

*¡Riendo cuando estoy triste!
¡Riendo... hasta que me vuelva loco!*

Se enderezó en el banco y volvió bruscamente la cabeza. Escudriñando la oscuridad, vio tres figuras borrosas que paseaban a escasa distancia y cantaban con sus finas voces juveniles.

*Mi vida no es más que un traspie en la oscuridad.
Me perdí cuando nací.*

Muchachos, pensó. Muchachos que cantaban, crecían y lo encontraban natural. Les observó con envidia.

—¡Eh!, allí hay un chico —dijo uno de ellos.

Al principio Scott no comprendió que estaban hablando de él. Después sí, y apretó los labios con fuerza.

—¿Qué estará haciendo allí?

—Probablemente...

Scott no oyó el resto de la frase, pero por las roncas carcajadas que siguieron pudo adivinar el sentido de los susurros. Con todos los músculos en tensión, bajó del banco y se dirigió hacia la acera.

—¡Eh!, se va —dijo uno de los jóvenes.

—Vamos a divertirnos un poco —dijo otro.

Scott sintió un acceso de pánico, pero el orgullo le impidió echar a correr. Siguió andando imperturbablemente hacia la acera.

Los pasos de los tres jóvenes se hicieron más rápidos.

—Eh, ¿adonde vas, muchacho? —oyó que le preguntaba uno de ellos.

—Sí, muchacho, ¿adonde vas? —dijo otro.

—¿Dónde está el fuego, hijo?

Hubo una risotada general. Scott no pudo evitarlo; aceleró el paso. Los jóvenes aceleraron el paso.

—Creo que no le gustamos —dijo uno de ellos.

—Eso sí que es una lástima —dijo otro.

Era una carrera. Scott tenía el estómago contraído. Pero no correría. No se escaparía de tres muchachos. Les miró de soslayo cuando empezaba a subir la cuesta que conducía a la acera. Estaban alcanzándole. Vio las relucientes puntas de sus cigarrillos avanzando hacia él como saltarinas luciérnagas.

Le alcanzaron antes de llegar a la acera. Uno de ellos le agarró por el brazo y le impidió seguir adelante.

—Suéltame —dijo él.

—¡Eh!, chico, ¿adonde vas? —le preguntó el joven que le había detenido. Su voz, que fingía amistad, era insolente.

—Me voy a casa —contestó.

El muchacho parecía tener quince años, quizá dieciséis. Llevaba una gorra de béisbol. Clavó los dedos en el brazo de Scott. Scott no tuvo que ver su cara; era capaz de imaginársela... delgada, vulgar, la barbilla y la frente llenas de granos, y el cigarrillo colgando de la comisura de una boca tosca y de labios muy finos.

—El chico dice que se va a su casa —dijo otro.

—¿Es eso lo que dice el chico? —inquirió otro.

—Sí —repuso el tercero—. ¿No es un gran adelanto?

Scott trató de escurrirse entre ellos, pero el muchacho de la gorra le obligó a entrar de nuevo en el círculo que le rodeaba.

—Muchacho, no deberías haberlo hecho —dijo—. No nos gustan los muchachos que hacen eso, ¿verdad, compañeros?

—No, no. Es un muchacho impertinente y a nosotros no nos gustan los impertinentes.

—Suéltame —dijo Scott, asombrándose al oír el temblor de su voz.

El muchacho le soltó el brazo, pero él siguió acorralado.

—Quiero que conozcas a mis amigos —dijo el muchacho.

Ningún rostro. Sólo una pálida mejilla, el brillo de unos ojos al débil reflejo de un cigarrillo. Una figura en sombras inclinándose sobre él.

—Este es Tony —dijo—. Salúdale.

—Tengo que ir a casa —repuso Scott, dando un paso hacia delante.

El muchacho le obligó a retroceder de un empujón.

—¡Eh!, chico, me parece que no me has entendido. Amigos, este chico no me ha entendido —quería parecer amable y razonable.

—Chico, ¿no lo comprendes? —preguntó uno de los otros muchachos—. Es muy divertido, ¿sabes? El muchacho debería comprendernos.

—Vosotros sí que sois divertidos —dijo Scott—. Ahora, ¿queréis...?

—¡Eh!, el chico cree que somos divertidos —dijo el muchacho de la gorra—. ¿Lo habéis oído, amigos? Cree que somos divertidos —su voz había perdido todo rastro de acento burlón—. Quizá tendríamos que demostrarle lo divertidos que somos —dijo.

Scott sintió una contracción en el estómago. Paseó la mirada alrededor del círculo, incapaz de dominar su miedo.

—Escuchad, mi madre me espera en casa —se oyó decir.

—Ooooooh —dijo el muchacho de la gorra—. Su madre le espera. Dios mío, ¿no es una verdadera pena? ¿No es una pena, amigos?

—Tengo ganas de llorar —dijo uno de los otros—. Bua-aaa, bua-aaa. Estoy llorando—. Una desagradable risita se escapó de su garganta. El tercer muchacho se rió disimuladamente y dio un puñetazo a su amigo en el brazo.

—¿Vives por aquí cerca, chico? —preguntó el muchacho de la gorra. Lanzó una bocanada de humo al rostro de Scott, que tuvo un acceso de tos—. Eh, el muchacho se está muriendo —dijo el joven, con burlona preocupación—. Se está asfixiando. ¿No es una pena, amigos?

Scott trató de escabullirse, pero fue devuelto al círculo, esta vez más violentamente.

—No vuelvas a hacerlo —le advirtió el joven de la gorra. Su voz era

amistosa y afable—. No nos gustaría hacer daño a un niño, ¿verdad, amigos?

—No, no nos gustaría nada —dijo otro.

—¡Eh!, veamos si lleva pasta encima —dijo el tercero.

Scott se sintió invadido por una extraña mezcla de furia adulta y miedo infantil. Era mucho peor que la otra vez, cuando se encontró con el hombre. Ahora era mucho más pequeño, y mucho más débil. No tenía suficiente fuerza para demostrar su ira de hombre.

—Sí —dijo el muchacho de la gorra—. Eh, ¿llevas algo de pasta, chico?

—No, no llevo —repuso agriamente.

Se sobresaltó cuando el muchacho de la gorra le dio un golpe en el brazo.

—No me hables de este modo, chico —dijo el muchacho—. No me gustan los muchachos impertinentes.

El miedo volvió a sofocar su cólera. Sabía que tenía que recurrir a la astucia para salir de aquello.

—No tengo dinero —dijo. Empezaba a dolerle la nuca de tanto mirar hacia arriba—. Mi madre no me da.

El muchacho de la gorra se volvió a sus amigos.

—El chico dice que su madre no le da.

—¡Vaya una avara! —dijo otro.

—Yo le haría un buen trabajito... —dijo el tercero, interrumpiéndose para dar una convulsiva sacudida hacia delante con la parte inferior de su cuerpo.

Los muchachos se echaron a reír estrepitosamente.

—¿Lo oyes, chico? —dijo el muchacho de la gorra—. Dile a tu vieja que Tony le hará un buen trabajito.

—¡Desde luego! Y además, gratis —dijo Tony, invadido por un acceso de deseo—. ¡Eh!, chico, ¿tiene un buen par?

Sus roncas carcajadas se interrumpieron cuando Scott se lanzó entre dos de ellos. El muchacho de la gorra le asió por el brazo y le hizo dar media vuelta. Descargó la palma de la mano en la mejilla de Scott.

—Te había advertido que no lo hicieras —dijo el muchacho.

—Hijo de... —explotó Scott, sacando sangre por la boca. La última palabra fue ahogada por el gruñido que dio al descargar su minúsculo puño en el estómago del muchacho.

—¡Perro! —replicó el muchacho con furia.

Dio un puñetazo a Scott en plena cara. Scott lanzó un grito y sintió un agudo dolor en toda la cabeza. Cayó sobre uno de los otros muchachos, sangrando abundantemente por la nariz.

—¡Aguántale! —gritó el muchacho, y los otros dos cogieron los brazos de Scott.

—Golpéame en la barriga, ¿quieres, pequeño hijo de perra? —dijo el muchacho—. Yo te...

Parecía indeciso en cuanto a la venganza que tomar. Entonces soltó un gruñido de airada decisión y extrajo una caja de cerillas de un bolsillo de sus pantalones.

—Voy a chamuscarte un poco —dijo—. ¿Qué te parece la idea?

—¡Suéltame! —Scott se debatió violentamente entre las garras de los muchachos. Aspiraba sin cesar, para que la sangre no le bañara la cara—. ¡Por favor! —su voz se quebró.

La cerilla se encendió en la oscuridad y Scott vio la cara del muchacho tal como se la había imaginado. El muchacho se acercó aún más.

—Eh —dijo, súbitamente fascinado—. ¡Eh! —una sonrisa torcida entreabrió sus labios—. Este no es un chico —contempló fijamente el demudado rostro de Scott—. ¿Sabéis quién es éste?

—¿De qué estás hablando? —preguntó uno de los muchachos.

—¡Es aquel tipo! ¡Aquel tipo menguante!

—¿Qué? —exclamaron.

—¡Miradle, miradle, por el amor de Dios!

—¡Maldita sea, soltadme o haré que os metan en la cárcel a todos! —estalló Scott, para ocultar el tormento que estaba pasando.

—¡Cállate! —ordenó el muchacho de la gorra. Su sonrisa volvió—. Sí, ¿no lo veis? Es...

La cerilla se consumió y encendió otra. La acercó de tal modo al rostro de Scott que éste sentía su calor.

—¿Lo veis ahora? ¿Lo veis?

—Sí —los otros dos muchachos contemplaron, boquiabiertos, el rostro de Scott—. Sí, es él. He visto su foto en la televisión.

—Y trataba de hacernos creer que era un chico —dijo el muchacho—. ¡El

maldito hijo de perra!

Scott no podía hablar. La desesperación había superado la cólera. Le conocían, podían traicionarle. Permaneció inmóvil, mientras su pecho subía y bajaba a impulsos de su acelerada respiración. La segunda cerilla fue tirada al suelo.

—¡Uh! —su cabeza giró violentamente hacia un lado cuando el muchacho de la gorra le dio un fuerte revés.

—Esto es por mentir, monstruo —dijo el muchacho. Su risa parecía forzada—. Monstruo, éste es tu nombre. ¿Qué dices, monstruo? ¿Qué dices?

—¿Qué pretendéis de mí? —inquirió Scott.

—¿Que qué pretendemos? —repitió el muchacho—. El monstruo quiere saber lo que pretendemos —los muchachos se echaron a reír.

—Eh —dijo el tercero—, ibajémosle los pantalones, y veamos si mengua de todas partes!

Scott se debatió como un enano enloquecido. El muchacho de la gorra le cruzó la cara de una bofetada. La noche se convirtió en un borrón a los ojos de Scott.

—El monstruo no lo entiende —dijo el muchacho—. Es un monstruo sordo —respiraba entrecortadamente a través de los dientes apretados.

El miedo se adueñó de Scott. Comprendió que razonar con aquellos muchachos era inútil. Odiaban al mundo, y sólo podían expresarlo con violencia.

—Si lo que queréis es dinero, cogedlo —dijo rápidamente, tratando de ganar tiempo.

—Claro que lo haremos —replicó el muchacho. Se rió de su propia osadía—. Eh, eso no está mal —el buen humor desapareció nuevamente—. Aguantadle —dijo con frialdad—. Le cogeré la cartera.

Scott se puso en tensión cuando el muchacho de la gorra se acercó a uno de sus amigos.

—¡Oh! —gimió uno de los muchachos cuando la punta del zapato de Scott se clavó en su espinilla. Las manos que agarraban a Scott por el brazo izquierdo le soltaron.

—¡Oh! —gimió como un eco el otro muchacho; soltó a Scott.

Este echó a correr en la oscuridad, consciente de los apresurados latidos de su corazón.

—¡Tras él! —gritó el muchacho de la gorra.

Las cortas piernas de Scott apresuraron el paso cuando empezó a subir la pendiente.

—¡Bastardo! —gritó el muchacho, echando a correr para alcanzarle.

Scott estaba sin aliento antes de llegar a la acera. Estuvo a punto de tropezar con el borde; se balanceó hacia delante con las manos extendidas y las piernas en movimiento, pero acabó por recobrar el equilibrio y siguió corriendo. Sintió una aguda punzada en el costado. Detrás de él, el ruido de unos zapatos sobre el cemento denotaba el rápido avance de su perseguidor.



—Lou —lloriqueó, sin dejar de correr, con la boca abierta.

Veinticuatro metros más arriba estaba su casa. Entonces se dio cuenta de que no podía entrar en ella, porque de este modo sabrían dónde vivía, sabrían dónde vivía el hombre menguante.

Apretó impulsivamente las mandíbulas y giró por un callejón oscuro.

Alargó las manos, con la idea de abrir alguna puerta lateral y, sin dejar de correr, cerró de un portazo la primera que encontró para hacerles creer que había entrado por ella. Pero aquella casa estaba demasiado cerca de la suya. Siguió corriendo, jadeando. Los muchachos entraban en aquel momento en el callejón, haciendo crujir la gravilla con sus zapatos.

Scott se precipitó alrededor de la casa a oscuras y atravesó el patio. Había una verja. El pánico se adueñó de él. Sabía que no podía detenerse. Corriendo todo lo que pudo saltó por encima de ella, tratando de agarrarse a la parte superior. Empezó a encaramarse, resbaló, volvió a trepar.

—¡Estás perdido!

Un escalofrío de terror le bajó por la espalda al sentir que unas manos le agarraban el pie derecho. Giró la cabeza y vio al muchacho de la gorra tratando de hacerle bajar.

Un grito de exasperación se escapó de su garganta. Lanzó el otro pie hacia atrás y lo descargó sobre el rostro del muchacho. Con un alarido, el muchacho le soltó, llevándose las manos a la cara. Scott acabó de encaramarse a la verja y saltó al otro lado. Sintió un insoportable dolor en el tobillo.

No podía detenerse. Levantándose con un gemido, siguió su carrera, cojeando. Oyó que los dos muchachos llegaban junto a su amigo.

Siguió corriendo hasta desembocar en la próxima calle. Allí, al encontrar abierta la puerta de un sótano, bajó a toda prisa los altos escalones, se volvió y cerró de golpe. La puerta se precipitó sobre su cabeza y le lanzó contra una pared de frío cemento. Buscó desesperadamente un lugar donde agarrarse mientras rodaba por las escaleras y aterrizaba en el frío suelo del sótano.

Se sentó en el primer escalón, tratando de recobrar el aliento. El escalón estaba frío y húmedo. Lo notó a través de los pantalones. Pero él se sentía demasiado aturdido y débil para levantarse.

Su respiración no se normalizaba. Su pecho continuaba subiendo y bajando espasmódicamente mientras los pulmones luchaban por obtener un poco de aire. La garganta le ardía. La punzada era muy aguda, como si tuviera un puñal clavado en el costado. Le dolía la cabeza. El paladar le escocía y la sangre seguía cayendo sobre sus labios. Tenía calambres en los músculos de las piernas, debidos al frío del sótano. Estaba sudoroso y temblaba.

Empezó a llorar.

No era el llanto de un hombre, no eran los sollozos desesperados de un hombre. Era un niño, sentado en la fría y húmeda oscuridad, herido y asustado y llorando porque en el mundo no había esperanza para él: había sido vencido, y se encontraba perdido en un lugar extraño y desagradable.

Más tarde, cuando se creyó a salvo, fue cojeando hasta su casa, helado hasta los huesos. Una Lou asustada y llorosa le metió en la cama. Le preguntó una y otra vez lo que había ocurrido, pero él no se lo dijo. Se limitó a menear la cabeza una y otra vez, con el rostro inexpresivo, restregando la minúscula cabeza sobre la almohada, de un lado a otro, sin parar.

CAPÍTULO 10

Al despertarse siempre realizaba una evaluación de sus dolores.

Tenía la garganta seca y le dolía como si tuviera una herida en carne viva. Su rostro se contrajo al tragar saliva. Lanzando un gemido, dio media vuelta. El dolor que sintió al frotar su sien lacerada contra la cabeza del clavo le despertó completamente.

Cuando se disponía a incorporarse, unas púas ardientes rozaron los músculos de su espalda y se dejó caer hacia atrás con un suspiro. Alzó la vista hacia las polvorientas entrañas del calentador. Pensó: «Hoy es jueves; me quedan tres días».

Le dolía la pierna derecha. Tenía la rodilla izquierda hinchada. Dobló la pierna a modo de prueba y tuvo un sobresalto cuando el dolor sordo se convirtió en irresistible. Se mantuvo inmóvil un momento, para que el dolor se calmara. Se palpó la cara, pasando los dedos por encima de los rasguños y las lágrimas.

Finalmente, con un gemido, se incorporó con esfuerzo y se puso en pie, agarrándose a la negra pared para no caerse. ¿Cómo era posible que se hubiera hecho tanto daño en tan pocos días? Había estado casi tres meses en el sótano y nunca le ocurrió nada parecido. ¿Era a causa de su tamaño? ¿Era porque cuanto más pequeño se volvía, más peligrosa era la vida para él?

Se encaramó lentamente hasta la pared y caminó a lo largo de la repisa de metal, para llegar a la pata. Dio un puntapié a las escasas y diminutas migas de galleta que aún quedaban allí, y se deslizó por la pata con lentos y cuidadosos movimientos hasta llegar a la superficie de la plataforma de cemento. Jueves. Jueves. La lengua se movía en su boca como un pedazo de tela seca. Necesitaba beber.

Bajó de la plataforma y miró dentro del dedal. Vacío. Y toda el agua del suelo se había filtrado a través de los agujeritos del cemento. Permaneció con la vista fija en las profundidades del dedal. Eso significaba que debería descolgarse por el interminable hilo hasta el otro dedal, que estaba bajo el depósito de agua. Lanzó un suspiro de resignación y se acercó a la regla.

Diez milímetros.

Impasiblemente, como si se tratara de hacer algo que había planeado con anterioridad y no la consecuencia de un asco repentino, dio un empujón a la regla, que se apoyó en uno de los cantos. Estaba harto de medirse.

Echó a andar hacia la caverna donde resoplaba y traqueteaba la bomba del agua. Después se detuvo, acordándose del alfiler. Paseó la mirada por el suelo, en su busca. No se veía por ninguna parte. Se acercó a la esponja y

miró debajo de ella. Miró debajo de la tapa de la caja. El alfiler no apareció. El gigante debía haberlo alejado de una patada, o bien se habría clavado en la suela de aquellos zapatos de Gargantúa.

Desvió la mirada hacia la caja de cartón, alta como una casa, que había debajo del depósito de combustible. Parecía encontrarse a muchos kilómetros de distancia. Le volvió la espalda. No pensaba ir a buscar otro. «No me importa», pensó. No tenía importancia; era preferible olvidarlo. Se dirigió nuevamente hacia la bomba del agua.

Decidió que había otro punto, un punto inferior a aquel en el que el hombre se echaba a reír o sucumbía. Era necesario bajar otro escalón para llegar al nivel de la absoluta negación. Había llegado ya. Aparte del simple plano de función corporal, no había nada.

Al salir de debajo de las gigantescas patas del árbol de trapos paseó la mirada por el precipicio. Le hubiera gustado saber si la araña estaba todavía allí. Probablemente así era, y se hallaba sentada sobre sus siete patas en la soledad de la telaraña, o bien durmiendo, o bien comiendo alguna chinche que habría matado.

Podría haber sido él mismo.

Estremeciéndose, volvió a mirar al suelo. Nunca se acostumbraría a la idea de ser devorado por la araña, por muy desesperado que se encontrara. El horror y la repulsión que sentía hacia ella estaban demasiado arraigados en él. Era mejor no pensar en ello. Era mejor no pensar que aquel día la araña era igual de alta que él, que su cuerpo triplicaba en volumen al suyo, y que sus largas y negras patas eran tan gruesas como sus propias piernas.

Llegó al borde del precipicio y miró hacia el vasto cañón. ¿Valía realmente la pena? Quizá fuese mejor olvidar también el agua...

Pero la garganta seca no dejaba de molestarle. No, el agua no era algo que pudiera olvidarse. Meneando la cabeza como un anciano apesadumbrado se puso de rodillas y se inclinó sobre el borde del escalón, descolgándose por el hilo. Quince metros, dos días antes. Veintidós hoy, probablemente. ¿Y al día siguiente?

«¿Y si la araña me está esperando aquí abajo?», pensó. La idea le asustó, pero siguió descendiendo, ya que estaba demasiado débil para detenerse. Intentó no pensar en la ascensión. ¿Por qué no había tenido la previsión de hacer nudos a intervalos regulares en el hilo? Esto habría simplificado considerablemente la ascensión.

Al fin tocó el suelo con las sandalias, y dejó ir el hilo-cuerda. Por lo menos, no se había arañado tanto los dedos, ahora que eran tan pequeños.

El dedal se alzaba ante él como una enorme cuba, cuyo borde se encontraba a casi dos metros por encima de su cabeza. Si desbordara agua,

podría cogerla con la palma de las manos. Sin embargo, tendría que subir hasta arriba.

Pero ¿cómo? Los lados, a pesar de las hendiduras, eran demasiado lisos y sobresalían ligeramente hacia fuera. Empujó el dedal con la esperanza de hacerlo caer, pero lleno de agua pesaba demasiado. Lo miró fijamente.

El hilo. Fue cojeando hasta la pared y recogió uno de sus pesados extremos, arrastrándolo hasta donde llegó. No fue suficiente. Lo soltó y vio cómo se deslizaba hasta la pared.

Volvió a empujar el dedal. Dejó caer los brazos. Pesaba demasiado. Era inútil. Se dirigió nuevamente hacia el hilo. «Es inútil», pensó. «Lo olvidaré». Tenía el rostro martirizado. «De todos modos, voy a morir, así que no veo la diferencia. Voy a morir. ¿A quién le importa?»

Se detuvo, mordiéndose salvajemente el labio inferior. No, aquella era la actitud primera. Era la infantil reacción de «castigaré al mundo muriéndome». Necesitaba agua. En el dedal estaba la única agua disponible. O bien la obtenía o bien se moría, y él no pensaba dejarse morir sin luchar.

Haciendo rechinar los dientes, dio una vuelta en busca de algún guijarro. «¿Por qué sigo adelante?», se preguntó por centésima vez. «¿Por qué me esfuerzo tanto? ¿Por instinto? ¿Voluntad?». En cierto modo, aquel constante asombro ante sus propias motivaciones era lo más exasperante de todo.

Al principio no encontró nada. Se movió en las sombras, murmurando para sí. ¿Y si había allí alguna otra araña? ¿Y si había...?

Habría sido mucho mejor que su cerebro hubiese perdido sus tóxicas introspecciones desde hacía tiempo. Habría sido mucho mejor terminar su vida como un verdadero insecto, en vez de ser plenamente consciente de cada uno de los escalones que bajaba. Lo peor no era el hecho en sí de menguar, sino la *conciencia* de que estaba menguando.

A pesar de sentirse hambriento y sediento, esta idea le detuvo. Permaneció inmóvil en las frías sombras, dándole vueltas en su mente.

Era cierto. Se había dado cuenta una vez, momentáneamente, y lo había olvidado de nuevo. Se hundía en lo físico. Pero era cierto. Mientras dispusiera de mente, él era único. Aunque las arañas fueran más grandes que él, aunque las moscas y los mosquitos pudiesen darle sombra con sus alas, él seguía teniendo su mente. Su mente podía ser su salvación, del mismo modo en que había sido su condenación.

Casi se elevó del suelo cuando la bomba empezó a funcionar.

Con una exclamación ahogada, se pegó a la pared de la caverna y se tapó los oídos con las manos. El ruido parecía venir en ondas físicamente tangibles, que le ataran allí. Pensó que sus tímpanos iban a estallar. A pesar de la fuerza

que hacía con las manos, el atronador estrépito penetraba en su cabeza. No podía pensar. Como una bestia sin inteligencia, se pegó a la pared, con el rostro contorsionado y los ojos llorosos a causa del dolor.

Cuando, finalmente, la bomba dejó de funcionar, se dejó caer en el suelo como un guiñapo, con los ojos medio cerrados y la boca entreabierta. Tenía el cerebro aterido e hinchado. Las extremidades seguían temblándole.

Oh, sí —se burló débilmente su mente—. *Sí, mientras puedas pensar, eres único.*

—Tonto —murmuró—. Tonto, tonto, tonto.

Al cabo de un rato se levantó y reanudó la búsqueda del guijarro. Al fin encontró uno y, acercándolo al dedal, se encaramó a él. Le quedaba cerca de un metro para llegar al borde. Se agachó un poco, se apuntaló, y dio un salto.

Se asió con los dedos al borde del dedal y se afianzó. Sus pies daban patadas al azar y resbalaban sobre el borde al tratar de encaramarse a él. «¡Agua!», pensó, a punto de saborearla en la boca. Agua.

Al principio no se dio cuenta de que el dedal se estaba ladeando. Se sintió invadido por el pánico cuando el dedal empezó a volcarse. Tratando de no perder el equilibrio, se agarró con más fuerza en vez de soltarse. «¡Suéltate!», le gritó su mente. Aflojó la presión y cayó pesadamente, aterrizando sobre el borde del guijarro; perdió el equilibrio por segunda vez y cayó hacia atrás agitando los brazos. Se desplomó encima del cemento y se dio un golpe que le cortó la respiración. El dedal seguía cayendo. Con una exclamación de terror, se tapó la cara con un brazo y esperó a que el dedal le aplastara.

Pero sólo agua fría cayó sobre él, cegándole y ahogándole. Luchando por inhalar un poco de aire, se puso de rodillas. Otra ola de agua se precipitó sobre él y estuvo a punto de volver a caerse de espaldas. Tosiendo y escupiendo, se levantó, sin dejar de frotarse los ojos.

El dedal se balanceaba de un lado a otro, y el agua se desbordaba y salpicaba el cemento. Scott permaneció allí temblando, conteniendo el aliento y lamiendo con la lengua las frías gotas de su boca.

Finalmente, cuando el dedal ya se balanceaba con menos violencia, se acercó a él y recogió con las manos el agua que seguía cayendo. Estaba tan fría que sintió ateridas las palmas.

Cuando terminó de beber, retrocedió y estornudó. «Oh, Dios mío, ahora viene la pulmonía», pensó. Empezaban a castañetearle los dientes. La túnica de algodón estaba fría y se adhería a su cuerpo. Con espasmódicos e impulsivos movimientos, se quitó la túnica por la cabeza. Una oleada de aire frío le envolvió.

Tenía que salir de allí. Tirando la túnica empapada al suelo, corrió al hilo y

empezó a trepar lo más velozmente que pudo. Tras subir tres metros se sintió exhausto. Cada movimiento ascendente le resultaba más difícil que el anterior. El dolor muscular alternaba entre la tensa agudeza cuando trepaba y un dolor sordo cuando descansaba.

No podía descansar más de unos segundos. A cada pausa que hacía, tenía más frío. Con todo el cuerpo en piel de gallina, siguió trepando, respirando con la boca abierta. Una media docena de veces pensó que iba a caerse de agotamiento, ya que los brazos y las piernas no le sostenían, y los músculos parecían relajarse. Sus manos se asieron desesperadamente al hilo y sus piernas se enrollaron en torno a él.

Después, al cabo de un momento, empezó a trepar de nuevo. Sin mirar hacia arriba, porque sabía que si lo hacía, aunque fuera una sola vez, nunca podría llegar a la cima.

Se dejó caer al suelo, invadido por oleadas de calor y frío. Se llevó una temblorosa mano a la frente. Estaba caliente y seca. «Estoy enfermo», pensó. Encontró detrás del bloque de cemento la antigua túnica, cubierta de polvo pero seca. La sacudió y se la puso. Se sintió algo mejor. Temblando de cansancio y cólera, y sin dejar de estremecerse a causa del frío, dio una vuelta para recoger los escasos trozos de galleta mojada que quedaban y los lanzó encima de la esponja.

Necesitó toda su fuerza para arrastrar la tapa de la caja encima de la esponja. Después se tendió sobre ella, respirando con dificultad. En el sótano reinaba un silencio absoluto.

Al cabo de unos minutos intentó comer, pero sintió un gran dolor al tragar. Ya volvía a tener sed. Se echó boca abajo y apretó el ardiente rostro contra la blanda esponja, abriendo y cerrando las manos con desesperación. A los pocos momentos sintió la cara húmeda, y entonces se acordó de que la esponja se había mojado la mañana anterior. Pero el agua era tan salobre que estuvo a punto de vomitar la poca comida que había logrado ingerir.

Volvió a tenderse de espaldas. «¿Qué voy a hacer ahora?», pensó. No disponía de más comida que las pocas migas que acababa de guardar debajo de la tapa de la caja; no disponía de más agua que la que se encontraba en el fondo del precipicio, y no se sentía con ánimos para bajar nuevamente a él; no había ningún medio de salir del sótano. Y además, por si todo aquello no fuera bastante, tenía fiebre.

Se restregó furiosamente la frente. El aire era denso y pesado. El calor se abatía sobre él como una mano. «Me estoy asfixiando», pensó. Se incorporó bruscamente, mirando a su alrededor con ojos febriles y la cabeza colgando. Inconscientemente, desmenuzó una miga de galleta con la mano derecha y apartó los minúsculos fragmentos.

—Estoy enfermo —gruñó. Su voz resonó en sus oídos. Sollozó, hundiendo

los dientes en los nudillos de su mano izquierda hasta hacerse sangre—. Estoy enfermo. ¡Estoy enfermo!

Cayó hacia atrás con Un gemido y permaneció inmóvil, mirando hacia arriba con los ojos entrecerrados por la fiebre. Medio inconsciente, le pareció oír a la araña paseando sobre la tapa de la caja. *Uno, dos, tres*, empezó a cantar su mente. *Cuatro, cinco, seis. Siete patas tiene mi amor.*

Perdida ya la noción de la realidad, se acordó del día en que midió setenta centímetros, la misma estatura de un niño de un año: un muñeco de porcelana que se afeitaba patillas verdaderas, se bañaba en un fregadero, usaba la silla con orinal propia de todos los bebés y llevaba ropitas de niño arregladas.

Estaban en la cocina, y se enfadó con Lou porque él mismo acababa de sugerirle que le exhibiera en alguna feria para ganar algo de dinero, y ella no se molestó en decirle que no quería oírle hablar de aquel modo; se limitó a encogerse de hombros.

Él gritó cada vez más fuerte, con la cara roja, pisoteó sus graciosos zapatitos, la miró con ira, hasta que ella le volvió bruscamente la espalda y le gritó:

—¡Oh, deja de chillarme!

Dominado por la furia, echó a correr hacia la puerta, sin lograr otra cosa que tropezar con el gato y recibir numerosos arañazos. Lou corrió hacia él y trató de arreglar las cosas. Le limpió las heridas del brazo y le pidió perdón. Pero él se dio cuenta de que no era una mujer pidiendo perdón a un hombre, sino a un enanito por el que siente lástima.

Y cuando ella hubo terminado de vendarle, él bajó otra vez al sótano; el refugio adonde siempre huía en aquellos días. Y se quedó junto a la puerta, contemplando el sótano con desesperación y cólera.

Se agachó y cogió una piedra que había en el suelo, pensando en todas las cosas que le habían ocurrido durante las últimas semanas. Pensó en la desaparición de casi todo el dinero, en la imposibilidad de Lou para encontrar trabajo, en la creciente falta de respeto de Beth, en las ansiadas noticias del Centro Médico y en su cuerpo cada vez más reducido. Y mientras pensaba en ello, su cólera aumentaba, sus labios se apretaban y su mano se cerraba sobre la piedra como una garra de acero.

Cuando vio a la araña en la pared que había frente a él, retrocedió bruscamente y le tiró la piedra con toda su fuerza. La roca dejó pegada una de las patas de la araña a la pared y ésta huyó a toda prisa, dejando la pata a sus espaldas. Scott permaneció junto a la pared, mirando retorcerse la pata como un cabello viviente. Y, con el rostro inexpresivo, pensó: «Algún día, mis piernas tendrán ese mismo tamaño».

Le resultaba imposible de creer..., pero sus piernas ya *eran* de aquel

mismo tamaño, y el descenso de su existencia se aproximaba a la inevitable conclusión.

Se preguntó qué ocurriría si fallecía entonces. ¿Seguiría menguando su cuerpo? ¿Cesaría el proceso? Lo más probable era que cesara una vez muerto.

Al otro extremo del sótano, la estufa reanudó su gruñido, haciendo temblar el suelo con sus ensordecedoras vibraciones. Con un gemido, se apretó los oídos con las manos y empezó a temblar, sintiéndose como si estuviera enterrado en un féretro mientras un terremoto sacudía el cementerio.

—Dejadme solo —murmuró con un hilo de voz—. Dejadme solo —suspiró profundamente y cerró los ojos.

Con una sacudida, se despertó.

La estufa seguía rugiendo. ¿Era el mismo rugido que cuando cerró los ojos? ¿Habían pasado segundos u horas?

Se incorporó lentamente, mareado y tembloroso. Alzó una mano y se tocó la frente. Seguía caliente. Se pasó la mano por la cara, gimiendo profundamente. «Oh, Dios mío, estoy enfermo».

Avanzó débilmente hasta el extremo de la esponja y se deslizó por encima del borde. Estaba tan débil que sus manos se negaron a sostenerle y aterrizó de pie, después de lo cual se sentó pesadamente con un gruñido de sorpresa.

Permaneció largo rato sobre el frío cemento, parpadeante y con los brazos rodeando su propio tórax. El estómago le retumbaba de hambre. Trató de levantarse. Tuvo que apoyarse en la esponja. La respiración salía de su nariz en cortas y ardientes bocanadas. Tragó saliva. «Necesito agua». Las lágrimas rodaron por sus mejillas. No había agua disponible. Descargó un impotente puñetazo sobre la esponja.

Al cabo de unos minutos dejó de llorar y, volviéndose lentamente, se internó en la oscuridad hasta chocar con la pared que constituía la tapa de la caja. Se cayó al suelo. Murmurando, trepó al lado de la tapa nuevamente y, levantándola primero con las manos y después con la espalda, salió de debajo de ella.

Fue como entrar en un frigorífico. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal. Se puso en pie y se apoyó en la tapa de la caja.

Era por la tarde; había dormido, entonces. Se veían algunos rayos de sol a través de la ventana situada sobre el montón de troncos, la ventana que daba al sur. Calculó que serían las dos, o las tres. Había transcurrido la mitad de otro día; más de la mitad.

Se giró, y dio un débil puñetazo a la pared de cartón. Sintió un agudo dolor en los nudillos. Repitió el golpe. «¡Maldita sea!» Apoyó la cabeza en el lado y siguió dando puñetazos, sintiendo el impacto de cada uno de ellos en los brazos, los hombros, y la espalda.

—Inútil, inútil, inútil, inútil...

Recitó la palabra sin respirar, con voz ronca y furiosa, hasta que ningún sonido salió de su garganta. Entonces dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo como si fueran palos de madera y se cayó sobre el cartón, con los ojos cerrados y retorciéndose de desesperación.

Cuando finalmente se serenó, fue con una mente impasible frente a todo excepto el agua. Avanzó lentamente. «No puedo bajar al depósito, pero necesito agua», pensó. «Pero no hay agua en ningún otro sitio. Está la gotera que cae encima de la caja de galletas, pero no puedo trepar hasta allí. Pero necesito agua...», siguió andando, con los ojos bajos y sin ver apenas nada. «Necesito agua».

Estuvo a punto de caerse en el agujero. Durante un aterrador instante, se balanceó al borde mismo de él. Después recobró el equilibrio y retrocedió.

Se arrodilló y escudriñó la oscura cavidad abierta en el suelo de cemento. Fue como mirar hacia el interior de un pozo, excepto en el detalle de que el pozo se terminaba a unos cinco metros de profundidad y no había nada más que el vacío sin luz.

Inclinó la cabeza sobre el agujero, escuchando. Al principio sólo oyó el sonido de su propia respiración. Después, conteniendo el aliento, empezó a oír otro sonido. El sonido del agua.

Era una pesadilla estar tendido boca abajo, verdaderamente sediento, y tener que escuchar el goteo de un agua inalcanzable. La lengua no dejaba de moverse dentro de la boca, tratando de escapar del encierro de sus labios. Empezó a tragar saliva, sin darse apenas cuenta del dolor que esto le ocasionaba. Hubo un momento en que estuvo a punto de lanzarse al agujero de cabeza. «¡No me importa! —pensó en un acceso de furia—. ¡No me importa morir!» No hubiese podido decir qué le impidió hacerlo. Fuese lo que fuese, estaba más allá de la conciencia, pues en la superficie estaba rabiosamente decidido a sumergirse en el agujero para encontrar aquella agua.

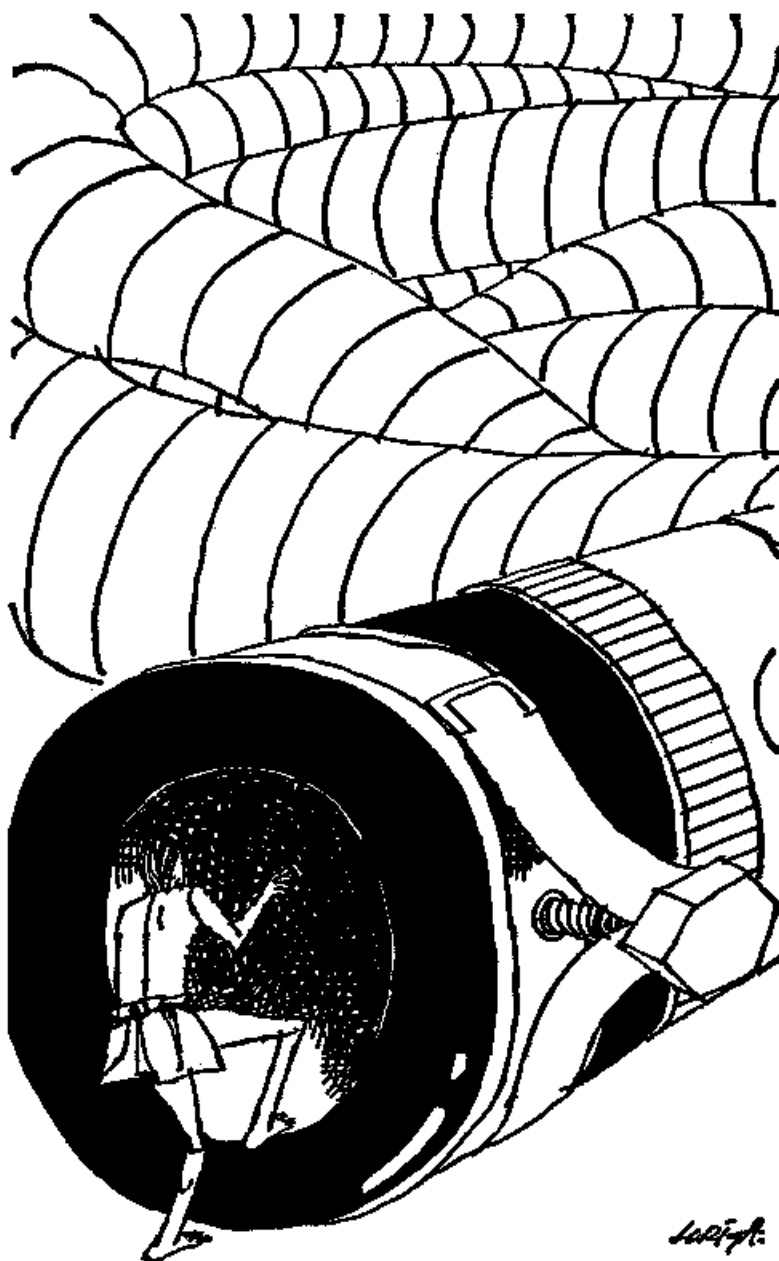
Pero se apartó del agujero y se puso nuevamente de rodillas. Titubeó. Entonces volvió a caer hacia delante y escuchó el sonido, casi inhalándolo como si fuera aire. Lanzó un gemido. Se arrodilló una vez más, se puso en pie con inseguridad y retrocedió para alejarse del agujero de desagüe. Dio media vuelta y volvió a acercarse al borde. Puso un pie encima de él, con la mirada fija en sus invisibles profundidades.

«Oh, Dios mío, ¿por qué no...?»

Dio media vuelta y se alejó del agujero caminando con rigidez, con las manos cerradas a lo largo del cuerpo. «¡Es inútil!», hubiese querido gritar. ¿Por qué no podía bajar al agujero? ¿Por qué no, como una grotesca y actual Alicia, internándose en otro mundo?

Al principio creyó que era una pared roja. Se detuvo frente a ella y la observó detenidamente. La tocó. Ni piedra ni madera. Era la manguera.

Paseó a su alrededor hasta llegar a uno de sus extremos. Allí contempló el largo y oscuro túnel que se alejaba de él describiendo una curva. Subió a la anilla de metal y se detuvo sobre una ranura, pensando. A veces, al coger una manguera, se escapan algunas gotas de agua por el extremo.



Con un sobresalto, se internó por el túnel de suelo resbaladizo, golpeándose con las paredes allí donde la manguera giraba bruscamente, y corriendo lo más posible por el tortuoso laberinto. Hasta que, al girar hacia la derecha por centésima vez, se encontró sumergido hasta los tobillos en líquido frío. Con un sollozo de alivio, se agachó y se llevó el agua a los labios con manos temblorosas. Tenía un sabor rancio y le dolía la garganta al tragar, pero nunca había bebido tan ávidamente ni el mejor de todos los vinos.

«¡Gracias a Dios!», pensaba. «¡Gracias a Dios! Ahora tengo toda el agua que necesito. ¡Toda la que necesito!» Lanzó un gruñido, casi de diversión, al pensar en todas las veces que se había descolgado por el hilo hasta el depósito de agua. ¡Qué estúpido había sido! Bueno, ya no tenía importancia. Todo estaba solucionado.

Hasta que empezó a deshacer lo andado a lo largo del túnel no se dio cuenta de que, en el mejor de los casos, sólo había sido un triunfo parcial. ¿En qué sentido mejoraba la situación? ¿Acaso la cambiaba tanto? Su minúscula existencia estaría preservada durante un poco más de tiempo, eso era cierto. Contemplaría el final con la conciencia intacta; pero el final llegaría de todos modos. ¿Acaso era eso un triunfo?

¿Vería realmente el final?

Al salir nuevamente al sótano, se dio cuenta de lo débil que la enfermedad le había dejado. Aún peor, lo débil que el hambre le había dejado. La enfermedad podía mitigarla con descanso y sueño, pero para el hambre sólo había una solución.

Su mirada se dirigió hacia el enorme precipicio.

Permaneció a la sombra de la manguera, mirando hacia el lugar donde vivía la araña. En el sótano había un pedazo de comida; eso lo sabía con seguridad. Una rodaja de pan seco; más que suficiente para alimentarse durante los dos días restantes. Y estaba allí arriba.

Se dio cuenta con destructiva sencillez. No tenía fuerzas para trepar hasta allí. Aun en el caso de que pudiese, gracias a algún increíble prodigio de la voluntad, una vez arriba se encontraría con la araña. Y no tenía valor para enfrentarse de nuevo a ella. Aquel horrible bicho ya era tres veces más grande que él.

Se le cayó la cabeza hacia delante. Así que era aquello; era la decisión que tenía que aceptar. Se alejó de la manguera y se dirigió hacia la esponja. ¿Qué otra decisión podía tomar? ¿Es que, después de todo, podía elegir? ¿No era algo que se escapaba inexorablemente de sus manos? Medía diez milímetros de altura. ¿Qué podía esperar?

Algo le impulsó a mirar nuevamente hacia el precipicio. La gigantesca araña bajaba a toda prisa por la pared.

Con un sobresalto, Scott echó a correr. Antes de que la araña llegase al fondo del precipicio, él se había introducido por debajo del borde de la tapa de la caja y había trepado a la esponja: cuando la araña se encaramó, negra y bulbosa, sobre la tapa de la caja, él estaba aguardando su ruido, con los dientes tan apretados que le dolían las mandíbulas.

Entonces... no habría esperanza de obtener comida; aquel caníbal negro que le acechaba impediría cualquier tentativa. Cerró los ojos, reprimiendo los sollozos mientras escuchaba encima de él los movimientos y ruidos de la araña.

CAPÍTULO 11

Como en un sueño, conducido por el delirio, se encontró nuevamente en el Centro Médico Presbiteriano de Columbia, sometido a toda clase de exámenes.

Con claridad y precisión, el doctor Silver le dijo que no tenía acromicria, tal como al principio habían creído. Era cierto que su cuerpo menguaba, pero su glándula pituitaria no estaba enferma. No había pérdida de cabello, no había cianosis en las extremidades, no había decoloración azulada de la piel y no habían desaparecido las funciones sexuales.

Hicieron varios análisis de excreción urinaria para establecer la cantidad de creatina y creatinina de su sistema; eran análisis muy importantes, porque les dirían muchas cosas acerca de sus glándulas suprarrenales y del equilibrio del nitrógeno en su cuerpo.

Descubrimiento:

—Tiene usted un saldo negativo de nitrógeno, señor Carey. Su cuerpo elimina más nitrógeno del que retiene. Como el nitrógeno es uno de los pilares más importantes del organismo, nos encontramos con la reducción de su cuerpo como consecuencia.

La falta de equilibrio de la creatinina ocasionaba más complicaciones. El fósforo y el calcio también eran eliminados en la precisa proporción en que estos elementos se encontraban en sus huesos. Se le administró ACTH, posiblemente para frenar la descomposición catabólica de los tejidos. Pero la ACTH fue ineficaz.

Se discutió mucho acerca de una posible dosis de extracto de pituitaria.

—Podría conseguir que su cuerpo retuviera el nitrógeno, y provocara la elaboración de nuevas proteínas —murmuraban.

Sin embargo, parecía implicar algún peligro. La reacción del cuerpo humano a la hormona del crecimiento no es conocida; incluso los mejores extractos son difíciles de tolerar y a menudo producen resultados desastrosos.

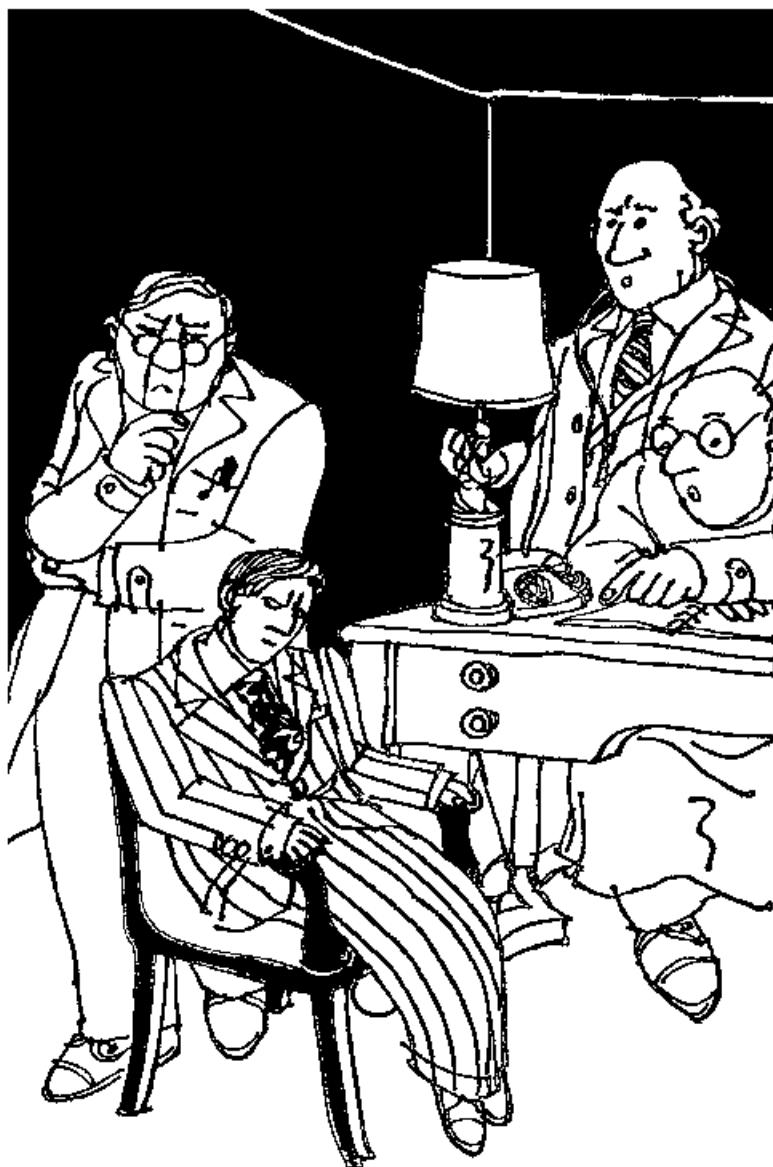
—No me importa. Quiero que me la administren. ¿Acaso puedo empeorar? —dijo él.

La hormona le fue administrada. Negativo. Algún elemento estaba combatiendo el extracto.

Al fin la cromatografía de papel; los capilares de los elementos del cuerpo sobre el papel, la gravedad específica de cada uno manchaba una parte distinta del papel.

Y se encontró un nuevo elemento en su sistema. Una nueva toxina.

—Díganos algo —le pidieron—. ¿Ha estado expuesto a alguna clase de germen vaporizado? No, nada de guerra bactericida. ¿Ha sido usted, por ejemplo, rociado accidentalmente con una gran cantidad de insecticida?



Loriga

Al principio no se acordó de nada; sólo experimentó un gran terror. Después llegó el recuerdo. Los Angeles, un sábado por la tarde del mes de julio. Había salido de la casa, en dirección a la tienda. Caminó por un callejón bordeado de árboles, entre dos hileras de casas. De repente pasó un camión del Ayuntamiento, rociando los árboles. El vapor cayó sobre él, quemándole la piel, ocasionándole una gran picazón en los ojos y cegándole momentáneamente. Insultó a gritos al conductor.

¿Podía ser ésa la causa de todo aquello?

No, ésa no. Ellos se lo dijeron. Aquello fue sólo el principio. A aquel vapor le sucedió algo, algo fantástico y desconocido; algo que convirtió al insecticida ligeramente virulento en un veneno mortífero que destruía el crecimiento.

De modo que buscaron ese algo, formulando interminables preguntas y hurgando constantemente en el pasado.

Hasta que, en un segundo, todo se aclaró. Recordó la tarde pasada en el barco, el rocío que se abatió sobre él, el ácido hormigueo de su piel.

Un vapor impregnado de radiación.

Y eso fue todo; la búsqueda había tocado a su fin. Un insecticida terriblemente alterado por la radiación. Una posibilidad entre un millón. Aquella concretísima cantidad de insecticida combinada con aquella otra concretísima cantidad de radiación, recibidas por su sistema justamente en aquel orden y en aquel espacio de tiempo; dado que la radiación se disipaba rápidamente, era imperceptible.

Sólo quedaba el veneno.

Un veneno que, sin destruir la glándula pituitaria, destruía poco a poco su capacidad para mantener el crecimiento. Un veneno que, día a día, forzaba a su sistema a convertir el nitrógeno en un exceso de materia de desecho; un veneno que afectaba a la creatinina, al fósforo y al calcio y los transformaba en materia que debía eliminarse. Un veneno que por esa razón descalcificaba sus huesos que, débiles y flexibles, podían menguar poco a poco. Un veneno que anulaba cualquier extracto hormonal que pudieran administrarle provocando una acción antihormonal en oposición directa.

Un veneno que le hizo, poco a poco, un hombre menguante.

¿Que la búsqueda había tocado a su fin? Desde luego que no. Sólo existía un modo de combatir las toxinas, y este modo era encontrar las antitoxinas.

Así que le enviaron a su casa. Y mientras él esperaba allí, buscaron la antitoxina que podría salvarle.

Las manos, convertidas en crispados puños, se apretaban a lo largo de su cuerpo. ¿Por qué, dormido o despierto, tenía que pensar en aquellos días de espera? Aquellos días en que todo su cuerpo estaba continuamente en tensión para oír el timbre de la puerta, o la súbita estridencia del repiqueteo del teléfono... Había sido un salto libre de la mente, en el que su conciencia no logró encontrar una base en que apoyarse, pero que a pesar de todo se mantenía en un suspenso constante, aguardando.

Los innumerables viajes a la oficina de Correos, donde había alquilado una caja para poder recibir dos y tres entregas al día, en vez de sólo una. Aquel cruel paseo desde el apartamento hasta la oficina de Correos, deseando correr y teniendo que andar, con el cuerpo tenso por el ansia desesperada de correr. La entrada en la oficina de Correos, con las manos entumecidas y el corazón desbocado. Después cruzaba el vestíbulo con suelo de mármol, se agachaba y miraba en su casilla. Y, cuando había cartas, sus manos temblaban tanto que apenas podía introducir la llave en la cerradura. Las sacaba a toda prisa y miraba el remitente. Ninguna carta del Centro. La repentina sensación de que la vida le abandonaba, y sus piernas y pies se deshacían como cera.

Y cuando se trasladaron al lago, el sufrimiento fue incluso peor, porque entonces tenía que esperar que Lou fuera a la oficina de Correos... de pie junto a la ventana, con las manos temblorosas cuando la veía regresar y acercarse a la casa. Sabía que no llevaba ninguna carta por su paso lento, pero era incapaz de creerlo hasta que ella se lo decía.

Se tendió sobre el estómago y mordió furiosamente la esponja. Lo recordaba todo con tanta claridad que esos pensamientos constituían su ruina. Ser inconsciente, por Dios..., ser alegremente inconsciente. Ser capaz de arrancarse el tejido del cerebro y lanzarlo lo más lejos posible. ¿Por qué no podía...?

Su respiración cesó. Retrocedió bruscamente, haciendo caso omiso de la punzada de dolor que sintió en la cabeza. Música.

—¿Música? —murmuró débilmente. ¿Cómo era posible que hubiera música en el sótano?

Entonces se dio cuenta; no era en el sótano sino arriba. Louise estaba escuchando la radio: la primera sinfonía de Brahms. Se apoyó sobre los codos, con los labios entreabiertos, contuvo la respiración y escuchó el compás de la frase de obertura. Apenas se oía, como si estuviese en el vestíbulo de una sala de conciertos y oyera la orquesta a través de las puertas cerradas.

Finalmente volvió a respirar, pero no se movió. Su rostro estaba inmóvil, sus ojos no parpadeaban. Seguía siendo el mismo mundo, y seguía formando parte de él. El sonido de la música se lo hizo comprender así. Arriba, gigantescamente remota, Louise escuchaba aquella música. Abajo, increíblemente diminuto, él también la escuchaba. Era música para ambos... y era una belleza.

Recordó que, en los últimos tiempos de su estancia en la casa de arriba, era incapaz de escuchar música a menos que sonara a tan baja intensidad que Lou no pudiera oírla siquiera. De lo contrario, la música se convertía en un ruido ensordecedor que le daba dolor de cabeza. El chasquido de un plato era una puñalada en su cerebro. El súbito llanto o risa de Beth le parecía un

disparo hecho junto a su oído, que le obligaba a taparse las orejas.

Brahms. Ser como una partícula, una insignificancia en el sótano y escuchar a Brahms. Si la misma vida no fuese tan fantástica, aquel momento podía ser calificado como tal.

La música cesó. Dirigió la mirada hacia lo alto como si, en la oscuridad, pudiera ver la razón causante de aquel hecho. Permaneció inmóvil, en silencio, escuchando la ahogada voz de la mujer que había sido su esposa. Su corazón pareció detenerse. Durante un momento formó verdadera parte de aquel mundo.

Sus labios articularon el nombre de Lou.

53 centímetros.

Cuando el verano tocó a su fin, la muchacha que trabajaba en la tienda de ultramarinos del lago tuvo que regresar a la Universidad. El empleo fue concedido a Lou, que lo había solicitado un mes antes.

Ella había supuesto que Scott cuidaría de Beth cuando lograra un trabajo. Pero entonces comprendió que, llegando únicamente a la altura del pecho de Beth, no podía ocuparse de ella en absoluto. Además, él se negó a intentarlo. Así que se pusieron de acuerdo con una muchacha de la vecindad que había terminado sus estudios. La muchacha accedió a hacerse cargo de Beth mientras Lou estuviera trabajando.

—Dios sabe que no nos quedará mucho dinero después de pagarle —dijo Lou—, pero no tenemos otra alternativa.

Él no dijo nada. Ni siquiera pronunció una palabra cuando ella le dijo que, por muy desagradable que le resultara la idea, tendría que estar en el sótano durante el día si no quería que la joven se enterase de quién era; porque, evidentemente, no podía pasar por un niño. Se limitó a encogerse de hombros y abandonó la habitación.

Antes de que Lou se fuera a trabajar la primera mañana, preparó bocadillos y dos termos —uno de café y otro de agua— para Scott. Él estaba sentado a la mesa de la cocina, encaramado sobre dos gruesos almohadones, con los dedos —del mismo grosor que un lápiz— alrededor de una humeante taza de café, sin dar muestras de oír una sola palabra de lo que ella decía.

—Esto te bastará —explicaba ella—. Llévate un libro; lee. Echa algún sueñecito. No será tan horrible. Volveré temprano.

Él contempló los círculos de nata que flotaban como gotas de aceite en el café. Giró la taza muy lentamente encima del plato, produciendo el chirrido que sabía que irritaba a Lou.

—Ahora acuérdate de lo que te he dicho, Beth —advirtió Lou—. No digas ni una palabra sobre papá. Ni una palabra. ¿Lo has entendido?

—Sí —asintió Beth.

—¿Qué te he dicho? —preguntó Lou.

—Que no diga una palabra sobre papá.

—Sobre el monstruo —murmuró Scott.

—¿Qué? —inquirió Lou, mirándole.

El siguió contemplando el café. Ella no repitió la pregunta; Scott se había acostumbrado a murmurar desde que se trasladaron al lago.

Después de desayunar, Lou bajó con él al sótano, llevándole una de las sillas del jardín para que pudiera sentarse. Cogió su maleta de un montón de cajas que había entre el depósito de combustible y el frigorífico, y la dejó en el suelo. Encima colocó dos almohadones.

—Mira, aquí podrás dormir cómodamente —le dijo.

—Como un perro —murmuró él.

—¿Qué?

La miró como una muñeca belicosa.

—No creo que la muchacha intente bajar —prosiguió ella—. Además, en este caso, haría ruido. Quizá sea mejor que cierre la puerta con llave.

—No.

—Pero... ¿y si la muchacha baja?

—No quiero estar encerrado.

—Pero, Scott... ¿y si...?

—¡No quiero estar encerrado!

—Muy bien, muy bien —repuso ella—. No te encerraré. Tendremos que confiar en que a la muchacha no se le ocurra visitar el sótano.

Él no dijo nada.

Mientras Louise se aseguraba de que tenía todo lo que necesitaba, se inclinaba para darle un pellizco en la mejilla y volvió a subir las escaleras para cerrar la puerta, Scott permaneció inmóvil en el centro de la habitación. La miró salir por la ventana, con la falda pegada a sus torneadas piernas a causa del viento.

Cuando se hubo ido, permaneció inmóvil, con la mirada fija en el lugar por donde ella había desaparecido. Sus diminutas manos se abrían y cerraban sin cesar. Sus ojos eran inexpresivos. Parecía absorto en sombríos pensamientos, como si reflexionara sobre los relativos méritos de la vida y de la muerte.

Al cabo de un rato recobró la conciencia de lo que le rodeaba. Lanzó un profundo suspiro y miró en torno. Alzó brevemente las palmas de las manos en un gesto de irónica rendición y las dejó caer con fuerza sobre los muslos.

—Magnífico —dijo.

Trepó a la silla con el libro en las manos. Lo abrió donde el marcador de cuero decía «Aquí es donde me quedé dormido», y empezó a leer.

Leyó el párrafo dos veces consecutivas. Después dejó caer el libro sobre sus piernas y pensó en Louise, y en su imposibilidad de tocarla. Llegaba a la altura de sus rodillas y nada más. «Algo escaso de virilidad», pensó, con los dientes apretados. Su expresión no cambió. Casualmente empujó el libro con un brazo y lo oyó caer ruidosamente sobre el cemento.

Oyó los pasos de Lou en el piso superior cuando ella se dirigía a la puerta de entrada, y después nada. Cuando volvieron estaban acompañados por otros pasos, y oyó también la voz de la muchacha: típicamente adolescente, fina, vibrante y confiada.

Diez minutos más tarde, Lou se había ido. Oyó el rugido del Ford al ponerse en marcha y calentarse. Después, al cabo de pocos minutos, aquel sonido desapareció. Sólo pudo distinguir las voces de la muchacha, llamada Catherine, y de Beth. Escuchó las subidas y bajadas de la voz de Catherine, y se preguntó qué estaría diciendo y qué aspecto tendría.

Meditabundo, adaptó la voz confusa a una forma precisa. Mediría un metro sesenta y siete de estatura, de cintura estrecha y piernas largas, con senos jóvenes y altos. Cara fresca y joven, cabello rubio y dientes blancos. La vio moverse en su imaginación con la ligereza de un pájaro, con los ojos azules tan brillantes como bayas.

Recogió el libro y trató de leer, pero no pudo hacerlo. Las frases se mezclaban unas con otras como turbios riachuelos de prosa. La página se oscureció con cientos de palabras unidas. Suspiró, y se movió desasosegadamente en el asiento. La muchacha acudió a satisfacer su deseo, y sus senos, como naranjas de resistente piel, se libraron de la blusa de seda que los aprisionaba.

Alejó la escena de su imaginación con un airado suspiro. «Eso no», se ordenó.

Dobló las piernas y las rodeó con ambos brazos, apoyando la barbilla en las rodillas. Parecía un niño pensando en Santa Claus.

La muchacha se estaba quitando la blusa cuando él corrió la cortina sobre su impuesta falta de delicadeza. La mirada tensa volvió a adueñarse de su rostro, la mirada de un hombre que ha encontrado inútil el esfuerzo y se ha decidido por la impasibilidad. Pero, en su interior, como amenazadora lava de entrañas volcánicas, el deseo seguía bullendo.

Cuando oyó cerrarse fuertemente la puerta del porche trasero y las voces de Beth y la muchacha resonaron en el patio, se deslizó de la silla con repentina excitación y corrió al montón de cajas que había junto al depósito de combustible. Permaneció allí un momento, con el corazón latiéndole apresuradamente. Después, y como su mente no presentara resistencia, trepó al montón y miró por una esquina de la ventana cubierta de telarañas.

Las líneas de la decepción se marcaron alrededor de sus ojos.

El metro sesenta y siete se había convertido en un metro cincuenta y nueve. La estrecha cintura y las piernas se habían convertido en músculos rodeados de carne y grasa; los senos jóvenes y altos se desvanecieron tras los flojos pliegues de una blusa de manga larga. La cara fresca y joven se ocultaba tras los granos y las imperfecciones de la piel, el cabello rubio se había reducido a un castaño mate. Lo que sí tenía, por lo menos, era los dientes blancos y los movimientos de un pájaro; un pájaro bastante pesado. El color de sus ojos no pudo verlo.

Vio cómo Catherine inspeccionaba el patio, enfundadas sus grandes nalgas en deslucidos pantalones y sus pies desnudos en chinelas. Escuchó su voz:

—Oh, tenéis un sótano —dijo.

Vio que la expresión de Beth cambiaba considerablemente y sintió todos los músculos en tensión.

—Sí, pero está vacío —se apresuró a contestar Beth—. Allí no vive nadie.

Catherine se echó a reír con tranquilidad.

—Bueno, así lo espero —dijo, mirando hacia la ventana.

Él se apartó rápidamente, pero después comprendió que era imposible ver el interior del sótano por cualquiera de las ventanas, a causa del reflejo de la luz en los vidrios.

Las estuvo observando hasta que desaparecieron por el otro extremo del patio. Las divisó un momento cuando pasaron frente a la ventana situada encima del montón de troncos. Después desaparecieron. Sin dejar de gruñir, bajó del montón de cajas y volvió a la silla. Puso uno de los termos sobre el brazo de la silla y cogió el libro. Después, una vez sentado, se sirvió un poco del humeante café en el tapón de plástico rojo y permaneció inmóvil, con el libro abierto y abandonado sobre las piernas, mientras bebía lentamente.

«Me gustaría saber cuántos años tiene», pensó.

Dio un salto sobre el almohadón y abrió los ojos.

Alguien abría la puerta del sótano.

Con un sobresalto, se deslizó apresuradamente hasta el borde de la maleta justo cuando aquella persona soltó la manija y la puerta volvió a cerrarse. Se puso en pie y miró hacia las escaleras, lleno de agitación. La puerta empezó a levantarse de nuevo; una rendija de luz iluminó el suelo y se fue agrandando. Con dos rápidos movimientos, Scott cogió el termo de café y el libro y se lanzó debajo del depósito de combustible. En el momento que la puerta caía, se deslizó detrás de la gran caja de cartón donde estaban los trapos. Se abrazó al libro y al termo, sintiéndose mareado. ¿Por qué se habría negado a que Lou cerrara la puerta con llave? Sí, fue la idea de estar encarcelado lo que no le gustó. Pero la cárcel tenía la compensación de que nadie podía entrar en ella.

Oyó que bajaban cuidadosamente las escaleras, el ruido de unas chinelas, y trató de no respirar. Cuando la muchacha entró, él se resguardó entre las sombras.

—Mmm —dijo la muchacha.

Dio unos cuantos pasos. Él oyó que daba un puntapié a la silla. ¿Se extrañaría de que estuviese allí? ¿No era un lugar muy extraño para dejar una silla, justo en el centro del sótano? Tragó saliva, porque tenía la garganta seca. ¿Y la maleta, con los almohadones encima? Bueno, aquél podía ser el lugar donde dormía el gato...

—Dios mío, ¡qué desorden! —dijo la muchacha, mientras sus pasos resonaban sobre el cemento.

Hubo un instante en que él vio sus gruesas pantorrillas, al acercarse al calentador. Oyó que sus uñas rascaban el metal esmaltado.

—El calentador —dijo en voz baja la joven—. Uh-huh.

La muchacha bostezó. Él oyó el ronco sonido de su garganta al desperezarse y un fuerte gruñido. La joven prosiguió su inspección. «Oh, Dios mío, los bocadillos y el otro termo», pensó él. «¡Maldita niña curiosa!».

Catherine dijo:

—Croquet.

Después, a los pocos minutos, añadió: «Oh, vamos» y, volviendo a subir las escaleras, cerró la puerta de golpe. Si Beth estaba haciendo la siesta, aquello la despertaría.

Cuando Scott salía de debajo del tanque de combustible, oyó cerrarse de golpe la puerta trasera y los pasos de Catherine en el piso de arriba. Se levantó y volvió a poner el termo sobre el brazo de la silla. Ahora tendría que permitir que Lou cerrase la puerta con llave. «Vaya una estúpida».

Empezó a pasear de arriba abajo, como un animal enjaulado. ¡Muchacha entrometida! No se podía confiar en ninguna. El primer día, y ya tenía que inspeccionar toda la casa. Probablemente registraría todos los escritorios, cajones y armarios.

¿Qué pensaría al ver ropa masculina? ¿Qué mentira tendría que decirle Lou... o le habría dicho ya? Sabía que le había dado a Catherine un nombre falso. Como en la casa no se recibía correo de ninguna clase, no había peligro de que la joven descubriese la mentira.

El único peligro residía en que Catherine hubiese leído los artículos del *Globe-Post*, y visto las fotografías. Sin embargo, en ese caso hubiera sospechado que él se escondía en el sótano, y hubiese buscado más a fondo. ¿O es que realmente había bajado a buscar algo?

Unos diez minutos después decidió comerse otro bocadillo, y entonces vio que la muchacha se los había llevado.

—¡Oh, Dios mío!

Descargó un fuerte puñetazo sobre el brazo de la silla, y casi deseó que ella le oyese para que bajara y él pudiese reprenderla por curiosa. Se hundió en la silla y arrojó nuevamente el libro, que cayó estrepitosamente al suelo. «Al demonio con él», pensó.

Se bebió todo el café y permaneció inmóvil, sudando y con la mirada fija en el infinito. Arriba, la muchacha paseaba de un lado a otro.

«Gorda desaliñada», la llamó despectivamente en su interior.

—Claro que sí, adelante —dijo él—. Enciérrame.

—¡Oh!, Scott, por favor —rogó ella—. Tú mismo lo has decidido. ¿Quieres arriesgarte a que te encuentre?

No contestó.

—Puede bajar otra vez si la puerta está abierta —dijo Lou—. No creo que se le ocurriera pensar nada sobre la bolsa de bocadillos que vio ayer aquí, pero si encuentra otra...

—Adiós —dijo él, volviéndole la espalda.

Ella le miró un momento desde su altura. Después dijo en voz baja:

«Adiós, Scott» y le dio un beso en la coronilla. El se apartó.

Mientras ella subía las escaleras, él se mantuvo en el mismo sitio, golpeando rítmicamente el periódico doblado contra la pierna derecha. «Todos los días será lo mismo», pensó. «Bocadillos y café en el sótano, un besito de adiós en la cabeza, salida, puerta que se cierra, vuelta de la llave en la cerradura».

Cuando al momento oyó esos ruidos, un gran terror le invadió de pies a cabeza y estuvo a punto de lanzar un grito. Vio las piernas de Lou por el ventanuco, y cerró súbitamente los ojos, apretando los labios para ahogar el grito que pugnaba por salir de su garganta. ¡Oh, Dios, ya era un prisionero! Un monstruo, que la gente buena y decente encerraba en el sótano a fin de que el mundo no conociera el horrible secreto.

Después de un rato de tensión se fue tranquilizando, y su estado de ánimo se normalizó. Trepó a la silla y encendió un cigarrillo, tomó café y hojeó distraídamente el *Globe-Post* del día anterior, que Lou había comprado.

El artículo estaba en la página tres.

Titular: ¿DONDE ESTA EL HOMBRE MENGUANTE?

Subtítulo: Sin noticias desde su desaparición hace tres meses.

Nueva York: Hace tres meses que Scott Carey, llamado también «el hombre menguante» a causa de la extraña enfermedad que le aqueja, desapareció sin dejar rastros. Desde entonces, no se han tenido noticias de su paradero...

«¿Qué pasa, queréis más fotografías?», pensó.

Las autoridades del Centro Médico Presbiteriano de Columbia, donde Carey fue tratado, se han negado a hacer comentarios sobre su actual residencia...

«Tampoco pueden hacer la antitoxina», pensó. «Uno de los mejores centros médicos del país, y aquí estoy yo, desapareciendo poco a poco mientras ellos investigan sin éxito».

Estuvo a punto de tirar el termo de café al suelo, pero después se dio

cuenta de que con ello no lograría otra cosa que hacerse daño a sí mismo. Apretó con fuerza una mano contra otra hasta que la sangre se retiró de sus dedos, y las muñecas empezaron a dolerle. Después apoyó las manos en el brazo de la silla y contempló melancólicamente la madera naranja que había entre sus dedos separados. «¡Vaya color para unas sillas!», pensó. «¡Qué idiota debía ser el anterior propietario!».

Se escurrió de la silla y empezó a pasear. Tenía que hacer alguna cosa, aparte de estar sentado y mirar al vacío. No tenía ganas de leer. Recorrió inquietamente el sótano con la mirada. Algo que hacer, algo que hacer...

Se acercó impulsivamente a una escoba que estaba apoyada contra una pared y, cogiéndola, empezó a barrer. El suelo estaba muy sucio; había polvo por todas partes, piedras y astillas de madera. Lo recogió todo con rápidos y bruscos movimientos; hizo un montón junto a las escaleras y tiró la escoba al lado del frigorífico.

¿Y ahora qué?

Se sentó y tomó otra taza de café, dando nerviosos puntapiés a la pata de la silla.

Mientras estaba bebiendo, la puerta trasera se abrió y cerró, y oyó a Beth y Catherine. No se levantó, pero dirigió la mirada hacia la ventana y al cabo de un momento vio pasar sus piernas desnudas.

No pudo evitarlo. Se levantó, fue hasta el montón de cajas y trepó a ellas.

Se encontraban junto a la puerta del sótano, enfundadas en sendos trajes de baño, rojo y de una pieza el de Beth, azul pálido y de dos piezas el de Catherine. Miró sus abultados senos cubiertos por aquella tela fina y brillante.

—¡Oh!, tu madre ha cerrado la puerta con llave —dijo—. ¿Por qué lo habrá hecho, Beth?

—Creo que no lo sé —repuso Beth.

—Se me había ocurrido que podíamos jugar al croquet —dijo Catherine.

Beth se encogió de hombros con indiferencia.

—No sé —contestó.

—¿Está la llave en casa? —preguntó Catherine.

Otro encogimiento de hombros.

—No lo sé —dijo Beth.

—¡Oh! —repuso Catherine—. Bueno, entonces juguemos a la pelota.

Scott se agachó sobre las cajas, y desde allí vio cómo Catherine cogía la pelota roja y volvía a tirársela a Beth. Hasta cinco minutos después no se dio cuenta de que todo su cuerpo estaba rígido y tenso, y que sólo esperaba que a Catherine se le cayera la pelota y tuviera que inclinarse a recogerla. Al darse cuenta, bajó de las cajas con torpeza y volvió a la silla.

Se sentó con la respiración entrecortada, tratando de no pensar en ello. ¿Qué diablos le estaba ocurriendo? La muchacha debía tener catorce años, quizá quince; era baja y gorda, y, sin embargo, la había observado con verdadera avidez.

«Bueno, ¿es acaso culpa mía?», se irritó súbitamente, dejándose dominar por la rabia. «¿Qué se supone que voy a hacer, convertirme en monje?»

Observó que le temblaba la mano al servirse agua. Vio que ésta se derramaba por los bordes del vaso de plástico rojo y caía sobre su muñeca. Aquello le produjo la misma sensación que tener un trozo de hielo en la garganta, en su ardiente garganta.

Se preguntó qué edad tendría realmente.

Un escalofrío le recorrió la espalda mientras seguía masticando. A través de la polvorienta ventana contempló a Catherine, que estaba tendida boca abajo leyendo una revista. La veía de lado, estirada sobre una manta, con la barbilla apoyada en una mano, y volviendo lentamente las hojas con la otra.

Tenía la garganta seca, pero no se dio cuenta; ni siquiera lo pensó cuando tuvo que aclarársela. Apretó sus minúsculos dedos contra la áspera superficie de la pared.

No, no podía tener menos de dieciocho años, se comentó a sí mismo. Su cuerpo estaba demasiado desarrollado. Sólo había que fijarse en el volumen de su pecho en aquella posición, y en la anchura de sus caderas. Quizá no tuviese más que quince, pero en este caso eran unos quince años terriblemente adelantados.

Hinchó airadamente las aletas de la nariz y se estremeció. ¿Qué diferencia suponía aquello? No era nada que le importase. Aspiró profundamente y se dispuso a saltar al suelo, pero en aquel momento Catherine dobló la rodilla derecha y balanceó la pierna en el aire con indolencia.

Sus ojos se posaron interminablemente sobre el cuerpo de Catherine... bajó por una de sus piernas y atravesó la colina de sus nalgas, subió por la pendiente de su espalda y rodeó uno de sus blancos hombros, bajando hasta los senos apoyados en el suelo, pasando luego por el estómago para volver a bajar nuevamente por una de sus piernas...

Cerró los ojos. Descendió rígidamente y volvió a la silla. Se desplomó en ella, se pasó la mano por la frente y la retiró húmeda. Dejó caer la cabeza sobre la silla de madera.

Se levantó y regresó junto a las cajas. Trepó a ellas sin pensar en nada. «Sí, eso es, echa una miradita al patio», se burló su mente.

En el primer momento pensó que habría entrado en la casa. Un gemido delator amenazó salir de su garganta. Entonces vio que estaba al lado de la puerta del sótano, con los labios apretados y los ojos clavados en la cerradura.

Tragó saliva. «¿Acaso lo sabe?», se preguntó. Durante un instante de locura sintió la tentación de correr hacia la puerta y gritar: «¡Ven aquí, ven aquí, hermosa niña!». Le temblaron los labios al reprimir el deseo.



La muchacha pasó frente a la ventana. Él se la comió con los ojos, como si fuera lo último que vería. Después desapareció, y él se sentó encima de las cajas, de espaldas a la pared. Se miró los tobillos y vio que su anchura era similar a la de la porra de un guardia. Oyó una puerta que se cerraba, y los pasos de la muchacha en el piso superior.

Se sintió agotado. Le pareció que si se relajaba una pizca más, su cuerpo se deslizaría a lo largo de las cajas como jarabe en una copa de helado.

No habría podido decir cuánto tiempo permaneció así, cuando oyó el chirrido de la puerta trasera al abrirse y el portazo que dio al cerrarse. Se sobresaltó y volvió a levantarse.

Catherine pasó frente a la ventana, con la cadena de una llave colgando de sus dedos. Contuvo la respiración. ¡Había rebuscado en los cajones del escritorio hasta encontrar las llaves de repuesto!

Bajó del montón de cajas dando un salto, y reprimió una exclamación de dolor cuando cayó sobre el tobillo derecho. Cogió la bolsa de los bocadillos y metió los dos termos en ella. Tiró la caja de galletas a medio terminar encima del frigorífico.

Inspeccionó rápidamente la zona. ¡El periódico! Corrió hacia él y lo cogió, justo cuando la muchacha empezaba a probar las llaves en la cerradura. Puso el periódico doblado en la repisa de la mesa de mimbre, agarró su libro y la bolsa y echó a correr hacia el oscuro rincón donde se encontraban el depósito y la bomba de agua. Ya había decidido con anterioridad que, si Catherine bajaba alguna otra vez, allí era donde se escondería.

Salvó el escalón de un salto, y se encontró en el húmedo suelo de cemento. En la puerta, la cerradura cedió y se oyó un chirrido. Él se introdujo apresuradamente entre el laberinto de cañerías, y se deslizó detrás del depósito de altas y frías paredes. Dejó el libro y la bolsa en el suelo, y siguió jadeando mientras la puerta se abría y Catherine entraba en el sótano.

—¡Cerrar el sótano con llave! —la oyó comentar, con despreciativo acento—. ¡Como si creyeran que iba a robarles algo!

Él frunció los labios y apretó los dientes en un silencioso gruñido. «¡Estúpida curiosa!», pensó.

—Mmm —dijo Catherine.

La oyó taconear ruidosamente. Volvió a dar un puntapié a la silla. Dio otro puntapié a la estufa y ésta resonó con un sonido desagradable. «¡Deja en paz tus malditos pies!», explotó su cerebro.

—Croquet —dijo ella. Oyó que uno de los mazos era arrastrado fuera de su percha—. Mmm —repitió la joven, algo más divertida—. ¡Cuidado! —el mazo cayó pesadamente sobre el cemento.

Scott avanzó cautelosamente hacia la derecha. Rozó la áspera pared de cemento con la camisa y se inmovilizó bruscamente. La muchacha no le había oído.

—Uh-huh —decía—. Aros, mazos, bolas y estacas. ¡Estupendo!

Él la observó detenidamente. La muchacha estaba inclinada sobre los útiles de croquet. Se había aflojado los tirantes del sostén mientras tomaba sol, y ahora que estaba agachada tenía los senos casi al descubierto. Incluso en aquella luz mortecina, él veía la clara línea de demarcación entre la piel bronceada y la piel blanca como la leche.

¡No!, oyó que alguien le rogaba en su interior. *No; retrocede. Te verá.*

Catherine se agachó un poco más para coger una pelota, y el sostén acabó de caérsele.

—¡Anda! —exclamó Catherine, poniendo inmediato remedio al incidente. Scott dejó caer la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en la pared. Hacía fresco y la humedad era grande, pero sentía ardientes oleadas de calor en las mejillas.

Cuando Catherine se hubo ido y cerrado la puerta tras sí, Scott salió de su escondite. Dejó la bolsa y el libro sobre la silla y permaneció inmóvil junto a ella, con la sensación de tener todos los músculos y articulaciones de su cuerpo hinchados y calientes.

—No puedo —murmuró, sacudiendo la cabeza lentamente—. No puedo. No puedo —no sabía con exactitud a qué se refería, pero se daba cuenta de que era algo importante.

—¿Cuántos años tiene esa muchacha? —preguntó aquella noche, sin levantar siquiera los ojos del libro, como si la pregunta se le hubiese ocurrido en aquel momento y no revistiera ninguna importancia para él.

—Creo que dieciséis —repuso Lou.

—¡Oh! —dijo él, como si ya se hubiese olvidado de la razón que le impulsó a preguntarlo.

Dieciséis años. «Una edad de grandes posibilidades». ¿Dónde había oído aquella frase? Desechó la idea y se sentó encima de las cajas, como un enano de minúsculas proporciones vestido con un pelele de terciopelo, viendo estrellarse las gotas en el suelo y lanzar manchas de barro a los cristales. Su rostro era una máscara de inexpresividad y derrota. *No debería llover* —le dijo su mente—. *No debería llover.*

Hipó. Después, con un suspiro de resignación, bajó de las cajas y se

dirigió con paso vacilante hacia la silla. «¡Oh, querida silla naranja!», saludó a la silla. Se sentó en ella y —¡uf!— manoteó la botella de whisky justo cuando se caía al suelo. «¡Oh, querida botella!» Se rió tontamente.

El sótano bailaba ante sus ojos. Inclino la botella y dejó que el whisky se deslizara por su garganta, quemándole el estómago.

Cerró los ojos. «¡Estoy bebiendo a Catherine!», gritó airadamente en su interior. «La he destilado, he sintetizado sus muslos, su pecho, su estómago y sus dieciséis años en este licor, que estoy bebiendo... así». Su garganta se movió convulsivamente, mientras el whisky bajaba por ella. «Te estoy bebiendo..., la estoy bebiendo».

«Estoy borracho, y pienso seguir estándolo», se dijo. Se preguntó la razón de que no se le hubiese ocurrido antes. Aquella botella que tenía en aquel momento entre las manos llevaba tres meses en el armario y, antes de entonces, dos meses en el antiguo apartamento. Cinco meses de abandono. Acarició la botella de cristal marrón; la besó fervientemente. «Te estoy besando; estoy besando a Catherine. Estoy besando la destilación de tus cálidos y dulces labios. Es porque ella es más pequeña que Lou; por eso me siento así».

Suspiró. Apoyó la botella vacía sobre sus piernas. «Catherine se ha ido. A la salud de Catherine. Dulce niña, ahora navegas por mis venas, convertida en una mareante poción».

Se incorporó súbitamente y lanzó la botella contra la pared con todas sus fuerzas. La botella explotó, y centenares de fragmentos de vidrio cayeron al suelo. Adiós, Catherine.

Clavó la mirada en la ventana. «¿Por qué tiene que llover?», pensó. «¿Por qué?» ¿Por qué no hacía sol, para que la hermosa muchacha lo tomara en el patio y él pudiera contemplarla y anhelarla en secreto, con enfermiza codicia?

No, tenía que llover: estaba escrito en las estrellas.

Se sentó en el borde de la silla y balanceó las piernas. En el piso superior no se oían pasos. ¿Qué estaría haciendo? ¿Qué estaría haciendo la hermosa muchacha? No, hermosa no... fea. ¿Qué estaría haciendo la fea muchacha? Oh, ¿qué importancia tenía que fuera hermosa o fea? ¿Qué estaría haciendo la muchacha?

Contempló sus pies, que se balanceaban en el aire. Dio una patada en el vacío. Era aquello aire; y aquello.

Lanzó un gemido. Se puso en pie y dio unos pasos. Contempló la lluvia y las ventanas salpicadas de barro. ¿Qué hora era? No podía ser más de la una. No resistiría mucho tiempo más.

Subió las escaleras y empujó la puerta. Naturalmente, estaba cerrada con

llave y Louise se las había llevado todas.

—¡Despídela! —le había gritado él aquella mañana—. ¡No es honrada!

Y Lou le había contestado:

—No podemos, Scott. No podemos. Me llevaré las llaves y todo estará arreglado.

Apoyó la espalda en la puerta, y empujó con fuerza. Se hizo daño en la espalda. Lanzó una exclamación airada y se golpeó la cabeza en la puerta. Se cayó en el escalón, con el cerebro embotado.

Empezó a murmurar y se apretó la cabeza con las manos. El sabía por qué deseaba que la muchacha fuera despedida. Se debía a que él no se sentía capaz de mirarla, y aquello era algo que no podía explicar a Lou bajo ningún concepto. Lo más que ella haría sería hacerle otra insultante oferta. Él no aceptaría tal cosa.

Se desperezó, sonriendo en las sombras. «Bueno, la he engañado», pensó. «La he engañado agenciándome una botella de whisky, y ella nunca lo sabrá».

Se mantuvo un rato en aquella posición, respirando entrecortadamente mientras pensaba en Catherine inclinada sobre el juego de croquet y con el sostén caído.

Se levantó bruscamente, dándose otro golpe en la cabeza. Bajó las escaleras en dos saltos, haciendo caso omiso del dolor que sentía. «¡Y volveré a engañarla!».

Consiguió sentirse plenamente justificado mientras se encaramaba con torpeza al montón de cajas. Con una media sonrisa de ironía en los labios, tiró hacia arriba la manivela de la ventana al tiempo que empujaba la estructura hacia fuera. La ventana no cedió. Su rostro enrojeció con el esfuerzo. ¡Fuera, malditos sean tus estúpidos huesos!

—Hija de...

La ventana se abrió repentinamente, y él saltó al alféizar. La ventana bajó con fuerza y chocó contra su cabeza. ¡Al infierno con todo! Tenía los dientes apretados. «Ahora», dijo aturdidamente al mundo. Ahora veremos. La lluvia caía sobre él, que no hacía nada por luchar contra el vicioso calor que ardía en su interior.

Se levantó y sintió un escalofrío. Sus ojos se posaron en la ventana del comedor, y la lluvia le salpicó los ojos y corrió por su cara, mojándole las mejillas. «¿Y ahora, qué?», pensó. El aire helado y la lluvia empezaban a enfriar sus impulsos.

Dio la vuelta a la casa, sin apartarse de la base de ladrillos, hasta que llegó al porche. Entonces corrió hacia las escaleras y las subió. «¿Qué estás haciendo?», se preguntó. No lo sabía. No era su mente la que dirigía el paseo.

Se puso de puntillas, y miró cautelosamente hacia el interior del comedor. Allí no había nadie. Escuchó, pero no oyó nada. La puerta que conducía a la habitación de Beth estaba cerrada; debía estar tomando una siesta. Desvió la mirada hasta la puerta del cuarto de baño. Estaba cerrada.

Volvió a apoyarse sobre los talones y lanzó un suspiro. Se lamió las gotas de lluvia que le colgaban de los labios. «¿Y ahora, qué?», volvió a preguntarse.

Dentro de la casa, la puerta del cuarto de baño se abrió.

Con un sobresalto, Scott se apartó de la ventana al oír en la cocina unos pasos amortiguados que no tardaron en desvanecerse. Creyó que la muchacha habría entrado en el salón, y se acercó nuevamente al extremo de la ventana, alzándose sobre las puntas de los pies.

Contuvo la respiración. Ella se encontraba junto a la ventana, y estaba mirando al patio. Se tapaba con una toalla amarilla.

Dejó de sentir sobre él el azote de la lluvia, y la intrincada red de líneas que trazaba sobre su rostro. Tenía la boca abierta. Bajó lentamente la mirada por la suave concavidad de su espalda y por las depresiones de su columna vertebral, consistente en una fina sombra que seguía bajando hasta perderse entre las medias lunas de sus blancas nalgas.

No podía apartar los ojos de ella. Las manos le temblaban a ambos lados del cuerpo. Ella se movió, y pudo ver sobre su espalda el brillo de las gotas de agua, que oscilaban como minúsculos globos de gelatina. Inhaló una profunda bocanada de aire húmedo.

Catherine dejó caer la toalla.

Se puso las manos detrás de la cabeza y aspiró profundamente. Scott vio que su seno izquierdo se levantaba y se mantenía rígidamente erguido. Separó los brazos. Se desperezó y retorció.

Cuando ella se volvió, él estaba todavía en la misma posición. Retrocedió a toda prisa, pero la muchacha llegó a verle, porque la coronilla no le llegaba mucho más arriba del alféizar de la ventana. La vio agacharse y recoger la toalla, con los senos colgando, blancos y pesados. Después se incorporó y salió de la habitación.

Él se desplomó sobre los talones y tuvo que agarrarse a la barandilla para no caerse, pues las piernas se negaban a sostenerle. Cogido con fuerza, temblando bajo la lluvia, fijó una mirada inexpresiva en el vacío.

Al cabo de un minuto bajó las escaleras a trompicones y se dirigió

nuevamente hacia la ventana del sótano. Se introdujo por ella y la cerró por dentro. Le castañeteaban los dientes y temblaba convulsivamente.

Más tarde, se quitó la ropa y la colgó de la estufa para que se secara. Se quedó junto al depósito de combustible, con sus altas botitas de bebé y un jersey alrededor de los hombros, mirando hacia la ventana. Y, finalmente, cuando ya no pudo resistir la presión, la quietud o los pensamientos un segundo más, empezó a dar patadas a la caja de cartón. No dejó de hacerlo hasta que le dolió la pierna, y uno de los lados de la tapadera se rompió completamente.

—Pero ¿cómo has podido resfriarte? —preguntó Lou, con una voz en la que se adivinaba una nota de exasperación.

Él le contestó en una voz nasal y profunda:

—¿Qué otra cosa esperabas, estando como estoy todo el día en ese maldito sótano?

—Lo siento, querido, pero... bueno, ¿quieres que mañana me quede en casa, para que puedas estar todo el día en la cama?

—No te preocupes —dijo él.

Ella no le comentó que había observado la ausencia de la botella de whisky que guardaban en el armario de la cocina.

Si Lou hubiese podido cerrar también las ventanas, no habría habido ningún problema. Pero el hecho de saber que podía salir siempre que quisiera; el hecho de saber que podía seguir espiando a Catherine, empeoraba considerablemente la situación.

Las horas se hacían interminables en el sótano. A veces lograba concentrarse una o dos horas en un libro, pero últimamente la visión de Catherine le asaltaba a cada instante y le resultaba imposible volver a la lectura.

Si Catherine hubiera salido al patio más a menudo, no habría habido ningún problema. En este caso, por lo menos, podía mirarla a través de la ventana. Pero los días se hacían más fríos a medida que setiembre avanzaba, y Catherine y Beth permanecían la mayor parte del día en el interior de la casa.

Se había empeñado en llevarse un pequeño reloj al sótano. Dijo a Lou que deseaba saber la hora que era, pero lo que en realidad quería era saber cuándo hacía Beth su siesta. Entonces salía y atisbaba a Catherine a través de la ventana.

Unos días estaba tendida en el sofá leyendo una revista, y entonces él no obtenía ninguna satisfacción. Pero al día siguiente planchaba y, por alguna razón, cuando lo hacía siempre se quitaba parte de la ropa. Otra vez se duchaba y, después, permanecía desnuda junto a la ventana posterior. Y en una ocasión se había tendido desnuda en el dormitorio, debajo de la lámpara solar de Lou. Eso sucedió una tarde nublada en que no bajó totalmente las persianas. Él se quedó fuera durante treinta minutos sin moverse siquiera.

Los días transcurrieron. La lectura había sido casi totalmente olvidada. La vida se había convertido en una interminable y morbosa aventura. Casi todas las tardes, a las dos en punto, y tras haber esperado una o dos horas lleno de intranquilidad, salía al patio y daba la vuelta a la casa, encaramándose al alféizar de todas las ventanas y escudriñando a través de ellas en busca de Catherine.

Si ella estaba parcial o completamente desnuda, consideraba el día como un éxito. Si estaba, como sucedía la mayor parte de los días, vestida y ocupada en algún quehacer aburrido, volvía airadamente al sótano para gruñir durante el resto de la tarde y discutir con Louise durante toda la noche.

Sin embargo, ocurriera lo que ocurriese, se mantenía despierto por la noche, esperando la llegada de la mañana; odiándose y despreciándose por ser tan impaciente, pero sin lograr dominar su impaciencia. Sus sueños siempre giraban en torno a la figura de Catherine; eran sueños en los que ella se volvía progresivamente atractiva. Al final, incluso él renunció a burlarse de esos sueños.

Por la mañana desayunaba apresuradamente y bajaba al sótano para la larga espera hasta las dos, momento en el que, con el corazón saltándole del pecho, salía nuevamente por la ventana para espiar.

Todo esto finalizó con sorprendente brusquedad.

Él estaba en el porche. En la cocina, Catherine se hallaba desnuda bajo una bata abierta de Lou, planchando la ropa.

Scott cambió el peso de los pies, resbaló y cayó ruidosamente sobre las tablas de madera. Dentro, oyó que Catherine preguntaba: «¿Quién está ahí?»

Con un gran sobresalto, abandonó el escalón y echó a correr alrededor de la casa, mirando con terror por encima del hombro. Entonces vio a la estupefacta Catherine junto a la ventana de la cocina, observando su figura infantil.

Durante toda la tarde permaneció temblando detrás del tanque de agua, incapaz de salir porque, aunque ella no le había visto entrar en el sótano, él estaba seguro de que trataba de verle por la ventana. Y se maldijo a sí mismo y se sintió un miserable al pensar en lo que Lou le diría, y en cómo le miraría

cuando se enterara.

Permaneció inmóvil bajo la tapa de la caja, escuchando el característico avance de la araña sobre el cartón.

Se humedeció los labios con la lengua y pensó en la piscina de agua fría que había en la manguera. Palpó a su alrededor hasta que encontró un fragmento de galleta mojada; en seguida decidió que tenía demasiada sed para comer, y retiró la mano.

Por alguna razón, el sonido de la araña no le preocupó demasiado. Tenía la sensación de que se hallaba más allá de todo, tendido en las profundidades de la emoción, agotado e inmóvil. Ni siquiera los recuerdos podían herirle. Sí, ni siquiera los recuerdos de aquel mes en que descubrieron la antitoxina y se la inyectaron tres veces... sin resultados. Todos los lamentos pasados habían sido borrados por la enfermedad y el agotamiento presentes.

«Esperaré —se dijo— hasta que la araña se haya marchado, y entonces me internaré en la fría oscuridad... y me tiraré por el precipicio, para acabar con todo. Sí, esto es lo que haré. Esperaré a que la araña se haya marchado y me tiraré por el precipicio para acabar con todo».

Durmió pesadamente. Y en sus sueños, él y Lou estaban paseando bajo la lluvia. Y él decía:

—Lou, anoche tuve un sueño espantoso. Soñé que era tan pequeño como un alfiler.

Y ella sonrió, le dio un beso en la mejilla, y dijo:

—Oh, vamos, ¿no crees que fue un sueño muy tonto?

CAPÍTULO 12

Un trueno le despertó. Sus dedos se crisparon bruscamente y sus ojos se abrieron de par en par. Hubo un instante de ofuscada desorientación, durante el cual su conciencia se mantuvo sumergida debajo del impacto de aquel repentino despertar. Sus ojos miraban sin ver; su rostro era una máscara pálida y tensa, y la boca un trazo oculto por la barba.

Entonces se acordó, y las cicatrices de la preocupación y la derrota surcaron nuevamente su frente y las órbitas de sus ojos. Dejó de ver al cerrar los párpados y extendió las manos. Sólo el débil murmullo de su garganta revelaba el dolor que le ocasionaba el estrépito.

A los cinco minutos la estufa se apagó, y el sótano quedó sumido en un pesado y vasto silencio.

Con un gruñido se sentó lentamente en la esponja. Su dolor de cabeza había desaparecido casi por completo. Sólo cuando hacía alguna mueca volvía a notarlo. La garganta seguía doliéndole, tenía el cuerpo lleno de magulladuras y punzadas, pero por lo menos el dolor de cabeza había desaparecido y —se tocó la frente— la fiebre había cedido un poco. Pensó que todo aquello se debía a las propiedades curativas del sueño.

Se estremeció ligeramente y se pasó la lengua por los labios resecaos. «¿Por qué me habré dormido?», se preguntó. ¿Qué le había drogado cuando acababa de decidir que pondría fin a su vida?

Se arrastró por la esponja y, agarrándose al borde, saltó al suelo. Un agudo dolor le subió por las piernas.

¡Si pudiera creer que en su sueño había habido un propósito concreto! ¡Si pudiese creer que había sido la actuación de una vigilante benevolencia! Pero no podía. Lo más probable era que fuese su cobardía lo que le había impulsado a dormir en vez de tirarse por el precipicio. A pesar de querer hacerlo, no le era posible calificarlo con la frase de «voluntad de vivir». Ya no tenía voluntad de vivir. Era simplemente que no tenía voluntad de morir.

Al principio no pudo levantar la tapa de cartón, pues se había hecho muy pesada. Esto le reveló lo que hubiera querido verificar en la regla; aquella noche había menguado otra fracción y ahora sólo medía siete milímetros.

El borde de la tapa cayó sobre su costado cuando trataba de salir al exterior. Tuvo que agacharse y levantarla con las manos. Una vez libre, se sentó en el frío cemento, a fin de que se desvanecieran las últimas oleadas de confusión. Su estómago era una bolsa de aire.

No se midió; habría sido absurdo. Echó a andar sin mirar ni a un lado ni a otro. Se dirigió hacia la manguera con pasos vacilantes. ¿Por qué se había

dormido? «Por ninguna razón especial». Hacía frío. Una luz gris y triste penetraba por las ventanas. El catorce de marzo. Un nuevo día.

Tras una caminata de ochocientos metros, trepó a la anilla metálica de la manguera y se internó en el oscuro túnel, escuchando el eco de sus sandalias. Las tiras de cordel resultaban demasiado holgadas para sus pies, y la túnica se arrastraba pesadamente por el suelo de goma.

Diez minutos de paseo a lo largo del tortuoso laberinto le llevaron al agua. Se agachó y empezó a beber. Le dolía la garganta al tragar, pero estaba demasiado contento por disponer de agua para que eso le importara.

Mientras bebía, se vio a sí mismo aguantando una manguera muy parecida a aquélla, llevándola al jardín, conectándola al grifo y regando el césped con un reluciente chorro de agua. Ahora estaba agachado dentro de una manguera semejante, su tamaño era inferior a un quinto de su diámetro y bebía con una mano no más grande que un grano de sal. La visión se desvaneció. Su tamaño ya le resultaba algo normal, demasiado real. Había dejado de ser un fenómeno.

Cuando terminó de beber, se dirigió hacia la boca de la manguera, sacudiendo los pies para eliminar el agua de sus sandalias. Marzo seguía su curso, pensó; su curso hacia la nada. El catorce de marzo. Al cabo de una semana, el primer día de la primavera se abatiría sobre la isla.

Pero él no lo vería.

Una vez en el exterior, regresó a la caja de cartón y se detuvo junto a ella, apoyando la palma de una mano en la superficie. Paseó la mirada por el sótano. «¿Y bien?», pensó. ¿Qué ocurriría entonces? ¿Se introduciría bajo la tapa y volvería a sumergirse en el sueño de los vencidos? Se mordió nerviosamente el labio inferior mientras contemplaba el precipicio que conducía a las tierras de la araña.

Debía mantenerse alejado de allí.

Dio una vuelta en torno al bloque de cemento, con la esperanza de encontrar alguna miga de galleta. Encontró una muy sucia, rascó su superficie y siguió andando, sin dejar de masticar pensativamente. Bueno, ¿qué iba a hacer? ¿Volver a la cama o...?

Se detuvo en seco, y se quedó clavado en el suelo. En sus ojos brilló una llama. Separó los labios en una sonrisa.

Muy bien. Tenía un cerebro. Lo usaría. Al fin y al cabo, ¿no era aquél su universo? ¿Acaso no podía determinar sus valores y significados? ¿Acaso no le pertenecía la lógica de una vida en el sótano, a él, que vivía solo en aquel sótano?

De acuerdo. Había planeado suicidarse, pero alguna cosa se lo había

impedido. Podía llamarse de muchas maneras, pensó: miedo, deseo inconsciente de sobrevivir, la acción de una inteligencia exterior que le protegía... Pero, fuera lo que fuese, había ocurrido así. Seguía con vida, y su existencia no había sido violada. Las funciones positivas aún eran posibles; las decisiones seguían siendo suyas.

—Muy bien —murmuró. Estando vivo, podía hacer muchas cosas.

Fue como la desaparición de la neblina en su cerebro, como el embate de un viento helado sobre un reseco desierto de intenciones. Hizo —absurdamente, quizá— que lanzara los hombros hacia atrás, que se moviera con más seguridad y que hiciera caso omiso del dolor de su cuerpo. Y, como si se tratara de una instantánea recompensa, encontró un gran fragmento de galleta detrás del bloque de cemento. Lo limpió y se lo comió. Tenía un sabor horrible, pero no le importó; era alimento.

Siguió paseando de un lado a otro. ¿Qué significaba su decisión? En realidad ya lo sabía, pero tenía miedo de ahondar en ello. En vez de hacerlo, se deslizó hacia la gigantesca caja de cartón que se alzaba debajo del depósito de combustible, sabiendo lo que debía hacer; sabiendo que lo haría... o perecería.

Se detuvo frente a la enorme masa de la caja. En cierta ocasión, él mismo había roto una esquina de un puntapié. En aquel momento fue un acto de rabia, una frustración convertida en verdadera furia. ¡Qué extraño resultaba que un antiguo acceso de rabia simplificara ahora las cosas para él! Aquello le había salvado la vida más de una vez.

¿Acaso no había obtenido dos dedales de aquella caja, uno para debajo del depósito de agua, y otro para debajo del escape del calentador? ¿No había obtenido la tela para su túnica de esa misma caja? ¿No había obtenido allí el hilo que le permitió llegar a la superficie de la mesa de mimbre, y coger las galletas? Finalmente, ¿no había ahuyentado allí mismo a la araña, descubriendo con asombro que podía luchar eficazmente contra su horrible negrura de siete patas?

Sí, todo esto era verdad. Y había sido posible porque, un día ya muy lejano, se dejó invadir por un deseo terrible y abrió de un puntapié la esquina de la caja de cartón.

Vaciló un momento, pensando que debería buscar la aguja que antes había sacado de la caja y perdido. Entonces decidió que posiblemente no lograría encontrarla, y que perderla un tiempo precioso y una inapreciable energía.

Trepó por el borde de la caja y se introdujo por la abertura. Era difícil entrar. Aquella dificultad le hizo pensar, desconcertantemente, en los esfuerzos que tendría que hacer para subir al precipicio, mucho mayores que...

No. No iba a pensar en ello. Si había algo que pudiera detenerle, eran los

pensamientos sobre la araña. Los desechó rápidamente, dejándolos relegados al otro lado de la barrera de la conciencia.

Se deslizó por el montón de trapos hasta que llegó al borde, y cayó dentro del costurero. Durante un momento se sintió invadido por el pánico, al pensar que quizá no lograra salir de la caja. Entonces se acordó del tapón de goma en el que estaban pinchados los alfileres y las agujas. Podría empujarlo hasta el borde de la caja y trepar por ellos.

Encontró una aguja en el fondo de la caja y la recogió.

—Dios mío —murmuró. Era como un arpón hecho de plomo. La dejó caer y produjo un ensordecedor estrépito. Permaneció un momento inmóvil, con el rostro surcado por arrugas de inquietud. ¿Acaso ya debía considerarse vencido? Nunca podría llevar aquella aguja hasta el precipicio.

Es muy fácil —le dijo su mente—. Llévate un alfiler.

Cerró los ojos y esbozó una sonrisa. Sí, sí, pensó. Rebuscó en las sombras, pero no encontró ningún alfiler suelto. Tendría que sacar uno del tapón de goma.

En primer lugar, tenía que volcar el tapón. Era cuatro veces más alto que él. Haciendo rechinar los dientes, lo empujó con todas sus fuerzas hasta que se volcó. Entonces dio la vuelta a su alrededor y desclavó un alfiler, que sopesó en las manos. Aquello ya era otra cosa. Pesaba bastante, pero era manejable.

Sin embargo, ¿cómo iba a llevarlo? No podía clavárselo en la túnica; colgaría, chocaría con todas las superficies, dificultaría su ascensión, posiblemente le cortaría. Haría un lazo de hilo para atarlo, y lo llevaría sobre la espalda. Miró en torno suyo en busca del hilo. Sería absurdo tratar de recobrar el que había lanzado a la boca del gato; probablemente se había perdido.

Cortó un pequeño trozo de hilo, para él grueso como una cuerda, frotando la afilada punta del alfiler hasta que las fibras estuvieron lo bastante debilitadas para romperse. Sin dejar de jadear en la oscura caverna, ató uno de los extremos del hilo alrededor de la cabeza del alfiler, y después ató el otro extremo a la punta. El segundo lazo se aflojó un poco, pero indudablemente resistiría. Con un gruñido se cargó el alfiler a la espalda y se apoyó en las puntas de los pies para comprobar el peso. No había problema.

Ahora... ¿era eso todo lo que necesitaba? Permaneció indeciso, con la frente arrugada, pero no a causa de la preocupación. No se daba verdadera cuenta de ello, pero el hecho de calcular las cosas positivamente le proporcionaba una agradable sensación. Quizá hubiese algo de verdad en la teoría de que la satisfacción se basaba en la lucha. Aquel momento era realmente la antítesis de las apáticas horas de la noche anterior. Ahora trabajaba para alcanzar una meta. Claro que podía ser emoción autoinducida,

pero le confería el primer placer verdadero que podía recordar haber experimentado durante largo tiempo.

De acuerdo. Entonces, ¿qué más necesitaba? La ascensión era demasiado difícil para ser realizada sin ayuda. Era demasiado pequeño; necesitaba instrumentos. Pues bien: puesto que se trataba de un precipicio, aquello le convertía en escalador. ¿Qué utilizaban los escaladores? Zapatos especiales... Eso no podía obtenerlo. Bastones. Eso tampoco. Ganchos. Tampoco...

¡Sí, claro que podía! ¿Y si cogía otro alfiler y conseguía doblarlo hasta que formara un ángulo? Entonces, si lo ataba a un hilo muy largo, podría lanzarlo a las aberturas de las sillas, afianzarlo en ellas y trepar por el hilo. Constituiría un equipo perfecto.



¡Sí, claro que podía! ¿Y si cogía otro alfiler y conseguía doblarlo hasta que formara un ángulo? Entonces, si lo ataba a un hilo muy largo, podría lanzarlo a las aberturas de las sillas, afianzarlo en ellas y trepar por el hilo. Constituiría un equipo perfecto.

Muy excitado, desclavó otro alfiler del tapón de goma, y a continuación desenrolló unos ciento cincuenta metros de hilo, según sus propias proporciones. Tiró el hilo y los alfileres fuera de la caja; él salió gracias al tapón. Después arrastró sus herramientas colina arriba y las tiró al suelo.

Se deslizó fuera de la caja de cartón y se dejó caer. Entonces se dirigió hacia el bloque de cemento, arrastrando los alfileres y el hilo tras sí. «Ahora...», pensó, «si pudiera llevarme un poco de comida y agua...»

Se detuvo en seco, mirando de reojo la tapa de la caja. De pronto se acordó, ¡aún había algunos trozos de galleta sobre la esponja! Podía metérselos de algún modo en la túnica y llevarlos consigo.

¿Y el agua? Su rostro tenía una expresión concentrada que rozaba el júbilo. ¡La misma esponja! ¿Por qué no podía romper un pequeño fragmento, empaparlo en el agua de la manguera y llevarlo en su excursión? Claro que gotearía, pero gran parte del agua se mantendría en la esponja, la suficiente para sus necesidades.

No se permitió reflexiones acerca de la araña. No se permitió reflexiones acerca del hecho de que sólo le quedaban dos días, a pesar de todo lo que hiciera. Estaba demasiado absorto en los pequeños triunfos de detalles conquistados y en el gran triunfo de la desesperación conquistada, como para dejarse abatir nuevamente por tristes conclusiones.

Así pues, todo estaba dispuesto. Llevaba el alfiler cruzado sobre la espalda, las migas de galleta y la esponja empapada de agua en la túnica, y el alfiler doblado que le serviría de gancho para escalar.

Al cabo de media hora se dispuso a iniciar la ascensión. Aunque ya estaba cansado debido al tremendo esfuerzo requerido para doblar el alfiler (lo había logrado empujando la punta bajo el bloque de cemento y tirando de la cabeza), cortar y arrancar un fragmento de esponja, ir a buscar el agua y las galletas y llevarlo todo al pie del precipicio, se encontraba demasiado satisfecho para preocuparse. Estaba vivo, tenía ante sí una finalidad. El suicidio se había convertido en algo distante e imposible. Le extrañaba haber pensado seriamente en él alguna vez.

Todo rastro de excitación le abandonó cuando inclinó la cabeza hacia atrás y alzó la mirada hacia la remota parte superior de las sillas, apoyadas en las desmesuradas alturas de la pared. ¿Sería posible trepar hasta allí?

Bajó airadamente los ojos. «No mires», se ordenó a sí mismo. «Mirar todo el trayecto es una estupidez. Divídelo en segmentos; es la única forma. El

primer segmento, el estante. El segundo, el asiento de la primera silla. El tercero, el brazo de la segunda silla. El cuarto...»

Se hallaba en el mismo fondo del precipicio. «No te preocupes por ninguna otra cosa», se dijo. Había decidido subir hasta allí; eso era lo único que importaba.

Se acordó de otra vez en que tomó una resolución. No pudo evitar pensar en ello, mientras lanzaba el gancho y empezaba a trepar.

46 centímetros.

Era el juguete de un gigante; un juguete resplandeciente, móvil e increíble. La rueda giratoria, como un vasto engranaje blanco y naranja, daba lentamente la vuelta sobre el negro cielo de octubre. Las jaulas iluminadas por un reflejo escarlata se desdibujaban en la noche como estrellas fugaces. El tiiovivo era una brillante caja de música cacofónica que giraba y giraba, mientras los vistosos caballos de ojos desorbitados subían y bajaban interminablemente, inmóviles en su posición de galope. Minúsculos coches, trenes y tranvías, parecidos a graciosos insectos, daban interminables vueltas en sus círculos cerrados, abarrotados de chiquillos con el rostro enrojecido que gritaban y agitaban las manos. Los pasillos eran ociosas corrientes de personas que se amontonaban alrededor del magnetismo de los pregoneros, de las tiendas de comida y de las barracas donde podían lanzarse dardos contra globos de diversos colores, contra botellas de leche de madera en cuya parte superior se apoyaban pelotas de béisbol, o monedas sobre mosaicos de cuadros de colores. El ambiente estaba lleno de sonidos y los focos lanzaban blancas cintas luminosas hacia el cielo.

Cuando llegaban otro coche salía del aparcamiento, y Lou metió el Ford en la plaza libre, puso el freno de mano y cerró el contacto.

—Mamá, podré subir al tiiovivo, ¿verdad? —preguntó Beth con excitación.

—Sí, cariño —repuso distraídamente Lou, mirando hacia donde Scott se hallaba sentado, en un rincón del asiento posterior, con las pálidas mejillas iluminadas por el resplandor del parque de atracciones y los labios fuertemente apretados.

—Tú te quedarás en el coche —dijo con acento inquieto.

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Es por tu propio bien —dijo ella.

Esta era una frase que ahora empleaba continuamente; dicha con enorme paciencia, como si no se le ocurriera otra cosa que decir.

—Claro —repuso él.

—Mamá, vamos —dijo Beth, con decidida ansiedad—. No llegaremos a tiempo.

—De acuerdo —Lou abrió la portezuela—. Aprieta el botón —dijo, y Beth apretó el seguro de su puerta y se dispuso a salir por el lado del conductor.

—Lo mejor sería que te encerraras —dijo Lou.

Scott no contestó. Sus botitas de bebé cayeron con un ruido sordo sobre el asiento. Lou esbozó una sonrisa.

—No tardaremos —dijo, cerrando la portezuela.

Él se la quedó mirando, mientras introducía la llave en la cerradura y se oía el ruido del seguro al cerrarse. Lou y Beth atravesaron la calle, la niña tirando ansiosamente de la mano de su madre, y entraron en los terrenos de la feria.

Permaneció inmóvil durante un rato, preguntándose por qué razón había insistido tanto en acompañarlas a pesar de saber que no podría entrar con ellas. La razón era evidente, pero no quiso admitirla. Había regañado a Lou para ocultar la vergüenza que sentía por haberla obligado a abandonar su empleo en la tienda del lago; la vergüenza que sentía al ver que ella debía quedarse en casa, porque no se atrevía a contratar otra niñera, porque tendría que escribir a sus padres y pedirles dinero. Por eso se había puesto a gritar y había insistido en acompañarlas. Al cabo de unos minutos se puso en pie sobre el asiento y se acercó a la ventanilla. Arrastrando un almohadón hasta donde él estaba, se subió a su blanda superficie y apretó la nariz contra el cristal helado. Contempló la feria con mirada dura e indiferente, en busca de Lou y Beth; pero habían sido ingeridas por el gentío en constante movimiento.

Contempló la noria unos momentos, con sus pequeños asientos balanceándose de un lado a otro y los pasajeros fuertemente agarrados a las barras de seguridad. Desvió la mirada hacia el látigo. Vio cómo giraba a toda velocidad y cómo las jaulas daban vueltas igual que las manecillas de un reloj que se hubiera disparado. Contempló las rítmicas vueltas del tiovivo y oyó débilmente su estridente música. Era otro mundo.

Una vez, hacía mucho tiempo, un muchacho llamado Scott Carey se había sentado en el asiento de una noria como aquélla, paralizado por un delicioso terror y agarrado con toda su fuerza a la barra protectora. Había conducido coches de juguete, girando el volante como si fuese un verdadero chófer. Y, en un verdadero tormento de satisfacción, había surcado los aires en un látigo, sintiendo en el estómago los brincos de los *hotdogs*, las palomitas de maíz, los algodones de azúcar y el helado. Se había paseado por la reluciente irrealidad de otra feria, rebosante de alegría ante la vida que en una sola noche levantaba tales maravillas en terrenos vacíos.

—¿Por qué *debo* quedarme en el coche?

Se formuló la pregunta unos minutos después, con beligerancia, casi con obstinación. ¿Qué importaba que la gente le viera? Pensarían que era un niño extraviado. Y aunque supiesen quién era, ¿qué diferencia podía suponer eso? No iba a quedarse en el coche, eso era todo.

El único problema residía en que no podía abrir la portezuela. Ya era bastante difícil empujar uno de los asientos anteriores hacia delante y encaramarse a él. Le resultaba imposible levantar la manivela. Sin embargo, lo intentó una y otra vez, a cada momento más nervioso, hasta que dio una patada a la portezuela y la empujó con el hombro.

—Bueno, al demonio... —murmuró entonces y, siguiendo un impulso repentino, bajó el cristal de la ventanilla.

Se sentó en el borde, balanceando nerviosamente las piernas. El viento helado le hizo estremecerse. Sus zapatitos daban golpes a la puerta. «Me voy; no me importa nada». Se decidió bruscamente, se descolgó por el borde de la ventanilla y se mantuvo suspendido sobre el suelo. Con extremo cuidado, bajó una mano y cogió la manivela exterior de la puerta. Al cabo de un momento saltó.

—¡Oh! —sus dedos resbalaron sobre el metal cromado y se cayó al suelo, dándose un golpe contra la carrocería, del coche. Se sintió momentáneamente invadido por el miedo al darse cuenta de que no podía volver a entrar; pero se repuso rápidamente. Louise volvería pronto. Dio la vuelta al coche, saltó la empinada acera y se internó en la calle.

Retrocedió apresuradamente al oír el ruido de un automóvil. Este pasó a más de dos metros de él, pero el rugido del motor le resultó insoportable. Incluso el agudo chirrido de los neumáticos sobre el pavimento le pareció excesivamente fuerte. Una vez hubo pasado, se apresuró a cruzar la calle, se encaramó de un salto a la acera, que le llegaba a la altura de las rodillas, y echó a correr hasta una zona desierta de detrás de una tienda. Avanzó sin apartarse de la pared de lona, escuchando el estrépito de la feria.

Un hombre dobló la esquina de la tienda y se dirigió hacia él. Scott se quedó inmóvil y el hombre pasó a su lado sin verle. Todo el mundo hacía lo mismo. Nadie miraba hacia abajo, pues no esperaban ver otra cosa que gatos o perros.

Cuando el hombre se hubo alejado, Scott reanudó su paseo, pasando entre los triángulos de cuerdas enterradas en el suelo, junto a los lados de la tienda. Se detuvo frente a una pálida rendija de luz que salía de debajo de la tienda, bloqueándole el paso. Miró detenidamente la lona, sintiendo una creciente excitación. Después se arrodilló, se tendió en el suelo cuan largo era,

alzó la faldilla de la tienda y atisbo el interior.

Se encontró mirando los cuartos traseros de una vaca de dos cabezas. El animal se encontraba dentro de un cuadrado cubierto de paja y rodeado por cuerdas, contemplando a la gente con cuatro relucientes ojos. Estaba muerta.

La primera sonrisa que Scott consiguió esbozar en más de un mes distendió los tensos rasgos de su cara. En caso de haber hecho una lista de todas las cosas del mundo que podría haber visto en la tienda, muy cerca del final de la enumeración hubiese puesto una vaca muerta de dos cabezas.



Paseó la mirada por la tienda. No veía lo que había al otro lado del pasillo; la gente que allí se amontonaba se lo impedía. A su lado, vio un perro de seis patas (dos de ellas eran muñones atrofiados), una vaca cuya piel era semejante a la de un ser humano, una cabra con tres patas y cuatro cuernos, un caballo rosa y un rollizo cerdo que había adoptado a una escuálida gallina. Dio una ojeada a todo el conjunto, sin dejar de sonreír. «Un espectáculo de monstruos», pensó.

Y entonces su sonrisa se borró. En aquel momento se le ocurrió la notable exhibición que él mismo podría hacer, posando, por ejemplo, entre el cerdo de maternales instintos y la vaca muerta de dos cabezas. Scott Carey, *Homo reductus*.

Se internó de nuevo en la noche y se puso en pie, sacudiéndose automáticamente el pelele de terciopelo y la chaqueta. Debía haberse quedado en el coche; había sido una estupidez salir de él.

Sin embargo, no volvió atrás; no pudo decidirse a volver atrás. Llegó al extremo de la tienda y vio a mucha gente que andaba, oyó el ruido de las botellas de madera al ser alcanzadas por alguna pelota, las detonaciones de los rifles y las minúsculas explosiones de los globos al reventarse. Oyó el lúgubre crujido de la música del tiovivo.

Un hombre salió por la puerta trasera de una de las barracas. Lanzó una mirada a Scott. Scott siguió andando y desapareció rápidamente tras la tienda siguiente.

—Oye, chico —escuchó decir al hombre.

Echó a correr, buscando un lugar donde esconderse. Había un remolque aparcado detrás de la tienda. Se precipitó hacia él y se agachó detrás de una rueda de gruesos neumáticos, atisbando por el borde.

Vio aparecer al hombre en una esquina de la tienda y observó que miraba a su alrededor con las manos en jarras. Después, a los pocos segundos, el hombre lanzó un gruñido y se alejó. Scott se levantó y se dispuso a abandonar la sombra del remolque, pero se detuvo en seco. Alguien cantaba encima de su cabeza.

Scott frunció el ceño y escuchó con atención. *Si yo te amara* —cantaba la voz—, *una y otra vez intentaría decir...*

Salió de debajo del remolque y alzó la vista hacia la ventana de blancas cortinas que resplandecía de luz. Seguía oyendo la canción, melódica y romántica. Miró fijamente la ventana, sintiendo una extraña inquietud.

Los felices gritos de una niña que iba en el látigo le despertaron de su ensoñación. Se alejó unos pasos del remolque, pero en seguida dio la vuelta y regresó. Se quedó junto a él hasta que finalizó la canción. Entonces rodeó

lentamente el remolque, mirando en primer lugar por una ventana y después por otra, extrañado de sentirse tan atraído por aquella voz.

Entonces se fijó en los escalones que conducían a la puerta acristalada del remolque, y se encaramó de un salto al primero de ellos. Era la altura justa.

Su corazón empezó a latir apresuradamente, y sus manos se asieron rígidamente a la barandilla, que le llegaba a la cintura. Contuvo un momento la respiración. ¡No podía ser!

Subió lentamente los escalones hasta encontrarse justo debajo de la puerta, que sólo era un poco más alta que él mismo. Había algunas palabras pintadas debajo de la ventana, pero no pudo leerlas. Sintió un extraño y eléctrico hormigueo en toda la piel. No pudo evitarlo; subió los dos últimos escalones y se detuvo frente a la puerta.

Se quedó paralizado. Era su mundo, su propio mundo... sillas y un sofá donde él podría sentarse sin quedar hundido; mesas proporcionadas a su tamaño; lámparas que podía encender y apagar, sin tener que quedarse debajo como si fueran árboles.

Ella entró en la pequeña habitación y le vio allí.

Los músculos del estómago se le contrajeron súbitamente. Permaneció en el mismo lugar, mirando inexpresivamente a la mujer y pugnando por articular palabras de sorpresa que no lograban salir de su garganta.

La mujer parecía clavada en el suelo, con una mano en la mejilla, los ojos desorbitados de sorpresa. El tiempo se detuvo para ellos mientras se contemplaban mutuamente. *Es un sueño* —le repetía su mente—. *Es un sueño*.

Entonces la mujer se dirigió lentamente hacia la puerta. Él se apartó, y estuvo a punto de caerse escaleras abajo. Consiguió agarrarse fuertemente a la barandilla y recobró el equilibrio justo en el momento en que la mujer abría la minúscula puertecita.

—¿Quién es usted? —preguntó ella, en un murmullo asustado.

Él no podía apartar la mirada de aquel rostro tan frágil; la nariz y los labios como de una muñeca, los ojos como canicas verde pálido, las orejas como pétalos de rosas apenas visibles a través de la abundante cabellera dorada.

—Por favor —insistió la joven, aguantándose el corpiño del vestido con diminutas manos de alabastro.

—Soy Scott Carey —dijo, con un hilo de voz a causa de la impresión recibida.

—Scott Carey —repitió ella. No parecía conocer el nombre—. ¿Es usted...?

—la voz le falló—. ¿Es usted... como yo?

Él estaba temblando.

—Sí —contestó—. Sí.

—¡Oh! —fue como si lanzara un suspiro.

Se observaron mutuamente.

—La... la he oído cantar —dijo él.

—Sí... —una sonrisa nerviosa contrajo sus labios pálidos—. Por favor... —dijo—. ¿Quiere pasar?

Entró en el remolque sin vacilar. Le hacía el efecto de que la conocía desde hacía largos años, y de que volvía de un largo viaje. Vio las palabras que había en la puerta: «Señora Pulgarcita». Se la quedó mirando con ansiedad.

—Es... ha sido una sorpresa —dijo ella. Meneó la cabeza, y volvió a aguantarse el corpiño de su vestido amarillo—. Es una verdadera sorpresa —dijo.

—Lo comprendo —repuso él, mordiéndose el labio inferior—. Yo soy el hombre menguante —soltó, deseoso de que ella lo supiera.

Ella no habló durante unos momentos. Después dijo, «Oh», y él no supo distinguir lo que había en su voz, si decepción, lástima o indiferencia. Seguían observándose mutuamente.

—Yo me llamo Clarice —dijo la mujer.

Sus minúsculas manos se estrecharon, y no se separaron. Él no podía respirar bien; le faltaba el aire.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó ella, retirando la mano.

Él tragó saliva.

—He... venido —fue todo lo que pudo decir.

Siguió mirándola con ojos que no creían lo que veían. Entonces vio que un color rojo vivo subía a las mejillas de la joven y trató de calmarse.

—Lo... lo siento muchísimo —dijo Scott—. Lo que ocurre es que no había... —hizo un gesto de impotencia—, no había visto nunca a nadie como yo. Es que... —meneó la cabeza—. No puedo explicarle lo que se siente.

—Oh, lo sé, lo sé —se apresuró a contestarle ella, mirándole intensamente—. Cuando... —se aclaró la garganta—, cuando le he visto junto a la puerta, no he sabido qué pensar —su risa fue débil y temblorosa—. Por un momento he creído que había perdido la razón.

—¿Está usted sola? —preguntó súbitamente él.

Ella le miró sin parecer comprender.

—¿Sola? —preguntó.

—Me refiero a su... su nombre; el de la puerta —dijo él, sin darse cuenta siquiera de que la había asustado.

El rostro de la mujer se relajó y volvió a adoptar sus dulces líneas naturales. Sonrió con tristeza.

—Oh —dijo—, así es como me llaman. —Se encogió de hombros—. Me llaman así —dijo.

—Oh —asintió él—, ya lo comprendo.

Seguía intentando tragar el nudo que sentía en la garganta. Estaba aturdido. Las yemas de los dedos le picaban como si se le hubieran helado, y volvieran ahora a su estado normal.

—Ya lo comprendo —repitió.

Siguieron observándose mutuamente como si no pudiesen creer que fuera cierto.

—Supongo que habrá leído algo acerca de mí —dijo él.

—Sí, desde luego —repuso ella—. Siento que...

Él meneó la cabeza.

—No tiene importancia —un escalofrío descendió por su espalda—. Me alegro tanto de... —se interrumpió, sin dejar de contemplar los dulces ojos de la mujer—. Clarice —murmuró—, me alegro tanto de... —se retorció las manos como si quisiera reprimir el deseo de alargarlas y tocarla—. Me ha sorprendido tanto ver... esta habitación —dijo apresuradamente—. Estoy tan acostumbrado a... —se encogió de hombros con nerviosismo— ...ia las cosas grandes! Al ver los escalones que conducían hasta aquí...

—Me alegro de que haya subido —dijo Clarice.

—Yo también —contestó él.

La mirada de la joven se apartó de él, pero volvió a fijarla instantáneamente en su figura, como si tuviera miedo de que fuera a desaparecer si dejaba de mirarle durante mucho rato.

—En realidad, estoy aquí por casualidad —dijo ella—. Nunca trabajo fuera de temporada, pero el dueño de esta feria es un viejo amigo mío que está en un apuro. Y... bueno, me alegro de estar aquí.

Sus miradas seguían encadenadas.

—Es una vida muy solitaria —dijo él.

—Sí —contestó ella en voz baja—, puede ser muy solitaria.

Volvieron a guardar silencio, mientras se contemplaban. Ella sonrió con intranquilidad.

—Si me hubiese quedado en casa —dijo él—, no la habría conocido.

—Lo sé.

Otro escalofrío descendió por sus brazos.

—Clarice —llamó.

—¿Sí?

—Es un nombre precioso —dijo. El ansia y el deseo se habían adueñado de él.

—Gracias... Scott —dijo ella.

Él se mordió los labios.

—Clarice, me gustaría...

Ella le miró largamente. Después, sin pronunciar una sola palabra, se acercó a él y le rozó la mejilla con la suya, manteniéndose inmóvil cuando él la rodeó con sus brazos.

—¡Oh! —murmuró él—. Oh, Dios mío. Es...

Ella le acarició y se apretó súbitamente contra él, tocándole la espalda con sus manitas. Permanecieron abrazados en la pequeña habitación, sin pronunciar una palabra, con las mejillas unidas y mojadas por las lágrimas.

—Querido mío —susurró ella—, querido mío, querido.

Él echó la cabeza hacia atrás y hundió la mirada en sus ojos brillantes.

—Si tú supieras —dijo con voz quebrada—. Si supieras...

—Lo sé —repuso ella, acariciándole la mejilla con una mano temblorosa.

—Sí... Claro que lo sabes.

Se inclinó ligeramente y notó que sus cálidos labios cambiaban bajo los suyos, pasando de una dulce aceptación a un ansia exigente y violenta.

Él la estrechó fuertemente entre sus brazos.

—¡Oh!, Dios mío, ser un hombre otra vez —murmuró—. Ser un hombre otra vez. Abrazarte así.

—Sí. Abrázame así. Hace tanto tiempo...

Al cabo de unos minutos, Clarice le llevó al sofá y se sentaron, con las manos apretadas y una sonrisa en los labios.

—Es extraño —dijo ella—, pero me siento muy cerca de ti. Y, sin embargo, no te había visto en mi vida.

—Debe ser porque somos iguales —dijo él—, porque compartimos la misma vida y la misma tristeza.

—¿A qué te refieres? —murmuró ella.

Él levantó la vista de sus zapatos.

—Estoy tocando el suelo con los pies —dijo pensativamente. Su risa estaba cargada de melancolía—. Es una tontería —añadió—, pero es la primera vez en mucho tiempo que toco el suelo con los pies estando sentado. ¿Sabes...? —le apretó la mano—. Claro que lo sabes, naturalmente que sí —dijo.

—Has hablado de tristeza —dijo ella.

Él contempló un momento su rostro preocupado.

—¿Acaso no lo es? —preguntó—. ¿Acaso no somos dignos de lástima?

—Yo no... —en sus ojos apareció una chispa de angustia—. Nunca me había considerado digna de lástima.

—Oh, lo siento, lo siento muchísimo —dijo él—. No era mi intención... —pareció arrepentido—. Me he vuelto muy mordaz. He estado muy solo, Clarice. Una vez que alcancé una determinada estatura, me encontré completamente solo —acarició con dulzura la mano que tenía entre las suyas—. Por eso me siento tan atraído hacia ti; por eso...

—¡Scott!

Se abrazaron nuevamente, y él oyó los fuertes latidos del corazón de ella junto a su pecho.

—Sí, has estado muy solo —dijo la mujer—, tremendamente solo. Yo he tenido a otros como yo... como nosotros. Incluso estuve casada —su voz se convirtió en un murmullo—. Estuve a punto de tener un niño.

—¡Oh!, yo...

—No, no digas nada —rogó ella—. Ha sido mucho más fácil para mí. Yo he

sido así toda mi vida. He tenido tiempo para adaptarme.

Se estremeció de pies a cabeza y dijo, no pudo evitarlo:

—Algún día serás un gigante para mí.

—¡Oh!, querido —acercó el rostro de Scott a su pecho, sin dejar de acariciarle el cabello—. ¡Qué horrible debe haber sido para ti ver a tu esposa y tu hija cada día más grandes... mientras tú disminuías continuamente!

Su cuerpo olía a limpieza y dulzura. Aspiró su perfume, tratando de olvidarse de todo a excepción de su presencia y su voz, para apreciar en lo que valía la felicidad de aquel momento.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —le preguntó ella, y él se lo explicó—. ¡Oh! —exclamó la joven—, ¿no se asustará si...?

La interrumpió ansiosamente:

—No me obligues a marcharme.

Ella le atrajo aún más contra su pecho.

—No, no —se apresuró a contestar—. No; quédate tanto como...

Se interrumpió. La oyó tragar saliva y preguntó:

—¿Qué sucede?

Ella titubeó antes de responder.

—Es que tengo que actuar dentro de... —se volvió ligeramente, para mirar el reloj de pared que había al otro lado de la habitación— diez minutos.

—Oh, no... —exclamó Scott, agarrándose a ella.

La respiración de la joven se hizo más rápida.

—¡Si pudieras estar conmigo un rato, sólo un rato!

Él no supo qué contestar. Se incorporó y contempló el tenso rostro de ella. Suspiró profundamente.

—No puedo —dijo—. Ella estará esperándome. Se... —movió las manos con desasosiego, pero se tranquilizó en seguida—. Es inútil —dijo.

Ella se inclinó y apretó las palmas de ambas manos sobre las mejillas de Scott. Le rozó los labios con los suyos. Él apretó sus brazos con manos temblorosas, acariciando delicadamente la seda de su traje. Ella le rodeó el cuello con los brazos.

—Seguramente ella no se asustaría si... —empezó la mujer, dándole un

beso en la mejilla.

Él seguía sin poder contestar. Ella se apartó, y Scott contempló su rostro sonrojado. Ella bajó los ojos.

—No creas, por favor, no creas que soy una... una persona horrorosa —dijo—. Siempre he vivido... decentemente. Es que... —se alisó la falda con movimientos nerviosos—. Es que yo también, tal como tú has dicho, me siento atraída hacia ti. Al fin y al cabo, no somos dos personas normales en un mundo normal. Nosotros... sólo somos dos. No encontraríamos a otra persona igual en miles de kilómetros a la redonda. No parece lo mismo si...

Se interrumpió bruscamente al oír unos pasos junto al remolque y un golpe en la puerta. Una voz profunda dijo:

—Diez minutos, Clar.

Ella se dispuso a contestar, pero el hombre ya se había ido. Permaneció unos momentos con los ojos clavados en la puerta. Finalmente, se volvió hacia él.

—Sí, no hay duda de que se asustaría —dijo.

De pronto, las manos de Scott aumentaron su presión sobre los brazos de la muchacha y la expresión de su rostro se endureció.

—Voy a decírselo —manifestó—. No te dejaré. No te dejaré.

Ella se lanzó a sus brazos con pasión.

—Sí, díselo, díselo —rogó—. No quiero que sufra, no quiero que se asuste, pero díselo. Dile lo que ocurre, dile lo que sentimos. No podrás decirte que no. No creo que lo haga cuando...

Se apartó de él y se levantó, respirando agitadamente. Sus dedos temblorosos recorrieron el vestido de arriba abajo, desabrochando botones. El vestido se deslizó, siseando, de sus hombros marfileños, deteniéndose en la curva de sus brazos doblados. Llevaba una ropa interior muy fina que se adhería a los contornos de su cuerpo.

—¡Díselo! —exclamó casi con ira. Entonces dio media vuelta y corrió a la habitación contigua.

Él se puso en pie, con la vista clavada en la puerta entreabierta que conducía a la habitación en la que ella había entrado. Oyó el crujido de la ropa que se estaba poniendo para la actuación. Permaneció inmóvil en aquel lugar hasta que ella salió.

Se mantuvo apartada de él, con el rostro muy pálido.

—He sido injusta —dijo—. He sido muy injusta contigo —bajó los ojos—.

No tendría que haber hecho lo que acabo de hacer. Yo...

—Pero tú me esperarás —la interrumpió él. Le cogió la mano y se la apretó hasta que ella lanzó un gemido de dolor—. Clarice..., tú me esperarás.

Al principio ella no le miró. Después, repentinamente, alzó la cabeza y sus ojos le contemplaron con ardor.

—Te esperaré —dijo.

Él se quedó escuchando el débil taconeo de sus zapatos mientras bajaba los escalones del remolque. Entonces dio media vuelta y paseó por la reducida habitación, mirando los muebles y tocándolos.

Finalmente entró en la otra habitación y, tras vacilar un momento, se sentó en la cama y cogió el vestido de seda amarilla. Era suave y fino; aún conservaba el olor de su piel.

De repente hundió la cara entre sus pliegues, aspirando el perfume que se desprendía de él. ¿Por qué tenía que consultarlo? Ya no había nada entre Lou y él; nada. ¿Por qué no podía quedarse con Clarice desde aquel mismo instante? A Lou no le importaría. Se alegraría de librarse de él. Se...

«Se asustaría», pensó.

Con un suspiro de preocupación, dejó el vestido encima de la cama y se levantó. Atravesó todo el remolque, abrió la puerta, bajó los escalones e inició el camino de regreso, envuelto por la fría y oscura noche. «Se lo diré», pensó. «Se lo diré, y volveré».

Pero cuando llegó a la acera y la vio junto al coche, le invadió la desesperación. ¿Cómo iba a tener el valor de decírselo? Tuvo un momento de vacilación; después, al ver que unos cuantos muchachos salían de los terrenos de la feria, se internó en la calle.

—Eh, ¿no es una monada? —oyó decir a uno de ellos.

—¡Scott!

Lou corrió hacia él y, sin más palabras, le cogió por un brazo, con el rostro inquieto y airado. Volvió al coche y abrió la portezuela con la mano que tenía libre.

—¿Dónde has estado? —le preguntó.

—Paseando —contestó él.

¡No! —le gritó su mente—. *¡Díselo! ¡Díselo!* Una visión le asaltó; Clarice medio desnuda, gritándole: «¡Díselo!»

—Creo que podrías haber pensado en lo que yo sentiría al regresar y no

encontrarte —dijo Lou, abatiendo el asiento delantero para que él pudiese entrar en la parte trasera del coche.

Sin embargo, él no se movió.

—Bueno, entra —le dijo ella.

Él suspiró profundamente.

—No —contestó.

—¿Qué?

Tragó saliva.

—No pienso volver con vosotras —dijo, haciendo un esfuerzo para hacer caso omiso de la mirada que Beth fijaba en él.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Lou.

—Verás... —lanzó una ojeada a Beth, y después le dio la espalda—. Quiero hablar contigo —dijo.

—¿No puedes esperar hasta que estemos en casa? Beth tiene que acostarse.

—No, no puedo esperar.

Hubiera querido gritar con todas sus fuerzas. Volvía a sentirse invadido por la sensación de siempre: la de ser un inútil, algo grotesco, un monstruo. Tendría que haberse imaginado que eso ocurriría en cuanto dejara a Clarice.

—Bueno, no entiendo por qué...

—¡Pues déjame aquí! —le gritó él.

Ya había perdido toda su fuerza, toda su firmeza. Y volvía a ser la marioneta sin hilos que pedía un socorro inútil.

—¿Se puede saber lo que te pasa? —le preguntó airadamente ella.

Él reprimió un sollozo y, girando bruscamente sobre los talones, se dispuso a cruzar la calle.

—¡Scott!

Una estremecedora racha de visiones y sonidos; el rugido de un coche cada vez más próximo, el brillo cegador de unos faros, el crujido de los tacones de Lou, el apretón de los dedos sobre su cuerpo, el jalón que le dio al apartarlo del camino del coche y conducirlo a la parte trasera del Ford, el chirrido de los neumáticos del otro coche al pisar la línea central y volver a su carril.

—¡En nombre del cielo! —la voz de Lou parecía terriblemente agitada—. ¿Es que te has vuelto loco?

—¡Ojalá me hubiese atropellado!

Todo lo que llevaba en su interior se tradujo en su voz: toda su angustia, toda su furia y sus esperanzas destrozadas.

—¡Scott! —ella se agachó para hablarle en voz baja—. Scott, ¿qué te sucede?

—Nada —repuso él. Después, casi inmediatamente—: Quiero quedarme. Voy a quedarme.

—¿Quedarte dónde, Scott? —preguntó ella.

Él tragó saliva rápidamente, coléricamente. ¿Por qué tenía que sentirse como un necio, como un insignificante necio? Antes le había parecido algo vital; ahora le parecía absurdo y fútil.

—¿Dónde piensas quedarte, Scott? —preguntó ella, empezando a impacientarse.

Él alzó los ojos y, con el rostro inexpresivo, insistió sin convicción:

—Quiero quedarme con... ella —dijo.

—Con...

Lou le miró fijamente y él bajó la vista, para clavarla en la amplia pernera del pantalón de su esposa. Hizo rechinar los dientes y sintió un agudo dolor a lo largo de la mandíbula.

—Hay una mujer —dijo, sin alzar los ojos hacia ella.

Lou guardó silencio. Él la miró. A la luz de un lejano farol pudo ver el brillo de sus ojos.

—¿Te refieres a la enanita del espectáculo secundario?

Él se estremeció. La forma que tuvo de decirlo, el sonido de su voz, hicieron que su deseo pareciera vil. Se mordió con fuerza el labio superior.

—Es una mujer muy amable y comprensiva —dijo—. Quiero quedarme un rato con ella.

—Querrás decir toda la noche.

Él echó la cabeza hacia atrás.

—¡Oh!, Dios mío, ¿cómo puedes...? —sus ojos echaban chispas—. Consigues que parezca... —Logró dominarse. Miró fijamente la punta de sus

zapatos. Habló con la mayor claridad de que fue capaz—. Voy a quedarme con ella —dijo—. Si prefieres no volver a buscarme, es igual. Déjame. Ya me las arreglaré como pueda.

—¡Oh!, deja de decir...

—Hablo en serio, Lou —replicó él—. Te juro que hablo muy en serio.

Al ver que no contestaba, él alzó la vista y comprobó que ella le estaba mirando. No supo descifrar lo que expresaba su rostro.

—Tú no lo entiendes, no puedes entenderlo —dijo él—. Crees que esto es algo... repugnante, algo animal. Pues no lo es. Es más... mucho más. ¿No lo comprendes? Ya no somos los mismos, tú y yo. Ahora somos dos seres distintos. Pero tú puedes tener compañía si quieres. Yo, no. Nunca hemos hablado de ello, pero me gustaría que volvieras a casarte cuando esto se termine... e, indudablemente, se terminará.

»Lou, a mí ya no me queda nada, ¿no lo ves? Nada. Lo único que puedo esperar en el futuro es la desintegración. Seguiré así, día tras día, cada vez seré más pequeño... y estaré más solo. No hay nadie en el mundo que pueda comprenderme. Incluso esta mujer llegará a ser como... Bien, estará fuera de mi alcance. Pero ahora, Lou, ella es la compañía, el afecto y... y el amor. ¡Sí, el amor! No lo niego, no puedo evitarlo. Es posible que yo sea un monstruo, pero sigo necesitando amor y sigo necesitando... —suspiró profundamente—. Una noche —dijo—. Eso es todo lo que pido. Una noche. Si tú estuvieras en mi lugar y tuvieses la oportunidad de pasar una noche de paz, te aconsejaría que la aprovecharas. Lo haría.

Bajó la mirada.

—Tiene un remolque —explicó—. Puedo sentarme en el sofá y los sillones; son de mi medida... —alzó ligeramente los ojos—. Sólo sentarme en un sillón como si fuera un hombre, y no un... —suspiró—. Sólo eso, Lou. Sólo eso.

Finalmente se decidió a mirarla, pero hasta que pasó un coche y sus faros iluminaron su rostro, no vio las lágrimas que corrían por sus mejillas.

—¡Lou!

Ella no pudo decir nada. Se mordió un puño, con el cuerpo convulsionado por silenciosos sollozos. Luchó para dominarse. Suspiró profundamente y se secó las lágrimas mientras él permanecía a su lado, sin apartar la vista de ella a pesar del dolor que le ocasionaba el levantar tanto la cabeza.

—De acuerdo, Scott —dijo ella entonces—. Sería inútil y... y cruel por mi parte tratar de impedírtelo. Tienes razón. Yo no puedo hacer nada.

Respiró con dificultad.

—Volveré por la mañana —logró articular, echando a correr hacia el coche.

Él permaneció en medio de la explanada barrida por el viento hasta que las rojas luces traseras del automóvil desaparecieron de su vista. Entonces atravesó la calle corriendo, con la sensación de ser un miserable. No debería haberlo hecho. Ahora ya no era lo mismo.

Pero cuando volvió a ver el remolque y la luz en la ventana, y los pequeños escalones que conducían a ella, todo regresó. Era como entrar en otro mundo, y dejar tras sí todas las penas.

—Clarice —susurró.

Y echó a correr hacia ella.

CAPÍTULO 13

Estaba sentado en uno de los anchos listones que formaban el asiento de la silla inferior, apoyado en el soporte del brazo, tan grueso como un árbol, mientras masticaba un trozo de galleta. No había tocado la esponja más que para extraer unas gotas de agua a medio camino de la primera etapa de la ascensión. Junto a él yacían los rollos de hilo, el alfiler que utilizaba como gancho o piolet, y el largo y brillante alfiler que le serviría de lanza.

El cansancio de sus músculos empezaba a ceder. Se inclinó lentamente hacia delante y se rascó la rodilla. Volvía a estar un poco hinchada. Mientras trepaba por el hilo, se la había golpeado con la pata de la silla. Una exclamación de dolor se escapó de sus labios. Sólo esperaba no empeorar.

En el sótano reinaba un silencio absoluto. La estufa no se había puesto en marcha ni una sola vez durante la hora pasada. «Debe hacer bastante calor», pensó. Miró hacia la ventana que había encima del depósito de combustible. Era un trémulo cuadrado de luz. Cerró los ojos. Se extrañó de que Beth no estuviera jugando en el patio. La bomba del agua tampoco había funcionado desde hacía largo rato. Lo más probable era que Lou y Beth no se hallaran en casa. Se preguntó dónde estarían.

Advertido por un comienzo de intranquilidad que bullía en su pecho, desechó cualquier pensamiento relacionado con el sol y el exterior, con su esposa e hija. Ya no formaban parte de su vida, y no era propio de personas sensatas pensar demasiado rato en cosas que no forman parte de la propia vida.

Sí, seguía siendo un hombre. Un hombre de siete milímetros de estatura.

Rememoró la noche que pasara con Clarice y la seguridad que, también entonces, le asaltó acerca de seguir siendo un hombre.

—No eres digno de lástima —le había susurrado ella—. Eres un hombre — y le acarició el pecho con sus suaves dedos.

Fue un momento de decisiva alteración.

Había permanecido despierto durante casi toda la noche, tendido junto a ella con el cálido aleteo de su respiración en el hombro, pensando en lo que le había dicho.

Era cierto; seguía siendo un hombre. Después de vivir tanto tiempo bajo el degradante peso de su aflicción, lo había olvidado. Después de perderse en consideraciones sobre su matrimonio y en los problemas que su tamaño le planteaba, lo había olvidado. Después de tanto tiempo de reflexionar sobre su

vida y la esterilidad de sus realizaciones en ella, lo había olvidado. El efecto decreciente que el tamaño de su cuerpo había tenido sobre el tamaño de sus pensamientos, se lo había hecho olvidar. No había sido simple introspección. Lo único que habría tenido que hacer era mirarse a cualquier espejo, para convencerse de la realidad.

Pero esta realidad no era tal. Al fin y al cabo, la propia estimación era algo muy relativo. Estaba acostado en una cama hecha a su medida, y tenía una mujer entre los brazos. Aquello cambiaba totalmente las cosas. Volvió a ver con claridad.

Y vio que con su tamaño no había cambiado nada esencial; seguía teniendo una mente, y seguía siendo único.

Por la mañana, tendido en el lecho caliente con ella, con las piernas iluminadas por las barras amarillentas que formaban los rayos del sol, le explicó sus pensamientos y el cambio que se había operado en ellos.

—Voy a dejar de luchar —le dijo—. No, no es que vaya a darme por vencido —añadió rápidamente, al ver la expresión de su rostro—. Lo que quiero decir es que voy a dejar de luchar contra lo que no puedo vencer. Ahora sé que es incurable. Puedo decirlo; incluso esto es un éxito. La verdad es que nunca lo había admitido. Tenía tanto miedo de averiguar que mi caso era incurable, que incluso hubo una vez en que abandoné a los médicos. Expliqué que era por el dinero, pero mentía; ahora lo sé. Era porque estaba aterrorizado ante la posibilidad de saberlo.

Siguió acostado en aquel lecho, mirando a la lejanía, con las manitas de Clarice sobre el pecho y sus ojos fijos en él.

—Bueno, lo acepto —dijo finalmente él—. Lo acepto, y no volveré a rebelarme contra el destino. No volveré a odiar —se volvió repentinamente hacia ella—. ¿Sabes lo que voy a hacer? —le preguntó, casi con excitación.

—¿Qué, cariño?

Su sonrisa fue rápida, casi infantil.

—Voy a escribir sobre ello —dijo—. Voy a seguirme a mí mismo hasta donde pueda. Voy a explicar todo lo que me ha sucedido, y todo lo que me sucederá. Es algo extraño; voy a considerar todo esto como algo extraño... como algo de valor potencial, no sólo como una maldición. Voy a estudiarlo —dijo—. Voy a desmenuzarlo, para ver todo lo que haya por ver. Voy a vivir con este peso a cuestas..., y voy a salir victorioso. Y no tendré miedo. *No tendré miedo.*

Terminó el pedazo de galleta y abrió los ojos. Metió la mano dentro de la túnica, sacó el fragmento de esponja y la exprimió ligeramente encima de su

boca. Las gotas de agua que ingirió estaban calientes y saladas, pero tenía la garganta seca y le parecieron muy buenas. Devolvió la esponja a su sitio. Tenía una larga ascensión que realizar.

Contempló el alfiler que le servía de gancho. Se había abierto un poco al soportar el peso de su cuerpo. Pasó una mano por encima de su lisa superficie. Bueno, probablemente podría torcerlo un poco más si era necesario.

Le pareció oír un ruido encima de su cabeza, y miró ansiosamente hacia arriba. No había nada, pero eso no aminoró los latidos de su corazón. Era una sombría anticipación de lo que le esperaba.

Se estremeció, y una sonrisa melancólica entreabrió sus labios. «No tendré miedo». Aquellas palabras se estaban burlando de él. «Si lo hubiese sabido...», pensó. Si hubiese sabido los momentos de terror que debía experimentar, nunca las habría pronunciado. Sólo la bendición de un futuro desconocido le permitió mantener la promesa que se había hecho a sí mismo.

Porque la había mantenido. Sin decírselo a Lou, había bajado al sótano todos los días, provisto de un lápiz y un cuaderno de notas. Y allí se quedaba durante horas, hasta que la muñeca le dolía tanto que no podía aguantar el lápiz.

Desesperado, se daba masajes en la muñeca y la mano, tratando de devolverles su fuerza para seguir escribiendo. Porque, cada día más, su mente se convertía en una incontrolable fuente de recuerdos e ideas, que las generaba de modo interminable. Si no se escribían, podían huir de su cerebro y perderse. Escribió con tanta perseverancia, que, en cuestión de pocas semanas, se puso al día en el relato sobre su vida como hombre menguante. Entonces empezó a mecanografiarlo, golpeando lenta y laboriosamente las teclas a medida que transcurrían los días. Cuando hubo llegado a esta etapa, no pudo seguir ocultándoselo a Lou. La máquina de escribir tenía que ser alquilada. Al principio pensó en decirle que sólo la quería para pasar el tiempo. Pero la cuota de alquiler era alta, y él sabía que no había bastante dinero para pagarla en el caso de que fuera un simple capricho. Así que le explicó lo que había hecho. Ella no se entusiasmó demasiado, pero le consiguió la máquina y el papel.

Cuando envió las cartas a las revistas y editoriales, ella no dijo nada, pero se le notó un creciente interés. Y cuando, casi inmediatamente, recibió una oleada de interesantes ofertas, ella tuvo que aceptar el hecho de que, a pesar de todo, él le proporcionaba la seguridad que había dejado de esperar.

Una tarde gloriosa recibió el primer cheque por su manuscrito junto con una carta de felicitación, y Lou se sentó con él en la sala de estar y le dijo lo mucho que sentía haber caído en tal estado de retraimiento. Lo hizo para protegerse, añadió, pero lo lamentaba igualmente. Le dijo lo muy orgullosa

que estaba de él. Sostuvo su manita y le dijo: «Sigues siendo el hombre con quien me casé, Scott».

Se levantó. Basta de recuerdos. Tenía que seguir adelante; aún le quedaba un largo camino que recorrer.

Cogió el alfiler que le servía de lanza y volvió a cargárselo en la espalda. Este incremento de peso despertó fuertes punzadas en su rodilla, y se sobresaltó con el dolor. «No importa», se dijo. Con los dientes apretados, se agachó y cogió el alfiler en forma de gancho. Miró en torno suyo.



Si permanecía donde estaba, tendría que subir unos quince metros para llegar al nivel del brazo de la silla. El único problema era que allí no había ningún recoveco donde tirar el gancho. Tendría que hacerlo tal como antes; subiendo por la parte posterior de la silla.

La repisa inferior discurría en una ligera inclinación paralela al asiento. Esta repisa casi tocaba el suelo. No tendría que alzar el gancho muy arriba para que se agarrara a uno de los listones inferiores de la repisa. La ascensión de la repisa propiamente dicha no había sido más difícil que subir un declive moderadamente empinado, utilizando el gancho y el hilo para salvar las brechas que había entre un listón y otro. La única parte difícil había sido la escalada vertical hasta el asiento donde ahora estaba.

Así pues, no había otra solución; si quería seguir subiendo, tendría que bajar un poco.

Echó a andar pendiente abajo hacia la parte posterior de la silla. Las aberturas entre los listones eran algo más anchas que las de la repisa. Sin embargo, en general no parecía difícil.

Llegó a la primera abertura. Tiró del hilo que le servía de cuerda y, tras enrollarlo, lo lanzó sobre el hueco. Cayó pesadamente, y oyó el ruido metálico del gancho al golpear la madera.

El estrépito de la estufa le cogió por sorpresa. Se tambaleó violentamente y se llevó las manos a las orejas. Permaneció allí temblando, con los ojos casi cerrados, mientras sentía cómo el atronador estremecimiento recorría todo su cuerpo.

Cuando se restableció el silencio, se quedó largo rato inmóvil, mirando al frente. Después, sacudiendo la cabeza, tomó carrerilla y saltó el hueco existente entre dos listones.

No le resultó tan fácil como imaginara. Apenas había llegado al otro lado, cuando el dolor que le ocasionó aterrizar sobre la pierna de la rodilla hinchada le hizo lanzar un grito. Se sentó rápidamente, con el rostro contraído.

—Dios mío, Dios mío —murmuró. Sería mejor que no volviese a hacerlo.

Al cabo de un minuto, se levantó y atravesó cojeando el ancho listón siguiente, con el hilo tras él.

Al llegar al próximo hueco, lanzó el hilo al otro lado. Descolgó cuidadosamente la lanza, con la intención de tirarla también, para no tener que soportar su peso. Además, intentaría aterrizar sobre la pierna sana.

Tiró la lanza por encima de la abertura. Su afilada punta se hundió en la madera naranja y el alfiler saltó por los aires, ya que su propio peso desclavó la punta. Scott estaba retrocediendo para coger impulso cuando vio que el alfiler rodaba pendiente abajo.

¡Se caería por la siguiente abertura!

Sin pensarlo dos veces, corrió hasta el borde del listón y dio un gran salto. Volvió a caer sobre la pierna enferma y su rostro se contrajo de dolor. No podía detenerse; el alfiler ganaba velocidad y se dirigía hacia el hueco. Echó a correr tras de él, tratando de no perder las enormes sandalias. Sin embargo, perdió una de ellas y pisó una astilla de madera con la planta del pie. Siguió corriendo, con la intención de alcanzar el alfiler.

Desesperado, se lanzó de cabeza para cogerlo en el momento que rebasaba el borde del listón. El dolor en la rodilla le pareció insoportable. Estuvo a punto de caerse él mismo por la abertura. No pudo coger el alfiler.

Pero el alfiler no cayó en sentido paralelo a la abertura y, su movimiento rotativo cesó de repente cuando la punta se clavó en el listón del otro lado, y la cabeza quedó atascada en el lado donde se hallaba Scott.

Jadeando, lo recuperó y hundió su punta en la madera, como si se tratase de una lanza clavada en la arena. Después levantó el pie y, con los dientes apretados, extrajo la larga astilla de la curtida planta. Brotaron algunas gotas de sangre. Él las atajó apretando con fuerza el lugar de la herida.

«No tendré miedo, no tendré miedo», pensó. «¡Oh!, claro que no».

Se dispuso a frotarse la rodilla, pero se apresuró a retirar la mano con un sobresalto. Al caer, se había arañado la mano. Lanzó un suspiro de inquietud y se la examinó. Sintió que el agua le corría por el pecho y el hueco del estómago. Al caerse había apretado la esponja y se había escapado casi toda su carga de líquido.

Volvió a cerrar los ojos. «No importa», pensó. «Todo va bien».

Rasgó una tira de tela del dobladillo de la túnica, y se la ató alrededor de la mano. Estaba mejor. Frotó decididamente la rodilla, mordién dose los labios para combatir el dolor. Ah. Aquello era mejor; mucho mejor.

Cojeando prudentemente, recuperó la sandalia e hizo varios nudos más para evitar que volviera a escapársele. Entonces regresó al lugar donde había dejado el rollo de hilo y lo llevó hasta el borde del listón. Esta vez ataría el extremo del hilo a la lanza. De este modo, cuando tirara la lanza por los aires, no sólo arrastraría el hilo, sino que le sería imposible volver a rodar.

Así fue. Saltó después de la lanza, aterrizando sobre la pierna sana, y se apresuró a recoger el hilo y el gancho. Sí, aquello era mucho mejor. «Lo único que hay que hacer es pensar un poco», se dijo.

Siguió avanzando de esta forma por el asiento de la silla naranja hasta llegar a la parte posterior. Allí descansó, contemplando el respaldo casi vertical. Mucho más arriba estaba el aro de croquet, suspendido en el espacio. Ahora podría aprovechar ese aro.

Tras recobrar el aliento y beber unas cuantas gotas de agua, se levantó y se dispuso a completar la próxima etapa de la ascensión, que tenía como meta el brazo superior de la silla.

No sería demasiado difícil. Regularmente espaciados sobre los tres tablones que constituían el respaldo de la silla, había varios listoncillos de refuerzo. Sólo tenía que lanzar el gancho hacia arriba, atorarlo en el primero de estos listones, trepar a él, lanzar el gancho al segundo listón, trepar a él, y así sucesivamente.

Empezó a lanzar el gancho. A la cuarta tentativa logró que quedara fijo y, tras cargarse la lanza a la espalda, trepó al primer listón.

Una hora después, cuando llegó al listón superior, el alfiler que le servía de gancho estaba recto. Lo lanzó sobre el brazo de la silla, trepó hasta allí y se acostó, respirando trabajosamente. «Dios mío, ¡qué cansado estoy!», pensó. Contempló la vasta extensión que acababa de escalar, y no pudo evitar pensar que en otro tiempo su espalda había cubierto aquella zona por completo. En otro tiempo había podido llevar aquella silla a cuestras.

Volvió a tenderse de espaldas. Por lo menos, el cansancio le impedía pensar. Normalmente, habría pensado en la araña, en el pasado, en gran cantidad de cosas inútiles. En cambio, ahora se encontraba casi atontado, y eso era conveniente...

Se levantó sobre sus temblorosas piernas y miró a su alrededor. Debía haberse quedado dormido; un sueño negro, pacífico y desprovisto de pesadillas.

Se cargó la lanza sobre la espalda, cogió el gancho y empezó a andar por la larga llanura naranja del brazo de la silla, arrastrando tras sí el hilo como una perezosa serpiente.

Por alguna razón que no alcanzaba comprender, se encontró capaz de pensar en la araña. Le extrañaba no haber visto ningún signo de ella desde que se despertara aquella mañana. Siempre estaba acechándole desde algún lugar, cuando él hacía alguna cosa. Nunca se ausentaba durante mucho rato, ni de día ni de noche.

¿Sería posible que estuviese muerta?

Durante un segundo, se sintió invadido por una sensación de inmensa alegría. ¡Quizá se hubiese matado de alguna manera!

Su excitación desapareció casi inmediatamente. No podía creer que estuviese muerta. Aquella araña era inmortal. Era algo más que una araña. Era

el conjunto de todos los horrores desconocidos del mundo, fusionados en un terror indescriptible. Era el conjunto de todas las ansiedades, inseguridades y temores de su vida en la forma de un cuerpo repugnante y negro como la noche.

Antes de iniciar la siguiente etapa de la ascensión tenía que doblar nuevamente el alfiler. No le gustaba la forma en que se abría bajo su peso. ¿Y si acababa de abrirse totalmente mientras él estaba suspendido en el espacio?

«No se abrirá», se dijo, mientras introducía la punta en la juntura entre el brazo y la pata de la silla y volvía a doblarlo. Así.

Lanzó el gancho hacia arriba y logró que quedara fijo en el aro de croquet. Después de comprobar su firmeza por medio de varios tirones, se dispuso a comenzar la ascensión hacia el aro. Al cabo de dos minutos, se encontraba agarrado a la suave superficie metálica.

Tardó largo rato en escalar su fría y curvada superficie. El peso del hilo, el gancho y la lanza dificultaron su ascensión; estaba demasiado lejos para tirar las tres cosas sin arriesgarse a perderlas.

Perdió el equilibrio una y otra vez, rodando hasta la parte inferior del aro y agarrándose desesperadamente a él, con el corazón a punto de estallar. Cada vez le costó más enderezarse. Finalmente, cuando estaba a punto de alcanzar el término de la ascensión, se quedó debajo, encaramado con la ayuda de brazos y piernas y con el hilo colgando en el vacío.

Cuando llegó a la repisa de la silla superior, tenía calambres en todos los músculos del cuerpo. Trepó a la repisa y se tendió en ella cuan largo era, jadeando y con la frente apoyada sobre la superficie. Sintió una punzada de dolor al apoyar la herida de la frente en la áspera madera, pero estaba demasiado cansado para moverse. Los pies le colgaban por encima del precipicio de doscientos metros de altura.

Hasta veinte minutos después no se vio con ánimos para darse la vuelta y mirar por encima del borde. El sótano yacía bajo sus pies. En un extremo, la manguera roja volvía a ser una serpiente, inmóvil y con la boca abierta. El almohadón volvía a ser una llanura cubierta de flores. Vio el agujero, similar a un pozo, en el que había estado a punto de caer en una ocasión, al oír el ruido del agua corriente. El agujero se había convertido en un punto minúsculo. La tapa de la caja debajo de la cual dormía no era más que un pequeño cuadrado gris, que parecía un sello descolorido.

Se arrastró hasta la ancha pata de la silla y se apoyó en ella, abandonando el gancho, el hilo y la lanza. Extrajo la esponja y el último pedazo de galleta de dentro de su túnica y se dispuso a comer y beber allí mismo, con las piernas extendidas frente a él. Vació casi la mitad de la esponja. No importaba. Pronto llegaría a la cima. Y si obtenía el pan sin

dificultades, bajaría con gran rapidez. De todos modos, en el caso de que alguna cosa le impidiera obtener el pan, tampoco estaría en condiciones de comer.

La suela de sus sandalias rozó la cima del precipicio. Desclavó el gancho de la silla con varias sacudidas, lo subió con prisas y fue a refugiarse detrás de la base de cristal de un gigantesco fusible con forma de campana. Permaneció allí, jadeante, y comenzó a observar el enorme desierto sumido en sombras.

A la mortecina luz que entraba por la polvorienta ventana pudo ver los detalles cercanos: las enormes cañerías y alambres revestidos, los grandes trozos de madera, piedra y cartón desparramados a lo largo de la arena; a su izquierda, las altas torres de los botes de pintura; delante suyo, la gran extensión del desierto, que se sucedía hasta el infinito.

A doscientos metros de distancia estaba la rebanada de pan.

Se humedeció los labios y se dispuso a internarse en el desierto. Pero entonces retrocedió bruscamente, volviendo la cabeza de un lado a otro y mirando en todas direcciones, incluso hacia atrás. ¿Dónde estaba la araña? Empezaba a ponerse nervioso, pensando dónde podría estar.

Quietud, sólo quietud. El rayo de luz formaba un ángulo agudo y parecía una reluciente barra apoyada en la ventana, una barra a la cual el polvo prestara vida. Los enormes trozos de madera, las piedras, el pilar de hormigón, los alambres y cañerías colgantes, los botes y botellas, y las colinas de arena... todo estaba inmóvil, como en espera de algo. Se estremeció, y desató la lanza. Se sintió un poco mejor al apretarla entre las manos, con el extremo romo apoyado en el cemento y la afilada punta muy por encima de él.

—Bueno... —murmuró y, tragándose el miedo, se internó en la gran extensión de arena.

El gancho se hundía en la arena. Lo dejó caer. «No lo necesitaré», pensó; «lo dejaré aquí». Avanzó unos cuantos pasos y se detuvo. No le gustaba la idea de abandonarlo tras de sí. No podía ocurrirle nada, pero... ¿y si no era así? Se encontraría atrapado, sin recursos.

Retrocedió lentamente hacia el gancho, lanzando nerviosas miradas por encima del hombro para asegurarse de que no había nada a su espalda. Llegó junto al hierro y, poniéndose rápidamente en cuclillas, lo recogió. Si la araña se le acercaba, podía soltar el gancho a toda prisa y agarrar la lanza con ambas manos. «Tómatelo con calma», se dijo. «Aún no ha pasado nada».

Volvió a internarse en la arena, andando con lentitud y prudencia, con los ojos en constante movimiento y observación. No podía remediarlo, naturalmente, pero no contribuía a mejorar las cosas el hecho de que los nudos del hilo se arrastraran por la arena detrás de él, e hicieran un sonido

desigual y sibilante que le recordaba a...

Se detuvo y miró hacia atrás con temor. No había nada. «Deja de preocuparte», se ordenó a sí mismo.

Miró lentamente a su alrededor, notando los latidos de su corazón contra las costillas. No, nada. Sólo sombras, silencio y objetos a la espera.

Quizá se debiera a eso. Quizá fuera porque ninguno de los objetos estaba en línea recta. Todo se inclinaba, formaba ángulos, sobresalía, se combaba. Todas las líneas eran desiguales y fluidas.

Iba a ocurrir alguna cosa. Lo sabía. El mismo silencio parecía susurrarlo. Iba a ocurrir alguna cosa.

Clavó la punta de la lanza en la arena y empezó a cobrar el hilo, que enrolló para poder llevarlo encima del hombro y acabar con aquel sonido que le seguía a todas partes. Mientras tiraba del oscuro y enarenado hilo, siguió mirando a su alrededor en busca de algo.

Un imperceptible sonido le impulsó a dejar caer el rollo de hilo al suelo y desclavar nuevamente la lanza, sosteniéndola frente a sí. Los músculos de sus brazos y hombros se estremecieron, sus piernas se arquearon ligeramente y sus ojos prosiguieron la búsqueda.

Un suspiro se escapó de sus labios. Siguió escuchando atentamente. Quizá lo que oía no fuera más que ruidos propios de la casa. Quizá...

Un crujido, un golpe sordo, un rugiente estruendo.

Con un grito de miedo, giró sobre sus talones buscando el origen del ruido con los ojos desorbitados por el terror; pero, en aquel mismo instante, se dio cuenta de que era la estufa. Soltando la lanza, se tapó los oídos con manos temblorosas.

Dos minutos después la estufa dejó de funcionar, y el silencio cayó nuevamente sobre el sótano en sombras.

Scott terminó de enrollar el hilo, cogió las pesadas lazadas y la lanza y empezó a caminar de nuevo, sin dejar de escudriñarlo todo con los ojos. ¿Dónde estaba? ¿Dónde estaba esa maldita?

Cuando llegó al primer trozo de madera, se detuvo. Soltó el rollo de hilo y extendió la lanza. Podía estar escondida detrás de aquel pedazo de madera. Se humedeció los labios resacos, acercándose medio agachado al tronco. Cuanto más se adentraba en las dunas, más oscuro estaba todo. Podía estar allí detrás; ¿y si estaba allí detrás?

Echó rápidamente la cabeza hacia atrás, al ocurrírsele que podía estar encima de él, suspendida del hilo de una telaraña.

Apretó los dientes y volvió a mirar al suelo. El miedo había formado un apretado y frío nudo en la boca de su estómago. «Muy bien, imaldita sea!», pensó. «No voy a quedarme aquí inmóvil como un paralítico». Apoyándose en sus temblorosas, pero decididas piernas, se dirigió hacia el extremo del tronco y miró a su alrededor. Allí no había nada.

Lanzando un suspiro de alivio, regresó al lado del hilo y lo recogió. «Pesa tanto...», pensó. Realmente tendría que dejarlo tras sí. De todos modos, ¿qué podría ocurrirle? Permaneció un momento indeciso. Después se le ocurrió que necesitaría el gancho para arrastrar la rebanada de pan hasta el borde del precipicio. Una vez asumido esto, cogió el pesado rollo de hilo y volvió a cargárselo encima del hombro. Se alegraba de haberle encontrado una utilidad al hilo. Ahora tenía una buena razón para llevarlo consigo. A pesar de lo mucho que pesaba, no acababa de convencerle la idea de abandonarlo.

Cada vez que llegaba a un tronco, una enorme piedra, un trozo de cartón, un ladrillo o una alta montaña de arena, tenía que hacer algo que ponía sus nervios a prueba: dejar el hilo en el suelo, acercarse con gran cuidado al obstáculo, con la lanza rígidamente extendida ante sí, hasta comprobar que la araña no se encontraba escondida allí. Después, cada vez, un gran suspiro de alivio, que no era realmente alivio, sacudía su cuerpo y le hacía bajar la punta de la lanza. Entonces regresaba junto al hilo y el gancho y seguía adelante hasta el próximo obstáculo; nunca totalmente tranquilo, porque sabía muy bien que, en el mejor de los casos, cada respiro momentáneo no era el definitivo.

Cuando logró llegar junto al pan, ni siquiera tenía hambre.

Se quedó frente al alto cuadrado blanco como un niño frente a un edificio. No se le había ocurrido hasta aquel momento, pero ¿cómo iba a arrastrar aquella rebanada por sí solo?

«Bueno, no importa», pensó amargamente. De todos modos, no necesitaría tanto pan. Sólo tenía que durarle un día más.

Miró atentamente a su alrededor, pero no vio nada. Quizá la araña estuviera muerta. No podía creerlo, pero ya debería haberla visto. En todas las demás ocasiones, el bicho había parecido sentir su presencia. Indudablemente le recordaba, y lo más probable era que además le odiase. Lo que sí era seguro es que él la odiaba a ella.

Clavó la lanza en la arena y rompió un duro trozo de pan, mordió una esquina y empezó a masticar. Tenía buen sabor. Al cabo de unos minutos volvió a sentir apetito, y después de comer un poco más, el apetito se convirtió en voracidad. Aunque no logró relajarse completamente, se encontró rompiendo un pedazo de pan tras otro e hincando rápidamente los dientes en ellos. No se había dado cuenta antes, pero había echado en falta aquel pan. Las galletas no habían sido lo mismo.

Cuando tuvo el estómago bien lleno, se acabó el agua. Después, tras un momento de vacilación, tiró el fragmento de esponja. Había servido para su propósito. Recogió la lanza y rompió un pedazo de pan que le doblaba en tamaño. *Más que suficiente*, le dijo su mente. Hizo caso omiso de ella.

Hundió el gancho en el trozo de pan y lo arrastró lentamente hasta el precipicio, formando un trazo en la arena. En el borde del precipicio desclavó el gancho y, sosteniendo el enorme pedazo, lo empujó por encima del margen.

El pan revoloteó por los aires, perdiendo mientras caía minúsculos fragmentos que se desplomaban después sobre él, como copos de nieve. Al llegar al suelo, se partió en tres pedazos, que saltaron una vez, rodaron un poco y se cayeron sobre sus respectivos lados. Allí. Ya estaba. Había realizado la difícil ascensión, obtenido el pan que quería, y ya estaba hecho.

Se volvió para contemplar de nuevo el desierto.

¿Por qué, entonces, seguía la tensión adueñada de su cuerpo? ¿Por qué no abandonaba su estómago aquel nudo de fría angustia? Estaba a salvo. La araña no se encontraba por los alrededores: ni detrás de los troncos, de las piedras, de los trozos de cartón, ni detrás de los botes de pintura. Estaba a salvo.

Entonces, ¿por qué no se decidía a bajar?

Permaneció inmóvil en el lugar donde se encontraba, con la mirada fija en las vastas extensiones del desierto tenuemente iluminado, oyendo los latidos cada vez más rápidos de su corazón, que parecía decirle la verdad, enviándola por los canales neurales hasta el cerebro, golpeando sus puertas y sus paredes, para recordarle que no sólo había subido allí para coger el pan, sino también para matar a la araña.

La lanza se escapó de sus manos y cayó ruidosamente al suelo de cemento. Empezó a temblar, pues ya sabía a qué atenerse acerca de la tensión que le dominaba, y no tenía ninguna duda acerca de lo que iba a ocurrir..., de lo que él iba a hacer que ocurriese.

Recogió la lanza lleno de aturdimiento y se internó en el desierto. A los pocos metros sus piernas se negaron a sostenerle y se desplomó pesadamente, con las piernas cruzadas, sobre la arena. La lanza cayó encima suyo y, apresurándose a cogerla, escudriñó las arenas silenciosas con una incredulidad plasmada en el rostro. Esperaba.

CAPÍTULO 14

«Vida en una casa de muñecas» había sido el título de un capítulo de su libro; el último capítulo. Después de acabarlo, se dio cuenta de que no podría seguir escribiendo. Incluso el más pequeño de los lápices le resultaba tan grande como un bate de béisbol. Decidió conseguir una cinta magnetofónica, pero se encontró incomunicado antes de que eso fuera posible.

Sin embargo, eso ocurrió después. En aquel momento medía veinticinco centímetros de estatura y Louise apareció un buen día con una gigantesca casa de muñecas.

El estaba descansando sobre un almohadón colocado debajo del sofá, donde Beth no podía sentarse accidentalmente. Observó cómo Lou dejaba la casa en el suelo y entonces se apresuró a salir de debajo del sofá y se levantó.

Lou se puso de rodillas y se inclinó hacia él para acercar el oído a su boca.

—¿Por qué la has comprado? —preguntó él.

Ella contestó en voz baja para que el sonido de su voz no hiriese sus oídos.

—He creído que te gustaría.

Estuvo a punto de decir que no le gustaba nada. Contempló un momento el perfil de Lou; y después dijo:

—Es muy bonita.

Era una casa de muñecas de lujo; ahora ya podían permitírselo, con las ediciones y reediciones de su libro. Se aproximó a ella y subió al porche. Estar allí le produjo una sensación extraña, que le hizo agarrarse con fuerza al minúsculo pasamanos de hierro forjado; la misma sensación que experimentó la noche en que había subido los escalones del remolque de Clarice.

Abrió la puerta principal de un empujón, entró en la casa y cerró la puerta tras de sí. Se encontró en la sala de estar. Aparte de unas esponjosas cortinas blancas, estaba desamueblada. Había una chimenea de falsos ladrillos, suelos de madera dura, ventanas, brazos de lámparas... Era una habitación preciosa, excepto por una cosa: faltaba una de las paredes.

Entonces vio a Lou por el lado descubierto, esforzándose para verle, con una amable sonrisa en la cara.

—¿Te gusta? —preguntó.

Él atravesó el salón y se detuvo en el lugar donde tendría que haber

estado la pared.

—¿Hay muebles? —preguntó.

—Están... —empezó ella, interrumpiéndose en seguida, al ver que se sobresaltaba ante el elevado timbre de su voz—. Están en el coche —dijo, en voz más baja.

—Oh —regresó a la habitación.

—Iré a buscarlos —dijo ella—. Mientras tanto, tú puedes inspeccionar la casa.

Se marchó. Él la sintió atravesar el gran salón a través de las vibraciones del suelo. Después, la otra puerta principal se cerró con un golpe sordo y él miró su nueva casa.

A mediodía, todos los muebles estaban en su lugar. Hizo que Lou empujara la casa contra la pared que había detrás del sofá, para disfrutar de la intimidad y la protección de cuatro paredes. Beth, que había recibido órdenes estrictas, no se acercaba a él, pero ocasionalmente el gato entraba en la casa y entonces había peligro.

También hizo que Lou metiera un alargó eléctrico en la casa, a fin de usar una pequeña bombilla de árbol de Navidad a modo de luz. En su entusiasmo, Lou se había olvidado de que necesitaría luz. A él también le hubiera gustado disponer de agua corriente, pero eso, por supuesto, fue imposible.

Se trasladó a la casa de muñecas, pero los muebles no estaban diseñados para ser confortables, ya que las muñecas no tienen particular necesidad de comodidad. Las sillas, incluso las del salón, eran de respaldo recto y muy incómodas porque carecían de almohadón. La cama no tenía somier ni colchón. Lou tuvo que coser un poco de algodón a un trozo de sábana para que él pudiese dormir en aquel duro lecho.

La vida en una casa de muñecas no es una verdadera vida. Habría podido sentirse inclinado a recorrer el teclado del reluciente piano de cola, pero las teclas estaban pintadas, y el interior era hueco. Habría podido entrar en la cocina y abrir la puerta de la nevera con la intención de comer algo, pero la nevera estaba hecha de una sola pieza. Los mandos de la cocina económica se movían, pero eso era todo. Se podía tardar una eternidad en calentar un pote de agua en aquellos fogones. Podía dar vueltas a los minúsculos grifos del fregadero hasta que le dolían las manos, pero nunca aparecía ni la menor gota de agua. Podía meter su ropa en la pequeña lavadora, sin que aquélla se mojara ni limpiara. Podía meter troncos en la chimenea, pero si los encendía, sólo conseguiría un gran humareda, pues la casa no tenía cañón de chimenea.

Una noche se quitó la alianza de oro.

Hacía tiempo que la llevaba colgada de un cordel alrededor del cuello, pero ahora ya pesaba demasiado. Era como llevar una anilla encima. Subió las escaleras y se dirigió a su dormitorio. Allí abrió el último cajón del pequeño tocador y, después de meter en él el anillo, lo cerró nuevamente.

Después se sentó en el borde de la cama, con la vista clavada en el secreter, pensando en el anillo; pensando que era como si hubiese acarreado las raíces de su matrimonio durante todos aquellos meses, y como si en aquel momento las raíces hubieran sido finalmente arrancadas para ser guardadas en el cajón del pequeño tocador. Y el matrimonio, por medio de aquel acto, quedaba formalmente acabado.

Beth le había llevado una muñeca aquella misma tarde. La puso en el porche y la dejó allí. Él hizo caso omiso de ella durante todo el día; pero entonces, siguiendo un impulso, bajó a la planta y cogió la muñeca, sentada en el primer escalón con un conjunto playero de color azul.

—¿Tienes frío? —le preguntó al cogerla en brazos. Ella no tuvo nada que decir.

La llevó al piso superior y la acostó en la cama. Los ojos de la muñeca se cerraron.

—No, no te duermas —le dijo. Logró sentarla después de doblarla por la juntura del cuerpo y las largas, duras e inflexibles piernas—. Así —dijo. Ella siguió mirándole fijamente con sus relucientes ojos que nunca parpadeaban.

—Llevas un traje muy bonito —dijo. Alargó la mano y le acarició el pelo de fibra—. ¿Quién te peina? —preguntó. Ella permaneció rígidamente sentada, con las piernas separadas y los brazos ligeramente alzados, como si se dispusiera a dar un abrazo.

Le acarició el duro y minúsculo pecho. Se le cayó el sostén.

—¿Por qué llevas sostén? —preguntó él, como si intentara justificarse. Ella seguía mirándole fijamente—. Tienes las pestañas de celuloide... —dijo, con una total carencia de tacto—. No tienes orejas —añadió. Ella siguió mirándole—. Tienes el pecho plano —le dijo.

Entonces le pidió disculpas por haber sido tan brusco y siguió contándole la historia de su vida. Ella se mantuvo pacientemente sentada en el dormitorio a media luz, contemplándole con sus azules ojos cristalinos que no parpadeaban y una boquita roja perpetuamente entreabierta, como dispuesta a dar un beso que nunca llegaba.

Un poco más tarde, la acostó en la cama y se tendió junto a ella. La muñeca se durmió instantáneamente. Él la puso de lado, y sus ojos azules se abrieron y le miraron. Volvió a acostarla de espaldas y sus ojos se cerraron.

—Duérmete —le dijo.

La rodeó con los brazos y se arrimó a su fría pierna de plástico. La volvió del otro lado, para que no le mirara. Después se apretó contra ella y volvió a rodearla con un brazo.

A altas horas de la noche se despertó sobresaltado y contempló el suave cuerpo desnudo que había junto a él, y el cabello amarillo recogido con una cinta roja. El corazón le latió con rapidez.

—¿Quién eres? —susurró.

Entonces le tocó la carne dura y fría y se acordó de todo.

Un sollozo estremeció su pecho.

—¿Por qué no eres real? —le preguntó, pero ella no contestó. Apretó la cara contra el suave cabello de la muñeca y la abrazó con fuerza, durmiéndose poco después.

Seguía sentado en la fría arena, mirando fijamente el brazo de la muñeca que salía de la enorme caja de cartón situada frente a él. Ella se lo había recordado.

Parpadeó y miró en torno suyo. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde entonces? No pudo acordarse. Lo que era aún más importante, ¿cuánto rato había durado su ensoñación? No podía saberlo. El rayo de luz todavía penetraba por la ventana.

Parpadeó, miró en torno suyo. Ya no le quedaba mucho tiempo más. Si empezaba a oscurecer, no podría...

Allí, allí..., ¿no era eso un indicio? Aquella imposibilidad de desechar la idea. A oscuras nunca lograría matar a la araña; no tendría esa oportunidad. Aquélla era la idea. ¿Por qué no lograba desecharla?

Porque la idea le aterrorizaba.

¿Por qué se quedaba, entonces? No tenía ninguna necesidad de hacerlo. Debía pensar en ello; comprenderlo. Muy bien. Apretó fuertemente los labios, aguantando la lanza entre las manos de blancos nudillos.

Por alguna razón concreta, la araña había llegado a simbolizar algo para él; algo que odiaba, algo con lo cual *no podía* coexistir. Y, como de todos modos iba a morir, quería tener la oportunidad de matar ese algo.

No, no era tan sencillo. Había alguna otra cosa. Quizá fuera que en realidad no creía que iba a morir al día siguiente. Pero... ¿no pasaba siempre lo mismo? ¿Qué persona normal y joven podía creer que iba a morir? «Normal», pensó. ¿Quién era normal? Cerró los ojos.

Después se levantó apresuradamente, sintiendo que la sangre se agolpaba en sus sienes. El mañana no tenía nada que ver con la cuestión o, si tenía algo que ver, debía convencerse de que no era así. Ahora, lo único que contaba era él mismo. Y en aquel momento decidió que, aunque muriera en el empeño, aquella monstruosidad moriría con él. Dejó de reflexionar en ese punto. Ya era suficiente.

Se encontró andando a través de la arena sobre unas piernas que parecían de madera. «¿Adonde vas?», se preguntó. La respuesta era evidente: «Voy en persecución de la araña, y...»

El susurro de las sandalias sobre la arena cesó de repente. ¿Y qué?

Se estremeció. ¿Qué podía hacer? ¿Qué podía hacer contra una gigantesca araña de siete patas? Su tamaño era cuatro veces superior al suyo. ¿De qué iba a servirle el pequeño alfiler?

Se quedó un momento inmóvil, con la vista perdida en el silencioso desierto. Necesitaba un plan, y pronto. Ya volvía a tener sed. No había tiempo que perder. «Muy bien», pensó, luchando contra el creciente temor que le atenazaba; muy bien, había que considerarla como a una bestia que era necesario destruir. ¿Qué hacían los cazadores cuando querían destruir a una bestia?

Encontró la respuesta en seguida. Un hoyo. La araña se caería dentro y...

¡El alfiler! ¡Clavado con la punta hacia arriba, como una larga y afilada púa!

Cogió rápidamente el rollo de hilo que llevaba colgado al hombro y lo tiró al suelo. Desatando la lanza, empezó a arañar la arena, usando el alfiler como azadón.

Tardó cuarenta y cinco minutos en acabar. Con el rostro y el cuerpo bañados en sudor, y todos los músculos temblorosos, saltó al fondo del hoyo y observó sus verticales muros. Si no tuviera el hilo para encaramarse al borde, él mismo estaría atrapado.

Tras descansar un rato, hundió la lanza en la arena, de forma que la punta formara un ángulo agudo. La hundió todavía más y amontonó grandes cantidades de arena dura y húmeda a su alrededor para que no pudiera desclavarse. Después trepó por el hilo, que subió en cuanto estuvo arriba, y se quedó junto al hoyo, mirando hacia el fondo.

Casi inmediatamente, las dudas empezaron a asaltarle. ¿Daría resultado? ¿No subiría la araña por sus paredes tal como hacía por los muros del sótano? ¿Y si no se caía encima del alfiler? ¿Y si daba un salto hacia atrás antes de tocar el alfiler? Entonces no dispondría de arma alguna con la cual hacerle frente. ¿No sería mejor hacer lo mismo que cuando se encontraron en la caja de cartón..., mantener el alfiler extendido ante él y dejar que la araña se

empalara por sí misma en la punta?

Comprendió que no podía hacerlo de ese modo; ya no. Era demasiado pequeño. El impacto le haría caer. Se acordaba muy bien de la horrible sensación experimentada cuando aquella enorme pata negra le arañó. No podía volver a enfrentarse con aquello. Entonces, ¿por qué quedarse? No hubiera podido decirlo.

Faltaba un detalle. Tendría que cubrir el pozo cuando la araña estuviese dentro. ¿Lograría enterrarla en la arena? No, eso requeriría demasiado tiempo.

Dio una vuelta por los alrededores hasta encontrar un trozo de cartón que era bastante grande para tapar el hoyo. Lo arrastró hasta allí.

Así pues, todo estaba dispuesto. Atraería de alguna forma a la araña hasta allí, ésta se caería sobre el alfiler y él taparía el agujero con el pedazo de cartón. Entonces se sentaría encima hasta asegurarse de que la araña estaba muerta.

Se humedeció los labios. No había otra forma. Se mantuvo inmóvil durante unos minutos, tratando de recobrar el aliento. Después, aunque todavía cansado y jadeante, se puso en marcha. Sabía que si esperaba mucho más, su voluntad flaquearía.

Se internó nuevamente en el desierto, buscando. La araña debía estar en su telaraña. Eso es lo que debía buscar. Avanzó a grandes zancadas, mirando ansiosamente a su alrededor. Sentía el peso de una enorme roca en el estómago. Sin el alfiler, se encontraba indefenso. ¿Y si la araña se interponía entre él y el hoyo? La roca se desplomó, produciéndole un sobresalto. *No, no* —pensó con desesperación—. *No permitiré que eso ocurra.*

Otro ruido. Se asustó, pero en seguida se dio cuenta de que se trataba de los cimientos de la casa y reanudó la marcha, con los músculos en constante tensión.

Estaba oscureciendo. Se adentraba en las sombras cada vez más, pues se alejaba de la luz que entraba por la ventana. Su entrecortada respiración le sacudía el pecho con rápidos movimientos ascendentes y descendentes. Era la forma en que actuaban las viudas negras, y él lo sabía muy bien; reticentes y sigilosas por naturaleza, construían sus telarañas en los rincones más oscuros y aislados.

Siguió internándose en la creciente penumbra, y allí la encontró. Colgaba de la telaraña, agarrada a los pegajosos hilos con una pata, como una gigantesca perla negra de ébano con extremidades.

Scott sintió un instantáneo nudo en la garganta. Hubiese querido tragar, pero tenía la garganta calcificada. Creyó estar asfixiándose mientras contemplaba la gigantesca araña. Entonces comprendió la razón por la que no la había visto en todo el día: debajo de su cuerpo inmóvil, colgando de la

telaraña, había un gran escarabajo parcialmente comido.

Scott sintió náuseas. Cerró los ojos y aspiró profundamente. El aire parecía impregnado de olor a muerte.

Abrió rápidamente los ojos. La araña no se había movido. Seguía inmóvil, semejante a una reluciente mora que flotase en un vaso de vino.

Siguió temblando, sin apartar los ojos de ella. Era evidente que no podía subir a buscarla. Aunque tuviese el valor de hacerlo, la telaraña le atraparía igual que al escarabajo.

¿Qué podía hacer? El instinto le aconsejaba alejarse antes de ser visto, tal como se había aproximado. Incluso retrocedió unos cuantos metros antes de detenerse.

No. Tenía que hacerlo. Era insensato, irracional y absurdo, pero tenía que hacerlo. Se agachó, alzando la vista hacia la enorme araña, mientras pasaba inconscientemente las manos por encima de la arena. Éstas tropezaron con algo duro, y las apartó en seguida. Estuvo a punto de caerse hacia atrás, y lanzó un grito. Entonces, mirando hacia un lado y otro para ver si la araña le había oído gritar y averiguar lo que había tocado, vio un fragmento de piedra sobre la arena.

Lo cogió y cerró la mano a su alrededor, sintiendo que el nudo del estómago se hacía más fuerte. Su pecho subía y bajaba a impulsos de su entrecortada respiración. Su mirada volvió a clavarse en el hinchado cuerpo de la araña.

Se puso rápidamente en pie, con los dientes apretados. Dio una vuelta en torno suyo y encontró otros nueve fragmentos de piedra similares al primero. Los dejó todos encima de la arena, frente a él.

Al otro lado del desierto, la estufa se puso ruidosamente en marcha. Se protegió del estrépito tapándose los oídos con las manos. La arena se estremeció bajo sus pies. En la pared, la araña pareció moverse, pero no era más que el ligero temblor de la telaraña.

Cuando la estufa se hubo apagado, Scott cogió una de las piedras, titubeó unos momentos y la lanzó contra la araña.

Falló, pues la piedra revoloteó por encima del oscuro cuerpo redondo y abrió un boquete en la telaraña. Algunos de sus filamentos colgaron de los bordes del agujero como cortinas balanceadas por el viento. La araña dobló las patas y volvió a quedar inmóvil.

Aún estás a salvo —le advirtió rápidamente el subconsciente—. *Aún estás a salvo. Por lo que más quieras, ¡aléjate de aquí!*

Con los músculos del estómago como tablones de madera, cogió la

segunda piedra y la lanzó contra la araña.

Volvió a fallar. Esta vez la piedra cayó sobre la telaraña, que se balanceó un poco, cedió ligeramente bajo su peso y descendió unos milímetros. La araña se acomodó sobre los hilos. Estiró las patas y volvió a quedar inmóvil.

Ahogando una maldición, Scott cogió la tercera piedra y la tiró. Esta vez, tras describir un arco por los aires, fue a rebotar sobre la espalda de la araña.

La araña dio un salto. Pareció mantenerse suspendida en el aire y después volvió a caer encima de la telaraña, como un peso muerto. Scott cogió otra piedra y la tiró, cogió otra y volvió a tirarla, medio horrorizado y medio dominado por una enloquecedora furia. Las piedras cayeron sobre la gelatinosa telaraña y una de ellas abrió un segundo agujero en la tela.

—¡Vamos! —gritó súbitamente con toda la potencia de su voz—. ¡Vamos, maldita!

Entonces la araña se descolgó por los hilos, con el cuerpo temblando sobre sus patas. Un nuevo grito murió en la garganta de Scott. Tras llenarse los pulmones de aire, giró sobre sus talones y echó a correr por la derecha.

A cinco metros del punto de partida, lanzó una ojeada hacia atrás sin dejar de correr. La araña estaba ya sobre la arena, como una oscura burbuja que le perseguía. Un pánico repentino le nubló el cerebro. Sus piernas parecían haber perdido toda su fuerza. «¡Voy a caerme!», pensó.

Fue una ilusión. Siguió corriendo velozmente, con la boca abierta. Clavó la mirada en la lejanía, buscando el hoyo, pero no lo vio. Debía estar un poco más lejos. Volvió a girar la cabeza. La araña ganaba terreno.

Apartó rápidamente los ojos. «¡No mires!», pensó. Sintió una punzada en el costado. Sus sandalias volaban sobre la arena. Siguió mirando al frente en busca del hoyo.

No pudo evitarlo, volvió la vista atrás. La araña se acercaba cada vez más, balanceándose sobre sus rígidas patas y con su mirada fija en él. Corrió a toda velocidad, con los ojos desorbitados, a través de las sombras y la luz.

¿Dónde estaba el hoyo?

Porque ya había llegado demasiado lejos —lo sabía— y estaba cerca de los botes de pintura. ¡No, era imposible! Lo había planeado demasiado bien para que ahora le ocurriera eso. Miró atrás. Más cerca; arrastrándose, brincando, hundiéndose, sacudiéndose, un horrible cuerpo negro corría hacia él, más alto que un caballo.

¡Tenía que retroceder! Empezó a correr en un amplio semicírculo, rogando para que la araña no se interpusiera en su camino. La arena parecía retrasar su avance cada vez más y sus sandalias se hundían en ella, haciendo

inquietantes ruidos.

Volvió a mirar hacia atrás. La araña seguía su estela, pero estaba aún más cerca. Le pareció oír el brusco rasgueo de sus patas en la arena. La araña llegó a cinco metros de él, cuatro metros, tres...

Sin dejar de correr, dio un salto en el aire para tratar de localizar el hoyo. No pudo. Su cuerpo se desplomó pesadamente. Un gemido tembló en su garganta. ¿Es que iba a terminar así?

¡No, un momento! ¡Enfrente, a la derecha! Alteró la dirección y corrió hacia el parapeto de arena que rodeaba el hoyo. Tres metros más atrás, la enorme araña corría tras él.

El hoyo fue aumentando de tamaño. Siguió corriendo a toda velocidad, respirando por la boca y dándose impulso con los brazos. Se detuvo en seco al borde del hoyo y dio media vuelta. Era el momento vital: tenía que quedarse allí hasta que la araña estuviese casi encima de él.

Se quedó petrificado, absorto en la contemplación del inexorable avance de la araña negra, que aumentaba de tamaño a cada segundo. Ya podía ver sus ojos negros, las crueles mandíbulas parecidas a pinzas que tenía debajo, los mechones de pelo de sus patas, el gran cuerpo. Se aproximaba más y más; su cuerpo se retorció. ¡No, un momento..., un momento! La araña estaba casi encima suyo; borró el resto del mundo a sus ojos. Se levantó sobre las patas traseras para lanzarse sobre él.

¡Ahora!

Con un tremendo salto, brincó a un lado y la araña cayó en el hoyo.

El espantoso y penetrante chillido casi le paralizó. Fue como el grito distante de un caballo destripado. Sólo el instinto le impulsó a ponerse en pie, coger el pedazo de cartón y deslizarlo rápidamente hacia el hoyo. Los chillidos continuaban, y de pronto se encontró chillando también él. Al cubrir el agujero con el trozo de cartón, vio que el gran cuerpo negro vibraba horriblemente y que las gruesas patas arañaban y rascaban las paredes del hoyo, removiendo la arena y lanzándola por los aires.

Scott se tiró encima de la cubierta. Inmediatamente notó que ésta se tambaleaba por debajo de él cuando el cuerpo de la araña hizo presión hacia arriba. Jadeante y sudoroso, se mantuvo encima de la cubierta en espera de que la araña muriese. «¡Lo he conseguido!», pensó—. «¡Lo he conseguido!»

Contuvo la respiración. El trozo de cartón se levantaba.

El terror se apoderó de él. Empezó a resbalar de la cubierta a medida que ésta se tambaleaba con más fuerza.

Cuando la horrible pata negra salió del agujero como la rama de algún

árbol viviente, lanzó un grito. Empezó a resbalar hacia la pata. El instinto le hizo levantarse. Cuando el cartón fue impulsado violentamente hacia arriba, añadió la elasticidad de sus piernas al impulso y saltó por encima de la pata.

Fue a caer junto al rollo de hilo, y giró rápidamente sobre las manos y las rodillas, para fijar la vista en el hoyo. La araña se estiraba hacia el borde, arrastrando el alfiler que la había empalado. Un terrible estremecimiento convulsionó todo el cuerpo de Scott. Se agarró a algo con ambas manos mientras se levantaba, y empezó a retroceder.

—No —murmuró, atónito—. No. No. No.

La araña había salido completamente del hoyo y avanzaba tambaleándose hacia él, con el alfiler clavado en el cuerpo. De repente dio un salto, cayó al suelo y empezó a girar rápidamente en un amplio círculo, con la evidente intención de arrancarse el alfiler. *¡Haz algo!*, le gritó su subconsciente. Siguió contemplando, con enfermiza fascinación, los movimientos de la araña.

De pronto se dio cuenta de que tenía el gancho en las manos, y echó a correr con él, desenrollando el resto del hilo. A su espalda, la araña seguía girando y revolcándose, perdiendo abundante sangre, que regaba la arena como una cinta oscura.

En aquel momento la lanza se desclavó. La araña se dirigió en línea recta hacia Scott.

Éste estaba haciendo girar el gancho por encima de su cabeza, al extremo de un metro y medio de hilo. El alfiler doblado daba vueltas a su alrededor como una brillante guadaña, que cortara el aire. La araña fue directo hacia ella. La punta se hundió en su cuerpo bulboso como una aguja se hunde en una sandía. El animal saltó violentamente hacia atrás, chillando otra vez, y Scott dio la vuelta a un gran pedazo de madera y ató el hilo a su alrededor hasta que estuvo seguro. La araña se precipitó hacia él, con el gancho hundido en el cuerpo. Scott giró sobre sus talones y huyó a toda velocidad.

Estuvo a punto de atraparle. Antes de que el hilo se tensara y lanzase a la araña hacia atrás, una de sus negras patas se posó encima de su hombro y casi le arrastró. Scott se tiró al suelo y se libró de ella antes de seguir corriendo hacia la libertad.

Se levantó con rapidez, con mechones de cabello sobre la frente y el rostro lleno de polvo. La araña intentó saltar sobre él, con las patas extendidas y las mandíbulas dispuestas a cerrarse encima de él. El alfiler la lanzó hacia atrás; el espantoso chillido penetró nuevamente en el cerebro de Scott.

No pudo resistirlo. Echó a correr por la arena y la araña le siguió hasta donde pudo, saltando y estirando furiosamente el hilo que la mantenía prisionera.

El alfiler chorreaba sangre. Con los dientes apretados, Scott lanzó varios

puñados de arena sobre él, y después lo desclavó y se apartó rápidamente. Tenía ya su lanza extendida y apoyada en la cadera.

La araña dio un salto. Scott se apresuró a atacar y la punta de la lanza atravesó la concha negra; la sangre manó en abundancia. La araña dio otro salto; la punta de la lanza le rasgó la piel y salió más sangre. La araña siguió saltando una y otra vez hacia la punta de la lanza, hasta que su cuerpo fue una masa de perforaciones.



Los chillidos habían cesado. La araña se movía con lentitud, retrocedía con inseguridad sobre sus patas temblorosas. Scott experimentó la súbita necesidad de poner fin a su agonía. Podía alejarse y dejarla morir, pero no lo hizo. Por alguna razón fantástica basada en sus antiguos principios de moralidad, se compadeció de la araña y quiso abreviar su sufrimiento. Penetró cautelosamente en su círculo de reclusión. Con un violento esfuerzo final, la araña volvió a saltar.

El extremo de la lanza atravesó su cuerpo y la araña se desplomó, sacudida por horribles estremecimientos, mientras cerraba las venenosas mandíbulas a escasos centímetros del cuerpo de Scott. Después se quedó inmóvil en el centro de un charco de sangre. Estaba muerta.

Scott se alejó tambaleándose y se derrumbó sobre la arena, inconsciente. El último sonido que recordó fue el lento y horroroso rasgueo de las patas de la araña... muerta, pero no quieta.

Se desperezó con lentitud, abrió las manos y cogió un puñado de arena. Un gemido sacudió su pecho; dio media vuelta hasta quedar tendido de espaldas. Abrió los ojos.

¿Había sido un sueño? Respiró profundamente durante un minuto; después, con un gruñido, se incorporó.

No había sido ningún sueño. A pocos metros de él yacía el cuerpo de la araña, semejante a una gran piedra muerta, y con las patas parecidas a inmóviles pértigas dobladas en todas direcciones. La quietud de la muerte se cernía sobre ella.

Era casi de noche. Tenía que bajar del precipicio antes de que oscureciera totalmente. Suspirando de cansancio, se puso en pie y se acercó a la araña. Le repugnaba tener que aproximarse a su cuerpo sanguinolento, pero debía recuperar el gancho.

Cuando finalmente lo hubo logrado, se internó por el desierto dando tumbos y arrastró tras sí el gancho para que la arena lo limpiara.

«Bueno, ya está hecho», pensó. Las noches de terror habían finalizado. Ahora ya podría dormir sin la tapa de la caja, dormir libre y en paz. Una sonrisa cansada distendió su tensa expresión. Sí, había valido la pena. Ahora le parecía que todo valía la pena.

En el borde del precipicio, clavó con fuerza el gancho en la madera. Después, con extrema lentitud a causa del cansancio, se incorporó, ató el hilo y atravesó el brazo de la silla. Tenía un largo descenso por delante. Volvió a sonreír. No importaba; lo haría.

Cuando se encontraba suspendido en el aire, encima de la silla inferior, el gancho se rompió.

Al instante siguiente volaba por los aires, describiendo lentas volteretas. Para él fue una impresión tan enorme, que no pudo exhalar ningún sonido. Tenía el cerebro embotado. La única emoción que sintió fue un total y absoluto asombro.

Aterrizó sobre el almohadón de flores, rebotó una vez y quedó tendido en completa inmovilidad.

Al cabo de un rato, se levantó y se tocó el cuerpo. No podía comprenderlo. Aunque hubiese aterrizado sobre el almohadón, había caído muchos centenares de metros. ¿Cómo era posible que aún estuviese vivo e ileso?

Estuvo mucho tiempo tocándose sin cesar, incapaz de creer que no tenía ningún hueso roto y que sólo estaba un poco magullado.

Después se le ocurrió: su peso. Antes estaba equivocado. Creía que en una caída sufriría los mismos efectos que cuando medía y pesaba lo que un hombre normal. Estaba equivocado. Tendría que haberse dado cuenta. ¿Acaso no se podía dejar caer una hormiga desde casi cualquier altura y ver cómo ésta se alejaba del punto de la caída?

Meneando pensativamente la cabeza, se dirigió hacia uno de los fragmentos de pan y lo llevó hasta la esponja. Entonces, después de haber bebido un buen trago en el interior de la manguera, trepó a la superficie de la esponja con su pan y devoró la cena.

Aquella noche durmió en paz.

CAPÍTULO 15

Se incorporó con un grito, súbitamente despierto. Una alfombra de luz arrancaba destellos del suelo de cemento; se oía un atronador estrépito en las escaleras. Contuvo la respiración. Interceptando la luz, apareció un gigante.

Scott se lanzó de cabeza sobre la esponja, buscó el borde a tientas y saltó al suelo en cuanto lo encontró. El gigante se detuvo y miró a su alrededor, con la cabeza muy cerca del techo, muy por encima de él. Scott cayó de bruces sobre el cemento y se puso en pie, tropezó con la enorme túnica y cayó de nuevo. Volvió a levantarse con los ojos clavados en el gigante, que seguía inmóvil con los grandes brazos en las caderas. Cogiéndose el borde de la túnica con las manos, Scott se internó en el frío suelo con los pies desnudos, ya que había dejado las sandalias junto a la esponja.

Dos metros más allá, los pliegues de la túnica se escaparon de sus manos y tropezó nuevamente. El gigante se movió. Scott reprimió una exclamación de horror y retrocedió, agitando un brazo. No había posibilidad de huida. El suelo se estremeció con los pasos del gigante. Horrorizado, Scott vio que los enormes zapatos del gigante se estrellaban sobre el cemento. Alzó la mirada. El cuerpo del gigante se tambaleaba por encima de él como una montaña a punto de derrumbarse. Scott se tapó la cara con el otro brazo. *¡Es el final!*, le gritó el subconsciente.

El estrépito cesó, y Scott bajó los brazos.

Milagrosamente, el gigante se había detenido junto a la mesa de metal rojo. ¿Por qué no había seguido hasta el calentador? ¿Qué estaba haciendo?

Una exclamación se escapó de sus labios cuando el gigante se inclinó sobre la superficie de la mesa, cogió un pedazo de cartón más grande que una casa de apartamentos y lo tiró al suelo. El ruido que hizo al caer hundió una lanza auditiva en el cerebro de Scott. Se tapó con fuerza los oídos con ambas manos y, poniéndose en pie con esfuerzo, retrocedió apresuradamente. ¿Qué estaba haciendo? Otro enorme pedazo de cartón se desplomó en el suelo del sótano, aterrizando con un ruido atronador. La aterrorizada mirada de Scott siguió su descenso y después regresó al lugar donde se encontraba el gigante.

En aquel momento estaba sacando una cosa aún más grande del montón que había entre el depósito de gasolina y el frigorífico. Una cosa azul. Era la maleta de Lou.

De pronto comprendió que aquél no era el mismo gigante que bajara hasta allí el miércoles. Sus ojos subieron por las paredes verticales de sus pantalones. Aquel dibujo azul y gris de cuadros y rayas, ¿qué era? Lo contempló detenidamente. ¡Príncipe de Gales! El gigante era un hombre vestido con un traje de Gales y calzado con unos zapatos negros que parecían

tan largos como una manzana de casas. ¿Dónde había visto él aquel traje de Gales?

Se acordó casi inmediatamente, un segundo antes de que un gigante más pequeño bajara las escaleras corriendo y, con estridente voz, dijera:

—¿Quieres que te ayude, tío Marty?

Scott se puso rígido. Movía únicamente los ojos... desde la inmensa figura de su hija, hasta la figura todavía más inmensa de su hermano.

—No creo que puedas, cariño —dijo Marty—. Me parece que todo esto pesa demasiado...

Su voz penetró en los oídos de Scott con tal volumen que apenas logró descifrar las palabras.

—Puedo llevar la pequeña —contestó Beth.

—Bueno, quizá tengas razón —dijo Marty.

Las cajas de cartón seguían volando por los aires y caían al suelo con un ruido sordo. En aquel momento se desplomaron dos sillas de lona.

—Aquí. Y aquí —dijo Marty. Se apoyaron en las dos sillas de cojines floreados, y se inmovilizaron—. Y aquí —dijo Marty.

El palo de una red, semejante a un árbol de tres mil metros de altura, rodó por el suelo y cayó sobre el precipicio. Allí quedó, rodeado por el borde de metal al que la red estaba sujeta.

Scott se apretó contra el bloque de cemento, con la cabeza hacia atrás, mirando con horror la altísima figura de su hermano. Contempló la gigantesca mano de Marty cerca del asa de la segunda maleta, que arrastró por encima de la mesa de metal y tiró al suelo. ¿Para qué bajaba Marty las maletas?

La respuesta no se hizo esperar: iban a trasladarse de casa.

—No —murmuró, echando a correr impulsivamente. Vio avanzar la gigantesca figura de Beth, que luego se agachó para coger la segunda maleta.

—¡No! —su rostro estaba desfigurado por el pánico—. ¡Marty! —chilló, echando a correr hacia su hermano. Volvió a tropezar con el borde de la túnica y cayó de bruces. Se levantó con rapidez, gritando de nuevo el nombre de su hermano. ¡Ella no podía marcharse!

—¡Marty, soy yo! —gritó—. ¡Marty!

Con dedos entumecidos, se sacó la túnica por la cabeza y la tiró al suelo. Corrió desesperadamente hacia los zapatos de su hermano.

—¡Marty!

En las escaleras, Beth arrastraba hacia arriba la maleta más pequeña con un ensordecedor estruendo. Hizo caso omiso del ruido y siguió corriendo hacia su hermano. Tenía que hacerse oír.

—¡Marty! ¡Marty!

Con un suspiro, Marty se dirigió hacia las escaleras.

—¡No! ¡No te vayas! —gritó Scott con todas sus fuerzas. Como un pálido insecto blanco, siguió corriendo sobre el frío cemento hacia la figura en movimiento de su hermano.

—¡Marty!

Junto a las escaleras, Marty se volvió. Los ojos de Scott se abrieron desmesuradamente de excitación.

—¡Aquí, Marty! *¡Aquí!* —chilló, creyendo que su hermano le había oído. Agitó con violencia sus brazos, finos como un hilo—. ¡Estoy aquí, Marty! ¡Aquí!

Marty giró su gigantesca cabeza.

—¿Beth? —llamó.

—Sí, tío Marty —su voz procedía de la parte alta de las escaleras.

—¿Tiene tu madre alguna otra cosa aquí abajo?

—Creo que sí —repuso Beth.

—¡Oh! Bueno, en este caso, ya volveremos.

Scott había llegado al zapato del gigante y estaba encaramándose al alto borde de la suela. Se agarró con fuerza a la piel y se mantuvo allí.

—¡Marty! —volvió a gritar, mientras subía a la repisa. Poniéndose rápidamente en pie, empezó a golpear el zapato con los puños. Fue como dar golpes a una pared de roca.

—¡Marty, por favor! —rogó—. ¡Por favor! ¡Oh, por favor!

De repente, la repisa se balanceó y se levantó para describir un inmenso círculo. Scott perdió el equilibrio y cayó hacia atrás con un grito, agitando los brazos sin cesar.

Aterrizó pesadamente sobre el cemento y se quedó sin respiración, viendo cómo su hermano subía las escaleras con la maleta de Lou.

Después, Marty desapareció, y la luz del sol le cegó con su brillo. Scott se protegió los ojos con un brazo y se apartó rápidamente. Un sollozo estremeció

su pecho. ¡No era justo! ¿Por qué se anulaban todos sus triunfos con tanta rapidez, y se negaban todas sus victorias al cabo de un instante?

Se puso en pie de un salto y se quedó tembloroso, dando de espaldas al ardiente rayo de sol. Se mudaba, Louise se mudaba. Creía que él había muerto y le abandonaba.

Sus dientes rechinaron. Tenía que hacerle saber que aún vivía.

Miró a todos lados, protegiéndose los ojos con la mano. La puerta seguía abierta. Corrió hasta el borde del último escalón y contempló la escarpada pared. Aunque se fabricara otro gancho, no podría lanzarlo a aquella altura. Paseó desasosegadamente a lo largo de la base del escalón.

¿Y las grietas existentes entre los bloques de cemento? ¿Podría trepar a ellas tal como había planeado hacerlo el miércoles? Se dirigió hacia la más cercana, pero se detuvo en seguida, al comprender que necesitaba algo de ropa, comida y un poco de agua.

Fue entonces cuando la imposibilidad de la ascensión cayó sobre él como una salpicadura de plomo fundido.

Se derrumbó sobre el frío cemento del escalón y empezó a temblar violentamente, con la mirada de sus ojos muertos fija en el suelo. Su cabeza se balanceaba adelante y atrás. Era inútil intentarlo. Nunca conseguiría llegar arriba. Era imposible, pues medía ya tres milímetros y medio.

Se hallaba a medio camino de regreso hacia la esponja cuando una idea borró su desesperación. Marty había dicho que volvería a bajar.

Ahogando una exclamación, echó a correr de nuevo hacia las escaleras y volvió a detenerse en seco. «Espera, espera —pensó—; lo primero que tienes que hacer es prepararte». No podía volver a encaramarse al zapato; allí no había ningún saliente donde agarrarse. Tenía que arreglárselas para asirse a la pernera del pantalón de Marty, introducirse quizá en la vuelta de una de ellas y permanecer allí hasta que le llevaran a la casa. Entonces podría salir, trepar a una mesa o una silla, a cualquier cosa, agitar un trapo y atraer la atención de Lou. Sólo tenía que hacerle saber que seguía vivo, pensó con excitación. Sólo tenía que hacerle saber esto.

Muy bien, pues. Rápido, rápido. Juntó las manos en un nervioso movimiento. ¿Qué era lo primero?

Lo primero era comer y beber; una buena comida debajo de su cinturón —soltó una risa nerviosa—. Entonces se fijó en que iba desnudo y tenía la piel de gallina. Sí, aquello era lo primero; pero, ¿qué iba a ponerse? La túnica era demasiado grande y la tela demasiado resistente para poder romperla. Quizá...

Se acercó a la esponja y, tras una serie de forcejeos, estirones y mordiscos, consiguió romper un trozo. Lo arregló todo lo que pudo y se lo

puso, introduciendo los brazos y las piernas en los poros. Se adhería a su cuerpo como si fuera de goma, pero no le cubría bien; se abría ligeramente por delante. Bueno, tendría que conformarse. No disponía de tiempo para fabricarse nada mejor.

La comida era lo siguiente. Buscó por el suelo y partió uno de los trozos de pan que había bajado del precipicio. Se lo llevó rápidamente a la manguera y se sentó allí a comerlo, con las piernas colgando por encima de la anilla metálica que rodeaba la abertura. Hubiera necesitado cubrirse los pies con algo; pero, ¿con qué?

Cuando terminó de comer y regresó de la larga caminata por el interior de la negra manguera, volvió a la esponja y arrancó dos pequeños fragmentos para sus pies. Hizo agujeros en el centro y los metió en ellos. La esponja no aguantaba muy bien. Tendría que atarla con algo de hilo.

De repente se le ocurrió que el hilo no sólo serviría para atar sus improvisadas prendas de vestir, sino también para ayudarle a trepar a los pantalones de Marty. Si encontraba otro alfiler y lograba doblarlo, atándolo después al extremo de un hilo, podía engancharlo en la pernera del pantalón y sostenerse hasta llegar a la casa.

Echó a correr hacia la caja de cartón que habla debajo del depósito de combustible. De pronto se detuvo y dio media vuelta, al acordarse del trozo de hilo que empleara la noche anterior para el descenso. Aún debía estar atado a un fragmento de alfiler. Corrió en su busca.

Así fue; lo que es más, el trozo de alfiler todavía estaba bastante doblado para engancharse en la pernera del pantalón de Marty.

Scott corrió sobre el montón de piedras y troncos que había junto al último escalón, para esperar allí que su hermano volviese a bajar.

Oyó pasos inquietos y presurosos en el piso de encima, y se imaginó a Lou yendo de un lado a otro, disponiéndolo todo para la marcha. Apretó los labios hasta sentir una punzada de dolor. Aunque fuera la última cosa que hiciese, le haría saber que aún vivía.

Paseó la mirada por el sótano. Era difícil de creer que, después de todo aquel tiempo, iba a salir de él. El sótano se había convertido en su mundo. Quizá se sentiría como un prisionero al que se libera tras una larga reclusión, asustado e inseguro. No, no podía ser verdad. El sótano no había sido para él un nido lleno de comodidades. La vida en el exterior difícilmente podría ser más penosa de lo que lo había sido allí.

Se pasó suavemente los dedos por la rodilla enferma. La hinchazón había disminuido considerablemente; ya le dolía muy poco. Se tocó los cortes y magulladuras de la cara. Deshizo el vendaje que le cubría la mano y lo tiró al suelo. Tragó saliva y comprobó que le dolía la garganta, pero no le importaba. Estaba dispuesto a enfrentarse con el mundo.

En el piso de encima se cerró una puerta, y unos pasos atravesaron el porche. Saltó de la roca y desenrolló el hilo. Después, tras coger el gancho, se apretó contra la pared del escalón y aguardó, atento a los apresurados latidos de su corazón. Oyó el crujido de unos zapatos sobre el terreno arenoso del patio, y después una voz que decía:

—No sé con exactitud lo que tenemos ahí abajo.

Scott palideció, abrió desorbitadamente los ojos y sintió como si las piernas que le sostenían fueran columnas de goma.

Era Lou.

Se aplastó contra el cemento cuando los enormes zapatos comenzaron a bajar las escaleras.

—Lou —susurró, y entonces ellos dos impidieron la entrada de la luz del sol como negras nubes ocasionales.

Dieron una vuelta por el sótano, con la cabeza a más de ochocientos metros de altura. No logró verle la cara; únicamente el color rojo de su falda.

—Esta caja que hay encima del estante es nuestra —dijo ella, con una voz que parecía venir del cielo.

—De acuerdo —repuso Marty, dirigiéndose hacia la pared del precipicio y bajando la caja de cartón de la cual salía el brazo de la muñeca.

Lou dio un puntapié a la pequeña esponja que había en el suelo.

—Vamos a ver —dijo—; creo que... Se agachó, y Scott pudo ver las inmensas facciones de su rostro del mismo modo que el empapelador de una valla anunciadora ve las facciones del rostro de la mujer que está pegando. No obtuvo una visión de conjunto; sólo un ojo enorme en un lado, una gigantesca nariz en otro y unos labios parecidos a un desfiladero de orillas rosáceas.

—Sí —dijo—, esta caja de cartón que hay debajo del depósito.

—Ahora la saco —repuso Marty, subiendo las escaleras con la primera caja.

Se quedó solo con ella.

Fue alzando la vista de nuevo, a medida que ella se levantaba. Dio unos cuantos pasos, con los gigantescos brazos cruzados debajo de las montañosas protuberancias de sus senos. Scott sintió una horrible contracción en el pecho y el estómago. Era inútil negarlo; Lou ya estaba totalmente fuera de su alcance. Sus ideas de hacerle saber que se encontraba vivo se evaporaron. Desaparecieron en el mismo momento de verla. Era como un insecto para ella; acababa de comprenderlo con espantosa lucidez. Aunque lograra llamarle la atención de alguna forma, no resolvería nada, ni cambiaría nada. Se marcharía

de todos modos aquella noche, y lo único que lograría sería abrir una vieja herida que seguramente estaba casi cicatrizada.

Guardó silencio, como la minúscula pieza del dije de un brazalete, contemplando a la mujer que había sido su esposa.

Marty volvió a bajar las escaleras.

—Me alegraré de salir de aquí —le dijo Lou.

—No me extraña —contestó Marty, dirigiéndose al depósito de combustible y agachándose frente a él.

Beth bajó en aquel momento las escaleras, preguntando:

—¿Puedo ayudar en algo, mamá?

—No creo que haya que subir nada más. ¡Oh!, sí, llévate ese bote de pinceles. Creo que son nuestros.

—Muy bien —Beth se acercó a la mesa de mimbre.

De repente, Scott se despertó de su ensoñación. No quería decírselo a Lou, pero seguía queriendo salir del sótano. Y se dio cuenta de que no podía esperar a que Marty llegase hasta él; su hermano pasaría con demasiada rapidez por el escalón; no tendría tiempo.

Apartándose del escalón, echó a correr hacia el frigorífico, se resguardó bajo su mole protectora y después bajo la mesa de mimbre. Marty seguía agachado frente al depósito, intentando sacar la caja de cartón. Scott corrió por debajo de la mesa metálica roja. ¡Aprisa! Corrió a toda velocidad, arrastrando el hilo tras sí. Marty se puso en pie con la caja en los brazos. Se dirigió hacia las escaleras.

No tenía tiempo. En el momento que Scott salía a campo abierto, el inmenso zapato negro de Marty se posaba en el suelo frente a él. Con una violenta sacudida, lanzó el gancho a la pernera del pantalón.

De haberse tratado de un caballo al galope, no hubiese saltado con mayor violencia.

Reprimió un grito. Se encontró volando por los aires, para descender casi en seguida y rozar el suelo a toda velocidad. Con un movimiento de las piernas aplanó el cuerpo y notó que su abrigo de esponja arabaña el suelo. La enorme pierna volvió a moverse. Scott, sorprendido en el punto culminante de su vaivén, fue lanzado a gran altura. El hilo se tensó y él dio hacia delante una fuerte sacudida, que le hizo sentir un horrible dolor en las articulaciones de los brazos. El sótano bailó ante sus ojos, y la luz y las sombras se mezclaron. Hubiese querido gritar, pero no pudo. Siguió balanceándose con violencia, oscilando en el aire y girando, mientras su cuerpo minúsculo avanzaba hacia

las escaleras. Un muro apareció ante él para desaparecer con la misma rapidez. Sus pies se deslizaron a lo largo del primer escalón y los trozos de esponja se rompieron. El brusco impacto le lanzó por los aires, y se encontró volando a toda velocidad hacia la pared del segundo escalón. Extendió los brazos para protegerse del golpe. Gritó con todas sus fuerzas.

Después chocó con un grano de cemento y cayó de bruces. Sus piernas se levantaron y su cabeza se estrelló contra el suelo. El dolor explotó en ella, blanco y vivido, y se convirtió súbitamente en un oscuro núcleo, que también explotó, sumiendo a su cerebro en la noche. Perdió el conocimiento cuando el zapato de su esposa se desplomaba a un centímetro de su cuerpo.

Más tarde, cuando Marty les acompañaba en su automóvil a la estación, Beth vio el gancho y el hilo colgando de la pernera del pantalón de su tío y, agachándose, los arrancó. Marty dijo: «Debían estar en el suelo del sótano», y lo olvidó. Beth se los metió en el bolsillo del abrigo y también se olvidó en seguida.

17 centímetros.

—¡Déjame en el suelo! —chilló.

No pudo decir otra cosa. La mano de su hija se cerró alrededor de su cuerpo, ciñéndole desde los hombros a las caderas, inmovilizándole los brazos e impidiéndole respirar. La habitación se borró ante sus ojos y él empezó a desvanecerse.

Después se encontró con el suelo del porche de la casa de muñecas bajo los pies y la mano sujeta al barandal de hierro forjado, mientras Beth le contemplaba con ojos asustados.

—Quería llevarte de paseo —dijo.

Él abrió la puerta principal y se precipitó en el interior de la casa con un portazo. Después se dejó caer débilmente al suelo, respirando con dificultad.

En el exterior, Beth se defendió:

—No te he hecho daño.

Él no contestó. Se sentía igual que si le hubiesen metido en una prensa.

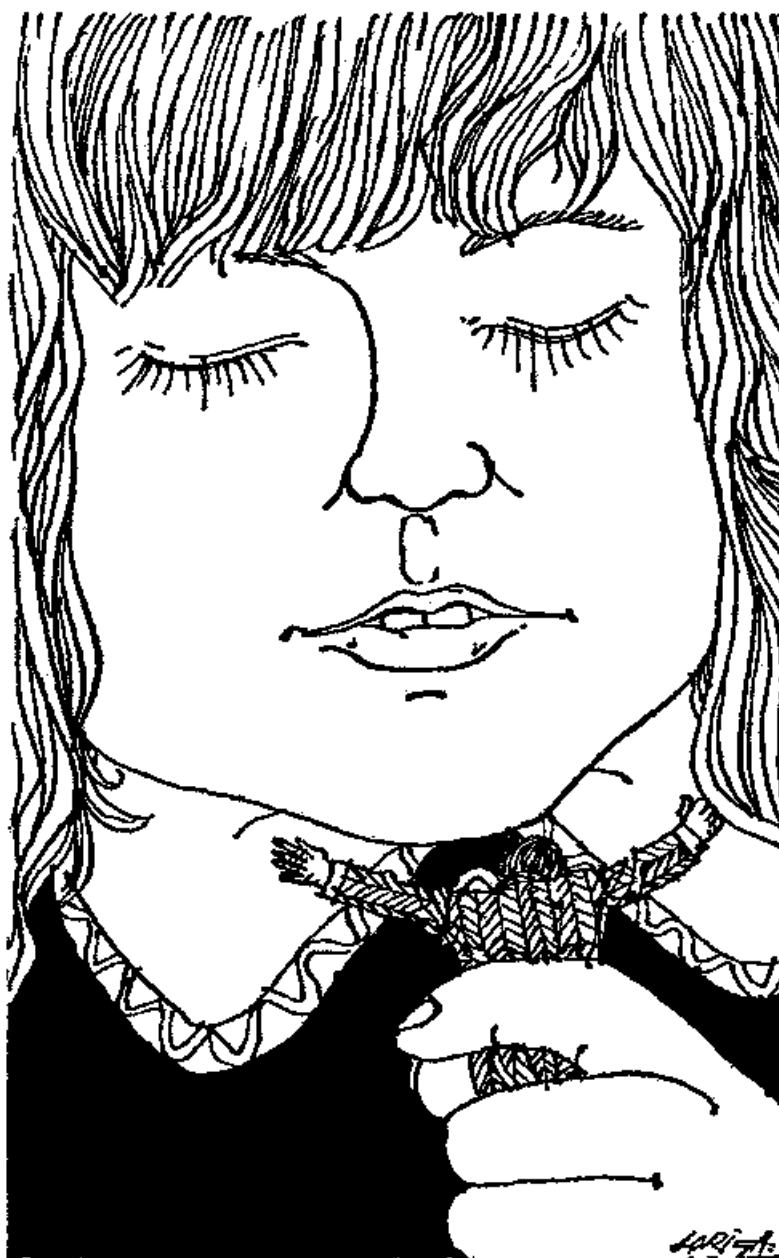
—No te he hecho daño —repitió ella, y empezó a llorar.

Sabía que aquel momento tenía que llegar, y ya había llegado. No podía demorarlo más. Tenía que pedirle a Lou que mantuviera a Beth lejos de él. Ella no tenía la culpa.

Se puso débilmente en pie y se dirigió con paso vacilante hacia el sofá.

Oyó que Beth volvía a salir, haciendo temblar el suelo bajo sus pies. El golpe de la puerta al cerrarse le ocasionó un violento sobresalto. Ella había entrado unos momentos antes, le había visto dirigiéndose hacia la alejada casita y le había cogido en brazos.

Se recostó sobre los pequeños almohadones que Lou le había hecho. Permaneció largo rato en la misma posición, con la mirada perdida en las sombras del techo y pensando en su hija perdida.



Había nacido un jueves por la mañana. El parto fue largo. Lou intentó convencerle para que se fuera a casa, pero él no quiso. Bajaba ocasionalmente al coche, se tendía en el asiento posterior y conseguía dormir unos minutos, pero la mayor parte del tiempo estuvo en la sala de espera, hojeando revistas que no veía y con el libro que se había llevado para leer olvidado sobre la mesa. Oh, sí, iba a ser muy valiente; nada de melodramas cinematográficos, nada de pasear de arriba abajo, ni fumar un cigarrillo tras otro. Por esta razón, ni siquiera pudo pasear de arriba abajo. La sala de espera era un pequeño gabinete situado en un extremo del pasillo del segundo piso, y no podía andar por el pasillo a causa del intenso movimiento de personas.

Así que se sentó en la sala de espera, con la sensación de tener en el estómago una bomba a punto de estallar. Sólo había otro hombre con él, pero era su cuarto hijo y ya estaba acostumbrado. Estaba leyendo un libro titulado: *La maldición de los conquistadores*. Scott aún se acordaba del título. ¿Cómo podía un hombre estar tan tranquilo leyendo aquel libro, cuando su esposa se retorció entre los dolores del parto? Quizá su esposa tuviera partos muy fáciles. La cuestión es que el hombre no pudo leer más de tres capítulos antes de que naciera su hijo, alrededor de la una de la madrugada. Se encogió de hombros, le guiñó un ojo a Scott y se fue a su casa. Scott soltó una palabrota en voz baja al verle salir, y se quedó solo en la sala de espera, aguardando.

A las siete y un minuto de la mañana, Elisabeth Louise comparecía.

Volvió a ver al doctor Arron, que salía de la sala de partos y andaba hacia él por el pasillo, rozando apenas las baldosas del suelo con sus zapatos de suaves suelas. Una docena de distintos horrores cruzaron por la mente de Scott. Ella ha muerto. El niño ha muerto. Es anormal. Son mellizos. Son trillizos.

No fue nada de todo eso. El doctor Arron le dijo:

—Bueno, tiene usted una hija.

Entonces le condujeron a una ventanilla de cristal, tras la que una enfermera sostenía una criatura envuelta en una manta. Tenía el cabello negro y estaba bostezando, con los rojos puñitos crispados en el aire. Scott consiguió secarse las lágrimas antes de que nadie las viera.

Se incorporó en el sofá y estiró las piernas. El dolor en la caja torácica había cedido ligeramente. Le había costado bastante respirar durante un rato. Se pasó las manos por encima del pecho y los costados. Ningún hueso roto; era una verdadera suerte. Beth le había apretado de un modo terrible. Claro que lo único que debía pretender era asegurarse de que no iba a caérsele de la mano, pero...

Meneó la cabeza.

—Beth, Beth —murmuró.

Casi sin darse cuenta, la había ido perdiendo día tras día desde que empezó a menguar. La pérdida de su esposa fue un proceso claro y definido; el divorcio de su hija había sido otra cosa.

Al principio fue la separación circunstancial. Sufría una terrible y desconocida enfermedad; iba regularmente al médico, se sometía a toda clase de exámenes, era internado en un hospital... No tenía tiempo para ella.

Después regresó a su casa, y entonces fueron la preocupación, el miedo y el fracaso de su matrimonio lo que le impidió ver que la estaba perdiendo. A veces la sentaba en sus rodillas; le leía un cuento y, cuando ya estaba dormida, se quedaba junto a su cama y la contemplaba. Sin embargo, lo más normal era que estuviese demasiado absorto en su propio estado para darse cuenta de cualquier otra cosa.

Después fue cuestión de tamaño físico. A medida que iba menguando, iba perdiendo confianza en su autoridad y en el respeto que ella le debía. No era cosa que pudiera tomarse a la ligera. Del mismo modo que su tamaño afectaba su actitud hacia Lou, afectaba también su actitud hacia Beth.

Descubrió que la autoridad del padre dependía en gran medida de la simple diferencia física. Un padre, para su hijo, es grande y fuerte; es todopoderoso. Un niño no ve más allá. Respeta el tamaño y la gravedad de la voz. Todo lo que le eclipsa físicamente es digno de ser respetado o, por lo menos, temido. Esto no quiere decir que Scott hubiese ganado el respeto de Beth haciéndose temer. Era simplemente un estado básico, que existía porque él medía un metro ochenta y dos, y ella un metro veintitrés.

Cuando él fue menguando hasta alcanzar la estatura de su hija, y siguió haciéndolo por debajo de ella, cuando su voz perdió la gravedad y autoridad y se convirtió en un sonido estridente y poco efectivo, el respeto que Beth sentía por él se debilitó. Todo residía en que ella no podía entenderlo. Sólo Dios sabía las veces que habían tratado de explicárselo...; pero no era una cosa explicable, porque en el trasfondo mental de Beth no había nada que pudiese compararse a un padre menguante.

Por consiguiente, cuando él dejó de medir un metro ochenta y dos y su voz dejó de ser la voz que ella conocía, Beth dejó de mirarle como a su padre. Un padre era constante. Se podía depender de él, nunca cambiaba. Scott estaba cambiando. Por lo tanto, no podía ser el mismo; no podía ser tratado de igual forma.

Y así había ocurrido: el respeto de la niña se fue desvaneciendo más y más. Sobre todo cuando los desquiciados nervios de Scott empezaron a hacerle perder el control. Ella no podía comprenderlo. No era lo bastante mayor para simpatizar con él. Sólo podía verle tal como era. Y, en la

actualidad, no era más que un horrible enanito que chillaba y regañaba con una voz muy divertida. Había dejado de ser un padre para convertirse en una rareza.

Y ahora la pérdida era ya irreparable y definitiva. Beth había llegado al punto en que significaba una amenaza física para él. Igual que el gato, tenía que mantenerse apartada.

—No quiso hacerte daño, Scott —le dijo Lou aquella noche.

—Ya lo sé —contestó él, pegando los labios al pequeño micrófono de bolsillo que reproducía su voz con claridad a través de los altavoces del fonógrafo—. Lo que ocurre es que no lo entiende. Sin embargo, lo mejor es que no se me acerque. No se da cuenta de mi fragilidad. Me ha cogido como si fuera una muñeca indestructible, y no lo soy.

El final llegó al día siguiente.

Él permanecía en un establo lleno de paja y contemplaba los rostros de María, José y los Reyes Magos, parados ante el Niño Jesús. Reinaba un silencio absoluto. Entrecerrando los ojos, podía imaginarse que estaban todos vivos, que el rostro de María sonreía ligeramente y que los Reyes Magos se inclinaban, temerosos y reverentes, sobre el pesebre. Los animales comían, y él aspiraba los diversos olores del establo y oía el débil y hermoso ruido del llanto del niño.

Entonces sintió una oleada de aire frío que le hizo estremecer.

Miró hacia la cocina y vio que la puerta estaba ligeramente entreabierta y que el viento cubría el suelo de blancos copos de nieve. Esperó que Lou la cerrara, pero no lo hizo. Entonces oyó el lejano repiqueteo del agua y comprendió que se estaba duchando. Salió del establo y, atravesando el crujiente glaciar de algodón que había debajo del árbol de Navidad, se dirigió hacia la puerta.

—¡Beth! —llamó, acordándose en aquel momento de que estaba jugando en el patio. Murmuró con irritación y echó a correr a través de la alfombra y la gran extensión de linóleo verde. Quizá pudiera cerrarla él mismo.

Apenas había llegado a la puerta cuando un gutural rugido sonó detrás de él.

Girando sobre sus talones vio al gato junto al fregadero, con la cabeza recién alzada de un plato de leche y el pelaje húmedo y despeinado. Sintió una dolorosa contracción en el estómago.

—Fuera de aquí —dijo. El animal enderezó las orejas—. Fuera de aquí —repitió, en voz más alta. Otro gruñido se escapó de la garganta del gato, al tiempo que adelantaba una pata, con las uñas extendidas.

—¡Fuera de aquí! —chilló, retrocediendo, con el helado viento a la espalda y los copos de nieve sobre la cabeza y los hombros.

El gato dio unos pasos hacia delante con la misma suavidad con que se desliza la mantequilla sobre una tostada, la boca abierta y los afilados dientes al descubierto.

En aquel momento, Beth entró por la puerta principal y la repentina corriente de aire empezó a cerrar la puerta trasera, arrastrando a Scott con ella. Al cabo de un instante, la puerta estaba cerrada y él se encontraba rodeado de nieve.

Poniéndose trabajosamente en pie, con la ropa cubierta de nieve, Scott se acercó a la puerta y descargó los puños en ella.

—¡Beth!

El gemido del viento le impidió oír su propio grito. Fríos copos de nieve se abatían sobre él como nubes fantasmales. Un enorme montón de ella se desplomó del tejado, cayó a su lado y le salpicó con sus heladas agujas.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró. Empezó a dar frenéticos puntapiés contra la puerta—. ¡Beth! —aulló—. ¡Beth, déjame entrar!

Siguió dando golpes con las manos hasta que le dolieron los puños, y no cesó en sus puntapiés hasta que tuvo los pies entumecidos, pero la puerta continuó cerrada.

—¡Oh, Dios mío!

El horror de su situación le asaltó de repente. Se volvió y contempló temerosamente el patio cubierto de nieve. Todo estaba blanco. El suelo era un lívido desierto nevado y el viento levantaba grandes nubes de ella sobre las altas dunas. Los árboles eran vastas columnas albinas rematadas por esqueléticas ramas blancas. La valla era una leprosa barricada, a la que el viento desposeía de la nieve dejando al descubierto las púas de debajo.

La realidad se le apareció crudamente: si permanecía largo rato en aquel lugar, moriría de frío. Ya había perdido la sensibilidad en los pies, los dedos de las manos le dolían insoportablemente y todo su cuerpo estaba sacudido por los escalofríos.

La indecisión se adueñó de él. ¿Debía quedarse allí y tratar de introducirse en la casa, o era mejor abandonar el porche y buscar refugio de la nieve y el viento? El instinto le empujaba hacia la casa; la seguridad estaba al otro lado de la puerta blanca. Sin embargo, la inteligencia le decía que permanecer allí era arriesgar la vida. No obstante, ¿adonde podía ir? Las ventanas del sótano estaban cerradas por dentro, y las puertas eran demasiado sólidas y pesadas para que él pudiera levantarlas. Además, no haría mucho menos frío debajo del porche.

¡El porche delantero! Si lograra, de alguna manera, encaramarse a la balastrada del porche delantero, quizá pudiera llamar al timbre. Así podría entrar.

Siguió vacilando. La nieve parecía muy profunda y amenazadora. ¿Y si era arrastrado por una ráfaga? ¿Y si el frío le atenazaba de tal modo que no podía llegar al porche delantero?

Pero comprendió que ésa era su única oportunidad, y que debía decidirse pronto. No tenía ninguna garantía de que notaran en seguida su ausencia. Si se quedaba en el porche trasero, Lou podría encontrarle a tiempo. Pero también podía no ser así.

Sin que los dientes dejaran de castañetearle un solo momento, se acercó al borde del porche y saltó el primer escalón. La nieve amontonada suavizó su caída. Resbaló un poco, recuperó el equilibrio y se aproximó al borde. Volvió a saltar.

Sus pies se deslizaron bajo su cuerpo y cayó de bruces. Los brazos se le hundieron en la nieve hasta la altura de los hombros y se golpeó la cara contra su entumecedora frialdad. Se incorporó, jadeante, y logró ponerse en pie con un brusco movimiento, tras lo cual se frotó la cara como si la tuviera llena de arañas congeladas.

No había tiempo que perder. Se dirigió con rapidez hacia el borde del escalón, teniendo extremo cuidado al pisar. Se detuvo un momento junto al borde para mirar abajo y, tras aspirar profundamente, saltó.

Volvió a resbalar, agitando los brazos en el aire. Se deslizó hasta el borde lateral del escalón, se mantuvo un instante allí y se encontró volando en el vacío.

Un metro y medio más abajo, su cuerpo se hundió en un montón de nieve como un cuchillo que se clava en un helado. Numerosos cristales de escarcha cubrieron su rostro y bajaron por su cuello. Se incorporó, escupiendo, y volvió a caer con las piernas hundidas en la nieve. Permaneció un momento inmóvil, aturcido, mientras los copos seguían cayendo sobre su cabeza.

Entonces el frío empezó a adueñarse de sus extremidades y se levantó. Tenía que mantenerse en continuo movimiento.

No podía correr. Todo lo que logró fue dar unos pasos vacilantes e inseguros, inclinando el cuerpo hacia delante cuando las piernas se le hundían en la nieve. Mientras avanzaba a saltos por el patio, el viento arremolinaba su cabello y azotaba su ropa, atravesando la tela como una helada cuchilla. Ya tenía las manos y los pies completamente ateridos.

Al fin llegó a la esquina de la casa. A lo lejos, el enorme Ford estaba cubierto de nieve. Un gemido se escapó de su garganta. ¡Parecía tan lejano! Inhaló una bocanada de aire helado y siguió adelante. «Lo conseguiré», se

dijo. «Lo conseguiré».

Un objeto rasgó el cielo con la velocidad de un cohete.

Durante un momento sólo hubo viento, frío y nieve hasta los muslos. Al siguiente, una masa de gran peso se había abatido sobre él, derrumbándole. Con el rostro cubierto de nieve, se incorporó justo a tiempo para ver que el oscuro gorrión se disponía a atacarle de nuevo.

Jadeando, alzó un brazo cuando el pájaro se cernía sobre él y le obligó a remontarse sobre sus rígidas alas.

Subió en línea recta, describió un brusco círculo y bajó en picado. Antes de que Scott se hubiese puesto en pie, el pájaro se encontraba delante de él, tan cerca que incluso pudo oler sus plumas húmedas. Sus alas se agitaron salvajemente en el aire; su afilado pico le lanzó una rápida estocada.

Volvió a caer hacia atrás, cogió un puñado de nieve y lo tiró a la cabeza del gorrión. Éste se remontó por los aires, graznando con violencia, dio una vuelta cerrada y empezó a volar en círculos por encima, agitando con fuerza las oscuras alas.

La asustada mirada de Scott se dirigió hacia la casa, y vio la ventana del sótano y el cristal que faltaba.

Entonces, el pájaro volvió a atacarle. Se arrojó de bruces en la nieve, y el oscuro gorrión de veloces alas no hizo más que rozarle. Después se elevó, describió unos cuantos círculos, y volvió a bajar en picado. Scott corrió unos pocos metros y se cayó de nuevo.

Logró levantarse y tiró más nieve hacia el pájaro, que la desvió con el pico. Aleteó en dirección a él; Scott giró sobre sus talones y consiguió dar unas cuantas zancadas antes de que le atacara nuevamente, golpeándole la cabeza con las alas. Él agitó los brazos y sus manos chocaron con los huesudos costados del gorrión. El pájaro volvió a remontarse.

La escena se repitió una y otra vez. El avanzaba torpemente a través de la nieve helada hasta que le oía aproximarse. Entonces, se dejaba caer de rodillas, giraba bruscamente y lanzaba un puñado de nieve a los ojos del gorrión, cegándole y obligándole a retirarse el tiempo suficiente para avanzar unos cuantos metros más.

Hasta que, finalmente, helado y empapado, se apoyó con la espalda en la ventana del sótano y tiró varias bolas de nieve hacia el pájaro con la débil esperanza de que abandonara su propósito y él no tuviera que verse obligado a entrar en el sótano.

Pero el pájaro siguió acercándose, bajando en picado y deteniéndose frente a él, mientras agitaba las alas con el ruido de una sábana que ondeara al viento. De repente, el afilado pico del gorrión cayó sobre su cabeza como un

martillo, rasgándole la piel y lanzándole contra la pared de la casa. Él estuvo un momento sin reaccionar, agitando sólo los brazos, con pánico ante el ataque del pájaro. El patio se desdibujó ante sus ojos, convirtiéndose en una borrosa extensión blanca. Cogió un puñado de nieve y lo arrojó, fallando el tiro. Las alas seguían golpeándole la cara, y el pico volvió a desgarrarle la carne.

Con un grito de horror, Scott dio media vuelta y saltó a través del cuadrado abierto.

Sus chillidos terminaron con un gemido, al desplomarse sobre la arena que había debajo de la ventana del sótano. Trató de levantarse, pero se había torcido la pierna al caer y ésta se negó a sostener su peso.



Diez minutos después, oyó el sonido de unos pasos en el piso de encima. La puerta trasera se abrió y cerró con un portazo. Y, mientras tanto, él fue incapaz de moverse. Lou y Beth dieron la vuelta a la casa y atravesaron el patio, removiendo la nieve y gritando su nombre una y otra vez hasta que se hizo de noche. Y ni siquiera entonces se dieron por vencidas.

CAPÍTULO 16

Oyó el distante estrépito de la bomba del agua. Se habían olvidado de desconectarla. La idea se introdujo como un chorro de agua fría entre las fisuras de su cerebro. Siguió mirando al vacío, con ojos que nada veían y rostro inexpresivo. La bomba dejó de funcionar y el silencio volvió a adueñarse del sótano. «Se han ido», pensó. «La casa está vacía. Me he quedado solo».

Movió perezosamente la lengua. *Solo*. Movié los labios. La palabra empezó y terminó en su garganta.

Se retorció ligeramente y sintió una punzada en la nuca. *Solo*. Cerró el puño derecho, y lo dejó caer con desesperación sobre el cemento. Solo. Después de todo. Después de todos sus esfuerzos, estaba solo en el sótano.

Finalmente se levantó, pero volvió a desplomarse en seguida a causa del terrible dolor que sentía en la nuca. Sin tratar de volver a moverse, alzó una mano y se tocó la cabeza. Resiguió con el dedo los bordes de la frágil celosía que había formado la sangre seca; la yema del dedo ascendió y descendió siguiendo la parábola de la magulladura. Hizo presión sobre ella. Lanzó un gemido y dejó caer el brazo. Permaneció tendido sobre el estómago, estremecido por el frío, con la frente apoyada en el áspero suelo de cemento.

Solo.

Finalmente dio media vuelta y se incorporó. El dolor se esparció por toda su cabeza. No cesó inmediatamente. Tuvo que apretarse las sienes con ambas manos para atenuar su aguda repercusión. Tras un largo rato, el dolor cesó y se concentró en la base del cráneo, como si tuviera un millar de púas hundidas en la carne. Se preguntó si tendría el cráneo fracturado, y después llegó a la conclusión de que, si ese fuera el caso, no estaría en condiciones de preguntarse nada.

Abrió los ojos y paseó la mirada por el sótano, con los ojos semicerrados a causa del dolor. Todo seguía igual. Su mirada triste vagó por los conocidos rincones. «¡Y yo que pensaba salir de aquí!», se dijo con amargura. Lanzó una ojeada por encima del hombro. La puerta, como era natural, volvía a estar cerrada. Y, probablemente, con llave. Seguía estando atrapado.

Su pecho se estremeció con un profundo suspiro. Se humedeció los labios resecos. Volvía a tener sed, y también hambre. Todo aquello era absurdo.

Incluso la más ligera contracción de las mandíbulas incrementaba su terrible dolor de cabeza. Abrió la boca y decidió permanecer sentado hasta que disminuyera.

Pero cuando al rato se puso en pie, volvió a sentirlo. Apretó la palma de la mano sobre la pared del siguiente escalón y se apoyó en ella, mientras el

sótano se desdibujaba ante sus ojos como si lo viese a través de una lente de agua. Tardó un rato en ver los objetos con claridad.

Se levantó y lanzó un silbido al descubrir que volvía a tener la rodilla hinchada. Se la examinó detenidamente, acordándose de que era la misma pierna que había soportado su caída cuando se introdujo por primera vez en el sótano. Le extrañó no haber relacionado antes ambas cosas, pero ésa era indudablemente la razón por la cual aquella pierna se resentía en seguida.

Se acordó de cuando estaba tendido en la arena, con la pierna doblada bajo su cuerpo, oyendo los gritos de Lou que le llamaba. Era de noche; el sótano estaba a oscuras y hacía frío. El viento había impulsado el néveo confeti a través del cristal roto. Él sentía que se deslizaba sobre su cara como la tímida caricia de una fantasmal criatura. Y, aunque contestó a sus llamadas una y otra vez, ella no le oyó. Ni siquiera cuando ella bajó al sótano y, sin poder moverse, había permanecido en aquel mismo lugar gritando su nombre.

Se acercó con lentitud al borde del escalón, y contempló la caída de treinta metros que había hasta el suelo. Una distancia terrible. ¿Debía bajar laboriosamente por las grietas de mortero de la chimenea o...?

Bruscamente, saltó.

Aterrizó de pie. Su rodilla pareció explotar, y una porra de afilados cantos se abatió sobre su cabeza cuando cayó hacia delante. Pero eso fue todo. Ligeramente aturdido, se sentó en el suelo, sonriendo con tristeza a pesar del dolor. Era una verdadera suerte haber descubierto que podía saltar desde grandes alturas sin hacerse daño. De lo contrario, habría tenido que bajar por la rajadura, y perder mucho tiempo. La sonrisa se desvaneció. Se quedó observando melancólicamente el suelo. El tiempo ya no podía perderse, porque tampoco podía ahorrarse. Ya no era una cosa que pudiera malgastarse o acumularse. Había perdido todo valor.

Se puso en pie y empezó a andar, arrastrando pesadamente los pies sobre el frío cemento. Tendría que haberse puesto los zapatos de esponja, pensó. Después se encogió de hombros con indiferencia. De todos modos, ¿acaso importaba algo?

Bebió un trago del interior de la manguera y regresó junto a la esponja. Después de todo, no le apetecía comer. Trepó a la superficie de la esponja y se acostó con un débil suspiro.

Permaneció inmóvil, con la mirada fija en la ventana situada encima del depósito de combustible. No había apenas luz. Debía estar atardeciendo. La oscuridad no tardaría en abatirse sobre el sótano. La última noche no tardaría en comenzar.

Miró hacia la retorcida celosía de una telaraña que ocultaba una esquina de la ventana. Numerosos objetos colgaban de su adhesiva urdimbre: polvo, chinches, trozos de hojas secas e incluso un lápiz que él mismo tiró una vez

allí. En todo el tiempo que llevaba en el sótano no había logrado ver a la araña que había hecho aquella telaraña. Tampoco la vio entonces.

El silencio reinaba en el sótano. Debían haber desenchufado el calentador antes de irse. Se oía el ligero crujido de los tablones, pero eso no era suficiente para arañar siquiera la superficie del silencio. Incluso oía su propia respiración, desigual y lenta.

«A través de esta ventana», pensó, «contemplé a aquella muchacha». Catherine... ¿se llamaba así? Ni siquiera se acordaba de su aspecto.

También intentó encaramarse a esa ventana después de caerse en el sótano. Era la única que podía estar a su alcance. La ventana del cristal roto estaba demasiado alta, y una pared completamente vertical conducía hasta ella. La ventana de encima del montón de troncos era aún menos accesible. La única que presentaba una ligera posibilidad era la que se encontraba encima del depósito de combustible.

Pero, a los diecisiete centímetros, le fue imposible trepar a las cajas y maletas. Y para cuando hubo ideado el medio, era demasiado pequeño. Una vez logró subir hasta allí pero, al no disponer de ninguna piedra, no logró romper el cristal y tuvo que bajar de nuevo.

Se tendió de lado y apartó la vista de la ventana. Resultaba increíble ver el cielo y los árboles y saber que nunca volvería a salir al exterior. Respiró pesadamente, clavando los ojos en el precipicio.

«Y aquí estoy yo», pensó, sumiéndose otra vez en sus introspectivas reflexiones, «sin nada que hacer». Aquello podía haber terminado hacía tiempo, pero él tenía que luchar. Trepar por hilos, matar arañas, buscar comida. Cerró con fuerza la boca y contempló el largo poste de la red, apoyado en el precipicio. Sus ojos lo recorrieron en toda su longitud, en toda su tremenda longitud.

Se incorporó súbitamente.

Con un gemido, se arrastró hasta el borde de la esponja y bajó de un salto, haciendo caso omiso de la rodilla y la cabeza. Echó a correr hacia el precipicio y se detuvo. ¿Y la comida y el agua? No debía preocuparse; no necesitaría nada. No tardaría tanto. Echó a correr nuevamente hacia el poste.

Antes de llegar a la red, entró en la manguera sin dejar de correr y bebió un poco de agua. Después, una vez en el exterior, empezó a trepar por el borde metálico de la red, dejando atrás las gruesas cuerdas. Siguió trepando hasta llegar al poste, y entonces se encaramó a su ancha y curvada superficie.

Fue mejor de lo que se había imaginado. El poste era tan ancho y estaba apoyado en la pared formando un ángulo tan bajo, que no tuvo que trepar a él con las manos abajo para guardar el equilibrio. Fue subiendo casi erguido por la larga y gradual pendiente. Con un grito de excitación, inició el camino de

subida hacia el precipicio.

¿Era posible, se preguntó mientras corría, que todo hubiese terminado definitivamente? ¿Era posible que su supervivencia se debiera a un fin concreto? Resultaba difícil de creer y, sin embargo, aún resultaba más difícil de no creer. Todas las coincidencias que habían contribuido a que él siguiese con vida parecían estar más allá de todos los límites.

Esto, por ejemplo: aquel poste, dejado justo en aquel lugar por su propio hermano. ¿Era eso una mera coincidencia? Y la muerte de la araña, el día anterior, que le proporcionó la clave para escapar. ¿Era eso una mera coincidencia? Y lo más importante, los dos sucesos combinados justamente de esta forma para facilitar su huida. ¿Podía ser una mera coincidencia?

Resultaba difícil de creer. No obstante, ¿cómo iba a dudar del proceso que se estaba produciendo en su cuerpo, y que le decía claramente que disponía sólo de aquel día y nada más? Incluso la precisión con que menguaba tenía que indicar algo. Pero ¿qué indicaba... aparte de la desesperanza?

Sin embargo, siguió experimentando la misma sensación de alegría a medida que ascendía por el ancho poste. Esta sensación fue en aumento cuando dejó atrás la primera silla; cuando pasó la segunda; cuando se detuvo y se sentó a contemplar la vasta llanura gris del suelo; cuando, una hora después, llegó a la cumbre del precipicio y se desplomó, exhausto, sobre la arena. Y siguió en aumento mientras permaneció allí descansando, con los dedos hundidos en la arena. «Levántate», se repitió una y otra vez. «Vete. Pronto oscurecerá. Sal antes de que oscurezca».

Se levantó y echó a correr a través del desierto en sombras. Al cabo de un rato, pasó junto a la silenciosa figura de la araña. No se detuvo a mirarla; ya había perdido su importancia. Sólo era un paso que ya estaba dado, y que proporcionaba el terreno para el siguiente. Sólo se detuvo una vez, para coger un trozo de pan y metérselo en el abrigo de esponja. Después siguió corriendo.

Cuando llegó a la telaraña, descansó un rato y empezó a trepar. El cable estaba pegajoso. Tuvo que hacer un esfuerzo para trasladarse al siguiente. La telaraña tembló y se balanceó bajo su peso cuando pasó junto al escarabajo, sin mirarlo, respirando por la boca abierta.

Y su agitación siguió en aumento. De repente todo le parecía lógico, como si las cosas tuviesen que ocurrir justamente de aquel modo. Comprendía que podía ser la racionalización del deseo, pero le era imposible pensar de otro modo.

Llegó a la cima de la telaraña y trepó rápidamente al estante de madera que corría a lo largo de la pared. A partir de aquel momento podía correr, y fue lo que hizo, pisando con fuerza y con ritmo y haciendo caso omiso del dolor que sentía en la rodilla; ya no importaba.

Corrió tan aprisa como pudo la distancia de tres cuerdas en aquella

dirección, a lo largo del camino invadido por las sombras, a toda velocidad al doblar la esquina, y después unos dos kilómetros en línea recta. Se deslizó como un minúsculo insecto a lo largo del tablón, y corrió hasta quedarse sin aliento. Entró entonces en una zona de radiante luz. Se detuvo, jadeante, con el pecho sacudido por su respiración entrecortada. Permaneció un momento inmóvil, con los ojos cerrados, y sintió que el viento le azotaba la cara. Cerró los ojos y olfateó su aroma dulce y limpio. «Afuera», pensó. La palabra fue aumentando en su cerebro hasta borrar todo lo demás y convertirse en la única palabra existente. Afuera. Afuera. Afuera.

Con mucha lentitud, con mucha calma, con una dignidad propia del momento, trepó los pocos centímetros que le separaban del cuadrado abierto en la ventana, se encaramó al borde de madera y dio un salto. Cayó de pie sobre el camino de cemento y descansó.

Permaneció unos momentos en el límite del mundo, observándolo.

Se hallaba acostado sobre un mullido colchón de hojas secas y rizadas, cubierto por otras hojas, con la casa a sus espaldas protegiéndole del viento nocturno. Estaba caliente y bien alimentado. Había encontrado un plato lleno de agua debajo del porche y había bebido todo cuanto quiso. Ahora se hallaba tranquilamente acostado, contemplando las estrellas.

¡Qué hermosas eran! Parecían diamantes blancoazulados, diseminados por un cielo de negro satén. No había luna que lo iluminase. La oscuridad era completa, y sólo el brillo de las estrellas rompía la negrura del firmamento.

Y lo más bonito de ellas era que seguían exactamente igual. Las veía como todos los demás hombres, y eso le produjo una intensa satisfacción. Podía ser muy pequeño, pero la misma Tierra era pequeña en comparación con aquello. Era extraño que, después de todos los momentos de terror que había experimentado al pensar en el término de su existencia, aquella noche —su última noche— no sintiera ningún temor. Sólo unas horas le separaban del final de sus días. Lo sabía y, sin embargo, se alegraba de estar vivo.

Aquella fue la mejor parte de ese momento. Aquella fue la gruesa manta que le calentó los pies. Saber que el final estaba cerca y no tener miedo. Aquello era valor, el verdadero valor, porque a su alrededor no había nadie para admirarle o elogiarle por ello. Lo que sintió, lo sintió sin esperar alabanzas de ninguna clase.

Antes... había sido muy diferente. Lo comprendió en aquel momento. Antes había seguido viviendo porque había seguido esperando. Era lo que mantenía con vida a la mayoría de los hombres.

Pero en aquel momento, en las horas finales, incluso la esperanza se había desvanecido. Sin embargo, podía sonreír. En un punto desprovisto de esperanza había encontrado la satisfacción. Sabía que había luchado, y no

lamentaba nada. Y aquélla era la victoria completa, porque era una victoria sobre sí mismo.

—He librado un gran combate —dijo.

Le pareció una frase ridícula. Se sintió casi avergonzado. Después desechó la vergüenza. Era lo único que le quedaba. ¿Por qué no iba a proclamar la amarga dulzura de su orgullo?

Lo gritó al universo entero.

—¡He librado un gran combate! —Y en voz más baja, añadió—: Al demonio con todo.



—¡He librado un gran combate! —Y en voz más baja, añadió—: Al demonio con todo.

Esto le hizo reír. Su risa fue un debilísimo e inaudible sonido en la vasta y oscura tierra.

Era maravilloso reír, y también era maravilloso dormir bajo las estrellas.

CAPÍTULO 17

Como otra mañana cualquiera, sus párpados se alzaron, sus ojos se abrieron. Permaneció un momento con la mirada perdida en el vacío y la mente todavía embotada por el sueño. Después se acordó de todo, y su corazón pareció dejar de latir.

Con un gruñido de asombro, se incorporó bruscamente y miró a su alrededor con incredulidad, mientras una sola palabra repiqueteaba en su cerebro: *¿Dónde estoy?*

Alzó los ojos hacia el cielo, pero no había cielo: sólo una gran extensión azul, como si el cielo se hubiera roto, extendido, comprimido y llenado de gigantescos agujeros, a través de los cuales penetraba la luz.

Su mirada incrédula y asombrada abarcó lentamente lo que le rodeaba. Parecía encontrarse en una vasta e interminable caverna. La caverna finalizaba a pocos metros de él y allí empezaba la luz. Se levantó apresuradamente y descubrió que estaba desnudo. *¿Dónde se hallaba la esponja?*

Volvió a levantar los ojos hacia la gran cúpula azul. Se extendía en la lejanía durante centenares de metros. Era el trozo de esponja que le había servido de abrigo.

Se sentó pesadamente y se examinó con detenimiento. Era el mismo. Se tocó. Sí, el mismo. Pero ¿cuánto había menguado durante la noche?

Recordó que la noche anterior estaba acostado sobre un lecho de hojas, y bajó la mirada. Se hallaba sentado en una vasta llanura de manchones amarillos y pardos. Grandes caminos salían de una gigantesca avenida y se perdían en la lejanía.

Estaba sentado encima de las hojas.

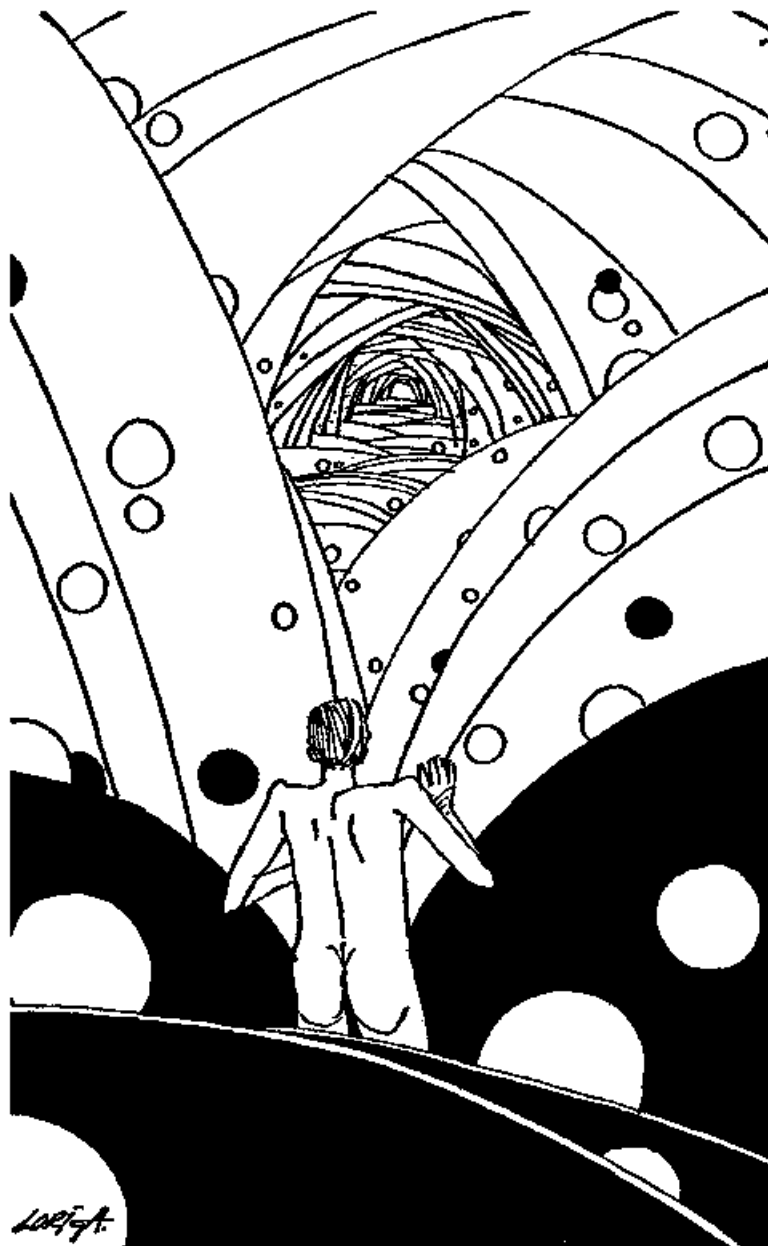
Meneó la cabeza con estupefacción. *¿Cómo podía ser menos que nada?*

De repente, se le ocurrió una idea. La noche anterior había alzado la mirada hacia el universo exterior. Así pues, debía haber también un universo interior. Quizá varios.

Volvió a levantarse. *¿Cómo era posible que nunca se le hubiese ocurrido pensar en ello, en los mundos microscópicos y submicroscópicos? Siempre había sabido que existían. Sin embargo, nunca estableció la evidente relación. Siempre había pensado en términos del propio mundo del hombre, y de las propias dimensiones limitadas del hombre. Había hecho suposiciones acerca de la naturaleza. Porque el milímetro era un concepto humano, no un concepto de la naturaleza. Para el hombre, cero milímetros significaba «nada». El cero significaba la nada.*

Pero para la naturaleza no existía el cero. La existencia se sucedía en interminables círculos. En aquel momento le pareció muy sencillo. Nunca desaparecería, porque en el universo la no existencia carecía de sentido.

Al principio se asustó. La idea de atravesar interminablemente los niveles de dimensión uno tras otro era extraña. Después, pensó que si la naturaleza existía en niveles interminables, lo mismo debía suceder en el caso de la inteligencia.



Quizá no estuviera solo.

De repente, echó a correr hacia la luz.

Y, cuando llegó, se quedó mirando el nuevo mundo, con sus intensas manchas de vegetación, sus centelleantes colinas, sus gigantescos árboles, su cielo de cambiantes matices, como si la luz solar se filtrara a través de distintas capas de cristal pastel.

Era un mundo fantástico.

Había mucho que hacer, y mucho en qué pensar. Su cerebro rebosaba de preguntas, ideas y... sí, renovada esperanza. Tenía que encontrar comida, agua, ropa, refugio. Y, lo que era más importante, vida. ¿Quién podía asegurarlo? Era posible, era muy posible que la encontrara allí.

Scott Carey corrió hacia su nuevo mundo, buscando.

FIN